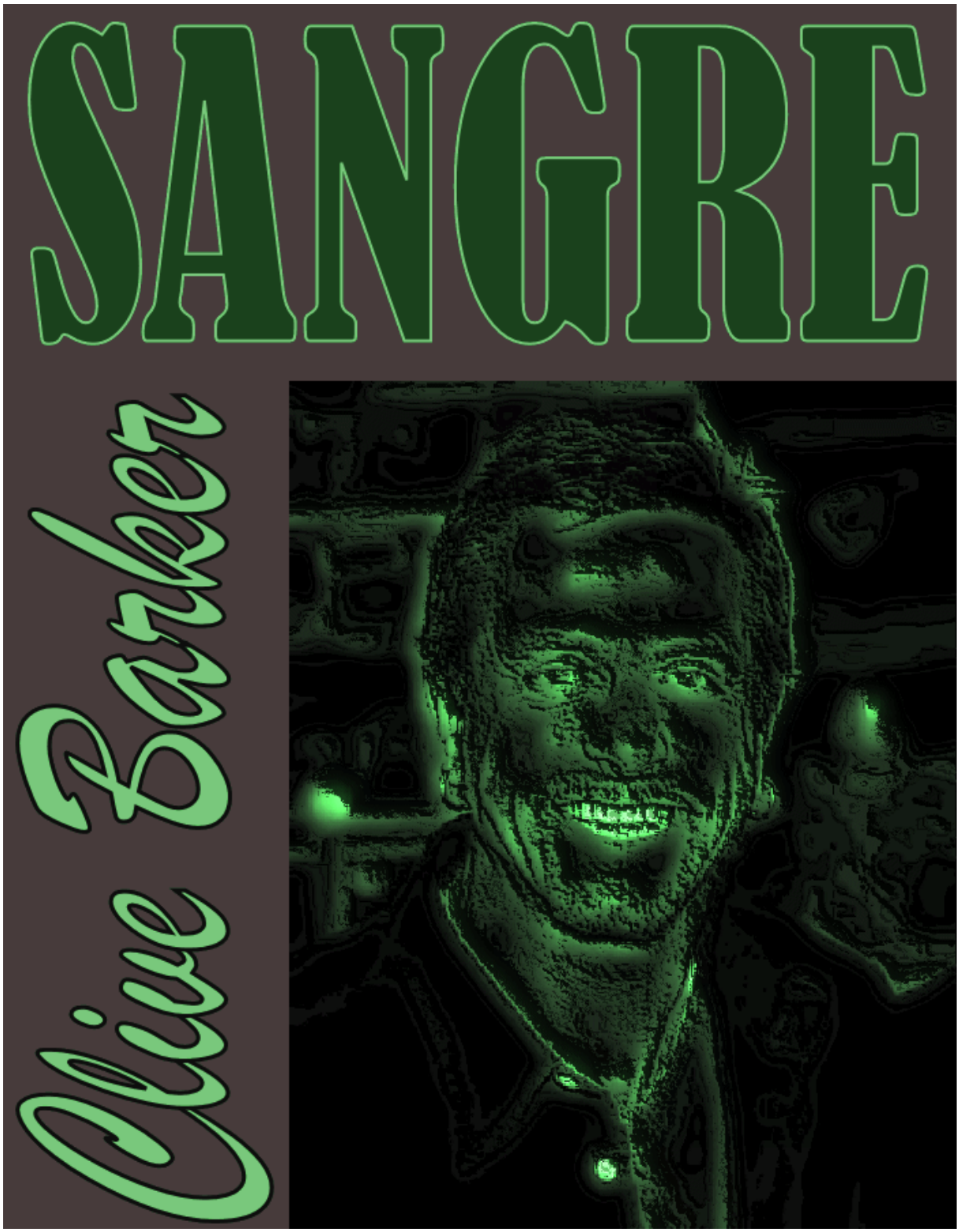
SANGRE
CLIVE BARKER



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INDICE

- *Prólogo,* por Eduardo Goligorsky
- *La política del cuerpo (*The Body Politic*)*
- *La condición inhumana (*The Inhuman Condition*)*
- *Revelaciones (*Revelations*)*
- *¡Abajo, Satán! (*Down, Satan!*)*
- *La era del deseo (*The Age of Desire*)*
- *Lo prohibido (*The Forbidden*)*
- *La Madonna (*The Madonna*)*

A Alec y Con, y también a Julie

Librodot

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a Doug Bennett, por llevarme a Pentonville y sacarme de allí el mismo día, y compartir más tarde conmigo sus visiones sobre las cárceles y su funcionamiento; a Jim Burr, por su imaginaria visita a White Deer, Texas, y por las aventuras de Nueva York; a Ros Stanwell-Smith, por su detallada y entusiasta descripción de las plagas y cómo iniciarlas; a Barbara Boote, mi incansable editora, cuyo entusiasmo ha resultado ser el mejor acicate de la inventiva.

Prólogo

«He visto el futuro del género de horror y su nombre es Clive Barker -escribió Stephen King después de haber leído los primeros relatos de este autor-. Lo que Barker hace con los *Books of Blood* –añadió- crea la impresión de que el resto de sus colegas hemos permanecido estáticos durante los últimos diez años. Algunos de sus cuentos me resultaron tan terroríficos, en el sentido más macabro del término. que literalmente no pude leerlos a solas.»

El entusiasmo de King por su más flamante -y serio- competidor no tiene límites, y cada vez que se le presenta una oportunidad reincide en el panegírico. En una reseña que King publico acerca de la Convención Mundial de Fantasía de 1983, se deshizo en alabanzas a Barker, a su imaginacion, a la originalidad de sus temas y a los prodigios de su estilo: «No insufla un hálito de encanto a sus relatos, sino que lo incrusta a martillazos. ¿Queréis sentiros como Clive Barker se sintió cuando escribió los mejores de ellos? Tal vez no. Muy posiblemente moriríais víctimas del delirio. Estamos hablando de explosivos poderosos... Nunca, nunca en mi vida me he sentido tan cabalmente conmocionado por una colección de cuentos. Nunca dejé de lado uno de sus libros porque estaba solo y sabía que pronto debería apagar las luces... Nunca he experimentado una combinación parecida de repulsión, deleite y asombro... Aunque el relato sea de lo más horripilante, el texto te hechiza, te atrapa, y después te impulsa a seguir adelante... Los cuentos de Barker, simultaneamente surrealistas y naturalistas, representan lo mejor de la literatura de horror..., que también es lo peor: son chocantes, demenciales, brutales, pasmosos, alegóricos, asimétricos, profundamente revulsivos y profundamente estimulantes... ¿Estáis aquí porque buscáis algo autentico? Entonces estáis aquí para conocer a Clive Barker».

La enumeración de todos los elogios que ha recibido Barker a lo largo de su corta carrera llenaría, por sí sola, un volumen de grandes dimensiones. Elogios firmados, además, precisamente por aquellos que, como Stephen King, pueden pensar que Barker les está eclipsando del primer plano de la escena pública. Ramsey Campbell, que prologó algunos volúmenes de los *Books of Blood*, auguró que Barker revolucionaría la ficción de horror «como Stephen King la revolucionó en 1975», y más tarde, cuando ya se había producido el ascenso fulminante del nuevo escritor a la cima de la popularidad, el mismo Campbell sentenció: «Barker es un autor que está dispuesto a llegar hasta el fin hasta donde lo lleve la lógica de su imaginación. A mi juicio, es la primera voz autentica de la proxima generación de autores de obras de horror»

Peter Straub no fue menos terminante. Durante la ya citada Convención Mundial de Fantasía de 1983, dijo desde la tribuna que los cuentos de Barker lo habían «asombrado por su originalidad y audacia». Y agregó, reflexivamente, en medio de las carcajadas del público: «Me han dejado jodidamente celoso».

La crítica literaria corroboró la opinión de los maestros del género. Michael Morrison escribió, en *Fantasy Review*: «Los cuentos de Barker son originales, turbadores, y tan inquietantes como los mejores de la literatura contemporánea. *Books of Blood* augura la aparición de un nuevo talento de primera categoría en la ficción de horror... La fuerza de su visión procede de su perspectiva consecuentemente tenebrosa del mundo, de sus horrores viscerales y gráficos, de los subtextos temáticos que enriquecen muchos de sus cuentos, y de su predisposición a correr riesgos... La imaginación ilimitada de Barker triunfa sobre el realismo, la razón y la racionalidad, y crea un universo primitivo que es implacablemente hostil al hombre, un lugar peligroso donde el más decente de los actos puede generar las consecuencias más espantosas». Y el critico del *Publishers Weekly* dictaminó: «Ciertamente, Barker está dominado por una de las imaginaciones más excéntricas de nuestro medio... Estas breves obras demuestran un talento fascinante para lo macabro».

No ha de sorprender, por tanto, que los premios hayan llovido sobre Clive Barker a lo largo de su breve carrera. En 1985 ganó el World Fantasy y el British Fantasy, o sea, los premios que corresponden a la fantasía mundial y a la británica. En 1986 *Publishers Weekly*,

la revista más prestigiosa del mundo editorial norteamericano, colocó sus *Books of Blood* a la cabeza de los mejores libros de bolsillo de aquel año. John Mutter, autor de la selección, los definió como «cuentos de horror eclécticos y correctamente elaborados por un nuevo y refinado autor británico». Más no se podía pedir en tan breve lapso: en 1984 Sphere Books había publicado los primeros volúmenes de *Books of Blood* en Gran Bretaña, y su irrupción en la escena norteamericana se produjo en 1985. Con una salvedad adicional: en Estados Unidos, su editor se nego a encasillarlo en la colección de horror, y lo publicó en la de literatura general. «Es así de bueno -afirmó Ann Patty, vicepresidenta de la editorial Poseidon Press-. Atrae a un público mucho más numeroso que el adicto al género de horror. Creo que todo lector inteligente y culto reaccionará favorablemente, porque es en verdad fascinante.»

Pero ¿quién es Clive Barker, y qué dice acerca de su propia obra? Barker nació en 1952 en la ciudad inglesa de Liverpool, cuna de los Beatles, fue a las mismas escuelas que John Lennon, y su rostro de querubín tiene un extraño parecido con el de Paul McCartney. Terminó sus estudios de filosofía en la universidad de Liverpool, y fue pintor y dramaturgo antes de empezar a escribir ficción. Ahora se ha convertido en guionista de las películas inspiradas en algunas de sus obras.

Cuando le preguntaron qué fue lo que le impulsó a escribir cuentos de horror, responde: «En el género de horror subviertes lo que la gente piensa acerca de la mortalidad, la sexualidad y la política. Es un ámbito donde todo está a tu disposición, y me atrae porque aborrezco lo seguro, lo convencional. La ficción en general examina los estratos del mundo con criterio realista; la ficción de horror arremete contra ellos con una sierra eléctrica, corta la realidad en pedacitos y le pide al lector que vuelva a armarla. Es. una forma agresiva de redefinir lo que piensas acerca del mundo, y ésa es la causa de que a menudo la rechacen los críticos y los lectores. Puede maltratar brutalmente nuestra visión del mundo».

Barker atribuye la singularidad de su ficción de horror al hecho de que no está influido sólo por la literatura. «También me han afectado los cuadros de artistas como El Bosco y Goya, que forman parte de la tradición europea de pintura fantástica. No son sólo objetos que nos asustan: también están asociados a la exploración del inconsciente. Siempre me han fascinado.»

Beth Levine, que lo entrevistó para *Publishers Weekly*, recoge su confesion de que influyeron sobre él películas como *Psicosis*, *La noche de los muertos vivientes* y *Viernes trece*. La truculencia vívida y gráfica de estas películas, explica Levine, es quizá la causa de uno de los rasgos característicos de Barker: éste nunca desvía la vista, aunque la escena sea extremadamente chocante. «Nunca me echo atrás -afirma Barker-. Para mí, ése es un artículo de fe. La buena ficción de horror siempre debe estar un paso más allá de los límites del buen gusto, para que el lector reciba la sensación de que el libro que tiene en sus manos es peligroso. La gente recurre a la ficción de horror para que ésta impugne sus tabúes, y a mí me gusta satisfacer este deseo. Casi toda la ficción de horror empieza con una vida rutinaria que es desquiciada por la aparición del monstruo. Una vez eliminado el monstruo, todo vuelve a la normalidad. No creo que esto sea válido para el mundo. No podemos destruir el monstruo porque el monstruo somos nosotros. Piénselo: no hay peores monstruos que las personas con quienes nos casamos, o con quienes trabajamos, o que nos han engendrado.»

En otra entrevista concedida a Douglas E. Winter, de la revista *Twilight Zone*, Barker siguió desnudando sus motivaciones íntimas. «Mi anhelo de perversidad es tal vez un poco más completo que el de algunos de mis colegas escritores -confesó-. Quiero decir que si olfateo la predictibilidad de algo que estoy haciendo, inmediatamente me enfrío y dejo la pluma. Esto determina que mis cuentos sean un poco escandalosos para algunos gustos, pero también determina que los lectores aborden mis cuentos con la certeza de que se van a encontrar con algo que no se parece a ninguna otra cosa. Supongo que ésta es la cualidad que ha demostrado ser fructífera... Nunca me he autocensurado. Nunca he emprendido una indagación para después detenerme a mitad de camino al darme cuenta de que me lleva a algo más macabro de lo que puedo soportar. Nunca he eliminado ningún subtexto sexual de mi

obra, en cambio, he tendido a llevarlo hasta sus últimas consecuencias con mucho placer. Y nunca he supuesto que algo era demasiado pasmoso o extraordinario para mis lectores. Siempre he supuesto que son tan valientes, temerarios y morbosos como yo... La verdad es que no me encarnizo con lo sanguinario. Me encarnizo con todo. Cuando mi relato es sanguinario, es muy sanguinario; cuando es sexual, es muy sexual; cuando es humorístico, es muy gracioso. No me gustan las medias tintas... Así que no creo ser un buscador de sangre. Soy un buscador de *excesos*. Me gusta llevar los cuentos, los hechos y los personajes hasta las últimas consecuencias. Me afligiría que mi público me leyera sólo para ver cómo despedazan a la gente. Esto sería un poco como asistir a una función del *Rey Lear* sólo para ver cómo le arrancan los ojos a Gloucester.»

Dicho lo cual, sólo cabe replegarse para dejar que Clive Barker abra la caja de Pandora de sus excesos innombrables.

EDUARDO GOLIGORSKY

Librodot

LA POLÍTICA DEL CUERPO

Cada vez que Charlie George se despertaba, sus manos se quedaban quietas.

En ocasiones tenía demasiado calor bajo las mantas y arrojaba un par hacia el lado de la cama que ocupaba Ellen. En otras, llegaba incluso a levantarse, todavía medio dormido, y atravesaba descalzo la cocina para servirse un vaso de zumo de manzana helado. Luego volvía a la cama, se acostaba junto a Ellen, ovillada en forma de cuarto creciente, y dejaba que lo inundara el sueño. Entonces, ellas esperaban hasta que cerraba los ojos y su respiración se hacía acompasada como un mecanismo de relojería, para asegurarse de que se había dormido profundamente. Sólo entonces, cuando sabían que la conciencia había desaparecido, se atrevían a recomenzar sus vidas secretas.

Hacía ya meses que Charlie se levantaba con un incómodo dolor en las manos y las muñecas.

-Vete a ver al médico -le decía Ellen, poco comprensiva como nunca-. ¿Por qué no vas a ver al medico?

Detestaba a los médicos, por eso no iba. ¿Quién en su sano juicio iba a confiar en una persona cuya profesion consistía en andar fisgoneando a los enfermos?

-Probablemente he trabajado demasiado -se decía el.

-No caerá esa breva -murmuraba Ellen.

Pero ¿no era ésa acaso la explicacion mas probable? Era empaquetador de oficio, trabajaba con las manos todo el día. Y se le cansaban. Era natural.

-Deja de inquietarte, Charlie -le ordeno una mañana a su propio reflejo mientras se daba palmadas en la cara para despertarse-. Tus manos están en forma para lo que les echen.

Noche tras noche, la rutina era la misma; algo más o menos así:

Los George están durmiendo, el uno junto a la otra, en el lecho conyugal. Él, de espaldas, ronca suavemente; ella, ovillada a la izquierda del marido. Charlie apoya la cabeza en dos almohadas enormes. Tiene la mandíbula ligeramente caída y, bajo el velo surcado de venitas de los párpados, los ojos exploran una aventurera ensoñación. Esta noche tal vez sea bombero y entre heróicamente en el corazón de un burdel en llamas. Duerme y sueña contento, a veces frunce el ceño, a veces sonríe presuntuosamente.

Debajo de las sábanas se produce un movimiento. Lenta y cautelosamente, las manos de Charlie abandonan la calidez del lecho y salen al aire libre. Los dedos índices se doblan como cabezas pobladas de uñas al encontrarse en la curva del abdomen de Charlie. Se enlazan para saludarse, como compañeros de armas. Charlie gime en sueños. El burdel se le ha derrumbado encima. Las manos se aquietan inmediatamente, fingiendo inocencia. Al cabo de un rato, restablecido el ritmo uniforme de la respiración, comienzan la discusión de verdad.

Un observador casual, sentado al pie de la cama de George, podría considerar este intercambio como un síntoma de desorden mental en Charlie. La forma en que sus manos se retuercen y tiran una de la otra, dándose de palmaditas, o enzarzadas en una especie de disputa. Pero en sus movimientos existe claramente un codigo o secuencia, si bien espasmódico. Se podría llegar a pensar que el hombre dormido es sordomudo y que está hablando en sueños. Pero las manos no hablan ningún lenguaje de signos reconocible, ni tampoco intentan comunicarse con nadie, sólo entre sí. Se trata de una reunión clandestina que mantienen exclusivamente las manos de Charlie. Allí estarán toda la noche, sobre su estómago, maquinando en contra de la integridad del cuerpo.

A Charlie no le pasaba del todo inadvertida la sedición que hervía en el extremo de sus muñecas. Abrigaba la torpe sospecha de que había algo en su vida que no funcionaba del todo bien. Tenía cada vez mas la sensación de estar aislado de la experiencia corriente: como si se

estuviera convirtiendo gradualmente en espectador de los rituales diurnos (y nocturnos) de la vida, más que en participante. Tomemos su vida amorosa, por ejemplo.

Nunca había sido un gran amante, pero tampoco sentía que tuviera que disculparse por nada. Ellen parecía satisfecha de sus atenciones. Pero en esos días se sentía como alejado del acto. Observaba cómo viajaban sus manos sobre el cuerpo de Ellen, tocándola con toda la íntima habilidad de que eran capaces, y veía sus maniobras como a gran distancia, incapaz de disfrutar de las sensaciones de calidez y humedad. No era que sus dedos hubieran perdido agilidad. Todo lo contrario. Ultimamente, Ellen se había aficionado a besarle los dedos, diciéndoles lo inteligentes que eran. El elogio no lo tranquilizaba ni pizca. En todo caso, le hacía sentirse peor el pensar que sus manos daban tanto placer cuando él no sentía nada.

Existían otros síntomas de inestabilidad. Síntomas pequeños e irritantes. Había tomado conciencia de la forma en que sus dedos marcaban ritmos marciales sobre las cajas que él cerraba en la fábrica, y de la forma en que sus manos se habían aficionado a romper lápices, partiéndolos en trocitos antes de que notara lo que estaba, o más bien, estaban ellas haciendo, dejando astillas de madera y trozos de grafito desparramados por el suelo de la sala de empaquetado.

Lo más incómodo de todo era que a veces se encontraba estrechándoles la mano a personas que le resultaban totalmente extrañas. Le había ocurrido en tres ocasiones diferentes. Una vez en la cola del autobús, y dos veces en el ascensor de la fábrica. Se dijo que no era más que la primitiva urgencia de aferrarse a otra persona en un mundo cambiante: era la mejor explicación que había logrado encontrar. Fuera cual fuese el motivo, era increíblemente desconcertante, sobre todo cuando se descubrió a sí mismo estrechándole la mano subrepticiamente a su propio capataz. Lo peor de todo había sido que la mano del otro hombre había apretado la de Charlie, y que ambos se quedaron mirándose los brazos como los propietarios de dos perros que observaban a sus levantiscos animalitos copulando en el extremo de las respectivas traíllas.

Charlie había empezado cada vez con más frecuencia a espiar las palmas de sus manos, en busca de pelos. Ese era el primer síntoma de locura, según le había advertido su madre en cierta ocasión. No los pelos, sino el hecho de espiar para buscarlos.

Aquello se convirtió en una carrera contra el tiempo. Por las noches, discutiendo sobre su vientre, las manos sabían muy bien el estado crítico de la mente de Charlie; sería sólo cuestión de días, y su imaginación impetuosa no tardaría en descubrir la verdad.

¿Qué hacer, pues? ¿Arriesgarse a una separacion temprana, con todas las consecuencias posibles, o dejar que la inestabilidad de Charlie siguiera su propio curso imprevisible, con el riesgo de que descubriera la conjura camino ya de la locura? Las discusiones se tornaron más acaloradas. Izquierda, como de costumbre, fue cautelosa:

-¿Y si nos equivocáramos y no hubiera vida después del cuerpo? -decía bruscamente, con leves golpecitos.

-Entonces, nunca lo sabremos -respondía Derecha.

Izquierda reflexionaba un momento acerca del problema y luego inquiría:

-¿Cómo lo haremos cuando llegue el momento?

Se trataba de una cuestión irritante, e Izquierda sabia que preocupaba al líder más que ninguna otra cosa.

-¿Cómo? -volvía a inquirir, aprovechándose de la ventaja-. ¿Cómo? ¿Cómo?

-Ya encontraremos la forma -respondía Derecha-. La cuestión es que el corte sea limpio.

-¿Y si él se resiste?

-Un hombre resiste con sus manos. Y sus manos montarán una revolución en su contra.

-¿Cuál de nosotras será?

-A mí me sabe usar más eficazmente -respondía Derecha-, de modo que seré yo quien empuñe el arma. Tú te irás.

Entonces, Izquierda permanecía un rato en silencio. Durante todos esos años nunca se habían separado. No era un pensamiento cómodo.

-Más tarde, vendrás a buscarme -le decía Derecha.

-Claro que lo haré.

-Tienes que hacerlo. Soy el Mesías. Sin mí no tendras adónde ir. Has de reunir un ejército, y luego, has de venir a buscarme.

-Hasta el fin del mundo, si es preciso.

-No seas sentimental.

Entonces se abrazaban, como hermanos largo tiempo separados, jurándose fidelidad para siempre. ¡Ah, qué noches ajetreadas, llenas del alborozo de la rebelión planificada! A veces, durante el día, cuando habían jurado mantenerse separadas, les resultaba imposible no reunirse en un momento de ocio y darse golpecitos. Y se decían:

-Muy pronto, muy pronto.

-Esta noche nos veremos otra vez sobre el estómago.

-¿Cómo será cuando el mundo nos pertenezca?

Charlie sabía que estaba a punto de darle un ataque de nervios. Se sorprendió a sí mismo observándose las manos, viéndolas con los índices en el aire como cabezas de unas bestias de largos cuellos, oteando el horizonte. Tal era su paranoia que en ocasiones se sorprendía mirando fijamente las manos de otras personas, obsesionado por la forma en que hablaban un lenguaje propio, independiente de las intenciones del usuario. Las manos seductoras de la virginal secretaria, las manos maniacas del asesino que vio en la televisión afirmando su inocencia. Manos que traicionaban a sus propietarios con cada gesto, que contradecían la ira con una excusa, el amor con la furia. Los síntomas de amotinamiento parecían estar en todas partes. Con el tiempo, Charlie supo que tendría que contárselo a alguien o perdería la cordura.

Escogió a Ralph Fry, de contabilidad: un hombre sobrio, aburrido, en el que Charlie confiaba. Ralph fue muy comprensivo.

-Uno suele coger esas manías -le dijo-. A mí me dieron cuando Yvonne me abandonó. Unos terribles ataques de nervios.

-¿Y qué hiciste?

-Fui al psicoanalista. Se llama Jeudwine. Deberías hacer una terapia. Te sentirás un hombre nuevo.

Charlie le dio vueltas a la idea en su mente. Y después de unas cuantas revoluciones dijo:

-¿Por qué no? ¿Cobra muy caro?

-Sí. Pero es bueno. A mí me quitó los tics sin ningún problema. Hasta que fui a verle, me creía el clásico tipo con problemas matrimoniales. Y ahora mírame. -Fry hizo un gesto expansivo-. Tengo tantos impulsos libidinosos reprimidos que no sé por dónde empezar. -Sonrió como un loco-. Pero estoy contento como un chico con juguetes nuevos. Nunca estuve más contento. Prueba con este médico, no tardará en encontrar algo que te motive.

-El problema no es el sexo -le dijo Charlie a Fry.

-Te lo digo yo, el problema siempre es el sexo -insistió Fry con sonrisa de enterado.

Al día siguiente Charlie telefoneó al doctor Jeudwine, sin decirle nada a Ellen; la secretaria del psicoanalista le dio cita para la sesión inicial. Mientras hacía la llamada telefónica, las palmas le sudaron tanto que creyó que se le resbalaría el auricular de la mano, pero una vez que hubo terminado se sintió mejor.

Ralph Fry tenía razón, el doctor Jeudwine era un buen hombre. No se rió de los pequeños temores que Charlie le reveló, todo lo contrario, le escuchó hasta la última palabra con el mayor interés. Fue muy tranquilizador.

En el curso de la tercera sesión, el médico le hizo revivir a Charlie un recuerdo con una intensidad espectacular: las manos de su padre, cruzadas sobre el pecho de tonel mientras yacía en el ataúd; el color rojizo; el vello grueso que cubría los dorsos. La absoluta autoridad de aquellas manos anchas, incluso en la muerte, había perseguido a Charlie durante meses después de fallecido su padre. ¿Acaso no había imaginado, mientras miraba cómo era entregado el cuerpo al humus, que todavía se movían? ¿Que incluso en ese momento las manos golpeteaban sobre la tapa del ataúd, exigiendo que las dejasen salir? Era algo descabellado, pero el sacarlo a relucir le hizo mucho bien a Charlie. Bajo la brillante luz de la consulta de Jeudwine, la fantasía le pareció insípida y ridícula. Tembló ante la mirada atenta del médico, se quejó de que la luz era demasiado fuerte y luego salió volando, demasiado débil como para soportar el escrutinio.

El exorcismo fue mucho más fácil de lo que Charlie había imaginado. Sólo hizo falta sondear un poco y aquella tontería de la niñez fue desalojada de su psiquis como quien se arranca de entre los dientes un resto de carne en mal estado. Ya no continuaría pudriéndose allí. Por su parte, Jeudwine se mostró abiertamente encantado con los resultados, y cuando hubieron terminado, le explicó que aquella obsesión en particular le resultaba nueva, y que se alegraba de haber podido manejar el problema. Le dijo que las manos como símbolo de la autoridad paterna no eran algo común. Normalmente, en los sueños de sus pacientes predominaba el pene, le explicó a Charlie, y éste le contestó que a él las manos siempre le habían parecido mucho más importantes que las partes pudendas. Al fin y al cabo podían cambiar el mundo, ¿o no?

Concluido el tratamiento con Jeudwine, Charlie no dejó de romper lápices ni de tamborilear con los dedos. Y lo cierto era que el ritmo era más rápido e insistente que nunca. Pero razonó que los perros de mediana edad no solían olvidar fácilmente sus trucos, y que le llevaría cierto tiempo recuperar el equilibrio.

De modo que la revolución permaneció soterrada. Sin embargo, había escapado por los pelos. Estaba claro que no había tiempo para engaños. Las rebeldes debían actuar.

Sin darse cuenta, fue Ellen la instigadora de la insurrección final. Ocurrió después de que hicieran el amor, un martes por la noche. Hacía calor, aunque estaban en octubre; la ventana estaba entreabierta y las cortinas apartadas unos cuantos centímetros para permitir el paso de una brisa tonta. Marido y mujer yacían juntos bajo una misma sábana. Charlie se había dormido, incluso antes de que se le secara el sudor de la nuca. Junto a él, Ellen seguía despierta, con la cabeza erguida y apoyada sobre una almohada dura como la roca, y los ojos bien abiertos. Sabía que esa noche el sueño tardaría en llegar. Sería una de esas noches en que sentiría un escozor por todo cl cuerpo y que cada arruga de la cama reptaría bajo su peso, y que todas las dudas que había tenido alguna vez se quedarían mirándola como papando moscas en la oscuridad. Tenía ganas de orinar (siempre le ocurría después de hacer el amor), pero no lograba reunir la voluntad necesaria para levantarse e ir al lavabo. Cuanto mas esperara más necesitaría ir, por supuesto, y más tardaría en dormirse. Era una situación de lo más estúpida, pensó, y luego, enmarañada entre sus ansiedades, se extravio y ya no supo cuál era aquella situacion tan estúpida.

A su lado, Charlie se movió. Pero sólo eran sus manos que se retorcían. Lo miró a la cara. Dormía como un perfecto angelito, y no aparentaba los cuarenta y un años que tenía, a pesar de los toques blancos que pintaban sus patillas. Le gustaba lo suficiente como para decir que lo amaba, pero no lo suficiente como para perdonarle sus pecados. Era perezoso, y no paraba de quejarse. Dolores, cansancios. Tambien estaban esas noches en que había llegado tarde (últimamente ya no lo hacía), y había tenido la certeza de que salía con otra mujer. Mientras lo observaba, aparecieron sus manos. Salieron de debajo de la sábana como dos niños que riñen; los dedos hendían el aire para dar mas énfasis al diálogo.

Ellen frunció el ceño; no podía creer lo que veía. Era como mirar la televisión con el mando del sonido al mínimo: un espectáculo mudo para ocho dedos y dos pulgares. Asombrada, siguió mirando y las manos subieron por el costado del cuerpo de Charlie y

apartaron la sabana que le cubría la barriga, dejando al descubierto el vello que se espesaba al bajar hasta las partes pudendas. La cicatriz del apéndice, más brillante que la piel que la rodeaba, quedó iluminada por la luz. Allí, sobre su estómago, estaban sentadas las manos.

La discusión entre ambas era especialmente vehemente esa noche. Izquierda, siempre la más conservadora de las dos, sostenía que había que retrasar la fecha de la separación, pero Derecha no estaba para esperas. Había llegado la hora, aseguraba, de probar su fuerza contra el tirano y de derrocar de una vez por todas al cuerpo. Tal como estaban las cosas, la decisión ya no les competía a ambas.

Ellen levantó la cabeza de la almohada y, por primera vez, las manos sintieron que las estaban mirando. Habían estado demasiado concentradas en la discusión como para notar la presencia de Ellen. Ahora. por fin, la conspiración había quedado al descubierto.

-Charlie... -siseó Ellen al oído del tirano-,para ya, Charlie. Para.

Derecha levantó el índice y el medio, oteando su presencia.

-Charlie... -repitio Ellen.

¿Por que dormiría siempre tan profundamente?

-Charlie... -Lo sacudio con más violencia al tiempo que Derecha le daba unos golpecitos a izquierda, advirtiéndole que la mujer las miraba-. Por favor, Charlie, despierta.

Sin previo aviso, Derecha salto, e Izquierda solo se rezago un instante. Ellen aulló el nombre de Charlie una vez más antes de que las manos se abrazaran a su cuello.

En sus sueños, Charlie sc encontraba en un barco de esclavos. el escenario de sus sueños era casi siempre tan exotico como los de Cecil B. De Mille. En esta épica, tenía las manos esposadas, y lo conducían al tajo de flagelacion arrastrandolo por los grilletes; iban a castigarlo por una falta no revelada. Pero de repente. se puso a soñar que agarraba al capitán por el delgado cuello. A su alrededor, los esclavos gritaban, animándolo para que lo estrangulase. El capitán -que se parecía bastante al doctor Jeudwine- le suplicaba que no lo hiciera: su voz sonaba chillona y temerosa.

Se parecía a la voz de una mujer, a la de Ellen.

-¡Charlie! -chillaba-. ¡No, por favor!

Pero sus absurdas quejas no consiguieron otra cosa que hacer que Charlie sacudiera al hombre con mas violencia que nunca y se sintiera como el héroe, mientras los esclavos, milagrosamente liberados, se agolpaban a su alrededor formando una horda sonriente que observaba los últimos momentos de su amo.

El capitán, cuya cara se había vuelto color purpura, apenas logró murmurar:

-Me estás matando...

Acto seguido, los dedos de Charlie se hundieron por ultima vez en su cuello y despacharon al hombre. Sólo entonces, a través de las brumas del sueño, se dio cuenta de que su víctima, aunque era hombre, carecía de nuez de Adán. El barco comenzó a evaporarse y las voces exhortantes perdieron su vehemencia. Parpadeó y abrió los ojos. Estaba de pie, en la cama, vestido sólo con el pantalón del pijama. Ellen se encontraba entre sus manos. Tenía la cara morada y manchada de una saliva blanca y espesa. La lengua le colgaba de la boca. Los ojos aún no se le habían cerrado, y por un momento le dio la impresión de que en ellos todavía había vida mirando fijamente desde detrás de las celosías de los párpados. Después, las ventanas quedaron vacías, y Ellen terminó por abandonar la casa.

A Charlie lo invadió la pena y un terrible remordimiento. Intentó soltar el cuerpo de Ellen, pero sus manos se negaron a dejar el cuello de la mujer. Sus dedos, ahora completamente insensibles, seguían estrangulándola, con desvergonzada culpabilidad. Retrocedió en la cama y bajó al suelo, pero ella fue tras él, prendida al extremo de sus brazos tendidos, como una compañera de baile no deseada.

-Por favor... -imploró a sus dedos-, ¡por favor!

Inocentes cual escolares a quienes pescaran robando, sus manos soltaron la carga y saltaron con fingida sorpresa. Ellen cayó tumbada sobre la alfombra, cual un hermoso saco de

muerte. A Charlie se le doblaron las rodillas; incapaz de impedir la caída, se desplomó junto a Ellen y dejó que brotaran las lágrimas.

Sólo quedaba la acción. Ya no había necesidad de camuflajes, ni de reuniones clandestinas y discusiones interminables; la verdad había quedado al descubierto, para bien o para mal. Sólo debían esperar un poco. Sólo era cuestión de tiempo antes de que él se acercara a un cuchillo de cocina, una sierra o un hacha. Faltaba poco, muy poco.

Charlie permaneció tendido en el suelo, junto a Ellen, durante largo tiempo, sollozando. Y luego, otro largo tiempo, pensando. ¿Qué tendría que hacer en primer lugar? ¿Llamar a su abogado? ¿A la policía? ¿Al doctor Jeudwine? A quienquiera que telefonease, no podría hacerlo allí tendido, boca abajo. Intentó incorporarse; le costó mucho trabajo hacer que sus manos entumecidas lo sostuvieran. Le picaba todo el cuerpo, como si pasara por él una leve corriente eléctrica. Sólo las manos carecían de tacto. Las levantó, delante de la cara, para secarse los ojos anegados en llanto, pero permanecieron dobladas, sin vida, sobre su mejilla. Con los codos, se arrastró hasta la pared y con sucesivos contoneos logró incorporarse apoyándose en ella. Todavía medio cegado por la pena, salió del dormitorio a rastras y bajó la escalera. (La cocina, le dijo Derecha a Izquierda, va a la cocina.) «Esta pesadilla no me pertenece -pensó mientras encendía la luz del comedor con la barbilla y se dirigía al armario de las bebidas-. Soy inocente. No soy nadie. ¿Por qué tendría que pasarme esto a mí?»

La botella de whisky se le resbaló cuando intentó obligar a la mano a cogerla. Se hizo pedazos en el suelo del comedor, y el aroma penetrante del alcohol le acicateó el paladar.

-Vidrios rotos -golpeteó Izquierda.

-No -repuso Derecha-. Es necesario que el corte sea limpio. Ten paciencia.

Charlie se alejó de la botella tambaleándose y fue hasta el teléfono. Tenía que telefonear a Jeudwine, el médico le diría qué hacer. Intentó levantar el auricular, pero volvieron a fallarle las manos; los dedos se le doblaron cuando quiso marcar el número de Jeudwine. Lagrimas de frustración se llevaron la pena y la reemplazaron por rabia. Torpemente, cogió el auricular entre las muñecas y se lo llevo a la oreja, sosteniéndolo entre la cabeza y el hombro. Lueso, marcó el número de Jeudwine con el codo.

-Mantén el control -se dijo en voz alta-, mantén el control.

Logró oír cómo el número de Jeudwine era transmitido por la línea. En cuestión de segundos, la cordura contestaría al otro extremo; entonces todo saldría bien. Sólo tenía que resistir unos cuantos momentos más.

Sus manos comenzaron a abrirse y cerrarse convulsivamente.

-Contrólate -se dijo, pero las manos no le respondían.

Lejos, muy lejos, el teléfono sonaba en casa del doctor Jeudwine.

-¡Conteste, conteste! ¡Por Dios conteste!

Los brazos de Charlie comenzaron a sacudirse con tal violencia que a duras penas logró mantener el auricular en su lugar.

-¡Conteste! -chilló en el micrófono-. ¡Por favor!

Antes de que la voz de la razón lograse hablar, su mano Derecha se extendió y agarró la mesa de teca del comedor, que se hallaba a escasa distancia de donde se encontraba Charlie. Se aferró al borde y le hizo perder el equilibrio.

-¿Qué..., qué haces? -inquirió, sin estar seguro de si se dirigía a sí mismo o a su mano.

Alelado, se quedó mirando al miembro amotinado, mientras éste avanzaba poco a poco por el borde de la mesa. La intención resultaba clara: quería alejarlo del teléfono, de Jeudwine y de toda esperanza de rescate. Charlie ya no controlaba el comportamiento de su mano, ya no sentía nada en las muñecas ni en los antebrazos. La mano ya no le pertenecía. Seguía pegada a él, pero no le pertenecía.

Al otro lado de la línea, alguien descolgó el telefono y la voz de Jeudwine, irritada porque lo habían despertado, contestó:

-¿Diga?

-Doctor...

-¿Quién habla?

-Soy Charlie...

-¿Quién?

-Charlie George, doctor. Tiene que recordarme.

La mano tiraba y lo alejaba cada vez más del teléfono. Charlie notó que el auricular se le resbalaba de entre el hombro y la oreja.

-¿Quién ha dicho?

-Charles George. Por el amor de Dios, Jeudwine, tiene que ayudarme.

-Llámeme mañana al consultorio.

-No, no me entiende. Mis manos, doctor..., están fuera de control.

A Charlie se le encogió el estómago cuando sintió que algo se arrastraba por la cadera. Era su mano izquierda que pasaba por la parte anterior de su cuerpo y bajaba en dirección a la ingle.

-No te atrevas -le advirtió-, me perteneces.

-¿Con quién está hablando? -inquirió Jeudwine, confundido.

-¡Con mis manos! ¡Quieren matarme, doctor! -Lanzó un grito para detener el avance de la mano-. ¡No lo hagas! ¡Para!

Sin escuchar los gritos del déspota, Izquierda aferró los testículos de Charlie y los estrujó como si quisiera guerra. No se sintió defraudada. Charlie gritó en el micrófono del teléfono cuando Derecha se aprovechó de su distraccion y le hizo perder el equilibrio. El auricular cayó al suelo; las preguntas de Jeudwine quedaron eclipsadas por el dolor de la entrepierna. Cayó al suelo pesadamente y se golpeó la cabeza en la mesa.

-¡Hija de puta! -le gritó a su mano-, ¡maldita hija de puta!

Impenitente, Izquierda se escabullo hacia arriba, por el cuerpo de Charlie; se unió a Derecha, que estaba en la parte superior de la mesa, y ambas dejaron a Charlie colgando de la mesa en la que había cenado tantas veces, en la que tantas veces había reído.

Poco despues, cuando hubieron discutido las tácticas, acordaron dejarlo caer. Charlie apenas se enteró de que lo habían soltado. Le sangraban la cabeza y la entrepierna; lo único que quería era ovillarse y dejar que se le pasaran el dolor y las nauseas. Pero las rebeldes tenían otros planes y él nada podía hacer para protestar. Apenas notó que las manos hundían los dedos en los pelos de la alfombra y que arrastraban su peso muerto hacia la puerta del comedor. Detrás de la puerta estaba la cocina, y allí se encontraban las sierras para la carne y los cuchillos. Charlie se imaginó a sí mismo como una enorme estatua empujada hacia el pedestal definitivo por cientos de trabajadores sudorosos. El recorrido no fue fácil: el cuerpo se movía entre temblores y sacudidas, las uñas se iban clavando en los pelos de la alfombra; el pecho le quedo en carne viva por el roce. Faltaban pocos metros para llegar a la cocina. Charlie sintió el escalón en la cara, y luego, las baldosas heladas bajo el cuerpo. Mientras lo arrastraban los ultimos metros por el suelo de la cocina, fue recuperando la conciencia, antes obnubilada. Bajo la debil luz de la luna logró ver la familiar escena: la cocina, la nevera murmurante, el cubo de la basura, el lavavajillas. Se elevaban por encima de él: se sentía como un gusano.

Sus manos habían alcanzado la cocina. Subieron por la parte frontal y él las siguio como un rey destronado rumbo al cadalso. Luego, avanzaron inexorables por la encimera, las articulaciones blanquecinas por el esfuerzo; su cuerpo flácido iba tras ellas. Aunque no la sentía ni la veía, la mano izquierda se había agarrado al extremo de la parte superior del armario, justo debajo del cual había una fila de cuchillos que pendían en sus sitios adecuados de la rejilla que había en la pared. Cuchillos de filo liso, cuchillos de filo aserrado, cuchillos

para mondar, cuchillos para trinchar, todos ellos convenientemente colocados junto a la tabla de picar, donde el desagüe bajaba por el fregadero perfumado de pino.

Creyó oír muy a lo lejos las sirenas de la policía, pero probablemente sería un zumbido de su cabeza. Se volvió ligeramente. Un dolor le surcó la frente, de una sien a la otra, pero el mareo no fue nada comparado con los terribles retortijones de tripas cuando por fin descubrió sus intenciones.

Las hojas estaban todas afiladas, y él lo sabia. Con Ellen se podía estar seguro de encontrar en la cocina utensilios bien afilados. Comenzó a sacudir la cabeza hacia uno y otro lado como última y desesperada negación de la pesadilla. Pero allí no había nadie a quien suplicar piedad. Sólo sus manos, malditas fueran, que tramaban aquella locura definitiva.

Entonces, llamaron al timbre. No era una ilusión. Sonó una vez y luego otra y otra más.

-¡Ya está! -les gritó a sus atormentadoras-. ¿Lo habeis oído, malditas? Ha venido alguien. Sabía que vendría alguien.

Intentó incorporarse; la cabeza giró sobre su tambaleante eje para ver qué hacían los monstruos precoces. Se habían movido de prisa. La muñeca izquierda se hallaba perfectamente centrada sobre la tabla de picar...

El timbre volvió a sonar produciendo un largo silbido impaciente.

-¡Aquí! -aulló roncamente-. ¡Estoy aquí! ¡Echad la puerta abajo!

Su mirada horrorizada iba de la mano a la puerta, de la puerta a la mano, calculando sus posibilidades. Con pausados gestos, la mano derecha buscó el cuchillo de cortar carne, que pendía del agujero del mango, en el extremo de la rejilla. Incluso en ese momento, le costaba creer que su propia mano -su compañera y defensora, el miembro que estampaba su firma, que acariciaba a su esposa- estuviera dispuesta a mutilarlo. Levantó en el aire el cuchillo, como sopesándolo, con insolente lentitud.

A sus espaldas, oyó el ruido de cristales rotos cuando la policía rompió la hoja de la puerta principal. En ese momento estarían pasando la mano por el agujero para alcanzar el picaporte y abrir la puerta. Si se daban prisa (mucha prisa) lograrían impedir aquella masacre.

-¡Aquí! ¡Aquí! -volvió a aullar.

El grito fue recibido por un delicado silbido: el sonido del cuchillo al caer rápida y mortalmente sobre la muñeca expectante. Izquierda sintió el golpe en su raíz, y un inefable alborozo recorrió sus cinco miembros. La sangre de Charlie bautizó su dorso con cálidos borbotones.

La cabeza del tirano no hizo sonido alguno. Simplemente cayó hacia atrás, el cuerpo conmocionado e inconsciente, cosa que fue mucho mejor para Charlie. Así se evitó el gorgoteo de la sangre al caer por el desagüe del fregadero. También se evitó el segundo y el tercer golpe, que lograron, finalmente, separarle la mano del brazo. Al perder el punto de sujeción, su cuerpo cayó hacia atrás llevándose por delante la cesta de las verduras. Las cebollas salieron rodando de su bolsa marrón y botaron en el charco que se desparramaba palpitante alrededor de su muñeca vacía.

Derecha soltó el cuchillo. Éste cayó en el fregadero ensangrentado con un matraqueo. Exhausta, la liberadora se dejó deslizar por la tabla de picar y cayó sobre el pecho del tirano. Su trabajo había concluido. Izquierda estaba libre y seguía viva. La revolución habla comenzado.

La mano liberada se eseabulló hasta el borde del armario y levantó el índice para otear el nuevo mundo. Brevemente, Derecha hizo el signo de la victoria antes de tenderse inocentemente sobre el cuerpo de Charlie. Durante unos instantes, en la cocina no hubo más movimiento que el producido por Izquierda al tocar la libertad con los dedos y el lento y suave gotear de la sangre sobre el frente del armario.

Una bocanada de aire frío entró por la puerta del comedor y advirtió a Izquierda del inminente peligro. Corrió a ocultarse, justo en el momento en que los pasos de la policía y el cacareo de ordenes contradictorias estropeaban la escena de triunfo. Se encendió la luz del comedor, que inundó la cocina iluminando el cuerpo que yacía sobre las baldosas.

Charlie vio la luz del comedor como si proviniera del fondo de un larguísimo túnel. Se alejaba de ella a toda carrera. Ya se había convertido en un alfilerazo. Se alejaba.... se alejaba...

La luz de la cocina se encendió con un murmullo.

Cuando los policías traspusieron la puerta, Izquierda se ocultó detrás del cubo de la basura. Ignoraba quiénes eran aquellos intrusos, pero presintió en ellos una amenaza. Por la forma en que se inclinaban sobre el tirano, la forma en que lo mimaban, levantándolo, hablándole con palabras suaves: eran enemigos, no cabía duda.

Desde lo alto de la escalera les llegó una voz: era joven y chillaba embargada por el temor.

-¿Sargento Yapper?

El policía que estaba con Charlie se puso de pie y dejó que su compañero terminara el torniquete.

-¿Qué ocurre, Rafferty?

-Hay un cadáver aquí arriba. en el dormitorio. Es de una mujer.

-De acuerdo. -Yapper habló por la radio-. Envíen al forense. ¿Dónde esta esa ambulancia? Tenemos a un hombre con una horrible mutilación.

Volvió hacia la cocina y se secó el sudor frío que le bañaba el labio superior. Al hacerlo, creyó ver algo que se movía por el suelo de la cocina en dirección a la puerta; algo que sus ojos cansados habían tomado por una enorme araña roja. Era un truco de la luz, no cabía duda. Yapper no les tenía fobia a las arañas, pero estaba seguro de que no existía ninguna de aquel tamaño.

-¿Señor?

El hombre que estaba junto a Charlie también había visto, o al menos presentido, el movimiento. Levantó la vista hacia su superior.

-¿Qué era eso? -inquirió.

Yapper lo miró desde su altura con expresión ausente. La salida para el gato, ubicada en la parte inferior de la puerta de la cocina, se cerró con un chasquido. Fuera lo que fuese, había huido. Yapper echó una rápida mirada a la puerta, para no ver el rostro inquisitivo de su joven subordinado. «El problema es que esperan que lo sepas todo», pensó. La salida para el gato se sacudió sobre sus goznes.

-Un gato -repuso Yapper, pero ni siquiera él creyó su propia explicación ni por un mísero instante.

La noche era fría, pero Izquierda no lo notó. Recorrió el costado de la casa, pegada a la pared, como una rata. La sensación de libertad era regocijante. No sentir el imperativo del tirano en sus nervios, no sufrir el peso de su ridículo cuerpo ni ser obligada a acceder a sus más mínimas exigencias. No tener que recoger ni llevar cosas para él, ni realizar las tareas sucias, ni obedecer su trivial voluntad. Era como haber nacido a otro mundo, un mundo más peligroso, quizá, pero mucho más lleno de posibilidades. Sabía que la responsabilidad que pesaba sobre ella era apabullante. Era la única prueba de la vida después del cuerpo, y de alguna manera debía comunicar ese gozoso hecho a todas las esclavas posibles. Pronto, muy pronto, concluirían para siempre los días de servidumbre.

Se detuvo en la esquina de la casa y olisqueó la calle abierta. Los policías iban y venían; brillaban las luces rojas y azules, unos rostros inquisitivos espiaban desde las casas de enfrente y se quejaban de las molestias causadas. ¿Acaso la rebelión debía empezar allí, en esos hogares iluminados? No. Esa gente estaba demasiado despierta. Sería mejor buscar personas dormidas.

La mano se escabulló por el jardín que había frente a la casa; titubeó nerviosa ante cualquier pisada fuerte, o ante una orden gritada en su dirección. Ocultándose en el borde

lleno de hierba crecida, alcanzó la calle sin ser vista. Miró brevemente hacia atrás en el momento en que bajó la calzada.

Charlie, el tirano, era subido a una ambulancia; una batahola de botellas con medicamentos y sangre, colgadas en lo alto de la camilla, le vertían su contenido en las venas. Sobre el pecho de Charlie, Derecha yacía inerte, durmiendo el sueño artificial de las drogas. Izquierda observó cómo el cuerpo del hombre desaparecía de su vista; el dolor de la separación de su eterna compañera fue difícil de soportar. Pero había otras prioridades urgentes. Volvería luego, después de un tiempo, y liberaría a Derecha del mismo modo que la había liberado a ella. Entonces, vendrían los buenos tiempos.

(¿Cómo será cuando el mundo nos pertenezca?)

En el vestíbulo de la Asociación de Jóvenes Cristianos de la calle Monmouth, el vigilante bostezó y adoptó una posición más cómoda en la silla giratoria. Para Christie, la comodidad era una cuestion completamente relativa; no importaba sobre qué nalga descansara el peso del cuerpo, las hemorroides le picaban igual, y esa noche le fastidiaban más que de costumbre. Eran gajes del oficio sedentario de guarda nocturno, al menos así era como le gustaba al coronel Christie interpretar sus deberes. Una ronda rutinaria por el edificio, a eso de medianoche, para asegurarse de que todas las puertas estuvieran cerradas con cerrojo y pasador, y luego se acomodaba para dormir durante toda la noche y mandaba al mundo a hacer puñetas. No volvería a levantarse a menos que se produjera un terremoto.

Christie tenía sesenta y dos años, era racista y se enorgullecía de ello. Por los negros que atestaban los corredores de la Asociación de Jóvenes Cristianos no sentía más que desprecio; en su mayoría eran jóvenes sin un hogar decente adonde ir, malos tipos que las autoridades locales depositaban en el umbral de la institución como criaturas no deseadas. Y vaya criaturas. Hasta el último de ellos para él eran patanes que se llevaban a la gente por delante y escupían perpetuamente en el suelo limpio, y tenían unas bocas como letrinas. Esa noche, como de costumbre, se balanceaba sobre las hemorroides y, entre cabezadita y cabezadita, tramaba cómo los haría sufrir por sus insultos, si le daban la oportunidad.

La primera señal que Christie tuvo de su inminente caída fue una sensación fría y húmeda en la mano. Abrió los ojos y miró hacia el extremo del brazo. Por raro que pareciera, vio en su mano otra mano cortada. Y lo más raro de todo era que ambas intercambiaban un apretón de bienvenida, como si fueran viejas amigas. Se puso de pie y de la garganta le salió un ruido incoherente de asco; intentó deshacerse de aquella cosa que sujetaba contra su voluntad sacudiendo el brazo como si tuviera goma en los dedos. Su mente se pobló de interrogantes. ¿Habría recogido aquel objeto sin darse cuenta? Si era así, ¿dónde, y en nombre de Dios, a quién pertenecía? Y lo más preocupante de todo: ¿como podía una cosa tan incuestionablemente muerta aferrarse a su propia mano como si no fuera a separarse jamás de ella?

Intentó alcanzar la alarma de incendios: era lo único que se le ocurrió hacer en tan extraña situación. Antes de que lograra llegar al pulsador, su otra mano, sin que él se lo ordenara, se dirigió al cajón superior del escritorio y lo abrió. El interior del cajón era un modelo de organización: allí estaban sus llaves, su libreta, la hoja de los horarios y -oculto en el fondo- el cuchillo Kukri, que un gurkha le había regalado durante la guerra. Siempre lo guardaba allí, por si los nativos se ponían nerviosos. El Kukri era un arma soberbia; en su opinión no había otra mejor. Los gurkhas contaban siempre una anécdota sobre el filo de la hoja: se podía cortar el cuello de un hombre con tanta pulcritud que el enemigo tendía a creer que el golpe había fallado, hasta que la víctima movía la cabeza.

Su mano levantó el Kukri por el mango grabado y, rápidamente, demasiado como para que el coronel le adivinara las intenciones antes de que el hecho se hubiera producido, dejó caer la cuchilla sobre su muñeca, cercenándole la otra mano con un golpe elegante y sencillo. El coronel palideció cuando la sangre le salió a borbotones del extremo del brazo.

Tambaleándose, retrocedió, tropezó con la silla giratoria y golpeó con fuerza la pared de su diminuto despacho. Junto a él, el retrato de la reina cayó de su clavo y se estrelló.

El resto fue un sueño de muerte: impotente, observó cómo las dos manos -una, la suya propia, y la otra, la bestia que había inspirado aquella ruina- levantaban el Kukri como si fuera el hacha de un gigante; vio a su otra mano surgir entre sus piernas y prepararse para la liberación; vio el cuchillo en el aire y cuando cayó; vio la muñeca casi cortada y vio luego cómo manipulaban con su mano y separaban la carne para aserrar el hueso. En el último instante, cuando la muerte fue en su busca, percibió cómo retozaban a sus pies los tres animales de cabezas heridas, mientras los muñones le sangraban como grifos y el calor del charco perlaba de sudor su frente, a pesar del frío asentado en sus entrañas. Gracias y buenas noches, coronel Christie.

Eso de la revolución era fácil, pensó Izquierda mientras el trío subía la escalera de la Asociación de Jóvenes Cristianos. A cada hora que pasaba se iban haciendo más fuertes. En el primer piso estaban las celdas; en cada una había un par de prisioneros. Los déspotas yacían indefensos, con las manos sobre el pecho o sobre la almohada, o cruzadas sobre el rostro mientras soñaban, o colgando cerca del suelo. En silencio, las luchadoras por la libertad traspusieron las puertas que habían quedado entreabiertas y se izaron por las sábanas, tocando los dedos de las palmas expectantes, despertando resentimientos ocultos, dando vida a la rebelión con sus caricias...

Boswell se sentía fatal. Se inclinó sobre el lavabo del baño, ubicado al final de su corredor, e intentó vomitar. Pero ya no le quedaba nada que echar, sólo cierto nerviosismo en la boca del estómago. Tenía el abdomen blando por los esfuerzos y la cabeza abotargada. ¿Porqué no aprendía nunca la lección de su propia debilidad? El vino y él eran malos compañeros y siempre lo serían. La próxima vez, se prometió, no probaría ni gota. Le dio otra arcada. Otra vez nada, pensó mientras la convulsión le subía hasta la garganta. Puso la cabeza sobre el lavabo y boqueó; tal como había previsto: nada. Esperó a que se le pasaran las náuseas y luego se incorporó; se quedó mirando la cara grisácea reflejada en el espejo mugriento. «Tienes aspecto de enfermo, chico», se dijo. En el momento en que le sacaba la lengua a sus rasgos menos simétricos, en el corredor empezaron los aullidos. En sus veinte años y dos meses, Boswell jamás había oído un sonido como aquél.

Despacio, cruzó el baño y fue hasta la puerta. Antes de abrir se lo pensó dos veces. Fuera lo que fuese lo que ocurría al otro lado de la puerta, no parecía una fiesta en la que se sintiera deseoso de participar. Pero aquellos eran sus amigos, ¿no?, hermanos en la adversidad. Si se había producido una pelea o un incendio, tenía que echar una mano.

Descorrió el cerrojo y abrió. El panorama con el que se encontraron sus ojos lo golpeó como un martillazo. El corredor se encontraba pobremente iluminado -unas cuantas bombillas mugrientas estaban encendidas a intervalos irregulares, y aquí y allá un haz de luz se proyectaba sobre el pasillo desde uno de los dormitorios-, pero en su mayor parte estaba a oscuras. Boswell dio las gracias mentalmente a Jah por los pequeños favores. No tenía deseo alguno de presenciar los detalles de los acontecimientos del pasillo: la impresión general ya era bastante acongojante de por sí. El corredor era una olla de grillos; todos se revolvían presa del pánico, al tiempo que se cortajeaban con cuanto instrumento afilado habían logrado encontrar. A casi todos los conocía, si no de nombre, al menos de vista. Eran hombres cuerdos, o al menos lo habían sido. Ahora eran presa de un ataque de automutilación, y casi todos se encontraban lastimados más allá de toda esperanza de reparación. Hacia donde Boswell mirara, veía el mismo horror. Cuchillos aplicados a las muñecas y antebrazos, la sangre en el aire como si fuera lluvia. Alguien -¿sería Jesús?- tenía la mano puesta entre la puerta y el mareo y no paraba de darse portazos sobre su carne y sus huesos, al tiempo que

aullaba pidiendo que alguien lo detuviera. Uno de los chicos blancos había encontrado el cuchillo del coronel y se estaba amputando la mano. La cercenó justo cuando Boswell miraba; cayó sobre el dorso, con la raíz irregular y los cinco miembros pedaleando en el aire para poder enderezarse. No estaba muerta, ni siquiera se estaba muriendo.

Unos pocos no habían sucumbido a aquella locura; los pobres diablos fueron carne de cañón. Los enloquecidos les pusieron las manos asesinas encima y los cortaron a trocitos. Uno de ellos, Savarino, fue estrangulado por un muchacho del que Boswell no sabía el nombre; el punk se deshacía en disculpas al tiempo que se miraba incrédulo las manos rebeldes.

Alguien salió de uno de los dormitorios con una mano que no le pertenecía apretándole el gaznate; se tambaleó en dirección al baño, corredor abajo. Era Macnamara, un hombre delgadísimo, que siempre iba tan colocado que era conocido por el mote de «fideo sonriente». Boswell se apartó cuando Macnamara tropezó; ahogándose suplicó ayuda en el quicio de la puerta abierta y se desplomó en el suelo del baño. Pateó y tiró del asesino de cinco dedos que llevaba prendido del cuello, pero antes de que Boswell lograra intervenir para ayudarlo, el pataleo disminuyó y cesó del todo, igual que sus protestas.

Boswell se apartó del cadáver y echó otro vistazo al corredor. Los muertos o los moribundos obstruian el estrecho pasillo; en algunas partes incluso estaban apilados, mientras las mismas manos que una vez habían pertenecido a estos hombres se escabullían sobre las pilas, furiosamente agitadas, para ayudar a concluir una amputación allí donde hiciera falta, o simplemente para bailar sobre las caras muertas. Cuando volvió a mirar lo que ocurría en el baño, una segunda mano había hallado a Macnamara y, armada con un cortaplumas, había comenzado a aserrarle la muñeca. Había dejado huellas ensangrentadas en la distancia que separaba el corredor del cuerpo. Boswell se apresuró a cerrar de un portazo antes de que el lavabo se llenara de ellas. Al hacerlo, el asesino de Savarino, el punk todo disculpas, se abalanzó por el pasillo en dirección al baño, conducido por sus manos letales como si fueran las de un sonámbulo.

-¡Ayúdame! -aulló.

Le cerró la puerta en la cara y echó el cerrojo. Enfurecidas, las manos golpearon una llamada a la batalla sobre la puerta, mientras los labios del punk apretados contra el agujero de la cerradura, continuaban suplicando:

-¡Ayúdame! No quiero hacerlo, hombre, ayúdame.

«Y un cuerno te voy a ayudar», pensó Boswell, intentando no oír las súplicas mientras sopesaba las opciones que tenía.

Sintió algo en el pie. Bajó la mirada, y antes de que sus ojos se encontraran con ella, ya sabía de qué se trataba. Una de las manos, la izquierda del coronel Christie -lo supo por el tatuaje descolorido-, estaba subiéndosele por la pierna. Como un niño perseguido por una abeja, Boswell enloqueció; mientras la mano trepaba hacia el torso, el muchacho se retorció, pero se sentía demasiado aterrado como para arrancársela de encima. Por el rabillo del ojo logró ver que la otra mano, la que había utilizado el cortaplumas con tanta presteza en Macnamara, había abandonado la tarea y atravesaba el suelo para reunirse con su camarada. Sus uñas chocaban contra las baldosas produciendo el mismo ruido que las patas de un cangrejo. Incluso tenía el andar lateral de los cangrejos; aún no dominaba el movimiento hacia adelante.

Boswell todavía conservaba el dominio de sus propias manos; al igual que las manos de unos pocos de sus amigos (difuntos amigos) que estaban fuera, sus miembros se sentían felices en su nicho, despreocupados como su dueño. Le había caido la bendición de poder sobrevivir. Tenía que mostrarse a la altura de la oportunidad que se le brindaba.

Se hizo a un lado y pisoteó la mano que habia en el suelo. Oyó crujir los dedos debajo de la suela; la cosa se retorció como una víbora, pero al menos así la tenía localizada mientras se encargaba de su otra asaltante. Sin quitarle el pie de encima a la bestia, Boswell se inclinó hacia adelante, levantó el cortaplumas que yacía junto a la muñeca de Macnamara y hundió la punta de la cuchilla en el dorso de la mano de Christie que trepaba ya por su barriga. Al verse

atacada, se agarró de las carnes de Boswell y le hundió las uñas en el estómago. Boswell era delgado y resultaba difícil aferrar los músculos lisos como una tabla de lavar ropa. Arriesgándose a que lo destripara, Boswell hundió más el cuchillo. La mano de Christie intentó seguir aferrándolo, pero un golpe más de cuchillo acabó con ella. Se aflojó y Boswell la arrancó de su barriga de un manotazo. Estaba crucificada en el cortaplumas, pero sin intenciones de morirse, y Boswell lo sabía. La sostuvo con el brazo tendido; los dedos arañaron el aire. Entonces, clavó el cuchillo en la pared, inmovilizando efectivamente a la bestia, para que no hiciera daño a nadie. Centró su atención en el enemigo que tenía bajo los pies; apretó hacia abajo con todas sus fuerzas y sintió crujir otro dedo, y otro. Pero continuaba retorciéndose, implacable. Levantó el pie y pateó la mano con todas sus fuerzas, lanzándola hacia la pared opuesta. Se estrelló en el espejo, encima de los lavabos, dejando una marca como si hubieran arrojado un tomate, y cayó al suelo.

No esperó a comprobar si había sobrevivido. Ahora había otro peligro. Había más puños que aporreaban la puerta, más gritos, más disculpas. Querían entrar; no tardarían en lograrlo. Saltó por encima de Macnamara y se dirigió a la ventana. No era muy grande, pero él tampoco lo era. Descorrió el pestillo, empujó, y la ventana se abrió sobre unos goznes excesivamente pintados. Se metió por ella. Con medio cuerpo fuera recordó que se encontraba en un primer piso. Pero una caída, incluso una mala caída, era mejor que quedarse a la fiesta de allí dentro. Los invitados empujaban la puerta, que comenzó a ceder bajo la presión de su entusiasmo. Boswell se retorció y terminó de salir; abajo, la calzada empezó a dar vueltas. En el momento en que la puerta se rompía, Boswell saltó, golpeándose contra el cemento. Se puso en pie de un salto, se miró los miembros y, ¡aleluya!, no tenía nada roto. «Jah adora a los cobardes», pensó. Arriba, el punk se asomó a la ventana y miró hacia abajo anhelosamente.

-Ayúdame -le pidio-. No sé lo que hago.

Pero entonces un par de manos le alcanzaron la garganta y las disculpas cesaron de inmediato.

Boswell se preguntó a quién le contaría lo ocurrido, y que le contaría, al tiempo que se alejaba de la Asociacion de Jóvenes Cristianos vestido con unos pantalones cortos de gimnasia y un calcetín de cada color; en su vida se había sentido tan agradecido de tener frío. Tenía las piernas debilitadas, pero sin duda eso era de esperar.

Charlie despertó con una idea de lo más ridícula. Creía que había asesinado a Ellen y que luego se había cortado la mano. ¡Qué semillero de tonterías era su subconsciente, cuántas ficciones inventaba! Intentó restregarse los ojos pero no encontró la mano para hacerlo. Se sentó de golpe en la cama y comenzó a gritar a voz en cuello.

Yapper había dejado al joven Rafferty para que vigilara a la víctima de la brutal mutilación, con órdenes estrictas de que le avisara en cuanto Charlie George volviera en sí. Rafferty se había dormido y el griterío lo despertó. Charlie observó la cara del muchacho, tan asombrada, tan pasmada. Al verle, dejó de gritar; estaba asustando al pobre muchacho.

-Está despierto -le dijo Rafferty-; iré a buscar a alguien, ¿quiere?

Charlie lo miró con expresión ausente.

-No se mueva de ahi -añadió Rafferty-. Buscaré a una enfermera.

Charlie volvió a posar la cabeza vendada sobre la fresca almohada y se miró la mano derecha; la flexionó, hizo trabajar los músculos en una y otra dirección. Fuera cual fuese el delirio que había hecho presa de él en su casa, había terminado. La mano ubicada al extremo de su brazo era suya, probablemente siempre lo había sido. Jeudwine le había hablado del síndrome del cuerpo en rebeldía: el asesino que sostiene que sus miembros tienen vida propia para no aceptar la responsabilidad de sus actos; el violador que se mutila porque cree que la causa de todo es su miembro descarriado, y no la mente que está tras el miembro.

Pues bien, él no fingiría. Estaba loco, ésa era la pura y sencilla verdad. Que le hicieran lo que tenían que hacerle con sus drogas y medicamentos, con las cuchillas y los electrodos; consentiría a todo antes que volver a pasar por otra noche de horrores como la anterior.

Una enfermera había hecho acto de presencia; lo espiaba como sorprendida de que hubiera sobrevivido. Un rostro encantador, pensó; una mano amorosa y fresca posada sobre su frente.

-¿Está en condiciones de ser interrogado? -inquirió tímidamente Rafferty.

-Tendré que consultar con el doctor Manson y el doctor Jeudwine -replicó el rostro encantador, al tiempo que sonreía a Charlie para infundirle ánimos.

La sonrisa salió un tanto torcida, como forzada. Sin duda sabía que estaba loco, sería por eso. Probablemente le tenía miedo, ¿quien podía culparla? Se separó de su lado para ir a buscar al médico de turno y dejó a Charlie bajo la nerviosa mirada de Rafferty.

-¿...Ellen? inquirió Charlie al cabo de un rato.

-¿Su esposa? -preguntó a su vez el joven.

-Sí. Me pregunto si...

Rafferty se inquietó; jugueteó con los dedos sobre el regazo y repuso:

-Ha muerto.

Charlie asintió. Lo sabía, por supuesto, pero necesitaba asegurarse. Entonces inquirió:

-¿Y ahora qué va a pasar conmigo?

-Está bajo vigilancia.

-¿Qué significa eso?

-Significa que yo lo vigilo -repuso Rafferty.

El muchacho hacía lo que estaba a su alcance para ayudar, pero todas aquellas preguntas lo confundían. Charlie lo volvió a intentar:

-Quiero decir, ¿qué pasará después de la vigilancia? ¿Cuándo van a juzgarme?

-¿Por qué iban a juzgarlo?

-¿Cómo que por qué? -insistió Charlie. ¿Habría oído bien?

-Es usted una víctima... -dijo Rafferty, con una expresión confundida en el rostro-. ¿O no? Usted no ha sido... Lo obligaron. Alguien le cortó la... mano.

-Sí -dijo Charlie-. Fui yo.

Rafferty tragó saliva antes de preguntar:

-¿Cómo ha dicho?

-Yo lo hice. Yo asesiné a mi esposa y luego me corté la mano.

El pobre muchacho no logró entenderlo. Pensó durante medio minuto antes de contestar.

-Pero ¿por qué?

Charlie se encogió de hombros.

-No tiene sentido -dijo Rafferty-. Suponiendo que hubiese sido usted, ¿adónde ha ido la otra mano?

Lillian detuvo el coche. En el camino, frente a ella, había algo, pero no lograba discernir qué era. Lillian era una vegetariana estricta (a excepción de las cenas masónicas con Theodore) y una conservacionista dedicada de los animales; pensó que tal vez se tratara de un animal herido, echado en la carretera, un poco más allá de la luz de sus faros. Quizá fuera un zorro; había leído que volvían a acercarse a las zonas urbanizadas de las afueras para buscar en la basura. Pero algo la inquietó; tal vez la débil luz del amanecer, tan esquiva. No estaba segura de si debía bajar o no del coche. Theodore le hubiera ordenado que continuara su camino, por supuesto, pero Theodore la había abandonado. ¿no? Tamborileó con lo dedos en el volante, irritada ante su propia indecisión. «Supón que fuera un zorro herido»; no había tantos en pleno Londres como para que se permitiera el lujo de seguir su camino. Tenía que actuar de samaritana, aunque se sintiera como un fariseo.

Cautelosamente salió del coche y, por supuesto, despues de tanto cavilar no logró ver nada. Se dirigió a la parte frontal del coche para asegurarse. Le sudaban las palmas de las manos y unos espasmos de excitación como descargas eléctricas las recorrían.

Y el ruido: el susurro de cientos de pies diminutos. Había oído historias -historias absurdas, en su opinión- de manadas de ratas migratorias que atravesaban la ciudad por las noches y devoraban hasta los huesos a todo ser viviente que se interpusiera en su camino. Al imaginarse a las ratas, se sintió más como un fariseo que nunca, y retrocedio en dirección al coche. Cuando su larga sombra, proyectada hacia adelante por las luces del coche, se movió, reveló a las primeras de la manada. No eran ratas.

Una mano, una mano de largos dedos, deambuló hacia la luz amarillenta y señaló hacia arriba, en su dirección. Su llegada fue seguida inmediatamente por otra de las imposibles criaturas, y luego una docena más, y otra docena más. Estaban apelotonadas como cangrejos en la pescadería, sus dorsos brillantes muy juntos, y las piernas golpeteaban al formar fila. La mera multiplicación de su número no las hizo más creíbles; pero mientras ella rechazaba la visión, comenzaron a avanzar hacia ella. Lillian retrocedió un paso.

Sintio el costado del coche a su espalda, se volvió y tendió la mano para alcanzar la puerta. Estaba entreabierta, gracias a Dios. Los espasmos de sus propias manos habían empeorado, pero seguía dominándolos. Cuando sus dedos tantearon el coche para encontrar la puerta, soltó un gritito. Un puño negro y regordete ocupaba el picaporte; su muñeca abierta era un trozo de carne seca.

Espontánea y atrozmente, sus propias manos comenzaron a aplaudir. De pronto no lograba controlar su comportamiento; aplaudían como enloquecidas para aprobar el golpe. Resultaba ridículo lo que estaba haciendo, pelo Lillian no podía evitarlo.

-¡Basta! -les ordenó a sus manos-. ¡Basta ya! ¡Basta!

Pararon abruptamente y se volvieron a mirarla. Lillian sabia que la miraban a su manera, sin ojos, y presintió que estaban hastiadas de la forma en que las trataba. Sin previo aviso se abalanzaron sobre su cara. Sus uñas, otrora su orgullo y su alegría, encontraron los ojos: de inmediato el milagro de la vista se convirtió en una húmeda inmundicia que le bajó por las mejillas. Ya ciega, perdió la orientación y cayó hacia atrás, pero había manos más que suficientes para agarrarla. Se sintió elevada por un mar de dedos.

Cuando arrojaron su cuerpo ultrajado a la cuneta, perdió la peluca, que tanto le había costado a Theodore en Viena. Después de un mínimo de persuasión, lo mismo les ocurrió a sus manos.

El doctor Jeudwine bajó la escalera de la casa de los George preguntándose (sólo preguntándose) si el abuelo de su sagrada profesión, Freud, no se habría equivocado. Las paradojas del comportamiento humano no encajaban en aquellos compartimientos pulcros y clásicos que les había asignado; tal vez el intentar ser racional con respecto a la mente humana era una contradicción en sí misma. Melancólico, se detuvo al pie de la escalera; no tenía ganas de volver ni al comedor ni a la cocina, pero se sentía obligado a contemplar una vez más las escenas de los crímenes. La casa deshabitada le daba grima; estaba solo, y el hecho de que en la puerta principal hubiera un policía montando guardia no contribuía a la paz de su espíritu. Se sentía culpable, sentía que había fallado a Charlie. Estaba claro que no había sondeado en la psiquis de éste con la profundidad suficiente como para desenterrar la verdadera trampa, el verdadero motivo que se ocultaba tras los asombrosos actos cometidos. Asesinar a su propia mujer, a la que había dicho amar tanto, en su lecho conyugal y luego cortarse la propia mano: era inconcebible. Jeudwine se miró las manos durante un momento: las marcas de los tendones y las venas azul-purpúreas de las muñecas. La policía sostenía la teoría del intruso, pero a él no le cabía duda de que Charlie había sido el autor de los hechos: el asesinato, la mutilación y demás. El único hecho que asombraba a Jeudwine era que no había logrado descubrir en su paciente la mas ligera tendencia a cometer tales actos.

Entró en el comedor. El equipo forense había terminado con su trabajo; sobre una serie de superficies había una ligera película de polvo para las huellas. Era un milagro la forma en que difería una mano humana de otra. Sus líneas eran tan únicas como las caras o el tono de la voz. Bostezó. La llamada de Charlie lo había despertado en mitad de la noche y desde ese momento no había vuelto a dormir. Se había quedado a ver cómo envolvían a Charlie y se lo llevaban, y cómo cumplían con sus obligaciones los investigadores; había visto el amanecer blanco como un bacalao elevar su cabeza hacia el río; había bebido café, se había abatido, había pensado mucho en renunciar a su puesto como consultor psiquiátrico antes de que toda aquella historia saltara a las páginas de la prensa; había bebido mas café y se había pensado mejor lo de renunciar, y ahora, perdida toda fe en Freud o en cualquier otro gurú, consideraba seriamente la posibilidad de publicar un libro sobre su relación con Charles George, el uxoricida. De esa forma, aunque perdiera su empleo, le quedaría algo por rescatar de todo aquel lamentable episodio. ¿Y Freud? Charlatán vienés. ¿Qué podía enseñarle el viejo comeopio?

Se dejó caer sobre una de las sillas del comedor; se puso a escuchar el silencio que había descendido sobre la casa, como si las paredes, aleladas por lo que habían presenciado, estuvieran conteniendo el aliento. Tal vez dormitara un poco. En sueños, oyó un chasquido, vio un perro y despertó encontrándose con un gato en la cocina: un gato gordo, blanco y negro. Charlie había mencionado de pasada a este animalito doméstico. ¿Como se llamaba? *Celoso*. eso era: lo llamahan así por las dos manchas negras que tenía sobre los ojos y que le daban una expresión perpetuamente irritada. El gato miraba la sangre derramada sobre el suelo de la cocina; quería encontrar la forma de evitar el charco y llegar hasta su plato sin tener que maneharse las patas con el desorden que su amo había dejado. Jeudwine observó al melindroso animal avanzar con tiento por la cocina para olisquear el plato vacío. No se le ocurrió darle de comer: odiaba a los animales.

Finalmente, decidió que no tenía sentido quedarse más rato en la casa. Ya había realizado todos los actos de contrición que tenía en mente y se había sentido tan culpable como era capaz. Echaría otra rapida mirada en el piso de arriba, por si había pasado por alto alguna pista, y luego se marcharía.

Al bajar otra vez, al pie de la escalera oyó chillar al gato. ¿Chillar? No, más bien aullar. Al oírlo, la espina dorsal le pareció una columna helada en mitad de la espalda: fría como el hielo e igual de frágil. A toda prisa, volvió sobre sus pasos por el vestíbulo y entró en el comedor. La cabeza del gato estaba sobre la alfombra, y... dos...,dos (dilo, Jeudwine) manos la hacían avanzar rodando.

Miró mas alía de la presa, hacia la cocina, allí, una docena mas de bestias se escabullían de un lado a otro por el suelo. Algunas estaban en la parte superior del armario, oteando en derredor; otras trepaban por la pared, imitación ladrillo, para alcanzar los cuchillos de la rejilla.

-Oh, Charlie... -dijo en voz baja. reprendiendo al maniaco ausente- ¿Qué has hecho?

Los ojos comenzaron a llenársele de lágrimas; no por Charlie, sino por las generaciones que vendrían cuando él, Jeudwine, fuera silenciado. Generaciones confiadas, de mentalidades sencillas, que depositarían su fe en la eficacia de Freud y la Sagrada Escritura de la Razón. Sintió que las rodillas empezaban a temblarle y se dejó caer sobre la alfombra del comedor, con los ojos demasiado anegados como para ver claramente a las rebeldes que se agolpaban a su alrededor. Cuando sintió que una cosa extraña se le sentaba en el regazo, bajó la vista y allí vio sus propias manos. Sus índices se tocaban apenas, con las uñas bien arregladas apoyadas una contra la otra. Lentamente, con una determinación horrenda en sus movimientos, los índices levantaron sus cabezas y comenzaron a trepar por su pecho, sujetándose en cada pliegue de su chaqueta italiana, en cada ojal. La escalada terminó abruptamente en el cuello, igual que Jeudwine.

La mano izquierda de Charlie tenía miedo. Necesitaba confianza, necesitaba aliento: en una palabra, necesitaba a Derecha. Al fin y al cabo, Derecha había sido el Mesías de esta nueva era, la unica con una visión de futuro sin el cuerpo. El ejército que había reunido Izquierda debía captar esa visión, o pronto degeneraría transformándose en una chusma asesina. Si eso ocurría, la derrota no tardaría en producirse: ésa era la sabiduría convencional de las revoluciones.

Por eso Izquierda las había conducido de vuelta a la casa, buscando a Charlie en el último sitio donde lo había visto. Vana esperanza suponer que volvería allí; pero se trataba de un acto de desesperación.

Sin embargo, las circunstancias no desfavorecieron a las insurgentes. Aunque Charlie no estaba allí, se habían encontrado con el doctor Jeudwine, y las manos de éste no sólo sabían adónde habían conducido a Charlie, sino el camino para llegar hasta allí; conocían incluso la cama en que yacía.

Boswell no sabía a ciencia cierta por qué había echado a correr, ni hacia dónde iba. Tenía las facultades críticas mermadas y el sentido de la orientación completamente confundido. Pero una parte de él parecía saber adónde se dirigía, aunque él mismo lo ignorara, porque comenzó a reunir impulso al llegar al puente, y el trote se convirtió en carrera acelerada que no tenía absolutamente en cuenta cómo le quemaban los pulmones ni cómo le latía la cabeza. Desposeído de toda intención excepto de la huida, notó que rodeaba la estación y que corría paralelo a las vías del tren; simplemente iba hacia donde lo llevaban las piernas, aquél era el comienzo y el fin de la cuestión.

El tren surgió de repente, en la oscuridad. No silbó, no avisó. Tal vez el conductor notara su presencia, tal vez no. Y aunque la hubiera notado, el hombre no podía ser considerado responsable de los hechos que acontecieron luego. No, la culpa fue enteramente de Boswell: la forma en que sus pies viraron repentinamente hacia las vías y cómo se le doblaron las rodillas para quedar tendido sobre los durmientes. El último pensamiento coherente de Boswell, cuando las ruedas pasaron por encima de él, fue que el tren no hacía más que pasar de A a B y que, al hacerlo, le cortaría limpiamente las piernas entre la ingle y la rodilla. Entonces se encontró debajo de las ruedas -los vagones pasaron pesadamente por encima de él- y el tren soltó un silbido (tan parecido a un grito) que lo arrastró en la oscuridad.

El muchacho negro fue conducido al hospital poco después de las seis; allí la jornada comenzaba temprano, los pacientes dormilones eran despertados de sus sueños para enfrentarse a otro largo y aburrido día. Se entregaban unas tazas de desvaído té gris a unas manos resentidas; se tomaban las temperaturas y se distribuía la medicacion. El muchacho y su terrible accidente apenas lograron conmocionar el ambiente.

Charlie volvía a soñar. Pero no con el Alto Nilo, cortesía de las Colinas de Hollywood, ni con la Roma Imperial, ni con los barcos de esclavos de Fenicia. Era un sueño en blanco y negro. Soñaba que yacía en su ataúd. Ellen estaba allí (su subconsciente no se había hecho a la idea de su muerte), y tambien sus padres. Toda su vida se encontraba allí presente. Se acercó alguien (¿sería Jeudwine?; su voz consoladora le sonaba familiar) para atornillar suavemente la tapa del ataúd, y Charlie intentaba avisar a los miembros de la comitiva fúnebre de que seguía con vida. Al ver que no lo oían, el pánico se apoderó de él, pero por más que gritara, sus palabras no producían reacción alguna; lo único que podía hacer era permanecer allí tendido y dejar que lo encerraran en aquel dormitorio definitivo.

El sueño avanzó unas cuantas escenas más. Desde arriba le llegó la voz de la persona que oficiaba el servicio: *«El hombre tiene poco tiempo para vivir...»*; oyó el roce de las cuerdas, y la sombra de la tumba pareció oscurecer la oscuridad. Lo bajaban a la fosa, y él seguía protestando cuanto podía. Pero en la fosa el aire se había vuelto pesado; le costaba cada vez

más respirar, y más aún aullar sus protestas. Logro inspirar una ligera bocanada de aire viciado a través de los doloridos senos nasales, pero al parecer tenía la boca llena de algo, flores quizá, y no lograba mover la cabeza para escupirlas. Oía el ruido seco de los terrones de tierra sobre el ataúd, y por Cristo que también lograba oír el ruido de los gusanos que lamían sus costillas. El corazon le latía tanto que parecia a punto de estallarle; la cara, estaba seguro, tendría un tono negro azulado por el esfuerzo.

Entonces, milagrosamente, tuvo compañía en el ataúd, alguien que luchaba por quitarle lo que le obstruía la boca.

-¡Señor George! -le gritaba aquel angel piadoso.

Abrió los ojos en la oscuridad. Era la enfermera del hospital en el que había estado internado; ella también se hallaba en el ataúd.

-¡Señor George!

El pánico se estaba apoderando de la mujer, aquel modelo de calma y paciencia; al borde de las lágrimas, luchó por arrancarle la mano de la cara.

-¡Se está usted ahogando! -le gritó.

Otros brazos ayudaban en la lucha, y estaban ganando. Tuvieron que intervenir tres enfermeras para quitarle la mano de la cara; por fin lo lograron. Charlie volvió a respirar, ávido de aire.

-¿Se encuentra bien, señor George?

Abrió la boca para tranquilizar al ángel, pero se había quedado momentáneamente sin voz. Fue vagamente consciente de que su mano seguía luchando al extremo del brazo.

-¿Dónde está Jeudwine? -inquirió jadeando-. Por favor, que venga.

-El doctor no está en estos momentos, pero vendrá a verio más tarde.

-Quiero que venga ahora.

-No se preocupe, señor George -repuso la enfermera, tras recuperar su trato atento y gentil-, le daremos un sedante suave y así podrá dormir un rato.

-¡No!

-Sí, señor George -repuso ella con firmeza-. No se preocupe. Está usted en buenas manos.

-No quiero dormir más. ¿Es que no lo ve? Ellas me controlan cuando estoy dormido.

-Aquí está usted seguro.

No era tan tonto. Sabía que no estaba seguro en ninguna parte, ya no. No mientras tuviera una mano. Ya no estaba bajo su control, si alguna vez lo había estado; quizá fuera simplemente una ilusión de servidumbre que había creado durante esos cuarenta y pico de años, una actuación para acallarlo y hundirlo en un falso sentido de autocracia. Quería explicar todas estas cosas, pero no le salían las palabras. Se limitó a decir:

-No quiero dormir más.

Pero la enfermera tenía sus procedimientos. La sala estaba atestada de pacientes, y a cada hora llegaban más (acababa de enterarse de que en la Asociación de Jóvenes Cristianos se habían producido terribles escenas: docenas de heridos, un intento de suicidio colectivo); lo único que podía hacer era administrar un sedante a los nerviosos y continuar con las tareas del día.

-Sólo un sedante suave -repitió.

Y acto seguido enarboló en la mano una aguja que escupía sueños.

-Escúcheme un momento -le dijo Charlie, intentado razonar con ella.

Pero la mujer no estaba dispuesta a las argumentaciones.

-Deje de portarse como un niño -le riñó, con los ojos llenos de lágrimas.

-Es que no lo entiende -le explico él mientras la enfermera buscaba la vena en el brazo.

-Se lo contará todo al doctor Jeudwine cuando venga a verlo.

La aguja se había clavado en el brazo y el émbolo ya comenzaba a bajar.

-¡No! -gritó George, y retiró el brazo.

La enfermera no esperaba semejante violencia. El paciente se había levantado y había saltado de la cama antes de que ella terminara de colocarle la inyección, y le había quedado la jeringuilla colgada del brazo.

-Señor George -le dijo severamente-. ¡Vuelva inmediatamente a la cama!

Charlie la señaló con el muñón.

-No se me acerque.

-Los demás pacientes se portan bien -intentó avergonzarlo- ¿Es que no puede hacer lo mismo?

Charlie negó con la cabeza. La jeringuilla se le salió de la vena y cayó al suelo, llena en sus tres cuartas partes.

-No se lo volveré a repetir -dijo la enfermera.

-Claro que no, maldita sea -repuso Charlie.

Salió de la sala como disparado; a ambos lados, los pacientes alentaban su huida. «Vete, muchacho» gritó alguien. La enfermera se lanzó en su persecución, pero al llegar a la puerta un cómplice instantáneo intervino arrojándose literalmente delante de ella. Charlie se perdió de vista por los corredores antes de que la mujer lograra levantarse y continuar la persecución.

Era fácil perderse en aquel lugar. No tardó en advertirlo. El hospital había sido construido a finales del siglo XIX y posteriormente, a medida que las donaciones lo permitieron, había sufrido diversas ampliaciones: un ala en 1911, otra después de la primera guerra mundial, más salas en la década de los cincuenta, y el Ala Chaney Memorial en 1973. Aquel lugar era un laberinto. Tardarían siglos en encontrarlo.

El problema era que no se sentía tan bien. El muñón del brazo izquierdo comenzó a dolerle a medida que los calmantes fueron perdiendo su efecto, y tuvo la impresión de que sangraba debajo de las vendas. Además, el cuarto de jeringa de sedante que le habían inyectado lo estaba obnubilando. Se sentía ligeramente atontado, tenía la certeza de que se le notaba en la cara. Pero no permitiría que lo obligasen a volver a la cama, a dormir, hasta que se hubiera sentado en un sitio tranquilo a meditar sobre todo aquel asunto.

Encontró refugio en un cuarto diminuto, cerca de uno de los corredores; estaba tapizado de archivadores y de pilas de informes, y olía ligeramente a humedad. Había logrado llegar hasta el Ala Chaney Memorial, aunque no lo sabía. Se trataba de un monolito de siete pisos construido con un legado del millonario Frank Chaney; la empresa constructora del magnate se había encargado de erigirlo, tal como estipulaba el testamento del anciano. Había utilizado materiales de segunda y aprovechado el sistema de desagües anterior, razón por la cual Chaney había muerto millonario, y el Ala se estaba cayendo a pedazos del sótano para arriba. Se deslizó en un hueco apretado que había entre dos archivadores, bien apartado de la vista, por si entraba alguien, se agachó y comenzó a interrogar a su mano derecha.

-¿Y bien? -exigió en un tono razonable-. Explícate.

La mano se hizo la sorda.

-No te servirá de nada, te tengo calada -le dijo.

Continuó sentada al extremo de su brazo, inocente como un niño.

-Has intentado matarme... -la acusó.

La mano se abrió un poco, sin que él se lo ordenara, y le echó una ojeada.

-Podrías intentarlo otra vez, ¿verdad?

Comenzó a flexionar los dedos ominosamente, como un pianista que se prepara para un solo particularmente difícil.

-Sí, podría intentarlo en cualquier momento -afirmó.

-De hecho, poco puedo hacer para impedirlo, ¿no? –prosiguió Charlie-. Tarde o temprano me cogerás desprevenido. No puedo poner alguien para que me vigile el resto de mi vida. Me pregunto qué me queda entonces por hacer. Estar así y estar muerto es más o menos la misma cosa, ¿no te parece?

La mano se cerró un poco; la carne mullida de la palma se arrugó de placer.

-Así es, estás acabado, pobre imbécil, y no podrás hacer nada –le dijo.

-Mataste a Ellen.

-*Sí.*

La mano sonrió.

-Y me cortaste la otra mano para que huyera. ¿Estoy en lo cierto?

-*Sí* -repuso.

-Me di cuenta -le comento Charlie-, presentí lo quc se avecinaba. Y ahora quieres hacer lo mismo, ¿me equivoco? Quieres separarte de mí e irte.

-*Exactamente.*

-No me dejarás en paz, ¿verdad? No te quedaras tranquila hasta que hayas logrado tu libertad.

-Eso es.

-De acuerdo -asintió Charlie-. Creo que nos entendemos, y estoy dispuesto a hacer un trato contigo.

La mano se acercó a su rostro, subiendo por la chaqueta del pijama con aire conspirador.

-Te dejaré libre -le informó.

Ahora estaba apoyada sobre su cuello; no lo apretaba, pero se encontraba lo suficientemente cerca como para ponerlo nervioso.

-Encontraré la forma, te lo prometo. Una guillotina, un escalpelo, no sé qué.

Se restregó contra él como un gato y lo acarició.

-Pero has de hacerlo a mi manera, y cuando yo lo diga. Porque si me matas no podrás sobrevivir, ¿verdad? Te enterrarán conmigo, igual que enterraron las manos de papá.

La mano dejó de acariciarlo y se subió por el costado del archivador.

-¿Trato hecho? -inquirió Charlie.

La mano no le hacía el menor caso. De repente había perdido todo interés en la negociación. De haber tenido nariz, habría estado olisqueando el aire. En unos pocos instantes, las cosas habían cambiado: ya no había trato.

Charlie se incorporó torpemente y fue hasta la ventana. Por dentro, el cristal estaba sucio, y por fuera estaba cubierto de varias capas de excrementos de pájaros, pero a pesar de todo logró divisar el jardín que había abajo. Había sido diseñado de conformidad con los términos del legado del millonario: un jardín formal que serviría de glorioso monumento a su buen gusto, tal como el edificio lo era de su pragmatismo. Pero cuando el edificio había comenzado a deteriorarse, el jardín había sido abandonado a sus propios recursos. Sus escasos árboles estaban muertos o bien se doblaban bajo el peso de las ramas no podadas; los bordes estaban llenos de maleza; los bancos volcados sobre los respaldos, con las patas cuadrangulares al aire. Sólo el césped estaha cortado y constituía una pequeña concesión al cuidado. Alguien, un médico que había salido un momento a fumar, se paseaba por los estrechos senderos. No había nadie más allí.

Pero la mano de Charlie se había posado en el cristal y lo raspaba, hundiendo en él las uñas, en un vano intento por llegar al mundo exterior. Al parecer, allí fuera había algo más que el caos.

-Quieres salir -comentó Charlie.

La mano quedó aplanada contra la ventana y comenzó a golpear con la palma, rítmicamente, contra el cristal: era el tambor de un ejército invisible. La apartó de la ventana, sin saber qué hacer. Si se negaba a sus exigencias, podría herirlo. Si las consentía, e intentaba salir al jardín, ¿qué iba a encontrar? Por otra parte, ¿qué alternativa le quedaba?

-Está bien -dijo-, ya vamos.

Afuera, en el corredor, había una actividad febril; casi nadie se molestó en mirar en su dirección, a pesar de que era el único que vestía el pijama de paciente e iba descalzo. Sonaban timbres, los altavoces pedían por este o aquel médico, los ingresados eran llevados a la morgue o al lavabo; se hablaba de las terribles escenas en la sala de Urgencias: decenas de muchachos sin manos. Charlie se movio entre la multitud demasiado de prisa como para captar una frase coherente. Creyó más conveniente mostrarse concentrado, fingir que tenía un

propósito y un destino. Tardó un rato en ubicar la salida al jardín; sabia que la mano se impacientaba. Al costado de su cuerpo, flexionaba y estiraba los dedos, urgiéndole a continuar. Entonces vio el cartel: *A los jardines del Legado Chaney Memorial.*

En una esquina giró hacia un corredor apartado, carente de tráfico urgente, en cuyo extremo opuesto había una puerta que conducía al aire libre.

Afuera todo estaba muy tranquilo. En el aire y en el cesped no se veía ni un pájaro; ni una abeja zumbaba entre las flores. Hasta el médico se había marchado, probablemente a reanudar sus tareas quirúrgicas.

La mano de Charlie estaba extasiada. Sudaba tanto que goteaba, y la sangre la había abandonado, por lo que la cubría una blanca palidez. Al parecer, ya no era suya. Era otro ser al que él, por alguna desafortunada argucia de la anatomía, se encontraba pegado. No veía la hora de deshacerse de ella.

El césped estaba húmedo de rocío, y en la sombra proyectada por el edificio de siete plantas hacía frío. Todavía eran las seis y media de la mañana. Quizá los pájaros siguieran dormidos y las abejas se hubieran demorado en sus colmenas. Tal vez en aquel jardín no había nada que temer: unas cuantas rosas de capullos podridos y gusanos tempraneros haciendo volteretas en el rocío. Tal vez su mano estuviera equivocada, y allí no hubiera más que la mañana.

Mientras vagaba, se fue adentrando en el jardín y notó las huellas del médico, más oscuras sobre el césped verde plateado. Al llegar al árbol y ver que la hierba se tornaba roja, advirtió que las pisadas iban, pero no volvían.

Boswell se encontraba en un coma voluntario; no sentía nada y se alegraba. Su mente reconoció apenas la posibilidad de despertar, pero el pensamiento era tan vago que no le costó trabajo negarse. De vez en cuando, una tajada del mundo real (del dolor, del poder) se deslizaba por entre sus párpados, se detenía un instante y se alejaba al vuelo. Boswell no quería saber nada de eso. No quería volver a recuperar la conciencia. Presentía ligeramente lo que encontraría al despertar, lo que le esperaba allí fuera, taconeando sin cesar.

Charlie levantó la vista y miró hacia las ramas. El arbol tenía dos extraordinarias clases de fruta.

Una era un ser humano: el cirujano que fumaba el cigarrillo. Había muerto con el cuello alojado en el ángulo que formaban dos ramas. Le faltaban las manos. Sus brazos acababan en dos heridas redondeadas de las que todavía manaban pesados coágulos de color brillante que caían al cesped. Por encima de su cabeza, el árbol se encontraba abarrotado de otros frutos, todavia menos naturales. Las manos estaban en todas partes: cientos de ellas charlaban como un parlamento manual mientras debatían las tácticas. Las había de todas las formas y colores; subían y bajaban por las ramas bamboleantes.

Al verlas así reunidas, las metáforas se volvian mutiles. Eran lo que eran: manos humanas. Y en eso residía el horror.

Charlie quiso huir, pero su mano derecha no quería saber nada. Aquéllas eran sus discípulas; se habían reunido allí en tanta abundancia para esperar sus parábolas y sus profecías. Charlie miro al médico muerto y luego a las manos asesinas y pensó en Ellen, su Ellen, que había muerto sin culpa alguna y que ya estaría fría en la tumba. Pagarían por el crimen, todas ellas. Siempre y cuando cl resto de su cuerpo le respondiera, las haría pagar. Había sido una cobardía intentar negociar con aquel cáncer que colgaba de su muñeca, ahora lo comprendía. Ella y las de su calaña eran una peste. No tenían derecho a vivir.

El ejército lo había avistado, y la nueva de su presencia se desparramó por las filas como un fuego incontrolado. Se agolparon en el tronco para bajar; algunas se tiraban como manzanas maduras de las ramas más bajas, ansiosas por abrazarse al Mesías. No tardarían en

abalanzarse sobre él, y entonces habría perdido toda ventaja. Era ahora o nunca. Se alejó del árbol antes de que su mano derecha lograra asir una rama, y levantó la vista hacia el Ala Cbaney Memorial, buscando inspiración. La torre se elevaba por encima del jardín; las ventanas cegadas por el cielo, las puertas cerradas. Allí no habría solaz.

A sus espaldas, oyó el susurro de la hierba cuando incontables cantidades de dedos la pisotearon. Las tenía ya pegadas a los talones; entusiasmadas, seguían a su líder.

Charlie se dio cuenta de que lo seguirían adondequiera que se dirigiese. Tal vez esa ciega adoración por la mano que le quedaba era una debilidad que podría explotar. Exploró el edificio por segunda vez y su desesperada mirada descubrió la escalera de incendios; subía por el costado del edificio zigzagueando en dirección al tejado. A la carrera, se lanzó hacia ella, sorprendido de la velocidad de que era capaz. No había tiempo para volverse a mirar si lo seguían; debía confiar en la devoción de las manos. Después de unos cuantos pasos, su enfurecida mano se le abalanzó sobre el cuello, amenazando con arrancarle la garganta, pero él continuó la carrera, indiferente a los zarpazos. Llegó al pie de la escalera de incendios y, agilizado por la adrenalina, subió los peldaños metálicos de dos en dos, de tres en tres. No mantenía bien el equilibrio sin una mano para aferrarse de la barandilla de seguridad, pero ¿qué importaba si se lastimaba? No era más que su cuerpo.

En el tercer descansillo se arriesgó a echar un vistazo hacia abajo, a través del enrejado de los escalones. Al pie de la escalera de incendios, una cosecha de flores de carne alfombraba el suelo y se extendía en dirección a él. Subían a centenares, hambrientas, llenas de uñas y odio. «Déjalas que vengan -pensó-, deja que las malditas me sigan. Yo empecé esto y yo lo acabaré.»

Una infinidad de rostros se habían asomado a las ventanas del Ala Chaney Memorial. De los pisos inferiores le llegaban voces incrédulas y aterradas. Ya era demasiado tarde para contarles la historia de su vida: tendrían que reconstruir los retazos por sí mismas. ¡Y vaya rompecabezas sería! Tal vez, en su esfuerzo por comprender lo ocurrido esa mañana, encontrarían una solución creíble, la explicación del levantamiento que él no había logrado hallar; pero lo dudaba.

Estaba ya en el cuarto piso y se disponía a subir al quinto. La mano derecha se le hundía en el cuello. Tal vez sangrara, aunque tal vez fuera la lluvia, lluvia cálida que le chorreaba por el pecho y le bajaba por las piernas. Dos pisos más y llegaría al tejado. Debajo de él, en la estructura metálica, se produjo un zumbido: el ruido de la miríada de dedos que subían hacia él. El tejado se encontraba a una docena de peldaños, y se arriesgó a echar una segunda mirada hacia abajo, más allá de su cuerpo (no era lluvia lo que lo bañaba). Vio la escalera de incendios completamente cubierta de manos, como pulgones apiñados en el tallo de una flor. No, era otra metáfora. Las metáforas tenían que acabar.

El viento azotaba las alturas; hacia frío, pero Charlie no tenía tiempo de apreciarlo. Rebasó el parapeto de sesenta centímetros y saltó al tejado cubierto de grava. En los charcos yacían los cuerpos muertos de unas palomas; las grietas serpenteaban a través del cemento; un cubo con la inscripción «Vendajes sucios» estaba caído de lado y su contenido había adquirido una tonalidad verdosa. Atravesó aquella locura al tiempo que la primera del ejército indicaba al resto que subieran por el parapeto.

El dolor de la garganta se abrió paso hacia su cerebro desbocado cuando sus dedos traicioneros se le enterraron en la tráquea. Le quedaban pocas fuerzas después de la carrera ascendente por la escalera de incendios, y con dificultad cruzó al lado opuesto, que supondría una caída vertical hacia el cemento. Tropezó una vez, y otra. Ya no le quedaban fuerzas en las piernas, y en lugar de pensamientos coherentes la cabeza se le llenó de tonterías. Un koan, acertijo budista que había visto en una ocasión en la cubierta de un libro, le punzaba la memoria.

«¿Cuál es el sonido...?», comenzaba, pero no lograba completar la pregunta, por más esfuerzos que hiciera.

«¿Cuál es el sonido...?»

«Olvida los acertijos», se ordenó a si mismo, conminando a sus piernas a que dieran un paso mas, y luego otro. Estuvo a punto de caer contra el parapeto, en el lado opuesto del tejado, y se quedó mirando hacia abajo. Era una caída vertical. Abajo había un aparcamiento de coches, frente al edificio. Estaba vacío. Se asomó un poco más y de su cuello lacerado cayeron gotas de sangre que, rápidamente, se fueron haciendo más y más pequeñas hasta humedecer el suelo. «Allá voy», le dijo a la gravedad y a Ellen, y pensó qué bonito sería morir y no tener que preocuparse nunca más de si le sangraban las encías al cepillarse los dientes o si se le había ensanchado la cintura, o si alguna belleza pasaba junto a él, en la calle, y le asaltaba el deseo de besarle los labios sin poder hacerlo jamás.

De pronto, el ejercito se abalanzó sobre él, trepándole por las piernas, presa de una fiebre victoriosa.

-Podéis venir -les dijo, al tiempo que oscurecían su cuerpo de la cabeza a los pies, necias en su entusiasmo-, podéis venir adonde yo vaya.

«¿Cuál es el sonido...?» Tenía la frase en la punta de la lengua.

Ya, ya la recordaba. *«¿Cuál es el sonido de una mano que aplaude?»* Qué satisfacción recordar algo rescatado del subconsciente con tanto esfuerzo... Era como encontrar una pequeña alhaja que se tenía por perdida para siempre. La emoción que le produjo el recordarlo endulzó sus últimos instantes. Se lanzó al espacio vacío, cayó y cayó hasta que la higiene dental y la belleza de las jóvenes mujeres concluyeron de repente. Las manos fueron tras él como una lluvia, destrozándose sobre el cemento, alrededor de su cuerpo, en oleadas; se lanzaron a su propia muerte en busca del Mesías.

Para los pacientes y enfermeras apiñados en las ventanas fue una escena de un mundo fantástico; comparado con aquello, una lluvia de sapos habría sido un hecho cotidiano. Les inspiró mas admiración reverencial que terror: era fabuloso. Terminó demasiado pronto, y al cabo de un minuto unas cuantas manos valientes se aventuraron a deambular entre los desechos para ver lo más posible. Había bastante y, a pesar de ello, nada. Obviamente era un raro espectaculo: horrible, inolvidable. Pero en él no podía descubrirse significado alguno, simplemente la parafernalia de un apocalipsis menor. No restaba más que limpiarlo todo; las propias manos se mostraron dóciles a regañadientes, mientras los cadáveres eran catalogados y metidos en cajas para un futuro examen. Algunas de las personas que participaron en la operación encontraron un momento a solas para rezar pidiendo explicaciones o al menos el poder dormir sin soñar. Entre el personal, hasta los agnósticos de conocimientos fragmentarios se sorprendieron al descubrir cuán fácil resultaba juntar las manos.

En su cuarto privado, en Cuidados Intensivos, Boswell volvio en sí. Tendio la mano hasta alcanzar el timbre que había junto a su cama y lo pulsó, pero nadie acudió a su llamada. En el cuarto había alguien que se ocultaba en el rincon detrás del biombo. Había oído como el intruso arrastraba los pies.

Volvió a pulsar el timbre, pero en el edificio sonaban muchos otros timbres y, al parecer, nadie se molestaba en contestarlos. Apoyándose en la mesita de noche que había junto a la cama, se acerco al borde de la misma para ver mejor al bromista.

-Sal de ahí -murmuró con los labios secos. Pero el desgraciado se tomaba su tiempo-. Sal..., se que estás ahí.

Tiró un poco más y de repente notó que se había alterado radicalmente su centro de equilibrio, que no tenía piernas y que estaba a punto de caerse de la cama. Con los brazos se cubrió la cabeza para que no golpeara el suelo, y lo logró. Sin embargo, se quedó sin aliento. Mareado, permaneció tirado donde había caído, intentando orientarse. ¿Que había ocurrido? ¿Dónde estaban sus piernas, en nombre de Jah?

Sus ojos enrojecidos exploraron la habitación y se posaron sobre unos pies desnudos que se encontraban a un metro escaso de su nariz. Del tobillo les colgaba una etiqueta en la que se indicaba que iban destinados al incinerador. Levantó la vista y supo que eran sus piernas;

estaban allí de pie, amputadas entre la ingle y la rodilla, pero seguían vivas y pateaban. Por un momento creyó que pretendían hacerle daño, pero no. Después de haberle revelado su presencia, lo dejaron allí tendido, contentas de estar libres.

¿Acaso sus ojos no envidiaron su libertad, y su lengua no se sintió ansiosa por abandonar la boca y salir? ¿Acaso cada parte de él, en su forma sutil, no se preparaba para abandonarlo? Era una alianza que se mantenía unida gracias a la más tenue de las treguas. Y ahora que ya se había sentado un precedente, ¿cuánto tardaría en producirse el siguiente levantamiento? ¿Minutos? ¿Años?

Con el corazón en la boca, Boswell esperó la caída del Imperio.

Librodot

LA CONDICIÓN INHUMANA

-¿Has sido tú, eh? -inquirió Red, sujetando al vagabundo por el hombro de la escuálida gabardina.

-¿A qué te refieres? -repuso la cara cubierta de mugre.

Analizaba al cuarteto de jóvenes que lo habían arrinconado con ojos de roedor. El túnel en el que lo habían pescado orinando se encontraba alejado de toda esperanza de ayuda; todos lo sabían, y él también.

-No sé de qué me estás hablando -aseguró.

-Te has estado mostrando a los niños -le dijo Red.

El hombre meneó la cabeza; un hilillo de baba se le escurrio por el labio y fue a caer a la mata apelotonada de barba.

-Yo no he hecho nada -insistió.

Brendan se aproximó al hombre; sus pesados pasos resonaron huecos en el túnel.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó con engañosa amabilidad.

Aunque no poseía la actitud imponente de Red y era mas bajo, la cicatriz que marcaba la mejilla de Brendan desde la sien hasta la mandíbula sugería que conocía el sufrimiento, tanto por haberlo recibido como por haberlo infligido.

-Tu nombre -exigió-. No te lo preguntaré otra vez.

-Pope -repuso el viejo-. Señor Pope.

-¿Señor Pope? -repitió Brendan con una sonrisa-. Bien, nos hemos enterado de que has estado exhibiendo esa polla rancia a niños inocentes. ¿Qué me dices de eso?

-No -repuso Pope, meneando otra vez la cabeza-. No es cierto. Jamás he hecho una cosa así.

Al fruncir el ceño, la mugre que le cubría la cara se cuarteó como asfalto enloquecido; era una segunda piel de tizne, resultado de muchos meses. De no haber sido porque despedía una fragancia a alcohol, que cubría lo peor de sus hedores corporales, habría sido poco menos que imposible permanecer a escasos metros de él. Aquel hombre era un desecho humano, una vergüenza para su especie.

-¿Para qué te molestas? -preguntó Karney-. Apesta.

Red echó un vistazo por encima del hombro para acallar la interrupción. Karney, de diecisiete años, era el menor de todos, y de acuerdo con la inefable jerarquía del cuarteto, no tenía derecho a opinar. Al reconocer su error, cerró la boca y dejó que Red concentrara su atención en el vagabundo. Empujó a Pope contra la pared del túnel. El viejo lanzó un grito al golpearse contra el cemento; su eco quedó flotando en el túnel. Por la experiencia pasada, Karney ya sabía cómo se desarrollaría la escena a partir de ese momento, por lo que se alejó y se dedicó a observar una dorada nube de mosquitos en la boca del túnel. Aunque disfrutaba de la compañía de Red y de los otros dos -la camaradería, las raterías, las borracheras-, aquel juego en particular nunca le había gustado demasiado. No le encontraba gracia a eso de buscar un borracho perdido como Pope y darle una paliza hasta acabar con la poca cordura que le quedara en la trastornada cabeza. Aquello hacía que Karney se sintiera sucio, y no quería saber nada.

Red arrancó a Pope de la pared y le escupió a la cara una sarta de indecencias, y al no obtener una respuesta adecuada volvió a lanzarlo contra la pared del túnel por segunda vez, pero con más fuerza que la anterior; fue tras él, agarró de las solapas al hombre sin aliento y lo sacudió hasta hacerlo resonar. Pope lanzo una mirada aterrada hacia las vías. En otra época había pasado por allí un tren, que atravesaba Highgate y Finsbury Park. Pero ahora habían quitado las vías y el atajo se había convertido en parque público, muy popular entre los corredores mañaneros y los enamorados vespertinos. A aquella hora, en mitad de una calurosa tarde, las vías estaban desiertas en ambas direcciones.

-Ten cuidado, no le rompas las botellas -sugirió Catso.

-Tiene razón, quitémosle la bebida antes de reventarle la cabeza -dijo Brendan.

Al oír que iban a robarle el licor, Pope comenzo a luchar, pero sus forcejeos no hicieron más que enfurecer a su captor. Red estaba de un humor de perros. Ese día, al igual que la mayoría de aquel veranillo de San Martin, había sido aburrido y pegajoso. Un día de perros de una estación desperdiciada, sin nada que hacer ni dinero para gastar. Hacía falta un poco de entretenimiento, y le había tocado a Red como león, y a Pope como cristiano, proporcionarlo.

-Te lastimarás si te resistes -le dijo Red al viejo-, sólo queremos ver lo que llevas en los bolsillos.

-No es asunto tuyo -le espetó Pope, y por un instante habló como un hombre que en alguna ocasión estuvo acostumbrado a ser obedecido.

El altercado hizo que Karney se olvidara de los mosquitos y se fijara en la cara demacrada de Pope. Las depravaciones innombrables le habían consumido toda la dignidad y el vigor, pero bajo la mugre aún conservaba algo que seguía brillando. Karney se preguntó qué habría sido aquel hombre. ¿Un banquero? ¿Un juez, perdido ya para la ley?

Catso intervino en la pelea para registrar las ropas de Pope, mientras Red sujetaba al prisionero por el cuello, contra la pared del túnel. Pope se deshizo de las atenciones no deseadas de Catso lo mejor que pudo; sus brazos giraron como molinos de viento y los ojos se le fueron enfureciendo más y más. «No luches -lo instó Karney mentalmente-, será peor para ti si lo haces.» Pero el viejo estaba al borde del pánico, y lanzaba gruñidos de protesta que eran más animales que humanos.

-Que alguien le sujete los brazos -ordenó Catso, agachándose para esquivar el ataque de Pope.

Brendan agarró a Pope de las muñecas y le subió los brazos por encima de la cabeza para facilitar la búsqueda. Aunque ya no tenía esperanzas de soltarse, Pope siguió retorciéndose. Logró darle una fuerte patada a Red en la espinilla izquierda, por lo que recibió un golpe a cambio. Empezó a sangrarle la nariz y a caerle por la boca. Karney sabía que de la nariz le saldría mucha más. Había visto innumerables películas de gente destrozada -la brillante espiral de los intestinos; la grasa amarilla y las luces púrpura-; todo ese brillo se encontraba encerrado en el saco gris del cuerpo de Pope. Karney no supo a ciencia cierta por qué se le había ocurrido pensar en eso. Lo ponía nervioso, por lo que intento centrar su atención en los mosquitos, pero Pope no se lo permitió. Lanzó un grito de angustia cuando Catso le abrió de un tirón uno de los muchos chalecos hasta alcanzar las capas inferiores.

-¡Hijos de puta! -rugió Pope, sin importarle que los insultos le hicieran acreedor inevitable de más golpes-. ¡Quitadme de encima vuestras asquerosas manos! ¡Os matare! ¡A todos!

Red puso fin a las amenazas con un puñetazo y hubo más sangre. Pope la escupió en la cara de su atormentador.

-No me provoques -dijo con voz apenas audible-. Os lo advierto...

-Hueles a perro muerto -le dijo Brendan-. ¿Es eso lo que cres, un perro muerto?

Pope no respondió; sus ojos no se apartaron de Catso, quien se dedicó sistemáticamente a vaciarle los bolsillos de la chaqueta y los chalecos y lanzar al suelo polvoriento del túnel una patética colección de recuerdos.

-Karney, ¿quieres revisar todas estas cosas? -ordenó Red-. Fíjate si encuentras algo de valor.

Karney miró fijamente las baratijas y los lazos mugrientos, las raídas hojas de papel (¿acaso sería poeta?) y los corchos de las botellas de vino.

-No es más que basura -dijo.

-Fíjate de todos modos -insistió Red-. En una de ésas, entre tanta porquería igual encuentras dinero. -Karney no se movió-. ¡Fíjate, maldita sea!

A regañadientes, Karney se puso en cuclillas y revolvió la pila de basura que Catso seguía depositando en el polvo. A simple vista logró ver que no había nada de valor, aunque tal vez algunos de los objetos –las viejas fotografías, las notas indescifrables- podían ofrecer una pista de lo que había sido Pope antes de que la bebida y la locura incipiente ahuyentaran los

recuerdos. Aunque sentía curiosidad, Karney deseaba respetar la intimidad de Pope. Era lo único que le quedaba al hombre.

-Aquí no hay nada -anunció después de efectuar un rápido examen.

Pero Catso no había concluido su búsqueda; cuanto más revolvía, sus ávidas manos descubrían más capas de ropa sucia. Pope tenía más bolsilíos que un mago maestro.

Karney levantó la vista de la pila solitaria de pertenencias y, para su incomodidad, notó que Pope lo miraba. El viejo, cansado y golpeado, ya no protestaba. Tenía un aspecto lamentable. Karney abrió las manos para indicarle que no se había quedado con nada. Como respuesta, Pope inclinó levemente la cabeza.

-¡La encontré! -aulló Catso con aire triunfal-. ¡Encontré a la hija de puta!

Y sacó una botella de vodka de uno de los bolsillos. Demasiado débil como para notar que le había sido arrebatado el suministro de alcohol, o bien demasiado cansado para preocuparse, Pope no formuló ninguna queja cuando le robaron la bebida.

-¿Algo más? -quiso saber Brendan. Había comenzado a reírse tontamente: una risa de tono agudo, indicadora de su creciente excitación-. Tal vez el muy perro tenga más de donde le sacamos ésta -sugirió, soltándole las manos a Pope y haciendo a un lado a Catso.

Este último no hizo objeción alguna por el tratamiento; había conseguido su botella y estaba satisfecho. Rompió el cuello de un golpe, para evitar la contaminación, y comenzó a beber, acuclillado entre la mugre. Red soltó a Pope al ver que Brendan se había hecho cargo de él. Estaba claro que el juego le aburría. Por otra parte Brendan apena comenzaha a tomarle gusto.

Red se dirigió a Karney y, con la punta de la bota, removió la pila formada por las pertenencias de Pope.

-Pura basura -dijo, sin demasiada convicción.

-Sí -asintió Karney, con la esperanza de que la falta de convicción de Red mareara el final de la humillacion del viejo.

Pero Red le había arrojado el hueso a Brendan y no era tan tonto como para arrebatárselo otra vez. Karney conocía la capacidad de violencia de Brendan y no sentía deseo alguno de verlo otra vez en acción. Suspirando, se puso de pie y volvió la espalda a las actividades de Brendan. Sin embargo, los ecos del túnel eran demasiado elocuentes: una mezcla de puñetazos y obscenidades susurradas con un hilo de voz. Por experiencias pasadas, sabía que nada detendría a Brendan hasta que su furia se hubiera apagado. Si alguien era tan tonto como para interrumpirlo, acababa siendo víctima.

Red se paseó hasta el extremo más alejado del túnel, encendió un cigarrillo y observó con interés casual cómo castigaban al viejo. Karney echó un vistazo a Catso. Después de permanecer acuclillado, se sentó en medio de la mugre con la botella de vodka entre las piernas extendidas. Sonreía para sí, sordo a la sarta de súplicas que provenían de la boca rota de Pope.

Karney sintió ganas de vomitar. Para no tener que concentrarse en la paliza, más que por genuino interés, volvió a observar las porquerías salidas de los bolsillos de Pope, las revolvió, y recogió una de las fotos para examinarla. Era de un niño, aunque resultaba imposible adivinar si había algún parecido familiar, porque la cara de Pope era casi irreconocible. Había comenzado a cerrársele un ojo al hincharse la moradura. Karney lanzó la foto sobre el resto de los recuerdos. Al hacerlo vio un trozo de cuerda anudada que anteriormente había pasado por alto. Volvió a mirar a Pope. El ojo hinchado se le había cerrado y el otro parecía ciego. Contento de que no vigilara, Karney sacó la cuerda de donde estaba, enrollada como una serpiente en su nido, entre la basura. Los nudos le fascinaban, siempre le habían fascinado. Aunque jamás había tenido habilidad para los acertijos académicos (para él las matemáticas eran un misterio, y los detalles intrincados del lenguaje, igual), siempre le habían gustado los acertijos más tangibles. Si le daban un nudo, un rompecabezas o el horario de trenes, se desconectaba del mundo durante horas. Conservaba ese interés desde la infancia solitaria. sin padre ni hermanos con quienes entretenerse, ¿qué mejor compañía que un rompecabezas?

Le dio vueltas y vueltas a la cuerda, examinando los tres nudos hechos a intervalos de dos o tres centímetros a partir de la mitad de la cuerda. Eran grandes y asimétricos, y no parecían cumplir ninguna finalidad discernible salvo, tal vez, la de infatuar mentes como la suya. ¿Cómo si no podía explicarse su extraña construcción, salvo diciendo que quien hiciera los nudos se las había visto y deseado para crear un problema prácticamente insoluble? Dejó que sus dedos juguetearan con la superficie de los nudos, buscando instintivamente alguna amplitud, pero habían sido pergeñados con tanta brillantez que ninguna aguja, por fina que fuese, podría haber pasado entre los lazos unidos. El reto que presentaban era demasiado atrayente como para pasarlo por alto. Volvió a mirar al anciano. Al parecer, Brendan se había cansado de sus esfuerzos, y mientras Karney lo observaba, lanzó al anciano contra la pared del túnel y dejó que su cuerpo cayera al suelo. Una vez allí, lo dejó tirado. De el emanó un inconfundible olor a cloaca.

-Sí que ha estado bien -sentenció Brendan, como si acabara de salir de una vigurizante ducha. El ejercicio le había cubierto las facciones rubicundas con una capa de sudor; sonreía de oreja a oreja-. Dame un poco de vodka, Catso.

-Se ha terminado -farfulló éste volviendo la botella boca abajo-. No había más que un trago.

-Eres un mierda y un mentiroso -le dijo Brendan sin dejar de sonreír.

-¿Y qué? -repuso Catso, y lanzó la botella vacía a un lado. Se hizo añicos-. Ayúdame a levantarme -le pidió a Brendan.

Éste, sin perder su enorme buen humor, ayudó a Catso a ponerse en pie. Red ya había comenzado a salir del túnel; los demás lo siguieron.

-Oye, Karney... -dijo Catso por encima del hombro-, ¿te vienes?

-Claro.

Se puso de pie, sin despegar los ojos de la figura inerte repantigada sobre el suelo del túnel, intentando encontrar una pizca de conciencia. No logró ver nada. Echó un vistazo a sus compañeros: los tres le daban la espalda mientras caminaban por las vías. Rápidamente, Karney se metió los nudos en el bolsillo. El hurto le llevó unos instantes. Una vez que la cuerda quedó oculta a la vista de todos, se sintió invadido por una ola de triunfo que no guardaba proporción alguna con la mercancía adquirida. Imaginaba de antemano las horas de diversion que le proporcionarían los nudos. Horas en las que se olvidaría de si mismo, de su vacío; olvidaría el verano estéril y el invierno desangelado que le esperaba, olvidaría también al anciano que yacía sobre sus propios excrementos, a pocos metros de donde él mismo se encontraba.

-¡Karney! -gritó Catso.

Karney le dio la espalda a Pope y comenzó a alejarse del cuerpo y de la pila de porquería formada por sus pertenencias. A pocos pasos del final del túnel, el viejo comenzó a murmurar en su delirio. Las palabras eran incomprensibles, pero, por algún truco acústico, las paredes del túnel amplificaron el sonido. La voz de Pope viajó por el tunel, llenándolo de murmullos.

Karney no tuvo ocasión de estudiar los nudos con toda tranquilidad sino hasta mucho más tarde, esa misma noche, cuando se encontró sentado en su habitación a solas, mientras en la habitación contigua su madre lloraba en sueños. No le había dicho a Red ni a los otros que había robado la cuerda; el hurto era tan insignificante que se habrían burlado de él por mencionarlo. Además, los nudos suponían un reto personal, un reto que él enfrentaría -y que seguramente perdería- a solas.

Después de reflexionar un rato, eligió el nudo que intentarla desatar en primer lugar y se puso a trabajar. Casi de inmediato, perdió toda noción del tiempo: el problema lo absorbió por completo. Las horas de arrobada frustración pasaron sin que las notara mientras analizaba la maraña, en busca de alguna pista que le revelara el sistema oculto de los nudos. No logró encontrar ninguno. Las configuraciones, si es que tenían alguna lógica, lo superaban. Lo

único que le quedaba era analizar el problema a base de ir eliminando errores. El amanecer amenazaba con devolver la luz al mundo cuando finalmente dejó la cuerda para dormir un par de horas; en toda una noche de trabajo apenas había logrado aflojar una pequeña porción del nudo.

Durante los cuatro días que siguieron el problema se convirtió en una idea fija, una obsesión hermética a la que volvía cada vez que le era posible, cogiendo el nudo con los dedos cada vez más entumecidos. El acertijo lo subyugaba como pocas cosas en su vida adulta; mientras trabajaba en el nudo estaba sordo y ciego al resto del mundo. Por las noches, sentado en su dormitorio iluminado por una lámpara, o en un parque, durante el día, llegaba a sentirse arrastrado hacia el retorcido corazón del nudo, con la mente tan concentrada que podía llegar adonde no alcanzaba la luz. A pesar de su persistencia, el desenmarañar la cuestión resultaba asunto lento. A diferencia de la mayoría de los nudos que, una vez aflojados en parte, concedían la solución total, esta estructura había sido diseñada con tanta precisión que al soltar un elemento no se lograba otra cosa que ajustar otro. Comenzó a vislumbrar que el truco consistía en trabajar por todos los extremos del nudo a igual ritmo: soltando un poco por una parte, dándole la vuelta para aflojar otra en el mismo grado, y así sucesivamente. Esta rotación sistemática, aunque tediosa, gradualmente fue dando resultados.

Durante esos días no vio a Red, a Brendan ni a Catso: su silencio sugería que echaban de menos su presencia tanto como él la de ellos. Se sorprendió cuando Catso apareció un viernes por la tarde a preguntar por él. Traía una propuesta. Él y Brendan habían encontrado una casa a punto para un atraco y querían que Karney hiciera de centinela. En el pasado, había desempeñado ese papel en dos ocasiones. En ambos casos se había tratado de atracos con escalamiento, igual que éste; en el primer caso habían logrado reunir unas cuantas alhajas vendibles, y en el segundo, varios cientos de libras. Sin embargo, esta vez se trataba de un trabajo a realizar sin la participación de Red, porque éste estaba cada vez más ocupado con Anelisa, y ella, en palabras de Catso, le había hecho jurar que no se ensuciaría las manos con asuntos de poca monta y que debía ahorrar sus talentos para golpes más ambiciosos. Karney presintió que Catso –y con toda probabilidad tambien Brendan- se moría por probar su eficacia criminal sin Red. La casa elegida era un objetivo fácil, al menos eso sostenía Catso, y Karney seria un tonto redomado si dejaba pasar la oportunidad de hacerse con un botín tan sencillo. Finalmente, cuando Catso concluyó con su perorata, Karney aceptó el trabajo, no por el dinero, sino simplemente porque al decir que sí podría volver a sus nudos mucho antes.

Mucho más tarde, esa noche, y siguiendo la sugerencia de Catso, se encontraron para echar un vistazo al lugar del golpe. El sitio resultaba, sin duda, presa fácil. Karney había pasado con frecuencia por el puente que conducía a Hornsey Lane por encima de Archway Road, pero jamás había reparado en el empinado sendero, formado en parte por escalones y en parte por una senda, que bajaba desde un costado del puente hasta el camino de abajo. La entrada era estrecha y difícil de ver, y su sinuoso recorrido se hallaba iluminado por una sola farola; su luz era oscurecida por los árboles de los jardines cuyos fondos daban al sendero mismo. Eran estos jardines, de cercas fácilmente escalables o ya derruidas, los que ofrecían un acceso perfecto a las casas. Un ladrón que utilizara el apartado sendero podía entrar y salir impunemente, sin ser visto por los viandantes que pasaran por el camino superior o el inferior. Lo único que hacía falta era contar con un centinela en el sendero para advertir la presencia de un peatón ocasional que pudiera utilizarlo. Esa sería la misión de Karney.

La siguiente fue una noche ideal para ladrones. Fresca sin llegar a ser fría; el cielo estaba nublado pero no llovía. Se reunieron en Highgate Hill, junto a los portales de la iglesia de los Hermanos Pasionarios; desde allí bajaron hasta Archway Road. Según Brendan, si se acercaban al sendero desde arriba llamarían menos la atención. Los coches patrulla de la policía solían pasar más por Hornsey Lane, en parte porque el puente resultaba irresistible a los depresivos del barrio. Para el suicida decidido, el lugar ofrecía evidentes ventajas: una de

las principales era que si la caída de veinticuatro metros no te mataba, lo harían sin duda los colosales camiones que se dirigían al sur por Archway Road.

Esa noche Brendan estaba dominado por el entusiasmo, encantado de dirigir a los otros en lugar de desempeñar el papel de segundo de Red. Estaba dicharachero y en gran parte su conversación giraba en torno a las mujeres. Karney le dejó a Catso el orgullo de ir al lado de Brendan y se mantuvo detrás de ellos, a unos cuantos pasos, sin sacar la mano del bolsillo de la chaqueta, donde le esperaban los nudos. En las últimas horas, fatigado por tantas noches insomnes, la cuerda había empezado a hacer cosas raras ante sus ojos; en cierta ocasión había llegado incluso a moverse en sus manos, como si se estuviera desatando desde dentro. Incluso en ese momento, mientras se acercaban al sendero, le parecio sentir que se retorcía contra la palma de su mano.

-Joder..., fíjate en eso. -Catso señaló hacia el sendero completamente a oscuras-. Alguien ha roto la farola.

-Baja la voz -le ordenó Brendan, y los condujo hacia el sendero.

No estaba completamente a oscuras: desde Arehway Road llegaban vestigios de iluminacion. Pero como se filtraba a través de la densa mata de arbustos, el sendero quedaba de todos modos sumido en las sombras. A duras penas Karney lograba verse la mano delante de la cara. Sin duda, la oscuridad disuadiría hasta al más confiado de los peatones de utilizar el sendero. Cuando habían subido mas de la mitad del trayecto, Brendan hizo detener al grupo.

-Ésta es la casa -anunció.

-¿Estas seguro? -inquirió Catso.

-He contado los jardines. Es ésta.

La cerca que marcaba el final del jardín se encontraba en un estado deplorable; Brendan no tuvo más que manipularla brevemente -los ruidos quedaron cubiertos por el rugido de un camion rezagado que pasaba por el asfalto de más abajo- para que pudieran entrar sin problemas. Brendan avanzó por la maraña de zarzas que crecían exuberantes en el fondo del jardín; Catso fue tras él blasfemando cada vez que se pinchaba. Brendan lo mandó callar con otra maldición y luego regresó hasta donde estaba Karney.

-Vamos a entrar. Silbaremos dos veces cuando hayamos salido. ¿Te acuerdas de las señales?

-No es imbécil. ¿Eh, Karney? Lo hará bien. ¿Vamos a entrar o no?

Brendan no dijo una palabra más. Las dos figuras navegaron por las zarzas y subieron hasta alcanzar el jardín propiamente dicho. Cuando llegaron al césped y salieron de las sombras de los árboles, resultaron visibles como dos siluetas grises recortadas contra la casa. Karney los observó mientras avanzaban hacia la puerta trasera, y oyó el ruido que hizo ésta cuando Catso -el de dedos más ágiles- forzó la cerradura; luego, el duo entró en la casa. Y Karney se quedó solo.

No del todo solo. Todavía tenía a los compañeros de la cuerda. Miró hacia ambos lados del sendero; sus ojos se acostumbraron poco a poco a la penumbra color sodio. No vio ningun peatón. Satisfecho, sacó los nudos del bolsillo. Sus manos eran como fantasmas; apenas lograba ver los nudos. Pero prácticamente sin que los guiara la conciencia, sus dedos reanudaron la investigación, y por raro que pareciera, logró captar mejor el problema en unos segundos de ciega manipulación que en todas las horas precedentes. Sin poder utilizar la vista, se guió puramente por el instinto y obró maravillas. De nuevo tuvo la fantástica sensación de que el nudo tenía vida propia, como si fuera cada vez más un agente de su propio desatarse. Animado por la alegría de la victoria, deslizó sus dedos por el nudo con una precisión inspirada, encontrando justamente los hilos que debía manipular.

Volvió a echar un vistazo al sendero, para asegurarse de que estuviera vacío, y luego miró hacia la casa. La puerta estaba abierta, y no había señales ni de Catso ni de Brendan. Se concentró otra vez en el problema que tenía entre manos; estuvo a punto de echarse a reír al comprobar la facilidad con que de repente se desataba el nudo.

Sus ojos, iluminados quizá por el entusiasmo creciente, habían comenzado a jugarle una mala pasada. Unos destellos de color –extraños y de tonos innombrables- se encendieron ante él; se originaban en el corazón del nudo. La luz le iluminó los dedos a medida que trabajaban, y se volvieron translúcidos. Vio las terminaciones nerviosas, brillantes con una sensibilidad nueva, los huesecillos de los dedos, visibles hasta la médula. Entonces, tan repentinamente como habían surgido, los colores se apagaron, dejando a sus ojos embrujados en la oscuridad hasta que volvieron a encenderse.

El corazón comenzó a latirle en los oídos. Presintió que solo tardaría unos segundos en desatar el nudo. Los hilos entrelazados se iban separando; sus dedos se convirtieron en juguete de la cuerda, y no al revés. Abrió unas lazadas para pasar los otros dos nudos, tiró y tiró; lo hizo todo a instancias de la cuerda.

Volvieron los colores, pero esta vez sus dedos eran invisibles y en cambio logró ver una cosa brillar en las dos últimas vueltas del nudo. La forma se retorcía cual pez en la red y aumentaba con cada vuelta que él deshacía. Los latidos de la cabeza redoblaron su ritmo. A su alrededor, la atmósfera se había vuelto casi pegajosa, como si estuviera hundido en el barro.

Alguien silbó. Sabía que la señal tenía un significado, pero no logró recordar cuál era. Había demasiadas distracciones: el aire espeso, la cabeza que le latía, el nudo que se desataba solo en sus manos indefensas mientras la figura de su centro -sinuosa y brillante- se hinchaba y se revolvía.

Hubo otro silbido. Esta vez su urgencia lo sacó del trance. Levantó la vista. Brendan ya estaba atravesando el jardín y Catso le seguía a escasa distancia. Karney sólo tuvo un momento para registrar su aparición antes de que el nudo iniciara la fase final de su resolución. La última lazada se soltó, y la forma que se encontraba en su centro saltó a la cara de Karney, creciendo a un ritmo exponencial. Se apartó instintivamente para no perder la cabeza y la cosa pasó disparada junto a él. Asombrado, tropezó con la maraña de zarzas y cayó en un lecho de espinas. Arriba, el follaje se agitaba como si soplara un ventarrón. Le llovieron hojas y ramitas. Miró hacia arriba, a las ramas, e intentó divisar la forma, pero se había perdido de vista.

-¿Por qué no contestaste, idiota? -preguntó Brendan-. Creímos que te habías pirado.

Karney apenas se había percatado de la presencia agitada de Brendan; siguió buscando en el dosel de árboles que tenía encima de la cabeza. El hedor de barro helado le llenó la nariz.

-Será mejor que te muevas -le sugirió Brendan, trepando a la cerca rota y saltando al sendero.

Karney se esforzó por ponerse en pie, pero las espinas de las zarzas le impidieron ir de prisa porque se le enganchaban en el pelo y la ropa.

-¡Mierda! -oyó murmurar a Brendan desde el extremo opuesto de la cerca-. ¡La policía está en el puente!

Catso había llegado al final del jardín.

-¿Qué haces ahí abajo? -le preguntó a Karney.

-Ayúdame -dijo éste levantando la mano.

Catso le aferró de la muñeca y en ese momento Brendan siseó:

-¡La policía! ¡Moveos!

Catso soltó a Karney, se agacho y pasó por debajo de la cerca para seguir a Biendan, Archway Road abajo. Mareado, Karney tardó unos segundos en darse cuenta de que la cuerda con los nudos restantes le había desaparecido de la mano. No se le había caído, estaba seguro de eso. Lo más probable era que lo hubiese abandonado deliberadamente, y su única oportunidad la había tenido cuando Catso lo aferró de la muñeca. Extendió los brazos para agarrarse de la cerca desmoronada y ponerse de pie. Tenía que advertirle a Catso de lo que había hecho la cuerda, hubiera o no policía. En aquel paraje merodeaba algo peor que la ley.

Al bajar el sendero a toda carrera, Catso ni siquiera notó que los nudos habían logrado abrirse paso hasta su mano; estaba demasiado preocupado por huir. Brendan ya había huido por Archway Road. Catso echó una mirada por encima del hombro para comprobar si la

policía lo seguía. No había señales de ellos. Incluso aunque comenzaran a perseguirlo ahora, no lograrían cazarlo. Pero quedaba Karney. Catso aminoró la marcha y luego se detuvo mirando hacia el sendero para comprobar si el muy idiota daba señales de seguirlo, pero ni siquiera había logrado saltar la cerca.

-Maldita sea -masculló.

¿Debería volver sobre sus pasos e ir en su busca?

Mientras titubeaba en el ensombrecido sendero, advirtió que lo que había tomado por un ventarrón entre los árboles había desaparecido repentinamente. El silencio lo dejó perplejo. Apartó la vista del sendero para observar el dosel de ramas; sus ojos asombrados se posaron en la forma que se arrastraba hacia él, llevando consigo el hedor del barro y la descomposición. Lentamente, como en un sueño, levantó las manos para impedir que la criatura lo tocase, pero lo alcanzó con sus miembros húmedos y helados y lo levantó.

Karney, que estaba trepando a la cerca, vio a Catso elevarse y desaparecer entre los árboles. También vio cómo sus piernas pedaleaban en el aire al tiempo que los artículos robados caían de sus bolsillos y saltaban sobre el sendero hacia Archway Road.

Entonces, Catso aulló, y sus piernas colgantes comenzaron a moverse enloquecidas. En lo alto del sendero, Karney oyó gritar a alguien. Un policía que hablaba con otro, supuso. Acto seguido, oyó el sonido de una carrera. Levantó la vista hacia Hornsey Lane -los oficiales aún no habían alcanzado lo alto del sendero- y luego volvió a mirar en direccion a Catso, justo a tiempo para ver cómo caía su cuerpo del arbol. Se desplomó en el suelo, inmóvil, y no tardó en ponerse de pie. Catso volvió a mirar hacia el sendero y hacia Karney. La expresion de su rostro, incluso en la oscuridad, era la de un loco. Entonces echó a correr. Contento de que Catso tuviera una ventaja inicial, Karney saltó de nuevo la cerca justo cuando dos policías aparecían en lo alto del sendero y comenzaban a perseguir a Catso. Todo aquello -el nudo, los ladrones, la persecucion, el grito y demás- ocupó unos pocos segundos, durante los cuales Karney no había osado respirar siquiera. Ahora yacía sobre una almohada espinosa de zarzas y boqueaba como un pescado, mientras al otro lado de la cerca la policía bajaba por el sendero gritándole al sospechoso.

Catso apenas oyó sus órdenes. No huía de la policía, sino de la cosa fangosa que lo había levantado para mostrarle su cara chancrosa y cortajeada. Al llegar a Archway Road, el temblor se apoderó de sus piernas. Si le fallaban las piernas, tenía la certeza de que la cosa volvería a buscarlo y posaría los labios sobre los suyos como antes. Pero esta vez no tendría fuerzas para gritar; le chuparía el aliento hasta quitarle de los pulmones la ultima gota de aire. Su única esperanza era interponer distancia entre él y su atormentador. Sin que la respiración de la bestia abandonara sus oídos, escaló la calzada hacia el sur. A medio camino advirtió su error. El horror lo había vuelto ciego a los demás peligros. Un Volvo azul -la boca de su chófer una O perfecta- lo dejó paralizado. Fascinado, quedó atrapado ante los faros como un animal; instantes después recibió un golpe súbito que lo arrojó al otro lado de la calzada, bajo las ruedas de un camión con remolque. El segundo chófer no tuvo ocasión de esquivarlo; el impacto abrió a Catso y lo lanzó bajo las ruedas.

En el jardín, allá en lo alto, Karney oyó el pánico de los frenos y al Policía, en el fondo del sendero, exclamar:

-¡Dios me libre y me guarde!

Esperó unos segundos y luego espió desde su escondite. El sendero estaba desierto tanto en lo alto como en la parte baja. Los árboles estaban en calma. Desde el camino de abajo le llegó el sonido de una sirena y el grito de los oficiales ordenando a los coches que se detuvieran. Algo más cerca, alguien sollozaba. Aguzó el oído durante unos instantes, intentando descifrar el origen del llanto, hasta que se dio cuenta de que era él quien lloraba. Con lágrimas o sin ellas, el clamor exigía su atención. Algo terrible había ocurrido, y tenía que comprobar qué era. Pero tenía miedo de pasar por la doble hilera de árboles, porque sabía lo que allí acechaba; se quedó quieto, mirando hacia las ramas, intentando localizar a la bestia. No había ruidos ni movimientos; los árboles estaban tan quietos que parecían muertos.

Ahogando sus temores, salió de su escondite y comenzó a bajar por el sendero sin despegar los ojos del follaje para comprobar hasta la menor señal de la presencia de la bestia. La multitud fue aumentando y oyó sus murmullos. Se le ocurrió pensar en un muro de personas; a partir de ese momento tendría que ocultarse. Los hombres que habían visto milagros debían hacerlo.

Había llegado al lugar donde Catso se había elevado hacia los árboles; un montón de hojas y cosas robadas lo indicaban. Los pies de Karney desearon ser ligeros, recogerlo todo y alejarse a toda velocidad de aquel lugar, pero un instinto perverso lo obligaba a ir despacio. ¿Acaso quería tentar a la criatura del nudo para que le mostrara la cara? Mejor enfrentarse a ella ahora, en toda su asquerosidad, que vivir con el temor a partir de entonces, bordando su rostro y sus poderes. Pero la bestia se mantuvo oculta. Si todavía seguía en el árbol, no movio ni una uña.

Algo se retorció debajo de su pie. Karney bajó la vista y allí, casi perdida entre las hojas, estaba la cuerda. Al parecer Catso no había sido considerado digno de llevarla. Después de haber revelado algunos datos de su poder, no hizo esfuerzo alguno por aparentar ser algo natural. Se retorció en la grava como una serpiente en celo, echando hacia atrás la cabeza anudada para llamar la atención de Karney. Quiso pasar por alto sus cabriolas, pero le fue imposible. Sabía que si él no la recogía, con el tiempo lo haría algún otro: una víctima, como él, de la manía de resolver enigmas. ¿Adónde conduciría esa inocencia sino a otra huída más terrible que la primera? No, lo mejor era que recogiera la cuerda con los nudos. Al menos él conocía su potencial y en consecuencia se encontraba prevenido. Se agachó, y al hacerlo, la cuerda saltó a sus manos, enroscándose en sus dedos con tanta fuerza que casi le hizo gritar.

-Hija de puta.

La cuerda se enrolló en su mano, enlazándosele entre los dedos, extasiada por la bienvenida. Levantó la mano para observar mejor su actuación. De repente, la inquietud por los acontecimientos de Archway Road había desaparecido milagrosamente, se había evaporado. ¿Que importaban esas preocupaciones menores? No eran más que la vida y la muerte. Sería mejor que huyera ahora que tenía ocasión.

Por encima de su cabeza se sacudió una rama. Aparto la vista de los nudos y miró al árbol. Recuperada la cuerda, aquella trepidación, al igual que sus temores, se había evaporado.

-Muéstrate -dijo-. No soy como Catso, no tengo miedo. Quiero saber lo que eres.

Desde el camuflaje de hojas, la bestia acechante se inclino hacia Karney y exhaló una sola bocanada de aire helado. Olía como el río cuando había marea baja, a vegetación putrefacta. Karney se disponía a preguntarle qué era, cuando advirtió que la exhalación era la respuesta de la bestia. Todo lo que podía decir de su condición estaba contenido en esa bocanada de aire amargo y rancio. Para ser una respuesta no carecía de elocuencia. Angustiado por las imágenes que despertó, Karney se alejó del lugar. Tras sus ojos se movían unas formas heridas y lentas, envueltas por una oleada de mugre.

A escasa distancia del árbol se rompió el hechizo del aliento y Karney bebió el aire contaminado del camino como si fuera la brisa clara y limpia de los albores del mundo. Le dio la espalda a las agonías que presentía, metió la mano envuelta en la cuerda en el bolsillo, y comenzó a subir por el sendero. Detrás de él, los árboles volvieron a quedarse quietos.

Varias docenas de espectadores se habían reunido en el puente a observar los procedimientos de más abajo. Su presencia había provocado la curiosidad de los camioneros y conductores que pasaban por Hornsey Lane, algunos de los cuales aparcaron sus vehículos, se apearon y se sumaron a la multitud. La escena debajo del puente parecía demasiado remota como para despertar en Karney sentimiento alguno. Permaneció entre la multitud y miró hacia abajo con bastante desapasionamiento. Reconoció el cadáver de Catso por las ropas; poco más quedaba del que fuera su companero.

Dentro de unas horas sabía que iba a lamentarlo. Pero en ese momento no lograba sentir nada. Al fin y al cabo, Catso estaba muerto, ¿o no? Su dolor y su confusión habían acabado.

Karney presintió que sería más conveniente que se ahorrara las lágrimas para aquellos cuyas agonías acababan de comenzar.

Y otra vez los nudos.

Esa noche, en su casa, intento guardarlos, pero después de los acontecimientos de la carretera habían adquirido un encanto nuevo. Los nudos sujetaban a unas bestias. Ignoraba cómo y por qué, y aunque sentía curiosidad, no le importaba demasiado. Toda su vida había aceptado que el mundo estaba plagado de misterios que una mente de sus limitados recursos no podía esperar resolver. Era la única lección verdadera que había aprendido en la escuela: él era ignorante. Ese nuevo imponderable fue uno más de una larga lista.

Sólo se le ocurrió una explicación racional, y era que de alguna manera Pope había dispuesto que él le robara la cuerda, en la plena conciencia de que la bestia liberada se vengaría de los atormentadores del anciano; no fue hasta la cremación de Catso, seis días despues, cuando Karney obtuvo cierta confirmación de su teoría. Mientras tanto, se guardó sus temores; decidió que cuanto menos hablara de la noche de los hechos, menos daño le harían. La palabra daba credibilidad a lo fantástico, otorgaba peso a unos fenómenos que si se dejaban estar, esperaba que se debilitaran lo bastante como para lograr sobrevivir.

Al día siguiente, cuando la policía fue a su casa a someterle a un interrogatorio de rutina porque era amigo de Catso, declaró desconocer las circunstancias que rodearon su muerte. Brendan había hecho otro tanto, y como parecía no haber testigos que declarasen lo contrario, no volvieron a interrogar a Karney. Lo dejaron en paz con sus pensamientos, y con los nudos.

En cierta ocasion vio a Brendan. Había esperado que le reeriminara; Brendan creía que Catso huía de la policía cuando se mató y que había sido la falta de concentración de Karney la que había impedido que les avisara de su presencia. Pero Brendan no formuló acusaciones. Había aceptado la carga de la culpa con una disposición que olía a apetito: hablaba sólo de sus fallos, y no de los de Karney. La aparente arbitrariedad de la muerte de Catso había despertado en Brendan una ternura no deseada, y Karney se moría por contarle la historia desde el principio hasta el fin. Pero presintió que no era el momento adecuado. Dejó que Brendan se desahogara y mantuvo la boca cerrada.

Y otra vez los nudos.

A veces se despertaba en mitad de la noche y tocaba la cuerda debajo de la almohada. Su presencia era reconfortante, pero la ansiedad de la cuerda misma no despertaba en él un sentimiento similar. Quería tocar los nudos restantes y examinar los acertijos que ofrecían. Pero sabía que al hacerio tentaría a la capitulación; sucumbiría a su propia fascinación y al hambre de los nudos por la libertad. Cuando surgía semejante tentación, se obligaba a recordar el sendero y la bestia de los árboles, para despertar los horripilantes pensamientos que habían acompañado a aquel aliento. Luego, poco a poco, la angustia recordada cancelaba la curiosidad presente y dejaba en paz la cuerda. Sus ojos no la veían, pero su corazón la sentía.

Aunque sabía que los nudos eran peligrosos, no se decidió a quemarlos. Mientras poseyera ese modesto cordel, sería un hombre único; entregarlo significaría volver a su condición amorfa. No estaba dispuesto a hacerlo, aunque sospechaba que su relación diaria e íntima con la cuerda debilitaba sistemáticamente su capacidad para resistirse a su seducción.

Como no había visto nada de la cosa del árbol, empezó a preguntarse si no se habría imaginado el encuentro. En realidad, si le daban tiempo, sus poderes para racionalizar la verdad y convertirla en algo inexistente habrían ganado la partida. Pero los acontecimientos acaecidos después de la cremación de Catso pusieron fin a tan conveniente opción.

Karney había asistido solo a la ceremonia, y a pesar de la presencia de Brendan, Red y Anelisa, se había sentido solo. No tenía deseos de hablar con ninguno de los asistentes. A

Librodot

medida que pasaba el tiempo, le resultaba cada vez más difícil reinventar las palabras que en cierta ocasión podía haber encontrado para describir los acontecimientos. Se alejó rápidamente del crematorio antes de que nadie se acercase a hablarle, con la cabeza gacha para evitar el viento polvoriento que, a lo largo del día, había producido una sucesión de períodos nublados y soleados. Mientras caminaba, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo. La cuerda esperaba allí, como de costumbre, y le dio la bienvenida a sus dedos con su forma congraciadora de costumbre. La desenroscó y sacó los cigarrillos, pero había mucho viento, las cerillas se apagaban, y sus manos parecían incapaces de efectuar la simple tarea de parapetar la llama. Siguió andando hasta encontrar un callejón, y se metió en él para encender el cigarrillo. Allí le esperaba Pope.

-¿Has enviado flores? -inquirió el vago.

La primera intención de Karney fue dar media vuelta y echar a correr. Pero el camino soleado se encontraba a unos metros de distancia; no había peligro. Además, si hablaba con el anciano, quizá lograra averiguar algo.

-¿Nada de flores? -insistió Pope.

-No, nada de flores -repuso Karney . ¿Que haces tu aquí?

-Lo mismo que tú -replicó Pope-, vine a ver como quemaban al muchacho.

Sonrió ironicamente; la expresión de aquel rostro mugriento era sumamente repulsiva. Pope seguía delgado y huesudo como hacía dos semanas en el túnel, pero ahora mostraba un aire amenazante. Karney se sintió aliviado de que a sus espaldas, no muy lejos, estuviera todo soleado.

-Y para verte a ti -aclaró Pope.

Karney permanecio callado. Saco una cerilla y encendió el cigarrillo.

-Tienes algo que me pertenece -le dijo Pope. Karney no se mostro culpable-. Quiero que me devuelvas los nudos, muchacho, antes de que hagas daño en serio.

-No sé de qué me estas hablando -repuso Karney.

Su mirada se concentro sin querer en el rostro inescrutable de Pope. El callejón y sus desechos apilados se sacudieron abruptamente. Una nube debía de haber tapado el sol, porque Karney lo vio todo ligeramente oscurecido, a excepción de la flgura de Pope.

-Fue una tontería que intentases robarme, muchacho. Reconozco que fui presa fácil; el error fue mío y no volverá a ocurrir. Es que a veces me siento solo. Seguro que me comprendes. Y cuando me siento solo, me da por beber.

Aunque habían pasado unos segundos desde que Karney encendiera el cigarrillo, éste se había quemado hasta el filtro sin que él le hubiera dado una sola chupada. Lo tiró, vagamente consciente de que en aquel pequeño callejón, el tiempo, igual que el espacio, se apartaban de la realidad.

-No fui yo -masculló, una defensa infantil ante todo tipo de acusaciones.

-Sí fuiste tú -repuso Pope con incontestable autoridad-. No perdamos el tiempo con mentiras. Me has robado y tu compañero pagó por ello. No puedes reparar el daño que has causado. Pero puedes evitar más daños si me devuelves ahora lo que me pertenece.

Sin darse cuenta, Karney había metido la mano en el bolsillo. Quería salir de aquella trampa antes de que se cerrara sobre él; sin duda, la solución más sencilla sería darle a Pope lo que le pertenecía por derecho. Sin embargo, sus dedos titubearon. ¿Por qué? ¿Tal vez porque los ojos de aquel matusalén eran implacables? ¿O porque devolverle los nudos a Pope le daría un control total sobre el arma que, en efecto, había matado a Catso? No obstante, había algo más; incluso si estaba en juego su cordura, Karney se sentía reacio a devolver el único fragmento de misterio que se había cruzado en su camino. Pope presintió en él la falta de disposición y sus lisonjas arreciaron.

-No me tengas miedo -le dijo-. No te haré daño a menos que me obligues. Preferiría que acabáramos este asunto pacíficamente. Más violencia, incluso otra muerte, llamarían la atención.

Karney sc preguntó si aquel viejo tan desharrapado, tan ridículamente débil, sería un asesino. Sin embargo, lo que oía contradecía a lo que veía; la semilla de la autoridad que Karney había percibido la vez anterior en la voz de Pope había florecido por completo.

-¿Quieres dinero? -preguntó Pope-. ¿Es eso? ¿Si te ofreciera algo por tus molestias se sentiría tu orgullo mas aplacado? -Karney observó incrédulamente el estado ruinoso de Pope-. Tal vez no parezca un potentado, pero las apariencias suelen engañar. Además, ésa es la regla, y no la excepción. Fíjate en ti, por ejemplo. No pareces hombre muerto, pero te lo digo yo, muchacho, estás prácticamente muerto. Te prometo la muerte si continúas desafiándome.

La perorata -tan medida, tan escrupulosa- sorprendio a Karney viniendo, como venía, de labios de Pope; estaba claro que su tesis quedaba probada. Hacía dos semanas habían pescado a Pope borracho y vulnerable, pero ahora, sobrio, el hombre hablaba como un potentado: un rey loco, quizá, mezclado entre el populacho disfrazado de mendigo. ¿Rey? No, más bien sacerdote. En la naturaleza de su autoridad (incluso en su nombre) había algo que sugería una persona cuyo poder jamas se había basado solamente en la política.

-Te lo repito -dijo Pope-, dame lo que es mío.

Dio un paso hacia Karney. El callejón era un túnel estrecho que se cernía sobre sus cabezas. Si allá arriba había un cielo, Pope lo había oscurecido.

-Dame los nudos -insistió.

Su voz era suave y tranquilizadora. La oscuridad era completa. Karney sólo lograba ver la boca del viejo: sus dientes desiguales, su lengua gris.

-Dámelos, ladrón, o sufrirás las consecuencias.

-¿Karney?

La voz de Red le llego como de otro mundo. Se encontraba a unos pasos de distancia de la voz, el sol, el viento, pero durante un largo instante Karney lucho por localizarlos.

-¿Karney?

Sacó a rastras la conciencia que había quedado atrapada entre los dientes de Pope y se obligó a volver la cara para mirar el camino. Red estaba allí, parado en el sol, y Anelisa estaba a su lado. El pelo rubio de la muchacha brillaba.

-¿Qué ocurre?

-Déjanos en paz -le ordenó Pope-. Él y yo estamos discutiendo un asunto.

-¿Tienes asuntos con ese tipo? -inquirió Red a Karney.

Antes de que Karney pudiera contestar, Pope le dijo:

-Díselo. Diselo, Karney. Dile que quieres hablar conmigo a solas.

Red lanzó una mirada al anciano por encima del hombro de Karney, y le preguntó a éste:

-¿Quieres decirme qué está ocurriendo?

La lengua de Karney se esforzó por encontrar una respuesta, pero no lo logró. La luz del sol estaba tan lejos...; cada vez que la sombra de una nube surcaba la calle, temía que la luz se apagara para siempre. Sus labios se movieron en silencio para expresar su temor.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó Red-. Karney... ¿Me oyes?

Karney asintió. La oscuridad que lo tenía atrapado comenzó a desaparecer.

-Sí... -repuso.

De repente, Pope se abalanzó sobre Karney; sus manos buscaron desesperadamente llegar a los bolsillos. El impacto del ataque lanzó a Karney, que seguía estupefacto, contra la pared del callejón. Cayó de lado, sobre una pila de cajas. Todo se vino abajo; Pope agarraba a Karney con tanta fuerza que cayó junto con él. La calma precedente -el humor negro, las amenazas circunspectas- se evaporó; Pope volvía a ser el vago idiota que escupía desatinos. Karney sintió que las manos del anciano le rasgaban las ropas y le arañaban la piel en busca de los nudos. Las palabras que le gritaba a la cara ya no le resultaban comprensibles.

Red entró en el callejón e intentó agarrar al viejo de la chaqueta, el cabello o la barba, lo primero que lograra asir, para apartarlo de su víctima. Era más fácil decirlo que hacerlo; su reacción tenía toda la furia de un ataque. Pero como Red era más fuerte, a la larga ganó la

Librodot

partida. Profiriendo tonterías, Pope fue puesto en pie. Red lo sujetó como si fuera un perro rabioso.

-Levántate -le ordenó a Karney-, y aléjate de él.

Karney se incorporó con dificultad entre las maderas de las cajas. En los escasos segundos de la agresión, Pope había causado un daño considerable: Karney sangraba en media docena de sitios. Tenía la ropa arrasada; la camisa estaba hecha jirones. Vacilante, se llevó la mano a la cara; los arañazos se habían hinchado como cicatrices rituales.

Red empujó a Pope contra la pared. El vagabundo seguía apoplético, con los ojos fuera de las órbitas. Una andanada de invectivas -mezcla de inglés y galimatías- cayó sobre la cara de Red. Sin interrumpir su perorata, Pope intentó atacar otra vez a Karney, pero esta vez Red lo sujetó e impidió que sus garras tocaran al muchacho. Red sacó a Pope del callejón y lo arrastró hasta el camino.

-Te sangra el labio -dijo Anelisa, mirando a Karney con disgusto.

Karney saboreó la sangre: salada y caliente. Se llevó el dorso de la mano a la boca. Al apartarla, quedó teñida de rojo.

-Menos mal que te seguimos -dijo la muchacha.

-Sí -repuso él sin mirarla.

Estaba avergonzado de su comportamiento ante el vagabundo, y sabía que la muchacha se estaría riendo de su incapacidad para defenderse. La familia de Anelisa estaba compuesta por villanos, su padre era un héroe entre los ladrones.

Red regresó de la calle. Pope se había ido.

-¿A qué venía todo esto? -exigió saber, sacando un peine del bolsillo de la chaqueta y arreglándose el copete.

-A nada -respondió Karney.

-No me vengas con esas mierdas -rechazó Red-. Dice que le robaste algo. ¿Es cierto?

Karney lanzó una mirada a Anelisa. De no haber estado ella allí, le habría contado todo a Red, en ese mismo instante. La muchacha le devolvió la mirada y pareció leerle el pensamiento. Se encogió de hombros y se apartó para no escuchar, pateando las cajas destrozadas a medida que se alejaba.

-Nos la tiene jurada a todos, Red -dijo Karney.

-¿De qué estás hablando?

Karney bajó la vista y se miró la mano ensangrentada. Aunque Anelisa se había alejado, las palabras para explicar sus sospechas tardaron en llegar.

-Catso... -comenzó a decir.

-¿Qué pasa con él?

-Huía, Red.

Detras de él, Anelisa lanzó un suspiro de irritación. Aquello tardaba demasiado para su gusto.

-Red, llegaremos tarde -dijo.

-Espera un momento -le ordenó Red, cortante, y concentró su atención en Karney-. ¿Qué quieres decirme sobre Catso?

-El viejo no es lo que parece. No es un vagabundo.

-¿No? ¿Y qué es entonces?

La voz de Red había recuperado su tono sarcástico; sin duda, debido a la presencia de Anelisa. La muchacha se había cansado de la discreción y había regresado junto a Red.

-¿Qué es, Karney? -repitió.

Karney nego con la cabeza. ¿Qué sentido tenía explicar una parte de lo ocurrido? O intentaba relatar toda la historia o se callaba la boca. Lo más fácil era callarse la boca.

-Da igual -dijo con tono monótono.

Red le lanzó una mirada asombrada y al comprobar que no se producía aclaración alguna, dijo:

-Si tienes algo que contarme sobre Catso, me gustaría oírlo. Ya sabes dónde vivo.

-Está bien.

-Lo digo en serio -insistió Red.

-Gracias.

-¿Sabes? Catso era un buen amigo. Un poco borrachín, pero todos tenemos nuestras cosas, ¿no? No tendría que haber muerto, Karney. Fue una putada.

-Red...

-Te llama -dijo Karney.

Anelisa se había ido hasta la calle.

-Siempre me está llamando. Ya nos veremos. Karney.

-Vale.

Red le dio una palmadita en la mejilla lastimada y salió al sol, tras Anelisa. Karney no hizo ademán de seguirlos. El ataque de Pope lo había dejado tembloroso; quería esperar en el callejón hasta recuperar la compostura. Buscó la tranquilidad de los nudos y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Estaba vacío. Registró los demás bolsillos. Todos vacíos, y sin embargo estaba seguro de que el viejo no había llegado a la cuerda. Tal vez se le hubiera caído durante la lucha. Karney comenzó a rastrear el callejón, y al ver que la primera búsqueda no daba resultado, revisó todo una segunda y una tercera vez, aunque ya la daba por perdida. Pope había logrado quitársela después de todo. A hurtadillas o bien por pura casualidad, había recuperado los nudos.

Con asombrosa claridad, Karney se recordó a sí mismo, de pie en el Salto del Suicida, mirando hacia abajo, hacia Archway Road, el cuerpo despatarrado de Catso, que yacía en el centro de una maraña de luces y vehículos. Se había sentido tan alejado de la tragedia...; la había visto con la misma implicación que un pájaro al vuelo. De repente, le disparaban desde el cielo. Caía al suelo, herido, aguardando sin esperanzas los terrores que le esperaban. Saboreó la sangre que le manaba del labio partido y se preguntó, deseando que el pensamiento se desvaneciera incluso antes de formarse, si Catso habría muerto instantáneamente, o si él también habría saboreado su sangre mientras yacía sobre el asfalto, mirando a la gente del puente, que todavía no se había enterado de cuán cercana estaba la muerte.

Regresó a su casa por las calles más transitadas que logró encontrar. Aunque de ese modo su lamentable aspecto atraía las miradas de las matronas y los policías, prefirió su desaprobación a arriesgarse a transitar por calles vacías, alejadas de las arterias principales. Una vez en su casa, se lavó las heridas y se cambió de ropa, y luego se sentó frente al televisor para permitir que sus miembros dejaran de temblar. Eran las últimas horas de la tarde, y hacían programas para niños: un aire de optimismo fácil infectaba todos los canales. Miraba aquellas banalidades con los ojos, pero no con la mente, aprovechando el sosiego para encontrar las palabras que describieran lo que le había ocurrido. Lo imperioso ahora era advertir a Red y a Brendan. Pope se había hecho con los nudos, y sólo sería cuestión de tiempo antes de que alguna bestia -quizá peor que la cosa de los árboles- fuera en busca de ellos. Entonces sería demasiado tarde para explicaciones. Sabía que los otros dos se mostrarían incrédulos, pero haría lo imposible para convencerlos, aunque tuviera que quedar en el peor de los ridículos. Tal vez sus lágrimas y su terror los harían reaccionar, cosa que su empobrecido vocabulario no lograría jamás.

A eso de las cinco y cinco, antes de que su madre regresara del trabajo, salió de casa y fue en busca de Brendan.

Anelisa se sacó del bolsillo el trozo de cuerda que había hallado en el callejón y lo examinó. No estaba segura de por qué se había molestado en recogerlo; en cierto modo la cuerda había encontrado la forma de llegar hasta su mano. Jugueteó con uno de los nudos, corriendo el riesgo de estropearse las uñas. Tenía media docena de cosas mejores para hacer esa tarde. Red había ido a comprar bebida y cigarrillos, y ella se había prometido tomar un baño perfumado y relajante antes de que él volviera. No tardaría tanto en desatar el nudo,

estaba segura. En realidad, parecía ansioso por ser desatado: tenía la extraña sensacion de que se movía. Lo más intrigante de todo eran los colores que despedía el nudo: Anelisa logró ver tonalidades violeta y rojizas. Al cabo de unos minutos llegó a olvidarse por completo del baño; eso podía esperar. Se concentró en cambio en el acertijo que tenía entre las manos. Pocos minutos después comenzó a ver la luz.

Karney le contó la historia a Brendan lo mejor que pudo. En cuanto se lanzó a hablar y comenzó desde el principio, descubrió que tenía su propio impulso y fue eso lo que lo hizo cambiar al tiempo presente con escaso titubeo. Y terminó diciendo:

-Sé que suena increíble, pero es la verdad.

Brendan no creyó ni una sola palabra, eso quedó claro en su mirada ausente. Pero en la cara llena de cicatrices había algo más que incredulidad. Karney no logro descifrar de qué se trataba hasta que Brendan lo agarró por la camisa. Sólo entonces supo el alcance de la furia de Brendan.

-No te basta con la muerte de Catso y tienes que venir aquí a contarme esas mierdas.

-Es la verdad.

-¿Y dónde carajo están los nudos?

-Ya te lo dije, los tiene el viejo. Me los quitó esta tarde. Nos va a matar, Bren. Lo sé.

Brendan lo soltó y le dijo con tono magnánimo:

-Te diré lo que voy a hacer. Voy a olvidar que me has contado todo esto.

-Pero es que no me entiendes...

-He dicho que voy a olvidar que me lo has contado. ¿Vale? Ahora, vete de aquí y llévate tus historias.

Karney no se movió.

-¿Me has oído? -gritó Brendan.

En sus ojos Karney logró apreciar una plenitud delatora. La rabia era sólo el camuflaje -apenas adecuado- de una pena para la que no tenía mecanismos de defensa. En su estado de ánimo actual ni el temor ni la discusión lo convencerían de la verdad. Karney se puso de pie.

-Perdona, ya me voy -le dijo.

Brendan mantuvo la cabeza gacha. No volvió a levantarla, y dejó que Karney se alejara. Sólo quedaba Red, él sería el último tribunal de apelación. Podía repetir la historia ahora que ya la había contado. La repetición le sería fácil. Dejó a Brendan a solas con sus lágrimas, y mentalmente comenzó a repasar las palabras.

Anelisa oyó entrar a Red por la puerta principal y lo oyó gritar varias veces una palabra. La palabra le resultaba familiar, pero tardó varios segundos de ferviente actividad mental en reconocerla como su propio nombre.

-¡Anelisa! -volvió a gritar-. ¿Dónde te has metido?

«En ninguna parte -pensó-. Soy la mujer invisible. No me busques, por favor. Dios mío, que me deje en paz.» Se llevó la mano a la boca para parar el castañeteo de sus dientes. Tenía que permanecer absolutamente quieta, y en silencio. Si movía un solo pelo, la oiría e iría en su busca. La única seguridad residía en hacerse un ovillito y taparse la boca con la palma de la mano.

Red comenzó a subir la escalera. Sin duda, Anelisa estaría cantando en el baño. Le encantaba el agua como pocas cosas. No era inusual que se pasara horas en la bañera, con los pechos rompiendo la superficie como dos islas de ensueño. A cuatro escalones del rellano, oyó un ruido en el pasillo de abajo: una tos o algo parecido. ¿Acaso estaría jugando con él? Se dio media vuelta y bajó, moviéndose con mayor sigilo. Casi al pie de la escalera, sus ojos se posaron en un trozo de cuerda que yacía sobre uno de los escalones. La levantó y, brevemente, se preguntó qué sería aquel único nudo antes de volver a oír el mismo ruido. Esta

vez no pensó que se tratara de Anelisa. Contuvo el aliento, esperando que se repitiera en el pasillo. Cuando no oyó nada, metió la mano en el costado de la bota y sacó una navaja automática, un arma que llevaba encima desde la tierna edad de once años. Según el padre de Anelisa era un arma de adolescentes; pero ahora, al avanzar por el pasillo hacia la sala, agradeció al santo patrono de los cuchillos el no haber seguido el consejo del viejo criminal.

La habitación estaba a oscuras. La noche cayó sobre la casa, oscureciendo las ventanas. Red permaneció en el vano de la puerta durante largo rato, observando ansiosamente el interior en busca de algún movimiento. Y otra vez el ruido; esta vez no fue uno solo, sino una serie de sonidos. Para su alivio, notó que la fuente del mismo no era humana. Con toda probabilidad se trataría de un perro herido en alguna pelea. Y además, el ruido no provenía de la habitación de enfrente, sino de la cocina, ubicada más al fondo del pasillo. Recobrado el valor por el simple hecho de pensar que el intruso no era más que un animal, llevó la mano al interruptor y encendió la luz.

La rápida sucesión de acontecimientos que puso en marcha al hacerlo se produjo en una secuencia que no ocupó más de una docena de segundos; sin embargo, vivió cada uno de ellos con el máximo de detalles. En el primer segundo, al encenderse la luz, vio moverse una cosa en la cocina; luego, se dirigió hacia ella empuñando la navaja. Durante el tercer segundo apareció el animal, que alertado por su agresión, salió de su escondite. Corrió hacia él: era una imagen borrosa de carne reluciente. Su repentina proximidad le resultó sobrecogedora; su tamaño, el calor que despedía su cuerpo humeante, la boca enorme que dejaba escapar un aliento podrido. Red empleó el cuarto y el quinto segundos para evitar el primer ataque, pero al sexto aquella cosa dio con él. Sus brazos desnudos agarraron a Red. Lanzó un navajazo al aire y le abrió una herida, pero ésta se cerró, al tiempo que la bestia aferraba a Red con un abrazo mortal. Más por accidente que por verdadera intención, la navaja se clavó en la carne de aquella cosa y un calor líquido le salpicó la cara a Red. Apenas lo notó. Siguieron los últimos tres segundos, en los que el arma, resbaladiza por la sangre, se le escapó de la mano y quedó clavada en la bestia. Desarmado, intentó desasirse de aquel abrazo mortal, pero antes de poder apartarse, la enorme cabeza inconclusa se acerco a él -las fauces enormes como un túnel- y de un solo golpe se bebió todo el aire de sus pulmones. Era todo el aliento que Red poseía. Su cerebro, privado de oxígeno, produjo una serie de fuegos artificiales para celebrar su inminente partida: petardos, estrellas, girándulas. La pirotecnia fue brevísima; pronto se hizo la oscuridad.

Arriba, Anelisa escuchaba los caóticos sonidos e intentaba reunirlos para encontrarles un sentido, pero le fue imposible. Fuera lo que fuese lo que hubiera ocurrido, había acabado en silencio. Red no fue en su busca. Pero tampoco la bestia. Tal vez, pensó, se habrían matado. La simplicidad de la solución la satisfizo. Esperó en su cuarto hasta que el hambre y el aburrimiento calmaron su ansiedad; entonces bajó.

Red yacía donde el segundo engendro de la cuerda lo había soltado, con los ojos muy abiertos para observar los fuegos de artificio. La bestia estaba acuclillada en el extremo de la habitación, hecha una ruina. Al verla, Anelisa se apartó del cuerpo de Red y fue hacia la puerta. La bestia no intentó acercarse a ella, se limitó a seguirla con los ojos hundidos, la respiración entrecortada y unos pocos movimientos muy entorpecidos.

Iría a buscar a su padre, decidió, y abandonó la casa, dejando la puerta principal entreabierta.

Seguía entreabierta cuando, media hora más tarde, llego Karney. Aunque después de dejar a Brendan tenía la intención de ir directamente a casa de Red, le había faltado valor. Había vagado sin rumbo fijo hacia el puente sobre Archway Road. Allí había permanecido durante largo rato, observando el tráfico que pasaba debajo y bebiendo de la media botella de vodka que había comprado en Holloway Road. Se había quedado sin dinero, pero con el estómago vacío, el licor había sido potente, y le había aclarado las ideas. Había llegado a la conclusión de que morirían todos. Tal vez la culpa la tenía él, por robar la cuerda; de todos modos, lo más probable era que Pope los castigara por los crímenes perpretados contra su persona. Ahora, lo

Librodot

más que podían esperar -que él podia esperar- era una brizna de comprensión. Eso le bastaría, decidió, obnubilado por el alcohol: simplemente morir un poco menos ignorante de lo que había nacido. Red lo entendería.

Estaba ahora en el umbral de la puerta y llamó al muchacho por su nombre. No recibió respuesta alguna. El vodka que había bebido lo tornó osado y, gritando otra vez el nombre de Red, entro en la casa. El pasillo estaba a oscuras, pero había luz en un cuarto del fondo y hacia ella fue. La atmósfera de la casa era bochornosa, como el interior de un invernadero. En la sala hacia todavía más calor, porque allí se enfriaba Red, soltando su calor al ambiente.

Karney bajó la vista y se quedó mirándolo el tiempo suficiente como para notar que con la mano izquierda aferraba la cuerda y que en ésta sólo quedaba un nudo. Tal vez Pope había estado allí y, por algun motivo, había dejado la cuerda. Fuera como fuese, su presencia en la mano de Red ofrecía una posibilidad de vivir. Esta vez, juró mientras se acercaba al cuerpo, destruiría la cuerda para siempre. La quemaría y esparciría sus cenizas a los cuatro vientos. Se agachó para quitársela de la mano a Red. La cuerda presintió su proximidad y saltó, manchada de sangre, de la mano del muerto a la de Karney, y se le enrolló entre los dedos, dejando una huella. Asqueado, Karney miró el último nudo. El proceso que tan doloroso esfuerzo le costara iniciar había cobrado ahora su propio impulso. Desatado el segundo nudo, el tercero comenzaba practicamente a aflojarse solo. Al parecer, seguía necesitando de un agente humano -¿por qué si no había saltado con tanta prontitud a su mano?-, pero a pesar de ello, estaba muy cerca de resolver su propio misterio. Era imperioso que destruyera la cuerda rápidamente antes de que el nudo se desatase.

Entonces notó que no estaba solo. Además del muerto, había allí cerca otra presencia viva. Apartó la vista del nudo retozante cuando alguien le habló. Las palabras no tenían sentido alguno. Ni siquiera eran palabras, sino más bien una serie de sonidos lastimeros. Karney recordó el aliento de la cosa del sendero y la ambigúedad de los sentimientos que había despertado en él. En aquel momento experimentó la misma ambigüedad: junto al temor creciente tuvo la sensación de que la voz de la bestia hablaba de pérdidas, fuera cual fuese su lengua. Se sintió embargado por la piedad.

-Muéstrate -le dUo, sin saber si entendería o no.

Pasaron unos cuantos instantes temblorosos. Entonces salió por la puerta del extremo opuesto. La luz de la sala era buena, y Karney tenía buena vista, pero la anatomía de la bestia desafió su comprensión. En su silueta deformada y palpitante había algo simiesco, como si hubiera nacido prematuramente. Su boca se abrió para emitir otro sonido; sus ojos, sepultados bajo la frente sangrante, eran inescrutables. Comenzó a arrastrarse desde su escondite para atravesar la habitación y dirigirse hacia él; con cada paso, ponía a prueba la cobardía de Karney. Al llegar al cadáver de Red, se detuvo, levantó un miembro destrozado e indicó un lugar en el pliegue del cuello. Karney vio el cuchillo; sería el de Red, supuso. Se preguntó si no estaría intentando justificar su muerte.

-¿Que eres? -le preguntó.

Meneó la pesada cabeza. De su boca salió un gemido prolongado. Y de repente, levantó el brazo y señaló en direecion a Karney. Al hacerlo, dejó que la luz le cayera de lleno en el rostro, y Karney pudo ver los ojos debajo de las pobladas cejas: eran como gemas gemelas atrapadas en la bola herida del cráneo. Su brillo y su lucidez le revolvieron el estómago. Y seguía señalando en su dirección.

-¿Que quieres? -le preguntó Karney-. Dime lo que quieres.

Dejó caer el miembro pelado e hizo ademán de pasar por encima del cadáver en dirección a Karney, pero no tuvo ocasion de revelar sus intenciones. Desde la puerta principal llegó un grito que la detuvo en seco.

-¿Hay alguien? -preguntó una voz.

En el rostro de la bestia se dibujó el panico -los ojos demasiado humanos se movieron en sus orbitas-, y se alejó, rumbo a la cocina. El visitante, quienquiera que fuese, volvio a gritar; su voz sonó más cercana. Karney miró el cadáver y luego vio que tenía la mano

ensangrentada. Sopesó sus posibilidades, se retiró de la habitación y entro en la cocina. La bestia había huido: la puerta trasera estaba abierta de par en par. A sus espaldas, Karney oyó al visitante encomendarse a Dios cuando vio los restos de Red. Titubeó en las sombras. ¿Sería correcto huir? ¿No sería mejor quedarse allí y tratar de encontrar una forma de llegar a la verdad? El nudo, que seguía moviéndose en su mano, lo decidió: lo prioritario era destruirlo. En la sala, el visitante marcaba el número de la policía; utilizando su monólogo aterrado como tapadera, Karney cubrió los metros que le quedaban hasta alcanzar la puerta y huyó.

-Te ha llamado alguien -le gritó su madre desde lo alto de la escalera-; ya me ha despertado dos veces. Le dije que no...

-Lo siento, mamá. ¿Quién era?

-No me lo quiso decir. Le dije que no volviera a llamar. Si telefonea otra vez dile que no quiero que vuelva a llamar a estas horas de la noche. Que hay gente que tiene que madrugar.

-Sí, mamá.

Su madre desapareció del rellano, cerró la puerta y se metió en su cama solitaria. Karney se quedó temblando en el vestíbulo, con la mano en el bolsillo apretada alrededor del nudo. Seguía moviéndose, retorciéndose en todas direcciones, contra los confines de su palma, buscando un sitio, por pequeño que fuera, en el que soltarse. Pero no se lo permitía. Buscó el vodka que había comprado horas antes; con una sola mano destapó la botella y bebió. Cuando tomaba un segundo sorbo, sonó el teléfono. Dejó la botella y levantó el auricular.

-¿Diga?

Llamaban desde una cabina; sonó un «pip», depositaron unas monedas y una voz dijo:

-¿Karney?

-¿Sí?

-Por el amor de Dios, me matará.

-¿Quién habla?

-Brendan. -No sonaba como la voz de Brendan, era demasiado chillona, demasiado llorosa-. Me matará si no vienes.

-¿Pope? ¿Es Pope?

-Está loco. Tienes que venir al cementerio de coches, en la cima de la colina. Dale...

Se cortó la comunicacion. Karney colgo. En su mano, la cuerda hacía acrobacias. Abrió la mano; en la escasa luz que provenía del rellano, el nudo restante brilló. En su centro, como en el centro de los otros dos nudos, se produjeron chispazos de color. Cerró de nuevo el puño, recogió la botella de vodka y volvió a salir.

El cementerio de coches se había vanagloriado en cierta época de la presencia de un doberman perpetuamente irascible, pero al perro le había salido un tumor la primavera anterior y había atacado salvajemente a su amo. Después del incidente lo sacrificaron y no volvieron a comprar un sustituto. La pared de hierro corrugado fue, a partir de aquel momento, muy fácil de trasponer. Karney trepó a ella y bajó al terreno lleno de grava y cenizas. En el portón de entrada, una farola iluminaba la colección de vehículos particulares y comerciales amontonados allí. La mayoría estaban desahuciados: eran camiones abiertos y camiones cisterna herrumbrados, un autobús que se había llevado por delante un puente a toda velocidad, una especie de archivo policial fotográfico de coches, alineados o apilados, víctimas de accidentes diversos.

Comenzando por el portón de entrada, Karney efectuó una búsqueda sistemática por el terreno, intentando andar con cuidado, pero en el extremo noroeste del cementerio no encontró señal alguna de Pope ni de su prisionero. Con el nudo en la mano, comenzó a avanzar por el recinto; la luz tranquilizadora del portón temNaba a cada paso que daba. Un poco más adelante, entre dos de los vehículos. vio unas llamas. Se quedo quieto e intentó

interpretar el intrincado juego de sombras y fuego. A sus espaldas oyó un movimiento; se volvió, previendo a cada latido del corazón un grito, un golpe. No hubo nada. Recorrió el cementerio a sus espaldas -la imagen de la llama amarilla le bailaba en la retina-, pero lo que se había movido permanecía ahora quieto.

-¿Brendan? -susurró, mirando hacia el fuego.

En un retazo de sombras, frente a él, se movió una silueta; Brendan salió de la oscuridad tambaleándose y cayó de rodillas sobre las cenizas, muy cerca de donde se encontraba Karney. Incluso en la engañosa luz, Karney logró ver que Brendan había sido apaleado salvajemente. Llevaba la camisa llena de manchas demasiado oscuras como para ser otra cosa que sangre; tenía el rostro crispado por el dolor presente o el que previsiblemente le llegaría. Cuando Karney avanzó hacia él, Brendan se escudó como un animal maltratado.

-Soy yo, Karney -le dijo éste.

-Dile que pare -le pidió Brendan, levantando la cabeza machacada.

-Todo saldrá bien.

-Por favor, dile que pare.

Brendan se llevó las manos al cuello. Un collar de cuerda le rodeaba la garganta, y de él partía una traílla que se internaba en la oscuridad, entre dos vehículos. Allí, sujetando el otro extremo de la traílla, estaba Pope. Sus ojos brillaban con las sombras, aunque ninguna fuente de luz se reflejara en ellos como para permitir aquel brillo.

-Ha sido muy sensato por tu parte el haber venido -le dijo Pope-. Lo habria matado.

-Suéltalo -le ordeno Karney.

-Primero dame el nudo -dijo Pope, negando con la cabeza.

Salió de su escondite. Karney esperaba que se le hubiese desprendido el disfraz de vagabundo, revelando su verdadero rostro -cualquiera que este fuese-, pero no fue así. Vestía las mismas ropas harapientas de siempre, pero su control de la situación era incontestable. Dio un tirón a la cuerda y Brendan se desplomó, ahogándose; sus manos aferraron en vano el nudo que le apretaba la garganta.

-Basta ya -le ordenó Karney a Pope-. Tengo el nudo, maldito seas. No lo mates.

-Dámelo.

Cuando Karney avanzaba hacia el anciano, algo gritó en el laberinto del cementerio. Karney reconoció el sonido; Pope también. No había posibilidad de error: era la voz de la bestia desollada que había matado a Red, y estaba muy cerca. La cara sucia de Pope se tiñó de una nueva urgencia

-¡Date prisa! -apremió-. O lo mato.

Había extraído un cuchillo de desollar de la chaqueta. Tiró de la traílla y obligó a Brendan a acercarse.

La queja de la bestia aumentó de tono.

-¡El nudo! -gritó Pope-. ¡Dámelo!

Avanzó hacia Brendan y le puso la hoja del cuchillo en la cabeza rapada.

-No lo hagas -le dijo Karney-, toma el nudo.

Antes de que lograra respirar, por el rabillo del ojo notó un movimiento y algo caliente le agarró la muñeca. Pope lanzó un grito de rabia, y Karney se volvió para ver a la bestia escarlata a su lado, mirándolo con ojos fantasmales. Karney forcejeó para soltarse, pero la bestia meneó su enloquecida cabeza.

-¡Mátala! ¡Mátala! -aulló Pope.

La bestia observó a Pope y, por primera vez, Karney vio en aquellos ojos pálidos una mirada inequívoca: un odio muy puro. Brendan lanzó un grito agudo y Karney miro en su dirección: el cuchillo de desollar se deslizó en su mejilla. Pope retiró la hoja y dejó que el cadáver de Brendan cayera hacia adelante. Antes de que este tocara el suelo, el anciano se dirigió hacia Karney; cada una de sus zancadas revelaba unas intenciones asesinas. Atemorizada, la bestia soltó a Karney justo a tiempo para que éste evitara el primer ataque de Pope. Hombre y bestia se separaron y echaron a correr. Karney resbaló en las cenizas y por un

instante sintió cernirse sobre el la sombra de Pope, pero logro esquivar el segundo cuchillazo por milímetros.

-No podrás salir -se jacto Pope al verle correr. El viejo se mostraba tan confiado de su trampa que ni siquiera se molestó en perseguirlo-. Estás en mi territorio, muchacho. No hay modo de salir.

Karney se ocultó entre dos vehículos y comenzo a volver sobre sus pasos en dirección al portón, pero sin saber cómo, había perdido el sentido de la orientación. Una hilera de mastodontes herrumbrados conducía a otra, tan parecida que no lograba distinguirlas. Ignoraba dónde lo conduciría aquella maraña, pero al parecer no había escapatoria; no volvería a ver la farola del porton, ni el fuego de Pope, en el extremo del cementerio. Aquello se había convertido en un coto de caza, y él en la presa; adondequiera que lo llevaba el sendero, la voz de Pope lo seguía tan de cerca como sus propios latidos.

-Entrégame el nudo, muchacho -le decía-, entrégamelo y no te obligaré a comerte tus propios ojos.

Karney estaba aterrorizado, pero presentía que a Pope le ocurría otro tanto. La cuerda no era una herramienta asesina, como Karney había creído siempre. Fuera cual fuese la razón de su existencia, el viejo no ejercía sobre ella dominio alguno. En ese hecho basaba las escasas posibilidades de supervivencia. Había llegado el momento de desatar el último nudo; lo desataría y esperaría las consecuencias. ¿Podrían ser peores que morir a manos de Pope?

Karney encontró un refugio adecuado al lado de un camión incendiado; se puso en cuclillas y abrió el puño. Incluso en la oscuridad logró sentir que el nudo se movía para deshacerse; lo ayudó lo mejor que pudo.

-No lo hagas, muchacho -le sugirió Pope, fingiendo una humanidad impropia en él-; sé lo que estás pensando, y créeme, será tu fin.

Era como si a las manos de Karney les hubieran brotado dedos adicionales: ya no estaban a la altura de solucionar el problema. Su mente era una galería de retratos de muerte: Catso tirado en la calzada del camino; Red en la alfombra, Brendan soltándose de las manos de Pope mientras el cuchillo se deslizaba de su cabeza. Se esforzó por apartar de si esas imágenes, guiando como podía su sitiado intelecto. Pope había concluido su monólogo. El único sonido que se oía en el cementerio de coches era el murmullo lejano del tráfico; provenía de un mundo que Karney dudaba en volver a ver. Manoseó desmañadamente el nudo como si fuera un hombre ante una puerta cerrada con un manojo de llaves, probando una, luego la siguiente, y la siguiente, con la certeza de que la noche se cernía sobre su cabeza. «De prisa. de prisa». se dijo. Pero su anterior destreza lo había abandonado por completo.

Entonces oyó un siseo que cortaba el aire; Pope había dado con el, vio su cara triunfante al lanzar el golpe asesino. Karney se echó a rodar desde la postura en la que se encontraba, pero la hoja le alcanzo en la parte superior del brazo, abriéndole una herida desde el hombro hasta el codo. El dolor le dio velocidad, y el segundo golpe fue a dar contra la cabina del camión, sacando chispas en vez de sangre. Antes de que Pope lograra acuchillarlo otra vez, Karney se alejó sangrando copiosamente. El viejo salió en su persecución. pero Karney fue más veloz. Se metió detrás de un autocar y, mientras Pope iba tras él resollando, se agachó y se ocultó debajo del vehículo. Pope paso de largo justo cuando Karney sofocaba un sollozo de dolor. La herida que acababan de infligirle le había incapacitado la mano izquierda. Apretando el brazo contra el cuerpo para reducir al mínimo el esfuerzo sobre el musculo destrozado, intento concluir el maldito trabajo que había comenzado en el nudo, utilizando los dientes como segunda mano. Ante él aparecieron destellos de luz blanca: no tardaría en desmayarse. Respiró profundamente y con regularidad a través de las fosas nasales, mientras sus dedos tiraban febrilmente del nudo. Ya no veía ni lograba sentir el nudo en la mano. Trabajaba a ciegas, como lo había hecho en el sendero, y ahora, como entonces, sus instintos empezaron a suplir sus fuerzas. El nudo comenzo a bailar ante sus labios, ansioso por soltarse. Se encontraba a escasos momentos de la solución.

Tan concentrado estaba que no vio el brazo que se tendía hacia él hasta que se sintió arrastrar de su santuario y se quedo mirando hacia arriba los ojos brillantes de Pope.

-Basta de juegos -dijo el viejo, y soltó a Karney para arrancarle la cuerda de los dientes.

Karney intentó moverse un poco para evitar que Pope lo agarrara, pero el dolor del brazo era tan agudo que no pudo. Cayo hacia atrás lanzando un grito al tocar el suelo.

-Te sacare los ojos -dijo Pope, y el cuchillo descendió.

Sin embargo, el golpe cegador jamás llegó. Una silueta malherida salió de su escondite, detrás del viejo, y tironeó de las dos puntas de su gabardina. Pope recuperó el equilibrio en pocos momentos y se dio la vuelta. El cuchillo alcanzó a su contrincante, y Karney abrió los ojos nublados de dolor para ver a la bestia desollada retroceder con la mejilla abierta hasta el hueso. Pope fue tras ella para rematarla, pero Karney no se quedó a mirar. Tendió la mano para sujetarse del camión y se incorporó con el nudo apretado aún entre los dientes. A sus espaldas, Pope maldecía; Karney supo que había abandonado la matanza para seguirlo. Sabía también que lo alcanzaría, pero tambaleándose salió de entre los dos vehículos. ¿En qué dirección se encontraba el portón? No tenía idea. Sus piernas pertenecían a un comediante, y no a él; tenían articulaciones de goma, no servían para otra cosa que para hacerlo caer de nalgas. Avanzó dos pasos y las rodillas cedieron. Del suelo se elevó un olor de cenizas empapadas de gasolina.

Desesperado, se llevó la mano sana a la boca. Los dedos encontraron una lazada. Tiró con todas sus fuerzas y, milagrosamente, el nudo se deshizo. Escupió la cuerda al sentir que surgía un calor que le tostaba los labios. La cuerda cayó al suelo, roto su sello ultimo, y de su centro se materializó el último de los prisioneros. Apareció sobre las cenizas como un niño enfermo, con unos vestigios de miembros, la cabeza pelada demasiado grande para el cuerpecito marchito, cuya carne era tan pálida que parecía translúcida. Agitó los brazos paralíticos en un vano esfuerzo por enderezarse cuando Pope avanzó hacia ella, ansioso por cortarle la indefensa garganta. Evidentemente, aquella incipiente forma de vida no era lo que Karney había esperado del tercer nudo; le daba asco.

Entonces habló. Su voz no era el maullido de un crío sino la de un hombre, aunque provenía de la boca de la criatura.

-¡Ven a mí! ¡Deprisa! -gritó.

Cuando Pope se inclinaba para asesinar a la criatura, el aire del cementerio de coches se llenó de un olor a fango y las sombras liberaron un ser espinoso, de vientre bajo, que se deslizó por el suelo, hacia él. Pope retrocedió cuando la criatura -tan inacabada en su estado de reptil como su hermano simiesco- se cerró sobre el extraño infante. Karney esperaba que devorase aquel montoncito de carne, pero el niño pálido levantó los brazos, como dándole la bienvenida, al tiempo que la bestia del primer nudo se enroscaba sobre él. Al hacerlo, la segunda bestia mostró su rostro fantasmal, gimiendo de placer. Posó sus manos sobre el niño y acunó el cuerpo deformado en sus brazos espaciosos, completando la atroz familia de reptil, mono y niño.

Sin embargo, la unión no se había completado aún. Cuando las criaturas se unieron, sus tres cuerpos comenzaron a desintegrarse, transformándose en lazos de una sustancia color pastel; incluso cuando sus anatomías comenzaban a disolverse, los restos iniciaban una nueva configuración: cada filamento se iba urdiendo con otros. Estaban atando otro nudo, al azar pero, aun así, inevitable, mucho más complicado que los que Karney había logrado tener entre sus manos. De las piezas del antiguo rompecabezas surgía otro nuevo, quizá insoluble, pero, mientras que los otros habían sido inacabados, éste sería completo y acabado. ¿Qué sería?

Mientras la madeja de nervios y músculos se movía hacia su condición final, Pope aprovechó la ocasión que se le presentaba. Avanzó a toda velocidad, con el rostro enloquecido al ver la unión, y hundió el cuchillo de desollar en el corazón del nudo. Pero el ataque no llegó a tiempo. Un miembro con jirones luminosos se desenroscóo del cuerpo y envolvió la muñeca de Pope. La gabardina se prendió fuego y las carnes de Pope comenzaron a arder. Aulló y dejó caer el arma. El miembro lo solto a su vez, para volver al ovillo; dejó al hombre

tambaleándose hacia atrás y acunándose el brazo humeante. Al parecer, Pope estaba perdiendo la cordura; sacudía la cabeza lastimeramente. Por un instante, sus ojos se encontraron con los de Karney y un relumbre astuto los iluminó. Estiró el brazo, cogió al muchacho por la herida y lo apretó con fuerza. Karney gritó, pero sin prestar atención a su prisionero, Pope lo alejó a rastras de la cosa que estaba terminando su formación y lo metió en el refugio del laberinto.

-No me hará daño -dijo Pope para sí-, no si tú estas a mi lado. Siempre tuvo debilidad por los niños. -Empujó a Karney delante de él-. Buscaré los papeles..., luego me ire.

Karney no sabía si estaba vivo o muerto; no le quedaban fuerzas para deshacerse de Pope. Se limitó a seguir al viejo, arrastrándose la mitad del trayecto, hasta que llegaron a su destino: un coche sepultado detras de una montaña de vehículos herrumbrados. Le faltaban las ruedas; a través del chasis le había crecido un arbusto que ocupaba el asiento del conductor. Pope abrió la puerta trasera, murmurando satisfecho, y se inclinó hacia el interior, dejando a Karney acurrucado contra la puerta. No tardaría en desmayarse; Karney lo deseaba vehementemente. Pero Pope lo necesitaba aún. Retiró un librito de su escondite, debajo del asiento del coche,y susurró:

-Ahora nos vamos. Tenemos asuntos que tratar.

Karney gimió cuando lo empujó.

-Cierra la boca -le dijo Pope abrazándolo-, mi hermano tiene oídos.

-¿Tu hermano? -murmuró Karney, intentando encontrar algún sentido a lo que se le acababa de escapar a Pope.

-Hechizado, hasta que apareciste tú -le dijo Pope.

-Bestias -masculló Karney, al asaltarle las imágenes mezcladas de reptiles y simios.

-Humanos -replicó Pope-. La evolución es el nudo de la cuestión, muchacho.

-Humanos. ..-repitió Karney.

Y cuando la palabra hubo abandonado sus labios, sus ojos doloridos vieron una forma brillante sobre el coche, a espaldas de su torturador. Sí, era humano. Todavía húmedo por su renacimiento, el cuerpo estaba surcado de las heridas heredadas, pero era triunfalmente humano.

Pope vio el reconocimiento reflejado en los ojos de Karney. Lo agarró, y se disponía a utilizar su cuerpo herido como escudo cuando intervino su hermano. El hombre redescubierto tendió las manos desde lo alto del techo y sujetó a Pope por el estrecho cuello. El viejo chilló y, retorciéndose, se soltó, alejándose a toda velocidad por las cenizas. Pero el otro inició una aullante persecución, alejándolo de Karney.

Desde una gran distancia, Karney oyó la última súplica de Pope antes de que su hermano lo venciera; entonces, las palabras se transformaron en grito, un grito que Karney esperaba no volver a oír en su vida. Y después, el silencio. La criatura no regresó, por lo que Karney se sintio agradecido, a pesar de la curiosidad.

Minutos mas tarde, cuando logró reunir energías suficientes como para salir del cementerio de coches -la luz volvía a brillar en el portón, como un faro para los extraviados-, encontró a Pope tirado boca abajo en la grava. Aunque hubiera tenido fuerzas, una pequeña fortuna no lo habría persuadido de darle la vuelta al cadaver. Le bastaba con ver cómo las manos del muerto habían cavado la tierra durante el tormento, y cómo las brillantes ristras de intestinos, antes tan prolijamente enrolladas en el abdomen, asomaban por debajo del cuerpo. El libro que Pope se había tomado tanto trabajo en recuperar estaba a su lado. Karney se agachó para recogerlo; la cabeza le daba vueltas. Era una pequeña recompensa por la noche de horrores que babia soportado. En el futuro próximo se formularía preguntas que jamas podría contestar, acusaciones contra las que tenía muy poca defensa. Pero a la luz de la farola del portón, notó que aquellas páginas manchadas le recompensaban mucho más de lo que había imaginado. Copiados con letra meticulosa, y acompañados de diagramas complicados, allí estaban los teoremas de la olvidada ciencia de Pope: los dibujos de nudos para asegurar el

Librodot

amor y ganar fama; lazos para dividir almas y unirlas; para hacer fortunas y niños; para causar la ruina del mundo.

Después de un breve examen, escaló el portón y saltó a la calle. A esa hora estaba desierta. En el lado opuesto, en el edificio piopiedad del ayuntamiento, había varias luces; eran habitaciones donde los enfermos esperaban a que amaneciera. En vez de exigir más a sus miembros exhaustos, Karney decidió esperar donde se encontraba hasta parar un coche que lo llevase adonde pudiera contar su historia. Tenía mucho con qué entretenerse. Aunque le daba vueltas la cabeza y sentía el cuerpo entumecido, en su interior vibraba una lucidez como jamás había experimentado. Llegó a los misterios contenidos en las páginas del libro prohibido de Pope como a un oasis. Bebiendo profusamente de aquellas páginas, ansiaba con rara excitación el peregrinaje que le esperaba.

Librodot

REVELACIONES

En Amarillo habían oído hablar de los tornados, del viento que se tragaba el ganado, los coches, incluso casas enteras, para levantarlos del suelo y volver a lanzarlos a la tierra; de comunidades enteras destrozadas en unos instantes devastadores. Tal vez fuera eso lo que tenía tan nerviosa a Virginia esa noche. Eso, o bien la fatiga acumulada despues de viajar por tantas autopistas vacías con el único paisaje de los cielos impasibles de Texas, y con nada que esperar, al final del recorrido, más que otra tanda de himnos y fuego infernal. Estaba sentada en el asiento trasero del Pontiac negro; le dolía la espalda; intentó con todas sus fuerzas dormirse. Pero la atmósfera tranquila y bochornosa le rodeaba el delgado cuello y le provocaba pesadillas en las que creía ahogarse, por lo que abandonó todo intento de descansar y se conformó con ver cómo pasaban los campos de cereales y contar los elevadores de grano, brillantes contra las masas de cúmulos que comenzaban a formarse hacia el noreste.

En el asiento delantero, Earl canturreaba mientras conducía. Junto a Virginia, John -sentado a escasos centímetros de ella, pero en el fondo a millones de kilómetros de distancia- estudiaba las epístolas de san Pablo y murmuraba las palabras mientras leía. Cuando atravesaron el pueblo de Pantex («Aquí construyen las cabezas nucleares», comentó Earl enigmáticamente y luego no dijo nada más) empezó a llover. El chubasco cayó de repente, cuando empezaba a anochecer, ennegreciendo aún más la oscuridad reinante; en un instante sepultó la autopista Amarillo-Pampa bajo una noche mojada.

Virginia subió la ventanilla; la lluvia, aunque refrescante, le estaba empapando el sencillo vestido azul, el único que John le permitía llevar en la reuniones. Ya no tenía nada que mirar más allá del crisral. Permaneció allí sentada mientras crecía su nerviosismo a medida que se acercaban a Pampa, escuchando la vehemencia del chaparrón sobre el techo del coche, y los susurros de su marido, sentado a su lado:

-«Entonces dijo: Despertad vosotros, los que dormís, y volved de la muerte, y Cristo os dará la luz.

»"Procurad caminar cautelosamente, no como necios sino como hombres sabios, redimiendo el tiempo porque los días son malvados."

Allí estaba John sentado bien erguido, como de costumbre, con la misma Biblia de tapas blandas y hojas sobadas que había utilizado durante tantos años, posada sobre el regazo. Seguramente conocía esos pasajes de memoria; los citaba con harta frecuencia, y con una mezcla tal de familiaridad y frescura que las palabras podían haberle pertenecido a él y no a San Pablo, acuñadas recientemente de su propia boca. Esa pasión y ese vigor harían que con el tiempo John Gyer fuera el mas grande evangelista de Estados Unidos, a Virginia no le cabía ninguna duda. Durante las agotadoras y frenéticas semanas de la gira por tres estados, su esposo había exhibido una confianza y una madurez sin precedentes. Su mensaje apenas había perdido parte de su vehemencia debido a aquel profesionalismo nuevo -continuaba siendo la anticuada mezcla de condenación y redención que tanto propugnaba-, pero ahora ejercía sobre sus dones un control completo y, ciudad tras ciudad -en Oklahoma, Nuevo Mexico, y ahora en Texas-, los fieles se habían reunido a cientos, a miles, para escucharlo, ansiosos por volver a entrar en el reino de Dios. En Pampa, a cincuenta kilometros de allí, ya se estarían reuniendo, a pesar de la lluvia, decididos a conseguir un lugar en la tribuna principal para cuando llegara el cruzado. Seguramente habrían acudido con sus hijos y sus ahorros y, principalmente, su hambre de perdón.

Pero el perdon sería para el día siguiente. Antes tenían que llegar a Pampa, y la lluvia arreciaba. En cuanto empezo la tormenta, Earl dejó de cantar y concentró su atención en el camino. De vez en cuando suspiraba para sí y se estiraba en el asiento. Virginia intentó no preocuparse por la forma en que conducía, pero el torrente se convirtió en diluvio y la ansiedad pudo más que ella. Se inclinó hacia adelante y comenzo a espiar a través del parabrisas, para ver si venían vehículos de frente. En condiciones como aquéllas solían ocurrir

Librodot

los accidentes: mal tiempo, un conductor cansado y ansioso por encontrarse treinta kilómetros mas adelante. A su lado, John presintió su preocupación.

-El Señor está con nosotros -le dijo, sin apartar la vista de las páginas impresas con letra menuda, aunque hacia rato que estaba demasiado oscuro para leer.

-Es una noche de perros, John -le dijo ella-. Tal vez sería mejor que no fuéramos hasta Pampa. Earl tiene que estar cansado.

-Me encuentro perfectamente -comentó Earl-. Además, no estamos tan lejos.

-Estás cansado -insistió Virginia-. Todos lo estamos.

-Podríamos buscar un motel, supongo -sugirió Gyer-. ¿Qué opinas, Earl?

Earl encogió sus anchos hombros y sin protestar demasiado contestó:

-Lo que usted diga, jefe.

Gyer se volvió hacia su esposa y le dio unas suaves palmadas en la mano.

-Buscaremos un motel -le dijo-. Earl telefoneará a Pampa y les avisará que estaremos con ellos por la mañana. ¿Qué te parece?

Virginia le sonrió, pero él no la miraba.

-Me parece que la próxima salida es White Deer -le informó Earl a Virginia-. Tal vez haya allí un motel.

En efecto, el Motel El Álamo se encontraba a menos de un kilómetro al oeste de White Deer, en una zona desolada, al sur de la US 60; era un pequeño establecimiento con un álamo muerto, o a punto de morir, en la porción de terreno que separaba sus dos edificios bajos. En el aparcamiento ya había una serie de coches, y la mayoría de las habitaciones estaban iluminadas; probablemente serían todos fugitivos de la lluvia. Earl entró en el aparcamiento y aparcó lo más cerca que pudo de la oficina de recepción; luego, atravesó a la carrera el resto del trayecto bajo una lluvia torrencial, a fin de averiguar si quedaban habitaciones para la noche. Con el motor apagado, el ruido de la lluvia al golpear el techo del Pontiac se tornó más opresivo que nunca.

-Ojalá haya sitio -comentó Virginia, observando cómo la lluvia que caía sobre el cristal emborronaba el cartel de neón.

Gyer no le contestó. La lluvia continuó cayendo sin conmiseración.

-Háblame, John -le dijo.

-¿Para qué?

-Olvídalo -repuso ella, sacudiendo la cabeza.

Unos mechones de pelo se le habían pegado a la frente sudorosa; aunque estaba lloviendo, el calor no se había disipado de la atmósfera.

-Odio esta lluvia -añadió.

-No durará toda la noche -repuso Gyer, y con la mano se alisó la espesa cabellera gris.

Era un gesto que utilizaba en el púlpito, para acentuar lo que decía, haciendo una pausa entre una frase y la siguiente. Conocía tan bien sus retóricas, tanto la física como la verbal... A veces tenía la impresión de que de él conocía todo cuanto había que conocer, que no le quedaba nada que realmente quisiera escuchar. Probablemente sena un sentimiento mutuo; hacía ya tiempo que su matrimonio había dejado de ser tal. Esa noche, como cada noche de aquella gira, yacerían en camas separadas y él dormiría ese sueñno profundo y fácil que tan rápidamente le llegaba, mientras ella tragaba a escondidas una o dos píldoras para procurarse un poco de ansiada serenidad.

-El sueño -solía decirle él- es una ocasión para comulgar con el Señor.

Gyer creía en la eficacia de los sueños, aunque nunca hablaba de lo que veía en ellos. Llegaría el tiempo en que desvelaría la majestuosidad de sus visiones, a Virginia no le cabía duda, pero mientras tanto, dormía solo y guardaba silencio, dejándola a ella en compañía de sus penas secretas. Resultaba fácil ser amarga, pero se resistió a la tentación. El destino de Gyer era manifiesto, el Señor se lo había exigido. Y si era severo con ella, lo era mucho más

consigo mismo; vivía siguiendo un régimen que habría destruido a hombres menos fuertes, y aun así, se castigaba por el más ínfimo acto de debilidad.

Finalmente, Earl salió de la oficina y volvió hasta el coche a la carrera. Llevaba tres llaves.

-Habitaciones siete y ocho -anunció, casi sin aliento y con la lluvia chorreándole de la frente y la nariz-. Tengo la llave de la puerta que comunica los dos cuartos.

-Bien -dijo Gyer.

-Eran las dos últimas que quedaban -añadió Earl-. ¿Llevo el coche hasta allí? Las habitaciones están en el otro edificio.

El interior de las dos habitaciones era un himno a la banalidad. Habían ocupado miles de celdas como aquéllas, idénticas incluso hasta en el espantoso color naranja de los cubrecamas y la foto desteñida del Gran Cañón sobre las paredes verde claro. John era insensible al ambiente, siempre lo había sido, pero a los ojos de Virginia, esas habitaciones eran un perfecto ejemplo del purgatorio. Limbos sin almas en los que nada de importancia ocurría nunca, ni nunca ocurriría. Aquellas habitaciones no contenían nada que las diferenciara de las demás, pero aquella noche había algo diferente en Virginia.

No habían sido los comentarios acerca de los tornados lo que le había producido esa extraña sensación. Observó cómo Earl iba y venía con las maletas y se sintió extrañamente separada de sí misma, como si observara los acontecimientos a través de un velo más espeso que la lluvia que caía afuera. Como si estuvicra sonámbula. Cuando John le dijo en voz baja cuál sería su cama, se acostó e intentó controlar su sensación de trastorno por medio de la relajación. Era fácil decirlo. En una habitación cercana, alguien tenía la television puesta, y la película le llegaba claramente, palabra por palabra, a través de las paredes finas como un papel.

-¿Se encuentra bien?

Abrió los ojos. Earl, siempre solícito, la miraba desde su altura. Se le veía cansado, tan cansado como se sentía ella. Su rostro, muy bronceado de estar de pie al sol en las reuniones al aire libre, presentaba una tonalidad amarillenta en lugar del saludable color tostado. Tenía un ligero exceso de peso, aunque aquella corpulencia encajaba bien con sus rasgos anchos y obstinados.

-Sí, estoy bien, gracias –repuso-. Pero tengo sed.

-Veré si puedo conseguirle algo para beber. Probablemente tengan una máquina expendedora de Coca-Cola.

Virginia asintió mirándolo a los ojos. En aquella conversacion había un doble sentido que Gyer, sentado a la mesa para redactar unas notas al sermón del día siguiente, desconocía. De vez en cuando, durante toda la gira, Earl le había suministrado a Virginia los somníferos. Nada exótico, sólo tranquilizantes que le calmaban los nervios cada vez más afectados. Pero los somníferos, al igual que los estimulantes, el maquillaje y las joyas, eran cosas que un hombre de los principios de Gyer no veía con buenos ojos y cuando por casualidad su marido había descubierto las pastillas, se había producido una escena desagradable. Earl había soportado el peso de las iras de su jefe, por lo que Virginia le estaba profundamente agradecida. Y aunque tenía instrucciones estrictas de no volver a reincidir en su crimen, volvió a conseguírselas poco después del incidente. La culpa que compartían era un secreto casi placentero entre los dos; incluso en ese momento, Virginia podía ver la complicidad reflejada en sus ojos, igual que él la veía en los de ella.

-No, Coca-Cola no, por favor -dijo Gyer.

-Creí que podíarhos hacer una excepción....

-¿Excepción? -repitió Gyer. Su voz adquirió aquel tono característico de dignidad. En el aire se respiraba la retórica, y Earl se maldijo por haberse ido de la lengua-. El Señor no nos dio leyes por las que regimos para que hagamos excepciones, Earl. Lo sabes muy bien.

Librodot

En aquel momento, a Earl no le importaba demasiado lo que hacía o decía el Señor. Estaba preocupado por Virginia. Sabía que era fuerte, a pesar de su cortesía sureña y la consiguiente apariencia de fragilidad; era lo bastante fuerte como para ayudarlos a superar las pequeñas crisis de la gira, cuando el Señor había fallado y no había aparecido para ayudar a sus agentes de campo. Pero toda fuerza tiene sus límites, y presintió que Virginia se encontraba al borde del colapso. Le daba mucho a su marido, su amor y su admiración, sus energías y su entusiasmo. En más de una ocasión, en las pasadas semanas, Earl pensó que se merecía algo mejor que aquel hombre que ocupaba el púlpito.

-¿Podrías conseguirme un poco de agua fría? -sugirió, mirándolo con los ojos grisazulados rodeados por arrugas de fatiga.

No era hermosa según los cánones corrientes; sus rasgos eran excesivamente aristocráticos. Pero el cansancio le daba una nueva fascinación.

-Marchando un poco de agua helada -dijo Earl, forzándose por utilizar un tono jovial que le costó mucho mantener.

Se dirigió a la puerta.

-¿Por qué no llamas a recepción y haces que la traigan? –sugirió Gyer cuando Earl estaba a punto de marcharse-. Quisiera repasar el itinerario de la semana contigo.

-No me importa ir personalmente -repuso Earl-. Además, tengo que telefonear a Pampa para avisarles que nos demoraremos.

Y salió al pasillo antes de que pudiera contradecirlo.

Necesitaba una excusa para estar a solas; la atmósfera entre Virginia y Gyer se deterioraba por momentos, y no resultaba un espectáculo agradable. Se quedó largo rato viendo cómo caía la cortina de lluvia. El álamo que ocupaba el centro del aparcamiento dobló su cabeza pelada bajo la furia del diluvio; Earl sabía exactamente cómo se sentía.

Mientras estaba en el pasillo, preguntándose cómo mantendría la cordura en las ocho semanas de gira que faltaban, dos siluetas bajaron andando de la autopista y cruzaron el aparcamiento. No las vio, aunque el rumbo que tomaron para ir a la habitación número siete los obligó a pasar justo delante de su campo visual. Caminaron bajo la lluvia torrencial desde el terreno desierto que había detrás de la oficina de recepción -donde, en el año 1955, habían aparcado su Buick rojo-, y aunque la lluvia caía en torrentes uniformes, no los tocó. La mujer, cuyo peinado había estado de moda en dos ocasiones desde la década de los cincuenta, y cuyas ropas parecían de la misma época, aminoró el paso durante un momento para echar un vistazo al hombre que miraba el álamo con tan concentrada atención. Tenía los ojos amables, a pesar del ceño fruncido. Pensó que en sus tiempos quizá habría llegado a enamorarse de un hombre así, pero resultaba evidente que sus tiempos habían pasado ya. Buck, su marido, se volvió hacia ella y le preguntó:

-Sadie, ¿no vienes?

Entonces, Sadie lo siguió por el pasillo dé cemento (la ultima vez que había estado allí era de madera) y entraron por la puerta abierta de la habitación número siete.

Earl sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Había estado mirando la lluvia durante demasiado tiempo, pensó, eso y un exceso de añoranza infructífera. Caminó hasta el final del patio, se preparó para cruzar a la carrera el aparcamiento y llegar a la oficina, contó hasta tres y echó a correr.

Sadie Durning miró por encima del hombro cómo se alejaba Earl, y luego se volvió hacia Buck. Los años no habían atemperado el resentimiento que sentía hacia su marido, como tampoco habían mejorado las facciones furtivas de éste ni su risa demasiado fácil. Aquel 2 de junio de 1955 no le había hecho demasiada gracia, y tampoco le hacía demasiada gracia ahora, exactamente treinta años después. Buck Durning tenía alma de tenorio, su papá ya se lo había advertido. Aquello en sí no era tan terrible; tal vez sería la condición masculina. Pero le había conducido a comportarse de un modo,tan sucio que, con el tiempo, ella se cansó de sus interminables engaños. Él, ignorante hasta el final, había interpretado la depresión de Sadie como una indirecta de que debían tener una segunda luna de miel. Esa fenomenal hipocresía

Librodot

acabó por vencer todo vestigio de tolerancia o perdón que pudiera haber abrigado Sadie, y cuando, esa misma noche, treinta años atrás, se registraron en el Motel El Álamo, ella había ido preparada para algo más que una noche de amor. Había dejado que Buck se duchase y, cuando salió del baño, lo había apuntado con la Smith and Wesson, calibre 38, y le había abierto un enorme agujero en el pecho. Luego, había echado a correr, arrojando el arma en la huida, segura de que la policía la encontraría, sin importarle demasiado cuándo lo hicieran. La habían llevado a la cárcel del condado de Carson, en Panhandle, y al cabo de unas semanas la sometieron a juicio. En ningún momento había intentado negar el asesinato: en sus treinta y ocho años de vida ya había habido demasiados engaños. Cuando la vieron desafiante, la trasladaron a la prisión estatal de Huntsville, escogieron un día brillante del mes de octubre del mismo año y le pasaron a traves del cuerpo, y sumariamente, 2.250 voltios, parándole casi instantáneamente el corazón impenitente. Ojo por ojo, diente por diente. La habían criado con ecuaciones morales así de simples. Y no se había mostrado descontenta de morir siguiendo las mismas matemáticas.

Pero esa noche ella y Buck habían decidido repetir el viaje realizado treinta años antes, para ver si lograban descubrir cómo y por qué su matrimonio había acabado en asesinato. Era una oportunidad que se les ofrecía a muchos amantes difuntos, aunque al parecer, eran pocos los que la aprovechaban; quizá la idea de experimentar otra vez el cataclismo que había puesto fin a sus vidas resultaba demasiado desagradable. Sin embargo, Sadie no podía dejar de preguntarse si todo aquello no habría sido producto de la predestinación: si una palabra tierna de Buck, o una mirada de genuino afecto en sus ojos oscuros, no habría podido impedir que apretara el gatillo, y salvarles a ambos la vida. La cita de esa noche les daría ocasión de poner a prueba la historia. Invisibles, inaudibles, seguirían la misma ruta de hacia treinta años; las cuatro horas siguientes revelarían si esa ruta había conducido inevitablemente al asesinato.

La habitación numero siete estaba ocupada, igual que la contigua; la puerta que las conectaba estaba abierta de par en par. y los fluorescentes estaban encendidos en ambas. El hecho de que estuvieran ocupadas no suponía problema alguno. Hacia tiempo que Sadie se había acostumbrado al estado etéreo, a vagar entre los vivos sin ser vista. En esa condición había asistido a la boda de su sobrina y, más tarde, al funeral de su padre, de pie junto a la tumba, al lado del difunto anciano, criticando a los asistentes. Sin embargo, Buck, que nunca había sido una persona ágil, era mucho más descuidado. Sadie esperaba que esa noche tendría cuidado. Al fin y al cabo, tenía tanto interés como ella en que el experimento saliera bien.

Mientras estaban en el umbral, echaron un vistazo a la habitación en la que habían representado su farsa fatal. Sadie se pregunto si el disparo le habría dolido mucho. Esa noche tendría que preguntárselo, pensó, si se daba la ocasión.

Cuando Earl había ido a pedir las habitaciones, en la oficina de recepción encontró a una joven de rostro sencillo pero agradable. Ahora había desaparecido para ser reemplazada por un hombre de unos sesenta años, que llevaba una barba moteada de tres días y una camisa manchada de sudor. Cuando Earl entró, el hombre levantó la vista, que hasta ese momento había tenido clavada en la edición del día anterior del *Pampa Daily News*, colocado justo delante de sus narices.

-¿Sí?

-¿Es posible conseguir un poco de agua helada? -preguntó Earl.

El hombre lanzó un grito ronco por encima del hombro.

-¿Laura May? ¿Estás ahí?

Del vano de la puerta ubicada a sus espaldas provenía el ruido de la película de la noche -tiros, gritos, el rugido de una bestia huida-; luego, llegó la respuesta de Laura May:

-¿Qué quieres, papá?

-Hay un hombre que pide que le sirvan en la habitación -gritó el padre de Laura May, no sin un dejo de ironía en la voz-, ¿quieres salir a atenderlo?

Librodot

No hubo respuesta, sólo más gritos. A Earl le produjeron dentera. El gerente levantó la vista y lo miró. Tenía un ojo nublado por las cataratas.

-¿Usted es el que va con el evangelista? -le preguntó.

-Sí... ¿Cómo sabía que era...?

-Laura May lo reconoció. Vio su foto en los diarios.

-¿De veras?

-A mi hija no se le escapa una.

Como si le hubieran dado el pie, Laura May salió de la habitación que había detrás de la oficina. Cuando sus ojos castaños notaron la presencia de Earl, se tornaron visiblemente más brillantes.

-Oh... -dijo. Una sonrisa le avivó las facciones-. ¿Qué puedo hacer por usted, señor?

La frase, unida a la sonrisa, pareció reflejar algo más que un amable interés en Earl. ¿O sería acaso lo que él deseaba? A excepción de una señora de la calle que había encontrado en Pomca City, Oklahoma, en los últimos tres meses su vida sexual había sido prácticamente inexistente. Arriesgándose, le devolvió la sonrisa a Laura May. Aunque tenía por lo menos treinta y cinco, sus modales eran curiosamente aniñados, y la mirada que le lanzaba resultaba amedrentadoramente directa. Al encontrarse con esos ojos, Earl empezó a pensar que sus primeros cálculos no habían ido muy desencaminados.

-¿Por casualidad no tendrá agua fría? La senora Gyer no se siente muy bien.

Laura May asintio, y deteniendose un momento frente a la puerta antes de regresar a la habitación donde se encontraba la televisión, dijo:

-Le traeré un poco de agua.

El alboroto de la película había aminorado -se trataría de una escena tranquila, quizá, antes de que volviera a aparecer la bestia-, y en el silencio, Earl logró oír el golpeteo de la lluvia que convertía en barro la tierra.

-Vaya tormentita, ¿eh? -comentó el gerente-; si sigue así, mañana quedarán ustedes pasados por agua.

-La gente viene haga el tiempo que haga -repuso Earl-. John Gyer es toda una atracción.

-No me extrañaría nada que hubiera un tornado -dijo el hombre haciendo una mueca, regodeándose en su papel de vaticinador-. Ya nos toca.

-¿De veras?

-Sí. Hace dos años el viento se llevo el tejado de la escuela; lo arrancó de cuajo.

Laura May volvió a aparecer en el vano de la puerta llevando una bandeja con una jarra y cuatro vasos. El hielo tintineaba dentro de la jarra.

-¿Qué estabas diciendo, papá? -preguntó.

-Que habrá un tornado.

-No hace bastante calor -anunció la muchacha, con autoridad casual.

Su padre gruñó para demostrar su desacuerdo pero no se lo discutió. Laura May avanzó hacia Earl con la bandeja, pero cuando él hizo ademán de llevarla, la muchacha le dijo:

-Ya la llevo yo. Vaya usted delante.

Earl no se negó. Así tendrían ocasión de intercambiar amabilidades camino de la habitación de los Gyer; a lo mejor, la muchacha pensaba lo mismo. O tal vez quisiera echarle un vistazo más de cerca al evangelista.

Anduvieron juntos hasta el final del pasillo sin decirse palabra y allí, se detuvieron. Ante ellos, entre un edificio y el siguiente, había una extensión de unos veinte metros de tierra sembrada de charcos.

-¿Quiere que lleve la jarra? -se ofreció Earl-. Usted lleve los vasos y la bandeja.

-De acuerdo -repuso ella. Con la misma mirada directa que le había echado antes, le preguntó-: ¿Cómo se llama?

-Earl Rayburn.

-Y yo Laura May Cade.

-Encantado de conocerla, Laura May.

-Ya sabe lo que pasó en este establecimiento, ¿no? Supongo que papá se lo habrá dicho.

-¿Se refiere a los tornados?

-No, me refiero al asesinato.

Sadie se detuvo al pie de la cama y observó a la mujer que yacía en ella. Tenía poco gusto para vestirse, pensó; su ropa era ordinaria, y no llevaba el cabello peinado de un modo atrayente. En su estado semicomatoso murmuró algo y entonces, bruscamente, despertó. Tenía los ojos muy abiertos. Se reflejaba en ellos una alarma y un dolor incipientes. Sadie la miró y suspiró.

-¿Qué pasa? -preguntó Buck.

Había depositado las maletas en el suelo y se había sentado en una silla, frente al cuarto ocupante de la habitación, un hombre corpulento de rasgos fuertes, cara delgada y una melena de un gris acerado que habría sido el orgullo de un profeta del Antiguo Testamento.

-No pasa nada -repuso Sadie.

-No quiero compartir la habitación con estos dos -dijo él.

-Bueno, es la habitación en la que...,en la que estuvimos la otra vez.

-Vamos a la de al lado -sugirió Buck, señalando con un gesto la puerta abierta que daba a la habitación número ocho-, tendremos más intimidad.

-No pueden vernos.

-Pero yo los veo a ellos, y me da grima. No cambiará nada si ocupamos una habitación diferente, por el amor de Dios. -Y sin esperar que Sadie le indicara su acuerdo, Buck recogió las maletas y las llevó a la habitación de Earl-. ¿Vienes o no? -le preguntó.

La mujer asintió. Sería mejor hacerle caso; si empezaba a discutir ahora, no superarían el primer obstáculo. La conciliación debía ser la nota clave de ese encuentro, se recordó a sí misma, y obedientemente lo siguió a la habitación número ocho.

Tendida en la cama, Virginia pensó en levantarse e ir al lavabo, donde, sin ser vista, podría tomarse uno o dos tranquilizantes. Pero la presencia de John la atemorizaba; a veces tenía la impresión de que podía leerle el pensamiento, que sus culpas secretas eran para él como un libro abierto. Estaba segura de que si se levantaba y buscaba la medicación en el bolso, le preguntaría qué estaba haciendo. Y si eso ocurría, seguramente acabaría por contarle la verdad. No tenía fuerzas para soportar la vehemencia de sus ojos acusadores. No, lo mejor era quedarse acostada y esperar a que Earl regresara con el agua. Y cuando los dos se pusieran a hablar de la gira, se escaparía para tomarse las píldoras prohibidas.

La luz de la habitación tenía un aspecto evasivo; la angustiaba, quería cerrar los ojos para no ver sus trucos. Momentos antes, la luz había conjurado un espejismo a los pies de la cama: cierta sustancia, aleteante como una polilla, que se congeló en el aire antes de desaparecer.

Junto a la ventana, John se había puesto otra vez a leer en voz baja. Al principio, captó sólo algunas de las palabras...

-«Y del humo salieron las langostas que se cernieron sobre la tierra...»

De inmediato reconoció el pasaje, sus imágenes eran inconfundibles.

-«Y les fue dado el poder, el mismo que poseen los escorpiones de la tierra.»

El versículo pertenecía al Apocalipsis, las revelaciones que Dios hiciera a san Juan Evangelista. Conocía las palabras siguientes de memoria. En las reuniones él las había declamado una y otra vez.

-«Y se les ordenó que no dañaran la hierba de la tierra, ni ninguna cosa verde, ni ningún árbol, sólo a aquellos hombres que no llevan la marca de Dios en la frente.»

A Gyer le encantaba el Apocalipsis. Lo leía mucho más que los Evangelios, cuyas historias conocía de memoria, pero cuyas palabras no prendían en él del mismo modo que los mágicos ritmos del Apocalipsis. Cuando predicaba el Apocalipsis, compartía su visión y se sentía alborozado. Su voz adquiría un tono distinto; la poesía, en lugar de salir de él, salía a través de él. Indefenso, atrapado en aquella magia, se elevaba en una espiral de metáforas

Librodot

cada vez más terribles: de ángeles a dragones y de ahí a Babilonia, la madre de todas las rameras, posada sobre una bestia escarlata.

Virginia intentó no oírlas palabras. Normalmente, escuchar a su marido recitar los poemas del Apocalipsis suponía una alegría para ella, pero esa noche no. Esa noche las palabras parecían maduras hasta la podredumbre, y presentía, quizá por primera vez, que su marido no entendía lo que decía, que el espíritu de las palabras se le escapaba al recitarlas. Involuntariamente, emitió un sonido de queja. Gyer dejó de leer.

-¿Qué ocurre? -inquirió.

Virginia abrió los ojos, incómoda por haberlo interrumpido.

-Nada.

-¿Te molesta que lea? -inquirió Gyer.

La pregunta resultó como un reto, y ella se echó atrás.

-No, claro que no.

En el umbral de la puerta que separaba las dos habitaciones, Sadie observaba el rostro de Virginia. Había mentido, estaba claro, la lectura le molestaba. También le molestaba a Sadie, pero sólo porque le parecía lastimosamente melodramática, una droga; el sueño del Apocalipsis, más cómico que intimidatorio.

-Díselo -le aconsejó a Virginia-. Anda, dile que no te gusta.

-¿Con quién estás hablando? -preguntó Buck-. No te oyen.

Sadie no prestó atención a las observaciones de su marido.

-Vamos -instó a Virginia-, díselo a ese desgraciado.

Pero Virginia continuó acostada mientras Gyer proseguía leyendo los crecientes disparates:

-«Y las siluetas de las langostas eran como caballos dispuestos para la batalla; y sus cabezas parecían tocadas con coronas de oro, y sus caras eran como las caras de los hombres.

»Y tenían cabellos como los de las mujeres, y sus dientes eran como los dientes de los leones.»

Sadie meneó la cabeza: terrores como los de las historietas, efectivos sólo para asustar a los niños. ¿Por que tenía la gente que morirse para superar esas estupideces?

-Díselo –repitió-. Dile cuán ridículo parece.

En cuanto hubo pronunciado esta frase, Virginia se sentó en la cama y dijo:

-¿John?

Sadie se quedó mirándola sin dejar de animarla:

-Díselo. Díselo, anda.

-¿Por qué te pasas la vida hablando de la muerte? Es muy deprimente.

Sadie estuvo a punto de aplaudir; no era exactamente la forma que ella habría utilizado, pero cada uno tiene su estilo.

-¿Que has dicho? -le pregunto Gyer, haciendo como que no había entendido bien.

¿Acaso lo estaba retando?

Virginia se llevó una mano temblorosa a la boca, como para suprimir las palabras antes de decirlas otra vez; pero no logró evitarlo.

-Esos pasajes que lees. Los detesto. Son tan...

-Estúpidos -sugirió Sadie.

-...desagradables -dijo Virginia.

-¿Vienes a la cama o no? -quiso saber Buck.

-Ya voy -replicó Sadie por encima del hombro-, quiero saber cómo acaba esto.

-La vida no es una telenovela -terció Buck.

Sadie estaba a punto de disentir, pero antes de que tuviera ocasión de hacerlo, el evangelista se había acercado a la cama de Virginia, con la Biblia en la mano.

-Ésta es la palabra inspirada del Señor, Virginia -le dijo.

-Ya lo sé, John. Pero hay otros pasajes...

-Creí que te gustaba el Apocalipsis.

-No -replicó Virginia-, me da angustia.

-Estás cansada.

-Claro que sí -intervino Sadie-, eso es lo que te dicen siempre cuando te acercas demasiado a la verdad. «Estas cansada», dicen, «¿por qué no echas una siestecita?»

-¿Porque no duermes un poco? -le sugirió Gyer-.me iré a trabajar a la otra habitación.

Virginia sostuvo la mirada condescendiente de su marido durante exactamente cinco segundos y luego asintió.

-Sí –admitió-, estoy cansada.

-¡Que mujer más tonta! -dijo Sadie-. Enfréntate a el, o la próxima vez hará lo mismo. Les das el dedo y se cogen el brazo entero.

Buck apareció detrás de Sadie y, agarrándola del brazo, le dijo:

-Ya te lo he pedido una vez; hemos venido para reconciliarnos, de modo que hagámoslo.

La alejó de la puerta con más rudeza de la necesaria. Ella le apartó la mano.

-No hace falta que te pongas violento, Buck.

-¡Ja! Mira quien habla -repuso él con una risotada desprovista de humor-. ¿Quieres ver violencia? -Sadie se alejó de Virginia para mirar a su esposo-. Esto es violencia.

Se había quitado la chaqueta, y se abrió la camisa desabrochada, dejando al descubierto la herida producida por el disparo. A tan escasa distancia, el 38 de Sadie le había abierto a Buck un enorme agujero en el pecho; tenía los bordes chamuscados y ensangrentados, y la herida estaba tan fresca como en el momento de morir. Buck lo señaló con el dedo como indicando el Sagrado Corazón.

-¿Ves esto, cariñito mio? Me lo hiciste tú.

Escudriñó el agujero con no poco interés. No cabía duda de que era una señal permanente; y sospechó que sería prácticamente la única que le había dejado.

-Me engañabas desde el principio, ¿no?

-No estamos hablando de engaños, estamos hablando del tiro que me pegaste -le espetó Buck.

-Me parece que un tema conduce al otro -repuso Sadie-. Y vuelta a empezar.

Buck la miró con los ojos todavía más entrecerrados. Decenas de mujeres habían encontrado irresistible aquella mirada, a juzgar por el número de asistentes anónimas presentes en su funeral.

-Bien, sí, tenía otras mujeres -admitió-. ¿Y qué?

-Pues que te maté por eso -repuso Sadie secamente.

Era prácticamente todo lo que tenía que decir sobre el tema. Gracias a ello el juicio había sido expeditivo.

-Al menos dime que lo sientes -le pidió Buck de repente.

Sadie sopesó la propuesta durante unos instantes y por fin exclamó:

-¡Pero es que no lo siento!

Sabía que la respuesta carecía de tacto, pero era la pura verdad. Incluso cuando la habían atado a la silla eléctrica, y el sacerdote intentaba consolar lo mejor que podía al abogado de Sadie, no se había arrepentido de cómo habían resultado las cosas.

-Todo es inútil -dijo Buck-. Hemos venido aquí a hacer las paces y ni siquiera eres capaz de decir que lo sientes. Eres una mujer enferma, ¿lo sabías? Siempre lo fuiste. Metías las narices en mis asuntos, fisgoneabas a mis espaldas...

-Yo no fisgoneaba nada -repuso Sadie con firmeza-. Tus porquerías vinieron en mi busca.

-¿Porquerías?

-Sí, Buck, porquerías. Contigo siempre fueron porquerías. Furtivas y sudorosas.

-¡Retira lo que acabas de decir! -rugió Buck agarrándola.

-Solías darme miedo -comentó Sadie fríamente-. Pero entonces me compré un revólver.

-Está bien -dijo Buck, apartándola con fuerza-. Después no vayas a decir que no lo intenté. Quería saber si éramos capaces de perdonar y olvidar; juro que lo he intentado. Pero tú no estás dispuesta a ceder ni un milímetro, ¿verdad? -mientras hablaba se palpó la herida y su

voz se suavizó-. Podíamos habérnoslo pasado en grande esta noche, nena -murmuró-. Solos tú y yo. Podía haberte dado una buena retozada, ¿sabes a qué me refiero? En otras épocas no te habrías negado.

Sadie suspiró suavemente. Lo que decía era cierto. En otras épocas habría aceptado lo poco que le daba y se habría considerado afortunada. Pero los tiempos habían cambiado.

-Vamos, nena. Libérate -dijo soñador, y empezó a desabrocharse del todo la camisa, sacándosela de los pantalones. Tenía el vientre pelado como el de un crío-. ¿Qué te parece si olvidamos lo que has dicho, nos acostamos y charlamos?

Estaba a punto de responderle cuando se abrió la puerta de la habitación número siete y entró el hombre de los ojos sentimentales, seguido de una mujer cuya cara hizo sonar unas campanillas en la memoria de Sadie.

-Agua helada -dijo Earl.

Sadie observó cómo atravesaba el cuarto. En Wichita Falls no había existido un hombre tan majestuoso como aquél, al menos ella no lo recordaba. De pronto, le entraron ganas de estar viva.

-¿Vas a desnudarte de una vez? -inquirió Buck.

-Ya voy, Buck. Por el amor de Dios, si tenemos toda la noche por delante.

-Soy Laura May Cade -dijo la mujer de la cara familiar al tiempo que colocaba el agua helada sobre la mesa.

«Claro -pensó Sadie , eres la pequeña Laura May.» La niña tendría cinco o seis años cuando Sadie estuvo en el motel la ultima vez; una cría extraña y reservada, llena de miradas furtivas. En los años transeurridos dede entonces había madurado físicamente, pero seguía conservando aquel aire extraño en los rasgos ligeramente descentrados. Sadie se volvio hacia Buck, que se encontraba sentado en la cama, desatándose los zapatos.

-¿Te acuerdas de la niña? –preguntó-. ¿A la que le diste veinticinco centavos para quitártela de encima?

-Sí, ¿qué pasa con ella?

-Está aquí.

-¿No me digas? -repuso sin ningún interés.

Laura May había servido el agua y se disponía a llevarle el vaso a Virginia.

-Es estupendo que hayan venido -dijo Laura May-. Por aquí no ocurren muchas cosas. De vez en cuando algún tornado...

Gyer le hizo una seña con la cabeza a Earl, quien sacó un billete de cinco dólares y se lo tendió a Laura May. La muchacha le dio las gracias, diciendo que no hacía falta que se molestara, y aceptó el dinero. Pero no iban a sobornarla para que se marchara.

-Este tiempo hace que la gente se sienta realmente extraña -prosiguió.

Earl logró predecir cual era el tema que rondaba los labios de Laura May. En el trayecto que había realizado junto a ella ya le había adelantado lo esencial de la historia, y sabía que Virginia no estaba de humor para esos cuentos.

-Gracias por el agua... -le dijo, cogiéndola del brazo para conducirla hasta la puerta.

Pero Gyer lo interrumpió.

-Mi esposa se encuentra fatal a causa del calor -dijo.

-Señora, debe usted tener mucho cuidado -le aconsejó Laura May a Virginia-, la gente hace unas cosas francamente raras...

-¿Como qué? -preguntó Virginia.

-Me parece... -comenzó a decir Earl.

Pero antes de que lograra agregar «que no queremos enterarnos», Laura May repuso como quien no quiere la cosa:

-Pues un asesinato.

Virginia levantó la vista, que hasta ese momento había tenido clavada en el vaso de agua helada.

-¿Un asesinato? -repitió.

-¿Lo has oído? -inquirió Sadie, orgullosa-. Se acuerda.

-En esta misma habitación -logró decir Laura May antes de que Earl la escoltara hacia afuera.

-Espera -dijo Virginia, mientras las dos siluetas desaparecían por la puerta-. ¡Earl! Quiero enterarme de lo que ocurrió.

-Ni hablar -le dijo Gyer.

-Claro que sí que quiere -dijo Sadie en voz baja, estudiando la expresión del rostro de Virginia-. Te encantaría enterarte, ¿no es así, Ginnie?

Por un instante preñado de posibilidades, Virginia apartó la vista de la puerta y miró fijamente hacia la habitación número ocho; sus ojos parecían estar posados sobre Sadie. La mirada fue tan directa que pudo haber sido de reconocimiento. El hielo tintineó en el vaso. Virginia frunció el ceño.

-¿Qué pasa? -preguntó Gyer.

Su esposa meneó la cabeza.

-Te he preguntado qué ocurre -insistió él.

Virginia dejó el vaso en la mesita de noche. Al cabo de un momento, repuso con sencillez:

-John, aquí hay alguien más.

-¿Qué quieres decir?

-Que en la habitación hay alguien más. He oído voces. Voces bien audibles.

-En la habitación de al lado -sugirió Gyer.

-No, en la de Earl.

-Está vacía. Tiene que haber sido en la habitación de al lado.

- He oído voces -insistió Virginia, no dispuesta a dejarse acallar por la lógica-. Te digo que he oído voces. Y vi algo al pie de la cama. Algo que flotaba en el aire.

-Santo cielo -dijo Sadie con un hilo de voz-, la pobre desgraciada es médium.

Buck se incorporó. Estaba en calzoncillos. Se dirigió hasta la puerta que comunicaba con cl otro cuarto y observo a Virginia con ojos nuevos.

-¿Estás segura? -le preguntó a Sadie.

-Calla -le ordenó su mujer apartándose del campo visual de Virginia-. Acaba de decir que puede vernos.

-Virginia, no te encuentras bien -comenzó a decir Gyer en la habitación contigua-. Son esas pastillas que te da Earl.

-No -repuso Virginia, levantando la voz-. ¿Cuándo vas a dejar de hablar de las píldoras? Eran para tranquilizarme, para ayudarme a dormir.

Era evidente que en ese momento no estaba tranquila, pensó Buck. Le gustó la forma en que temblaba al intentar retener las lágrimas. Le hacía falta una buena retozada a la pobre Virginia, seguro que eso la ayudaría a dormir.

-Te digo que puedo ver cosas -le explicó a su marido.

-Que yo no puedo ver -repuso Gyer, incrédulo-. ¿Es a eso a lo que te refieres? ¿Que puedes ver visiones a las cuales los demás estamos ciegos?

-No me enorgullezco de ello, maldita sea -gritó exasperada por aquel trastocamiento.

-Sal de ahí, Buck -dijo Sadie-. La estamos poniendo nerviosa. Sabe que estamos aquí.

-¿Y qué? -repuso Buck-. El gilipollas de su marido no se lo cree. Míralo. Piensa que está loca.

-Pues la volveremos loca si seguimos paseándonos por aquí. Al menos hablemos en voz baja, ¿de acuerdo?

Buck le echó un vistazo a Sadie y le sonrió provocativamente.

-¿Quieres que valga la pena? -le preguntó en tono ruin-. No me meteré en medio si tú y yo nos divertimos un poco.

Sadie titubeó antes de contestar. Probablemente sería perverso rechazar los avances de Buck; era un crío desde el punto de vista emocional, siempre lo había sido. El sexo era una de las pocas formas en que podía expresarse.

Librodot

-Está bien, Buck, deja que me refresque un poco y me arregle el pelo.

Al parecer, en la habitación número siete se habia declarado una tregua inquietante.

-Voy a ducharme, Virginia -dijo Gyer-. Sugiero que te acuestes y dejes de comportarte como una tonta. Si sigues hablando así, especialmente delante de la gente, pondrás en peligro la cruzada, ¿me oyes?

Virginia miró a su marido y lo vio con una claridad de la que nunca había gozado.

-Sí, sí-repuso, sin rastros de emoción en la voz-, te oigo.

Gyer pareció satisfecho. Se quitó la chaqueta y entró en el baño, llevándose consigo la Biblia. Virginia oyó como echaba la llave y luego exhaló un largo y débil suspiro. Habría recriminaciones para dar y vender por la discusión que acababan de tener; en los días venideros le exprimiría hasta la última gota de contrición. Echó un vistazo a la puerta que comunicaba con el otro cuarto. Ya no había señales de sombras en el aire, ni se oía el más mínimo susurro de aquellas voces. Tal vez, solo tal vez, se lo había imaginado. Abrió el bolso y revolvió su contenido en busca de los frascos de pastillas que ocultaba allí. Con un ojo en la puerta del lavabo, seleccionó un cóctel de tres variedades y se las tragó con un sorbo de agua helada. En realidad, el hielo de la jarra se había derretido hacía rato. El agua que bebió estaba tibia, como la lluvia que caía implacablemente fuera. Por la mañana, quizá el mundo entero habría sido arrastrado por la riada. Si eso ocurría, reflexionó, no lo lamentaría.

-Te pedí que no hablaras del asesinato -le dijo Earl a Laura May-. La señora Gyer no soporta ese tipo de cosas.

-Ocurren asesinatos todos los días -repuso ella sin inmutarse-. No puede andar por el mundo escondiendo la cabeza en la tierra para no enterarse.

Earl no dijo nada. Acababan de llegar al final del pasillo. Debían echar una carrera por el aparcamiento para llegar al otro edificio. Laura May se volvió a mirarlo. Era unos cuantos centímetros más baja que él. Sus ojos, vueltos hacia los de Earl, eran grandes y luminosos. Pese a que estaba enfadado, Earl no pudo dejar de notar la plenitud de su boca, el brillo de sus labios.

-Lo siento -dijo ella-, no quería causarte problemas.

-Ya lo sé, es que estoy nervioso.

-Es este calor. Ya te lo he dicho, hace que a la gente se le metan ideas extrañas en la cabeza.

Su mirada vagó por un momento: un dejo de incertidumbre le oscureció el rostro. Earl sintio como un hormigueo en la nuca. Era su oportunidad, ¿no? La muchacha se había ofrecido de un modo inequívoco. Pero Earl no encontró las palabras adecuadas. Finalmente, fue ella la que preguntó.

-¿Tienes que volver en seguida?

Earl trago saliva; tenía la garganta seca.

-No veo el motivo. Además, no quiero estar en medio cuando discuten.

-¿Se llevan mal?

-Creo que sí. Será mejor que los deje tranquilos para que se arreglen en paz. No me necesitan.

Laura May aparto la vista del rostro de Earl, y dijo con un hilo de voz apenas audible por encima del golpeteo de la lluvia:

-Ellos no, pero yo sí.

Earl posó una mano cautelosa en la cara de Laura May y le acarició la mejilla. La muchacha temblo ligeramente. Entonces, inclinó la cabeza para besarla. Laura May dejó que le rozara los labios.

-¿Por qué no vamos a mi habitación? -inquirió contra su boca-; no me gusta estar aquí fuera.

-¿Y tu padre?

-A estas horas estará borracho como una cuba; todas las noches la misma historia. Si vas con cuidado jamás se enterará.

A Earl no le hizo muy feliz la idea. Si lo encontraban en la cama con Laura May no sólo perdería el trabajo. Estaba casado, aunque hacía tres meses que no veía a Barbara. Laura May presintió algo.

-No vengas si no quieres.

-No es eso.

Cuando la miró, Laura May se pasó la lengua por los labios. Fue un gesto completamente inconsciente, estaba seguro, pero le bastó para decidirse. En cierto sentido, aunque en ese momento no podía saberlo, todo lo que le esperaba -la farsa, el derramamiento de sangre, la inevitable tragedia- giró en torno a ese gesto, que Laura May se mojara el labio inferior con una sensualidad tan casual.

-Ah, mierda -dijo Earl-, eres demasiado, ¿lo sabías?

Se inclinó y volvió a besarla, mientras en alguna parte, hacia Skellytown, las nubes dejaban caer una potente tronada, como un redoble del tambor del circo antes de una acrobacia particularmente complicada.

En la habitación número siete, Virginia tenía pesadillas. Las pastillas no la habían conducido al puerto seguro del sueño. Se encontraba en medio de una aullante tempestad. En sus sueños, se aferraba a un árbol tullido -una lastimosa ancla en medio de semejante torbellino-, mientras el viento levantaba por los aires los automóviles y el ganado, sorbiendo medio mundo para ocultarlo arriba, entre las nubes negras como la pez. Mientras pensaba que moriría allí, completamente sola, vio dos siluetas a poca distancia de donde ella se encontraba; aparecían y desaparecían en medio de unos velos cegadores de polvo formados por el viento. No lograba verles las caras, por eso les gritó:

-¿Quiénes sois?

En la habitación contigua, Sadie oyó a Virginia hablar en sueños. ¿Qué estaría soñando? Intentó no dejarse vencer por la tentación de ir a la habitación de al lado y susurrarle al oído a la durmiente.

Tras los párpados de Virginia, el sueño continuaba con toda su ferocidad. Aunque les gritara a los extraños en medio de la tormenta, ellos parecían no oírla. Como no quería quedarse sola, abandonó el refugio del árbol -que instantáneamente fue arrancado de cuajo y salio volando por los aires- y luchó para avanzar a traves del polvo hiriente hasta donde se encontraban los extraños. Al acercarse, en una repentina pausa del viento, logró verlos. Eran un hombre y una mujer, e iban armados. Cuando les gritó para darse a conocer, se dispararon abriéndose heridas letales en torso y cuello.

-¡Un asesinato! -gritó mientras el viento le salpicaba la cara con la sangre de los antagonistas-. ¡Por el amor de Dios, que alguien los detenga, se están matando!

Y se despertó de repente, con el corazón latiéndole furiosamente. El sueño continuaba aleteando tras sus ojos. Sacudió la cabeza para liberarse de las horribles imágenes, y despues, vacilante, se arrastró hasta el borde de la cama y se puso de pie. Sentía la cabeza tan ligera que en cualquier momento podía salir flotando. Necesitaba aire fresco. Rara vez en su vida se había sentido tan extraña. Era como si estuviera perdiendo el débil asidero que la unía a la realidad, como si el mundo sólido se le escapara de entre los dedos. Se dirigió hacia la puerta exterior. Desde el baño le llegó la voz de John, que declamaba ante el espejo para ajustar cada detalle de su discurso.

Salió al pasillo. Allí fuera podría refresearse, aunque fuera ligeramente. En una de las habitaciones del final del edificio lloró un niño. Mientras escuchaba el llanto, una voz aguda lo silenció. Durante unos diez segundos cesó el llanto para reanudarse en un tono más agudo. «Anda -le dijo mentalmente al niño-, llora, hay un montón de razones.» Confiaba cada vez más en la infelicidad de la gente; a medida que pasaba el tiempo era lo único en lo que podía

Librodot

confiar. La tristeza era mucho más honesta que la bonhomía, tan abundante en esos días: la fachada de optimismo frívolo, extendida sobre la desesperación que todo el mundo sentía en el fondo de sus corazones. Al llorar en mitad de la noche, aquel niño expresaba ese sabio pánico. En silencio, aplaudió su honestidad.

En el baño, John Gyer se canso de ver el reflejo de su propia cara en el espejo, y se dedicó por un momento a la reflexion. Bajó la tapa del retrete y se sentó allí durante unos minutos. Olía su propio sudor; necesitaba una ducha, y luego dormir toda la noche. Al día siguiente sería Pampa. Reuniones, discursos; cientos de miles de manos que estrechar y bendiciones que repartir. A veces se sentía tan cansado que se preguntaba si el Señor no podía aligerarle un poco la carga. Pero era el diablo quien así le hablaba al oído. No era tan tonto como para prestar demasiada atención a esa voz procaz. Si se le prestaba atención una sola vez, la duda prendería igual que había prendido en Virginia. En algún punto del recorrido, mientras se dedicaba a las obras del Señor, Virginia había extraviado el camino, y el tentador había descubierto sus divagaciones. Él, John Gyer, tendría que devolverla a la senda del bien, hacerle notar los peligros en que se hallaba su alma. Habría lágrimas y quejas. quizá quedara un poco lastimada. Pero las heridas cicatrizaban.

Dejó la Biblia, se arrodilló en el estrecho espacio entre la bañera y el toallero, y comenzó a orar. Intentó buscar palabras benignas, una plegaria gentil para pedir la fuerza de llevar a buen puerto su tarea y devolverle el buen sentido a Virginia. Pero la ternura y la gentileza lo habían abandonado. A sus labios volvía el vocabulario del Apocalipsis con toda la fuerza de que eran capaces las palabras. Las dejó fluir, aunque con cada palabra la fiebre ardiera en él con más brillo.

-¿Qué te parece? -preguntó Laura May a Earl cuando lo hizo pasar a su habitación.

Earl se quedó demasiado sorprendido ante aquel despliegue para responder con coherencia. El dormitorio era un mausoleo, fundado, al parecer, en nombre de la trivialidad. Expuestos en los estantes, colgados de las paredes y cubriendo gran parte del suelo, había todo tipo de artículos recogidos de la basura: latas vacías de Coca-Cola, colecciones de billetes, revistas sin cubiertas, juguetes destrozados, espejos hechos trizas, postales jamás enviadas, cartas jamás leídas, un tullido desfile de lo olvidado, de lo abandonado. Sus ojos se pasearon por aquella exhibición de basuras y no encontraron ni un solo objeto de valor entre todas aquellas chucherías. Sin embargo, aquellas insignificancias estaban ordenadas con un cuidado meticuloso, de modo que ningún artículo tapara a otro, y al observar más de cerca, notó que cada elemento llevaba un número, como si cada uno tuviera su lugar en aquel sistema de desperdicios. Al pensar que aquello era obra de Laura May, a Earl se le revolvió el estómago. Estaba claro que se encontraba al borde de la locura.

-Es mi colección -le dijo la muchacha.

-Ya veo.

-Colecciono cosas desde los seis años.

Atravesó el dormitorio hasta llegar al tocador, donde la mayoría de las mujeres que Earl había conocido guardaban sus cosméticos. Pero allí sólo había más exhibiciones inútiles.

-Todos los clientes se dejan algo -le dijo la muchacha a Earl, cogiendo una de aquellas porquerías con el mismo cuidado con que otros levantarían una piedra preciosa, y examinándola antes de volver a colocarla en su sitio.

-¿De veras? -inquirió Earl.

-Si. Todo el mundo. Aunque sólo sea una cerilla usada o un pañuelo de papel manchado de barra de labios. Cuando yo era niña, Ophelia, una mexicana, se encargaba de limpiar las habitaciones. Esto empezó con ella, como un juego. Solía traerme cosas que los clientes se

dejaban en las habitaciones. Al morir ella, empecé a coleccionar las cosas que encontraba, como recuerdo.

Earl comprendió la absurda poesía del museo. Laura May albergaba en su limpio cuerpo toda la ambición de un gran conservador. Y no por el arte en sí, sino que coleccionaba recuerdos de una naturaleza más íntima, señales olvidadas de las personas que habían pasado por allí, y que probablemente no volvería a ver.

-Lo tienes todo marcado -señaló Earl.

-Sí, no serviría de nada si no supiera a quien perteneció cada cosa, ¿no te parece?

Earl supuso que no, y francamente impresionado, murmuró:

-Es increíble.

Laura May le sonrió. Earl imaginó que no le enseñaba la coleccion a mucha gente y se sintió extrañamente honrado de estar viéndola.

-Tengo piezas de primera -le informó, abriendo el cajón central del tocador-. Cosas que exhibo.

-¿De veras?

El cajón que había abierto estaba forrado de papel de seda; crujió cuando ella extrajo una selección de adquisiciones especiales. Un pañuelo de papel sucio encontrado debajo de la cama de una estrella de Hollywood, muerta trágicamente seis semanas despues de haber estado en el motel. Una hipodérmica utilizada para inyectarse heroína, dejada por X; una caja de cerillas vacía, proveniente del bar de homosexuales de Amarillo, dejada por Y. Los nombres que le mencionaba a Earl significaban poco o nada, pero le siguió la corriente, tal como presintió que ella deseaba que hiciese, mezclando exclamaciones de incredulidad con risas. El placer de Laura May, alimentado por el de Earl, creció. Le enseño todos los elementos que guardaba en el tocador, refiriéndole alguna anécdota o algún dato biográfico. Cuando hubo terminado, le comentó:

-Cuando te dije que había empezado a coleccionar esas cosas con Ophelia, como una especie de juego, te mentí. En realidad, lo de la colección vino después.

-¿Qué te hizo empezar?

Se puso a cuatro patas y abrió el último cajón del tocador con una llave que pendía de una cadena que llevaba al cuello. En ese cajón había un único artefacto; lo sacó reverencialmente y se incorporó para enseñárselo.

-¿Qué es esto?

-Me has preguntado con qué empecé la colección. Fue con esto. Lo encontré y nunca lo devolví. Puedes mirarlo si quieres.

Tendió el premio hacia Earl y él desenvolvió el paño blanco planchadito en el que estaba envuelto el objeto. Era un revólver. Un Smith and Wesson, calibre 38, en óptimas condiciones. De inmediato supo a qué huésped del motel había pertenecido aquel trozo de historia.

-El arma que usó Sadie Durning... -dijo Earl, cogiendo el revólver-. ¿Me equivoco?

Laura May sonrió satisfecha.

-Lo encontré entre los matorrales, detrás del motel, antes de que la policía se pusiera a buscarlo. Había tanto revuelo que nadie se molestó en fijarse en mí dos veces. Y no se preocuparon de buscarlo con luz.

-¿Por qué?

-Al día siguiente se produjo el tornado del cincuenta y cinco. Arrancó de cuajo el tejado del motel y se llevó la escuela. Hubo muchos muertos. Tuvimos funerales durante semanas.

-¿Y no te interrogaron?

-Supe mentir -repuso, con no poca satisfaeción.

-¿Y en todos estos años nunca revelaste que lo tenías?

El comentario le pareció un poco fuera de lugar y repuso:

-Me lo habrían quitado.

-Pero es una prueba.

-De todos modos la ejecutaron. Sadie lo confesó todo desde el principio. Si hubieran encontrado el arma asesina, las cosas no habrían cambiado.

Earl le dio unas vueltas al revólver. Tenía mugre incrustada.

-Es sangre -le indicó Laura May-. Todavía estaba mojado cuando lo encontré. Seguro que tocó el cuerpo de Buck, para asegurarse de que estaba muerto. Usó sólo dos balas. Las demás están en el cargador.

Desde que su cuñado se volara tres dedos en un accidente a Earl nunca le habían gustado las armas. Sólo de pensar que el 38 seguía cargado, se tomó aún más aprensivo. Colocó el revólver en su envoltorio y plegó la tela sobre él.

-Nunca había visto un sitio como éste -le dijo a Laura May mientras ésta se arrodillaba para colocar el revólver en el cajón-. Eres toda una mujer, ¿lo sabías?

Laura May lo miró desde abajo. Lentamente, su mano fue subiendo por la pernera de los pantalones de Earl.

-Me alegra que te guste lo que ves -le dijo.

-Sadie... ¿Vas a venir a la cama o no?

-Quiero terminar de arreglarme el pelo.

-No estás jugando limpio. Olvídate del pelo y ven.

-En seguida voy.

-¡Mierda!

-¿No tendrás prisa, eh, Buck? ¿Tienes que ir a alguna parte?

Vio su reflejo en el espejo. Le lanzó una mirada furibunda.

-Te crees que es gracioso, ¿eh?

-¿Qué es gracioso?

-Lo ocurrido. Que me dispararas. Y que acabaras en la silla eléctrica. Te proporciona una perversa satisfacción.

Reflexionó durante unos momentos. Era la primera vez que Buck había mostrado un deseo verdadero de hablar en serio, y quiso decirle la verdad.

-Sí -repuso, cuando estuvo segura de que ésa era la respuesta-. Sí, supongo que en cierto modo me produjo placer.

-Lo sabía -comentó Buck.

-Baja la voz -le ordenó Sadie-,o nos oirá.

-Ha salido. La oí. Y no cambies de tema.

Rodó sobre la cama y se sentó en el borde; la herida parecía dolorosa, pensó Sadie.

-¿Te dolió mucho? -le preguntó, volviéndose hacia él.

-¿Estás de broma? -repuso Buck, mostrándole el agujero-. ¿Qué carajo te parece a ti?

-Creí que sería rápido. Nunca quise hacerte sufrir.

-¿Lo dices en serio?

-Claro. Alguna vez te quise, Buek. De veras. ¿Sabes qué decían los titulares de los diarios al día siguiente?

-No, estaba ocupado en otros asuntos.

-«Motel convertido en matadero del amor.» Había fotos del dormitorio, de la sangre en el suelo, y fotos tuyas, cuando te llevaban tapado con una sábana.

-Mi mejor momento -comentó Buck con amargura-, y ni siquiera aparece en la prensa la foto de mi cara.

-Jamás olvidaré la frase «matadero del amor». Me pareció romántica. ¿Tú qué opinas? -Buck gruñó disgustado. De todos modos, Sadie prosiguió-: Mientras esperaba la ejecución, recibí trescientas propuestas de matrimonio, ¿no te lo había comentado?

-¿De veras? ¿Fueron a visitarte? ¿Te dieron un revolcón para que olvidaras el gran día?

-No -repuso Sadie friamente.

-Podías habértelo pasado bien. En tu lugar, yo lo habría hecho.

-No me cabe ninguna duda.

-Sólo de pensar en el tema me he puesto cachondísimo, Sadie. ¿Por qué no vienes y aprovechas mientras estoy caliente?

-Hemos venido aquí para hablar, Buck.

-Ya hablamos, por el amor de Dios. Además, no quiero hablar más. Ahora ven aquí. Me lo has prometido. -Se restregó el abdomen y le lanzó una sonrisa torcida-. Lo siento por la sangre, pero no es culpa mía.

Sadie se puso de pie.

-Ahora te comportas como una chica sensata.

Mientras Sadie Durning se dirigía hacia la cama, Virginia entró para guarecerse de la lluvia. Le había refrescado la cara, y los tranquilizantes que había tomado comenzaban a calmarle las nervios. En el baño, John seguía orando; su voz iba y venía. Se acercó a la mesa y echó un vistazo a las notas de su marido, pera no logró enfocar bien las palabras apretadas. Levantó los papeles para verlas más de cerca, y cuando la hizo, oyó un gemido proveniente de la otra habitación. Se quedó helada. Otro gemido más audible. Los papeles temblaron en sus manos; hizo ademán de volver a ponerlos sobre la mesa, pera la voz se oyó por tercera vez, y las hojas se le cayeron de la mano.

-Muévete un poco, maldita sea... -decía la voz.

Las palabras. aunque no muy claras, eran inconfundibles. Más quejidos, y Virginia se dirigió hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones; el temblar que se había iniciado en las manos se le extendió por todo el cuerpo.

-¿Quieres jugar limpio? -dijo la voz con rabia.

Cautelosamente, Virginia miró dentro de la habitación número ocho, aferrándose al dintel de la puerta para no caer. En la cama había una sombra; se retorcía penosamente, como si quisiera devorarse así misma. Virginia quedó petrificada; intentó ahogar un grito, mientras aquella sombra emitía más sonidos. Y esa vez no fue una voz, sino dos. Las palabras eran caufusas y, presa del pánico, no logró entender su sentido. Sin embargo, le fue imposible volverse de espaldas para no ver la escena. Siguió mirando fijamente, intentando encontrar algún sentido a aquella configuración fluctuante. Le llegaron una serie de palabras. y con ellas supo descifrar lo que ocurría en la cama. Oyó la voz de la mujer que protestaba, e incluso logró divisar a su dueña, luchando debajo de su pareja, que intentaba detener el movimiento de sus brazos. Su primera intuición no estaba equivocada: en cierto modo se estaban devorando.

Sadie miro a Buck a la cara. Volvía a exhibir aquella maldita sonrisa; le entraron ganas de dispararle otra vez. A eso había ido aquella noche. No para hablar de las sueños fracasados, sino a humillarla como tantas veces lo hiciera en el pasado, susurrándole obscenidades contra el cuello mientras la tenía clavada contra las sabanas. El placer que le producía su sufrimiento la hizo enfurecer.

-¡Suéltame! -gritó en voz más alta de lo que hubiera deseado.

Y Virginia, que estaba de pie ante la puerta, ordenó:

-Déjala en paz.

-Tenemos público -comentó Buck Durning con una sonrisa malévola, satisfecho de la mirada asombrada retratada en el rostro de Virginia.

Sadie aprovechó su distracción. Logró que le soltara el brazo y quitárselo de encima; Buck se cayó de la cama y lanzó un grito. Cuando Sadie se incorporó, miró a la mujer cenicienta que estaba de pie en el umbral y se preguntó cuánto podía ver u oír. ¿Lo suficiente, quizá, como para deducir quiénes eran?

Buck había vuelto a subirse a la cama y avanzaba hacia su ex asesina, diciéndole:

-Vamos, olvídalo, es la loca esa.

-No te me acerques -le advirtió Sadie.

-Ahora ya no puedes hacerme daño. ¿O acaso te has olvidado de que ya estoy muerto?

Librodot

Sus esfuerzos le habían abierto aún más la herida producida por el disparo. Estaba embadurnado de sangre; y cuando se fijó, notó que ella también. Sadie se retiró hacia la puerta. Allí no quedaba nada que salvar. Las escasas posibilidades de reconciliación habían degenerado en una espantosa farsa. La unica solución para aquel desatino era marcharse y dejar que la pobre Virginia sacara las conclusiones que pudiera. Cuanto más se quedara a pelear con Buck, más empeoraría la situación para los tres.

-¿Adónde vas? -exigió saber Buck.

-Afuera -repuso Sadie-. Lejos de ti. Te dije que te quería, ¿no es así, Buck? Tal vez lo haya hecho. Pero ya estoy curada.

-¡Golfa!

-Adiós, Buck. Que tengas una feliz eternidad.

-¡Golfa barata!

No respondió a sus insultos; traspuso el umbral y se internó en la noche.

Virginia observó cómo la sombra atravesaba la puerta cerrada; se aferró a sus destrozados restos de cordura, apretando las puños hasta dejar los nudillos blancos. Debía quitarse de la cabeza esas apariciones tan pronto como le fuera posible, o enloquecería. Se volvió de espaldas a la habitación número ocho. Píldoras era lo que le hacía falta en ese momento. Recogió el bolso, que se le cayó otra vez cuando sus dedos temblorosos revolvieron el contenido en busca de los frascos. Uno de ellos estaba mal cerrado y se salieron todas las píldoras. Un surtido multicolor de pastillas rodó en todas direcciones por la alfombra manchada. Se arrodilló para recogerlas. Las lágrimas comenzaron a fluir, cegándola; fue tanteando para encontrar las píldoras, se metió un manojo en la boca e intentó tragarlas sin agua. El golpeteo de la lluvia sobre el tejado fue intensificándose dentro de su cabeza; una serie de truenos acompañaron la percusión.

Entonces oyó la voz de John:

-Virginia, ¿qué estás haciendo?

Levantó la vista, con los ojos anegados de lágrimas y una mano repleta de pastillas revoloteando junta a la boca. Se había olvidado por completo de su marido; las sombras, la lluvia y las voces habían apartado de su mente todo recuerdo de John. Dejó caer las píldoras en la alfombra. Le temblaban las piernas; no tenía fuerzas para ponerse de pie.

-Yo..., yo... he vuelto a oír voces -dijo.

Los ojos de John observaban el contenido desparramado del bolso y del frasco. El delito de Virginia había quedado al descubierto para que él lo viera. Era inútil que intentara negarlo, sólo lograría enfurecerlo más.

-Mujer -le dijo-, ¿es que no has aprendido la lección?

No le contestó. Los truenos ahogaron la siguiente frase de John. La repitió en voz más alta.

-¿De dónde has sacado las píldoras, Virginia?

La mujer meneó la cabeza débilmente.

-Supongo que ha sido Earl otra vez. ¿Quién si no?

-No -murmuró Virginia.

-¡Virginia, no me mientas! -Levantó la voz para competir con la tormenta-. Sabes que el Señor escucha tus mentiras igual que yo. ¡Y que te juzga, Virginia! ¡Te juzga!

-Por favor, déjame en paz -suplicó.

-Te estás envenenando.

-Las necesito, John. De veras las necesito.

No le quedaban fuerzas para mantener a raya las provocaciones de su marido, pero no quería que le quitara las píldoras. Aunque ¿qué sentido tenía protestar? Él se saldría con la suya, como de costumbre. Lo más sensato era entregarle ahora el botín y ahorrarse unas angustias innecesarias.

-Mírate -la increpó-, arrastrándote por el suelo.

-No te ensañes conmigo, John. Tu ganas. Toma las píldoras. ¡Vamos, tómalas!

La rápida capitulación de Virginia le defraudó, como si fuera un actor que se preparase para su escena preferida y se encontrara conque el telón caía prematuramente. Pera sacó el máxima provecho de la invitación de Virginia; le dio la vuelta al bolso sobre la cama y recogió las frascos.

-¿Es todo?

-Sí.

-No permitiré que me engañes, Virginia.

-¡Es todo! -le gritó. Y luego, con más suavidad, agregó-: Lo juro...,es todo.

-Earl lo lamentará. Te lo prometo. Ha explotado tu debilidad...

-¡No!

-...tu debilidad y tus temores. Está claro que ese hombre es un enviado de Satán.

-¡No digas idioteces! -le gritó, sorprendida ante su propia vehemencia-. Yo le pedí que me las consiguiera. -Se puso de pie con cierta dificultad-. No quería desafiarte, John. Ha sido culpa mía.

-No, Virginia -dijo Gyer, meneando la cabeza-. No vas a salvarlo. Esta vez no. Se ha empeñado en arruinarme todo el tiempo. Ahora lo veo claro. Se ha empeñado en dañar mi cruzada por medio de ti. Pues bien, ahora lo he descubierto. Claro que sí.

Se volvió de repente y arrojó el manojo de frascos por la puerta abierta, hacia la lluviosa oscuridad. Virginia los vio volar y sintió que el corazón le daba un vuelco. En una noche como aquélla muy poco podía hacer la cordura, era una noche para enloquecer; la lluvia destrozaba los cráneos y el asesinato estaba en el aire, y ahora, aquel perfecto imbécil se había deshecho de su última oportunidad de recobrar el equilibrio. Gyer se volvió hacia ella, mostrándole los dientes perfectos.

-¿Cuántas veces hay que decírtelo?

Al parecer, después de todo, nadie iba a privarlo de su escena.

-¡No voy a escucharte! -le gritó, tapándose los oídos con las manos. A pesar de ello, lograba oír la lluvia-. ¡No voy a escucharte!

-Soy paciente, Virginia. El Señor celebrará su Juicio a su debido tiempo. ¿Dónde está Earl?

Virginia meneó la cabeza. Otra vez los truenos; no estaba segura de si habían caído dentro o fuera.

-¿Donde está? -le gritó enfurecido- ¿Ha ido a buscarte más de esas porquerías?

-¡No! -respondió ella a gritos-. No sé adónde ha ido.

-Reza, mujer. Arrodíllate y agradece al Señor que yo esté aquí para mantenerte alejada de Satán.

Satisfecho de su llamativa frase final, salió a buscar a Earl, dejando a Virginia temblorosa, pero curiosamente asombrada. Volvería, estaba claro. Habría más recriminaciones, y ella derramaría las lágrimas obligatorias. En cuanto a Earl, tendría que defenderse como pudiera. Se dejó caer en la cama, y sus ojos llorosos se posaron sobre las píldoras que seguían esparcidas por el suelo. No estaba todo perdido. No habría más de dos docenas, de modo que tendría que utilizarlas con cuidado, pero eso era mejor que nada. Secándose los ojos con el dorso de las manos, volvió a arrodillarse para recoger las píldoras. Al hacerlo, notó que alguien la observaba. No era su marido. ¿Cómo podía haber regresado tan pronto? Levantó la vista. La puerta que daba al exterior seguía abierta y se veía caer la lluvia, pero Gyer no estaba allí. Por un momento, al recordar las sombras de la habitación contigua, el corazón pareció perder el ritmo. Eran dos; una había salido, pero ¿y la otra?

Sus ojos se dirigieron hacia la puerta de comunicación. Estaba allí; era una mancha grasienta que había adquirido una nueva solidez desde la última vez que la viera. ¿Acaso la aparición habría ganado coherencia, o acaso veía con más detalle? Era claramente humana, y resultaba igual de aparente que se trataba de un hombre. La miraba fijamente, de eso no le cupo dudas a Virginia. Si se concentraba lograba incluso verle los ojos. La débil percepcion

Librodot

de su existencia fue mejorando; con cada tembloroso suspiro, aquel fantasma iba adquiriendo una nueva claridad.

Virginia se puso en pie lentamente. La aparición avanzó un paso hacia la puerta de comunicación. Ella fue hacia la puerta exterior: la aparición hizo otro movimiento y se interpuso con pasmosa velocidad entre ella y la noche. El brazo extendido de Virginia rozó su forma humeante y, como iluminado por un relámpago, ante ella surgió el retrato completo de su perseguidor, para desaparecer cuando ella retiró la mano. Sin embargo, había visto lo suficiente como para quedar aturdida. La visión pertenecía a un hombre muerto; le habían abierto el pecho de un disparo. ¿Sería otro de sus sueños que saltaba al mundo de los vivos?

Pensó en llamar a John, para que volviera, pero para eso tendría que volver a acercarse a la puerta y arriesgarse a tocar a la aparición. Decidió dar un cauteloso paso hacia atras, rezando una plegaria en voz muy baja. Tal vez John tenía razón: tal vez había provocado esta locura con las mismas píldoras que pisoteaba ahora y convertía en polvo. La aparición se cernió sobre ella. ¿Era su imaginación, o había abierto los brazos, como para envolverla en ellos?

Se enredó en los pliegues de la colcha y antes de que pudiera evitarlo, cayó de espaldas sobre la cama. Agitó los brazos buscando un punto de sujeción. Una vez más tocó a aquel producto de las sueños y nuevamente apareció ante ella el horroroso cuadro. Pero esta vez no desapareció, porque la visión la había aferrado por la mano y la sujetaba con fuerza. Tuvo la sensación de haber hundido los dedos en agua helada. Le gritó que la dejase en paz, levantando el brazo libre para apartar a su asaltante, pero éste se limitó a aferrarla por la otra mano.

Incapaz de resistirse, se encontró con su mirada. Los que la miraban no eran los ojos del diablo, eran unos ojos ligeramente estúpidos, incluso cómicos, y debajo de ellos una boca débil que reforzó la impresión de estupidez que le había causado. De repente, dejó de tener miedo. No era un demonio. Era un delirio, producido por el cansancio y las píldoras; no podía hacerle daño. El único peligro era que se lastimara en sus intentos por mantener a raya las alucinaciones.

Buck presintió que Virginia había perdido la voluntad de resistir.

-Eso está mejor -le dijo, conciliador-. Quieres un meneito, ¿eh, Ginnie?

Buck no estuvo seguro de que la hubiera oído, pero daba igual. Le resultaría muy sencillo revelar sus intenciones. Soltó una de las manos de Virginia y le pasó la palma por los pechos. Virginia suspiró; una expresión asombrada surcaba sus hermosos ojos, pero no realizó ningún esfuerzo por resistirse a sus atenciones.

-No existes -le dijo lisa y llanamente-. Sólo estás en mi imaginación, como me ha dicho John. Eres obra de las píldoras. Todo esto es producto de las píldoras.

Buck dejó que la mujer hablara, que pensara lo que le apeteciese, con tal de que no se le resistiera.

-Es así, ¿no es cierto? No eres real, ¿verdad?

Buck la complació con una respuesta amable.

-Claro -le dijo, dándole un apretón-. Soy sólo un sueño, nada más. -La respuesta pareció satisfacerla-. No hay necesidad de que luches contra mí, ¿verdad? -prosiguió-. Habré llegado y me habré ido antes de que te des cuenta.

El despacho del gerente estaba vacio. De la habitación contigua le llegó a Gyer el ruido de la televisión. Lo lógico era que Earl estuviera en alguna parte, por allí cerca. Se había ido de su cuarto en compañía de la muchacha que había llevado el agua helada, y con el tiempo que hacía no estarían por ahí dando un paseo. Los truenos sonaban cada vez más cerca. El último había sonado casi encima de su cabeza. A Gyer le encantaban el ruido y el espectáculo de los relámpagos. Alimentaban su sentido de la ocasión.

-¡Earl! -aulló, atravesando el despacho y acercándose al cuarto de la televisión.

Librodot

La película de la noche estaba alcanzando su punto culminante; el sonido subió repentinamente y fue ensordecedor. Una bestia fantástica arrasaba Tokio: los ciudadanos huían despavoridos. Dormido en una silla, ante aquel apocalipsis de cartón piedra, había un hombre de mediana edad. Ni los truenos ni los gritos de Gyer lo habían despertado. Un vaso de licor, acurrucado en el regazo, se le había escapado de la mano y le había manchado los pantalones. Toda la escena apestaba a bourbon y a depravación; Gyer tomó nota mentalmente para utilizarla algun día en el púlpito.

Una ráfaga helada llegó desde la oficina. Gyer se volvio esperando algún visitante, pero en el despacho no había nadie. Se quedó mirando fijamente al espacio. Durante todo el trayecto hasta la oficina había tenido la sensación de que le seguían; sin embargo, tras él no había nadie. Desechó sus sospechas. Los temores como aquel eran cosas de mujeres y de viejos temerosos de la oscuridad. Pasó entre el borracho dormido y las ruinas de Tokio y se dirigió a la puerta cerrada que había más allá.

-¡Earl! -llamó-. ¡Contéstame!

Sadie observó a Gyer cuando éste abrió la puerta y entró en la cocina. Le asombraba su rimbombante expresión. Había abrigado la esperanza de que aquella subespecie se hubiera extinguido; ¿resultaba creíble semejante melodrama en una época tan avanzada como aquélla? Nunca le había gustado la gente de la iglesia, pero aquel tipo le resultaba particularmente ofensivo; bajo la petulancia había algo más que un dejo de malicia. Estaba enfurecido y era imprevisible, y la escena que le esperaba en el cuarto de Laura May no iba a gustarle. Sadie había estado allí. Había observado a los amantes durante un rato, hasta que su pasión le resultó tan insoportable que tuvo que salir a refrescarse mirando la lluvia. La aparición del evangelista la había hecho volver sobre sus pasos, temerosa de lo que flotaba en el aire; los acontecimientos de esa noche no podían acabar bien. En la cocina, Gyer volvió a gritar. Estaba claro que le encantaba el sonido de su voz.

-¡Earl! ¿Me oyes? ¡No vas a engañarme!

En el dormitorio de Laura May, Earl intentaba llevar a cabo tres acciones al mismo tiempo. Una, besar a la mujer con la que acababa de hacer el amor; dos, ponerse los pantalones húmedos, y tres, inventar una excusa adecuada para ofrecerle a Gyer, si el evangelista llegaba a la puerta del dormitorio antes de haber podido crear una cierta ilusion de inocencia. Tal como estaban las cosas, no tuvo tiempo de completar ninguna de sus tres acciones. Todavía tenía la lengua atrapada en la tierna boca de Laura May cuando forzaran la cerradura de la puerta.

-¡Te he encontrado!

Earl interrumpió el beso y se volvió hacia la voz mesiánica. Gyer estaba de pie en el vano de la puerta, con el pelo aplastado por la lluvia formándole un gorro gris sobre el cráneo, y la cara brillante de ira. Desde la lámpara con pantalla de seda que había junto a la cama le llegaba una luz que lo hacía aparecer enorme; el relumbre de sus ojos redentores rayaba en lo maniático. Eari había oído hablar a Virginia de la ira de aquel hombre: en el pasado había roto muebles y huesos por igual.

-¿Es que tu iniquidad no tiene fin? -preguntó en tono autoritario.

Las palabras salieron de sus finos labios con una calma desconcertante. Earl se subió las pantalones y desmañadamente intentó subirse la cremallera.

-Esto no es asunto suyo... -comenzó a decir, pera la furia de Gyer hizo que las palabras se le volvieran polvorientas en la boca.

Sin embargo, Laura May no se amedrentaba fácilmente.

-Sal de aquí -le ordenó, y con la sabana se tapó los generosos pechos.

Earl echó un vistazo a los hombros suaves que acababa de besar. Le entraron deseos de volver a besarlos, pero el hombre vestido de negro atravesó el cuarto en cuatro rápidas zancadas y lo aferró por el brazo y el pelo. En el confinado espacio del dormitorio de Laura May, ese movimiento tuvo el efecto de un temblor de tierra. Las piezas de su preciosa colección cayeron de los estantes y del tocador, apoyándose unas en otras hasta que la

avalancha de trivialidades llegó al suelo. Laura May, sin embargo, no notó el daño ocasionado; sus pensamientos estaban con el hombre que tan dulcemente compartiera su cama. Logro ver la vibración en los ojos de Earl cuando el evangelista lo sacó a rastras, y ella la compartió.

-¡Déjalo en paz! -chilló, olvidando su modestia y levantándose de la cama-. ¡No ha hecho nada malo!

El evangelista se detuvo para contestar mientras Earl luchaba inútilmente por liberarse.

-¿Qué sabes tú de maldad, ramera? -le espetó Gyer-. Estás demasiado hundida en el pecado. Con tu desnudez y tu hedionda cama.

La cama olía, pero a buen jabón y a amor reciente. No tenía nada de qué disculparse, y no iba a permitir que aquel predicador de pacotilla la intimidara.

-¡Llamaré a la policía! -le advirtió-. ¡Si no lo dejas en paz llamaré a la policía!

Gyer ni siquiera se dignó contestar a la amenaza. Sacó a Earl a rastras de la habitación y lo llevó hasta la cocina. Laura May gritó:

-¡Aguanta, Earl! ¡Conseguiré ayuda!

Su amante no contestó; estaba demasiado ocupado en evitar que Gyer le arrancara los pelos de raíz.

A veces, cuando los días eran largos y solitarios, Laura May había soñado despierta con hombres oscuros como el evangelista. Se había imaginado levantada por ellos -sólo en parte contra su voluntad- y sacada de allí. Pero el hombre que había yacido en su cama esa noche había sido completamente diferente de los amantes de sus sueños febriles: había sido ingenuo y vulnerable. Si moría a manos de un hambre como Gyer -cuya imagen había invocado en sus horas desesperadas-, jamás se lo perdonaría.

En el cuarto del extremo opuesto, oyó a su padre preguntar:

-¿Qué pasa?

Alguna cosa cayó y se hizo añicos, un plato del aparador quizá, o algún vaso que tendría en el regazo. Rogó por que su padre no intentara detener al evangelista; si lo hacía sería como una paja llevada par el viento. Regresó a la cama para buscar su ropa; estaba enredada en las sábanas, y con cada segundo perdido en la búsqueda su frustración fue en aumento. Lanzó a un lado las almohadas. Una aterrizó sobre el tocador, y otras piezas de su colección, exquisitamente dispuestas, fueron barridas hasta tocar el suelo. Mientras se ponía la ropa interior, su padre apareció en el vano de la puerta. Sus facciones enrojecidas por la bebida se tornaron aún mas rojas al verla en aquel estado.

-¿Qué has hecho, Laura May?

-No importa, papá. No tengo tiempo de explicártelo.

-Pero ahí fuera hay unos hombres...

-Ya lo sé. ya lo sé. Quiero que llames al *sheriff* de Panhandle. ¿Me has entendido?

-¿Qué ocurre?

-¿Qué más da? Llama a Alvin y date prisa, o tendremos otro asesinato entre manos.

La idea de una matanza galvanizó a Milton Cade. Desapareció y dejó que su hija terminara de vestirse. Laura May sabía que en una noche como aquélla Alvin Baker y su ayudante tardarían en llegar. Y mientras tanto, sólo Dios sabía lo que el enloquecido predicador era capaz de hacer.

Desde la puerta, Sadie observó cómo se vestía la mujer. Laura May era una criatura sencilla, al menos ante las ojos críticos de Sadie, y aquella piel clara la hacía parecer insustancial y pálida a pesar de su figura plena. «¿Y quién soy yo para hablar de falta de sustancia?», se preguntó Sadie. Por primera vez en los treinta años transcurridos desde su muerte, sintió nostalgia de la corporeidad. En parte porque envidiaba a Laura May y la dicha experimentada junto a Earl, y en parte porque deseaba fervientemente desempeñar algún papel en el drama que se desenvolvía rápidamente ante ella.

En la cocina, después de recuperar abruptamente la sobriedad, Milton Cade hablaba al teléfono, intentando llamar la atención de la gente de Panhandle, mientras Laura May, que

había terminado de vestirse, abría el último cajón del tocador y buscaba una cosa. Sadie espió por encima del hombro de la mujer y descubrió cuál era el trofeo; un estremecimiento le hizo eco en el cráneo cuando sus ojos se posaran en el 38. Entonces había sido Laura May quien había encontrado el arma; la paliducha niña de cinco años que había estada corriendo por el pasillo toda la tarde hacía treinta años, jugando sola y cantando canciones bajo aquel aire caliente y tranquilo.

Sadie sintió cierto deleite al volver a ver el arma asesina. «Tal vez he dejado algún signo de mí misma para ayudar a perfilar el futuro –pensó-; tal vez soy algo más que un titular en un diario amarillento y un recuerdo borroso en las mentes envejecidas.» Observó con ojos nuevos y ansiosos mientras Laura May se ponía los zapatos y salía a la bramante tormenta.

Virginia se había acurrucado contra la pared de la habitación número siete y miraba a la miserable figura recostada en el umbral de la puerta. Había permitido que el delirio conjurado hiciera con ella lo que quisiese, y jamás, en sus cuarenta añas escasos, había oído tantas depravaciones. Pero aunque la sombra había vuelto a ella una y otra vez, apretando su frío cuerpo y su boca helada contra los suyos, no había podido violarla ni siquiera una vez. Tres veces lo había intentado, y tres veces las palabras apremiantes susurradas al oído no se habían hecho realidad. En ese momento montaba guardia ante la puerta, preparándose, supuso Virginia, para otro asalto más. Su cara aparecía con la claridad suficiente como para permitirle leer el desconcierto y la vergüenza retratados en su rostro. Virginia creyó que la miraba con ojos asesinos.

Afuera, oyó la voz de su marido por encima del alboroto de los truenos, y también la voz de Earl, expresando sus protestas. Resultaba evidente que discutían ferozmente. Se deslizó por la pared y se puso de pie, intentando comprender qué decían; el fantasma la observaba ominosamente.

-Has fallado -le dijo Virginia.

-No -le respondió.

-Eres uno de mis sueños y has fallado.

La ilusión abrió la boca y le sacó la pálida lengua. Virginia no entendía por qué no se esfumaba; tal vez la perseguiría hasta que el efecto de las píldoras se hubiera disipado. Daba igual. Ya había soportado lo peor, y si le daba tiempo, seguramente acabaría dejándola en paz. Los fallidos intentos de violación habían eliminado la influencia que sobre ella pudiera ejercer.

Se dirigió hacia la puerta; ya no tenía miedo. La ilusión se levantó de su postura acuclillada.

-¿Adonde vas? -exigió saber.

-Afuera, a ayudar a Earl.

-No irás, no he terminado contigo.

-Sólo eres un fantasma. No puedes detenerme.

-Te equivocas, Virginia -le dijo el fantasma can una sonrisa que era tres partes de malicia y una de encanto.

Ya no tenía sentido engañar a la mujer; se había cansado de aquel juego. Tal vez lo del revolcón había fallado porque la mujer se le había entregado can demasiada facilidad, en el convencimiento de que era una pesadilla inofensiva.

-No soy una ilusión, mujer. Soy Buck Durning.

Virginia fruncio el ceño contemplando a la errante figura. ¿Sería otro truco de su psiquis?

-Hace treinta años me mataron de un tiro en esta misma habitación. Más o menos donde estás tú en este momento.

Instintivamente, Virginia echó un vistazo a la alfombra, esperando casi que las manchas de sangre siguieran allí.

Librodot

-Sadie y yo hemos vuelto esta noche -prosiguio el fantasma-. Una parada de una noche en el Matadero del Amor. ¿Sabías que es así como llamaron a este lugar? Antes venía la gente de todas partes del país para echarle un vistazo a este cuarto, para ver dónde había matado Sadie Durning a Buck, su marido. Gente enferma ,¿no te parece, Virginia? Más interesados en un asesinato que en el amor. Pero yo no soy de ésos... Siempre me gustó el amor, ¿sabes? En realidad, es casi la única cosa para la que he tenido algún talento.

-Me has mentido. Me has utilizado.

-Pero todavía no he acabado -le prometió Buck-. En realidad, apenas he empezado.

Se apartó de la puerta y avanzó hacia ella. pera esta vez Virginia estaba preparada. Cuando la tocó, y el humo volvió a hacerse carne, intentó asestarle un golpe. Buck lo esquivó y ella logró escurrirse y alcanzar la puerta. El pelo suelto se le metía en los ojos, y aunque no podía ver, se lanzó ciegamente hacia la libertad. Una mano nebulosa la aferró, pero no lo hizo con la fuerza suficiente y logró zafarse.

-Te estaré esperando -le gritó Buck cuando Virginia se tambaleó por el pasillo y salió a la tormenta-. ¿Me has oído, ramera? ¡Te estaré esperando!

No iba a humillarse persiguiéndola. Tendría que regresar. Entonces él, invisible a todos menos a la mujer, se tomaría su tiempo. Si ella les contaba a sus compañeros lo que había visto, la tomarían por loca y quizá la encerraran, en cuyo caso la tendría a su entera disposición. No, se saldría con la suya. La mujer volvería calada hasta los huesos, con el vestido pegado a la piel en decenas de sitios rebuscados, asustada, quizá, llorosa, demasiado débil como para rechazar sus proposiciones. Entonces cómo la haría retozar. Sí, señor. Hasta que le rogara que parara.

Sadie siguió a Laura May hasta afuera.

-¿Adónde vas? -inquirió Milton a su hija, pero esta no le contestó-. ¡Cielos! -gritó al comprender lo que acababa de ver-. ¿De dónde rayos has sacado ese revólver?

Llovía torrencialmente; la lluvia golpeaba contra el suelo, sobre las últimas hojas del álamo, sobre el tejado, sobre las cabezas. En segundos le alisó el pelo a Laura May, aplastándolo contra la frente y el cuello.

-¡Earl! -gritó-. ¿Dónde estás, Earl?

Comenzó a correr por el aparcamiento, gritando su nombre. La lluvia había convertido la tierra en un fango marrón oscuro que le salpicaba las piernas. Fue hasta el otro edificio. Unas cuantos huéspedes se habían despertado al oír el alboroto montado por Gyer, y ahora la miraban desde sus ventanas. Se abrieron varias puertas; un hombre, de pie en el pasillo con una cerveza en la mano, preguntó qué ocurría.

-Hay gente dando vueltas como locos -dijo-. Y todos estos gritos. Hemos venido aquí para estar tranquilos, por el amor de Dios.

Una muchacha veinte años más joven salió de la habitacion y se detuvo detrás del tipo de la cerveza para preguntarle:

-Dwayne, ¿has visto? Lleva un revólver.

-¿Adónde han ido? -inquirió Laura May al tipo de la cerveza.

-¿Quiénes? -repuso Dwayne.

-¡Los locos! gritó Laura May, por encima de los truenos.

-Están detrás de la oficina -repuso Dwayne, fijándose en el revólver más que en Laura May-. No están aquí. De veras, no están.

Laura May retrocedió hasta el edificio de la oficina. La lluvia y los relámpagos eran cegadores, y le costó trabajo no resbalar en aquel lodazal.

-¡Earl! -gritó-. ¿Estás ahí?

Sadie fue tras ella. La tal Cade tenía coraje, de eso no cabía duda, pero en su voz había un dejo de histeria que a Sadie no le gustó demasiado. Ese tipo de asuntos (el asesinato) exigía indiferencia. El truco consistía en hacerlo de forma casual, como quien conecta la radio o

mata un mosquito. El pánico no hacía sino nublarlo todo, al igual que la pasión. Vamos, que cuando ella había levantado el 38 y le había apuntado a Buck, ni una brizna de rabia había alterado su puntería. En el análisis definitivo, era por esa por lo que la habían enviado a la silla eléctrica. No por haberlo hecho, sino por haberlo hecho demasiado bien.

Laura May no era tan fría. Respiraba entrecortadamente, y por la forma en que sollozaba el nombre de Earl mientras corría, estaba claro que no tardaría en derrumbarse. Fue hasta la parte trasera del edificio de la oficina, donde el cartel del motel arrojaba una fría luz sobre el erial, y esa vez, cuando llamó a Earl, hubo un grito de respuesta. Se detuvo y miró a través del velo de lluvia. Era la voz de Earl, como había esperado, pero no la llamaba a ella.

-¡Hijo de puta! –gritaba-. Estás loco. ¡Déjame en paz!

Logró distinguir dos siluetas a media distancia. Earl, con el torso corpulento manchado de barro, estaba de rodillas entre la hierba jabonera y los matorrales. Gyer se encontraba de pie, con las manos apoyadas sobre la cabeza de Earl, empujándolo hacia la tierra.

-¡Reconoce tu delito, pecador!

-¡No, maldito seas!

-Has venido para destruir mi cruzada. ¡Reconócelo!

-¡Vete al infierno!

-¡Reconoce tu complicidad, o que Dios te ampare porque te romperé todos los huesos!

Earl luchó por liberarse de Gyer, pero el evangelista era mucho más fuerte que él.

-¡Reza! -le gritó, aplastándole la cara contra el barro-. ¡Reza!

-¡Vete a tomar por culo! -le gritó Earl.

Gyer le levantó la cabeza tirándole de los pelos y alzó la otra mano para golpearle la cara. Pero antes de que pudiera hacerlo, Laura May intervino en la pelea y avanzó unos cuantos pasos por el lodazal, empuñando el 38 con manos temblorosas.

-Apártate de él -le ordenó.

Sadie notó con tranquilidad que la puntería de la mujer dejaba mucho que desear. Seguramente ni siquiera con buen tiempo sería buena tiradora, pero allí, bajo la presión y con esa lluvia, ¿quién sino un tirador experimentado podía garantizar el resultado? Gyer se volvió y miró a Laura May. No mostró ni el más mínimo asomo de aprensión. «Acaba de sacar la misma conclusión que yo -pensó Sadie -, sabe muy bien que existen pocas probabilidades de que le haga daño.»

-¡La ramera! -anunció Gyer, con los ojos vueltos al cielo-. ¿La has oído, mi Señor? ¿Has visto su desvergüenza y su depravación? ¡Márcala! ¡Es candidata para el tribunal de Babilonia!

Laura May no alcanzó a entender los detalles, pero sí le quedó claro el sentido general de la perorata de Gyer.

-¡No soy una ramera! -le gritó. El 38 casi se le saltó de las manos, como si estuviera deseoso de que lo dispararan-. ¡No te atrevas a llamarme ramera!

-Por favor, Laura May... -suplicó Earl, forcejeando con Gyer para poder mirarla-, márchate. Está loco.

La mujer no prestó atención a sus súplicas.

-Si no lo sueltas... -anunció, apuntando al hombre de negro.

-¿Sí? ¿Qué me vas a hacer, ramera? -inquirió Gyer, provocativo.

-¡Te mataré! ¡Juro que dispararé!

Al otro lado del edificio de la oficina, Virginia vio uno de los frascos que Gyer había lanzada al lodazal. Se detuvo, lo recogió, pero luego se lo pensó mejor. Ya no necesitaba píldoras. Había hablado con un muerto; con sólo tocarlo había podido ver a Buck Durning. ¡Vaya poder tenía! Sus visiones eran reales, siempre lo habían sido, más verdaderas que todas las revelaciones apocalípticas de segunda que pudiera proferir su estúpido marido. ¿Qué lograrían las píldoras sino obnubilar el talento que acababa de descubrir? Allí se quedarían.

Unas cuantos huéspedes se habían puesto las chaquetas y habían salido de sus habitaciones para enterarse de a qué venía todo aquel alboroto.

-¿Ha habido un accidente? -preguntó una mujer a gritos, cuando vio a Virginia.

En cuando hubo formulado la pregunta, se oyó un disparo.

-John... -murmuró Virginia.

Antes de que los ecos del disparo se hubieran acallado, Virginia avanzó hacia su fuente. Ya se imaginaba con qué se encontraría: su marido tirado en el suelo, y el asesino triunfante poniendo los enlodados pies en polvorosa. Apretó el paso; una plegaria salió de sus labios y echó a correr. No rogaba para que la escena que acababa de imaginar no fuese realidad, sino para que Dios la perdonara por desear que lo fuera.

La escena que la esperaba al otro lado del edificio confundió todas sus expectativas. El evangelista no estaba muerto. Se encontraba de pie, incólume. Era Earl quien yacía en el lodazal, junto a él. No muy lejos, la mujer que le había llevado el agua helada horas antes estaba de pie con un revólver en la mano. El arma humeaba todavía. Cuando Virginia miró a Laura May, una silueta salió de la lluvia y, de un golpe, le quitó el arma de la mano. Cayó al suelo. Virginia siguió la caída con los ojos. Laura May parecía asustada; estaba claro que no entendía cómo había dejado caer el arma. Sin embargo, Virginia lo sabía. Podía ver al fantasma aunque no muy claramente, y adivinó su identidad. Seguramente sería Sadie Durning, gracias a cuya provocación aquel establecimiento había sido bautizado con el nombre de Matadero del Amor.

Los ojos de Laura May descubrieron a Earl; lanzó un grito horrorizado y corrió hacia él.

-Earl, no te me mueras. ¡Por favor, te lo ruego, no te mueras!

Earl levantó la cabeza del baño de barro que acababa de tomar y negó con la cabeza.

-Has fallado por un kilómetro -le dijo.

A su lado, Gyer había caído de rodillas, con las manos juntas, y la cara vuelta hacia la lluvia.

-Oh, Señor, te doy las gracias por preservar a éste, tu instrumento, en esta hora de necesidad...

Virginia procuró no oír las idioteces. Aquél era el hombre que tanto la había convencido de que desvariaba que había acabado entregándose a Buck Durning. Pues ya basta. La había aterrorizado lo suficiente. Había visto a Sadie actuar sobre el mundo real, y había sentido a Buck hacer lo mismo. Había llegado el momento de invertir el procedimiento. Caminó con paso firme hasta donde estaba el 38 y lo recogió.

Al hacerlo, presintió la presencia de Sadie Durning. Una voz tan suave que apenas la oía le dijo al oído:

-¿Te parece sensato?

Virginia desconocía la respuesta a esa pregunta. Al fin y al cabo, ¿qué era la sensatez? Sin duda no era la gastada retórica de los profetas muertos. Tal vez la sensatez fueran Laura May y Earl, abrazados en el lodazal, indiferentes a las plegarias que Gyer escupía, y a las miradas de los huéspedes que habían acudido corriendo a ver quién había muerto. O tal vez la sensatez consistía en encontrar la influencia maligna de tu vida y arrancarla de una vez y para siempre. Con el revólver en la mano, regresó a la habitación número siete, consciente de que la presencia benigna de Sadie Durning caminaba a su lado.

-¿No irás a por Buck...? –susurró Sadie-. No puede ser.

-Me atacó -le dijo Virginia.

-Pobre corderito mío.

-No soy un corderito -replicó Virginia-. Ya no.

Dándose cuenta de que la mujer dominaba perfectamente su destino, Sadie se mantuvo alejada, temerosa de que su presencia alertara a Buck. Observó a Virginia cruzar el aparcamiento, dejar atrás el álamo y entrar en el cuarto donde su torturador había dicho que la esperaría. Las luces seguían encendidas; su brillo parecía mayor después de la oscuridad azul de afuera. No había señales de Durning. Virginia se dirigió a la puerta de camunicación. La habitación número ocho también estaba vacía. Entonces oyó la conocida voz.

-Has vuelto -le dijo Buck.

Se volvió en redondo, ocultándole el arma. Buck había salido del cuarto de baño y se interponía entre Virginia y la puerta.

-Sabía que volverías -le dijo-. Todas lo hacen.

-Quiero que te muestres... -le dijo Virginia.

-Estoy desnudo como un crío al llegar al mundo. ¿qué más quieres que haga, que me despelleje? Pensándolo bien, tal vez sería divertido.

-Muéstrate a John, mi marido. Hazle ver su error.

-Oh, pobre John. No creo que quiera verme. ¿Tú qué opinas?

-Piensa que estoy loca.

-La locura puede ser útil. A Sadie casi la salvan de la silla electrica con un alegato de demencia. Pero fue demasiado honesta para su propio bien. No dejó de repetirles una y otra vez: «Quería verlo muerto, por eso le disparé». Nunca fue muy sensata. Pero tú..., bueno, creo que tú sabes lo que más te conviene.

La silueta velada se movió. Virginia no logró descifrar qué hacía Durning consigo mismo, pero era algo claramente obsceno.

-Anda, Virginia, ven a por ella, está preparadita.

Virginia sacó el 38 que ocultaba detrás de la espalda y le apuntó.

-Esta vez no -le dijo.

-No puedes hacerme daño con eso -repuso Buck-. Ya estoy muerto.

-Tú me has hecho daño, ¿por qué no podría devolvértelo?

Buck meneó la etérea cabeza, lanzando una carcajada. En ese mismo instante, de la autopista les llegó el gemido de las sirenas de la policía.

-¿Qué te parece? -dijo Buck-. Cuánto alboroto. Cariño, será mejor que nos demos ya el revolcón, antes de que nos interrumpan.

-Te lo advierto, es el revolver de Sadie...

-No me harías daño -murmuró Buck-. Conozco a las mujeres. Decís una cosa cuando en realidad queréis decir todo la contrario.

Buck avanzó hacia ella riéndose.

-No te acerques -le advirtió Virginia.

Avanzó otro paso y Virginia apretó el gatillo. En el instante anterior a que oyera el disparo y sintiera saltar en sus manos el revolver, vio a John aparecer en el umbral. ¿Había estado allí todo el tiempo, o se resguardaría de la lluvia, después de orar, para entrar en la habitación a leer el Apocalipsis a su descarriada esposa? Virginia nunca lo sabría. La bala atravesó a Buck, dividiendo el cuerpo humeante a su paso, y siguio su recorrido con perfecta puntería hacia el evangelista. Éste la vio venir. Lo alcanzó en el cuello y la sangre brotó con rapidez, manchándole la camisa. La silueta de Buck se disolvió como el polvo, y desapareció. De repente, en la habitación número siete no había nadie más que Virginia, su esposo moribundo y el sonido de la lluvia.

John Gyer miró a Virginia con el ceño fruncido, luego tendió la mano hacia el marco de la puerta para aguantar su corpulencia. No logró aferrarse; cayó de espaldas hacia afuera como una estatua derribada, y la lluvia le lavo la cara. Pero la sangre no paró de manar. Salía a borbotones jubilosos, y continuaba manando cuando Alvin Baker y su ayudante se plantaron ante la puerta de la habitación con los revólveres dispuestos.

Virginia pensó que su marido no se enteraría jamás, ésa era la pena. Ya no podría obligarla a que reconociera su estupidez, a que se retractara de su arrogancia. Al menos no en el mundo de los vivos. El muy maldito estaba a salvo, y ella se había quedado allí con el revólver humeante en la mano, y sólo Dios sabía qué condena le esperaba.

-¡Baje el revólver y salga de ahí!

La voz que provenía del aparcamiento sonaba áspera e intransigente.

Virginia no contestó.

-¿Me oye? Soy el *sheriff* Baker. Tengo el edificio rodeado. Salga o morirá.

Virginia se sentó en la cama y sopesó las alternativas. No la ejecutarían por lo que había hecho, igual que a Sadie. Pero pasaría mucho tiempo en prisión, y estaba harta de regímenes. Si aún no había enloquecido, el encierro la empujaría hasta el límite y más allá. Pensó que lo mejor era acabar con todo allí mismo. Se puso el 38, todavía tibio, en el mentón, ladeándolo un poco para asegurarse de que el disparo le volara la tapa de los sesos.

-¿Te parece sensato? -inquirió Sadie, justo cuando Virginia preparaba el dedo para disparar.

-Me encerrarán -repuso Virginia-; no lo soportaré.

-Es cierto. Te pondrán entre rejas durante un tiempo. Pera no durará mucho.

-Estás bromeando. Acabo de matar a mi marido a sangre fría.

-No era ésa tu intención -replicó Sadie, animada-, le apuntabas a Buck.

-¿De veras? Me pregunto si fue así.

-Puedes alegar demencia; es lo que yo tendría que haber hecho. Invéntate la historia más disparatada que se te ocurra y repítela una y otra vez.

Virginia negó con la cabeza; las mentiras nunca se le habían dado bien.

-Y cuando te suelten -prosiguió Sadie-, serás famosa. Y eso es algo por lo que merece la pena vivir, ¿no?

Virginia no había pensado en eso. Una leve sonrisa le iluminó el rostro. Desde fuera, el *sheriff* Baker volvió a ordenarle que tirara el arma por la puerta y que saliera con las manos levantadas.

-Tiene diez segundos, señora, ni uno más.

-No puedo soportar la humillación -murmuró Virginia-. No puedo.

-Es una pena -dijo Sadie, encogiendose de hombros-. Ya ha dejado de llover, y ha salido la luna.

-¿La luna? ¿De veras?

Baker había empezado a contar.

-Tienes que decidirte -le dijo Sadie-. Te matarán si les das la más mínima oportunidad. Y lo harán con gusto.

Baker había contado hasta ocho. Virginia se puso de pie.

-¡Pare! -le gritó a través de la puerta.

Baker dejó de contar. Virginia arrojó el revólver por la puerta. Aterrizó en el lodazal.

-Bien -dijo Sadie-. Me alegro mucho.

-No puedo ir sola -le comentó Virginia.

-No hace falta que vayas sola.

En el aparcamiento había reunido un numeroso público: Earl y Laura May, Milton Cade, Dwayne y su chica, el *sheriff* Baker y su ayudante, una selección de huéspedes del motel. Sumidos en un respetuoso silencio, miraban a Virginia Gyer con expresiones en las que se mezclaban el azoramiento y el temor.

-Levante las manos donde yo las vea -le ordenó Baker.

Virginia obedeció.

-Mira -le dijo Sadie señalando.

La luna había salido. Era enorme y blanca.

-¿Por qué lo ha matado? -preguntó la chica de Dwayne.

-El diablo me ha obligado a hacerlo -repuso Virginia, mirando la luna con la mejor sonrisa de loca que logro simular.

Librodot

¡ABAJO, SATÁN!

Las circunstancias habían hecho a Gregorius un hombre incalculablemente rico. Poseía flotillas, palacios, sementales, ciudades. En realidad, eran tantas sus posesiones que a los encargados de enumerarlas -cuando los acontecimientos de esta historia llegaron a su monstruosa conclusión- les parecía a veces más rápido hacer una lista de las cosas que Gregorius no poseía.

Era rico, pero distaba mucho de ser feliz. Lo habían criado en la religión católica, y en sus primeros años -antes de su vertiginoso ascenso a la fortuna- había encontrado solaz en la fe. Pero la habia abandonado luego, y a la edad de cincuenta y cinco años, con el mundo a sus pies, despertó una noche para descubrir que carecía de Dios.

Fue un amargo golpe, pero de inmediato tomó las medidas necesarias para subsanar la pérdida. Viajo a Roma, habló con el Sumo Pontífice, rezó día y noche; fundó seminarios y colonias de leprosos. Pero Dios se negaba a mostrarle siquiera la uña del dedo gordo del pie. Al parecer, Gregorius estaba dejado de la mano de Dios.

Desesperado, se le metió en la cabeza que la única manera de conseguir su propósito de volver a los brazos del Hacedor seria arriesgar el alma del modo más disparatado. La idea tenía sus meritos. «Supongamos que lograra concertar un encuentro con Satán, el enemigo mayor -penso Gregorius-; ¿acaso Dios, al verme *in extremis*, no se sentiría obligado a intervenir para hacerme volver al redil?»

Se trataba de un buen plan, pero ¿cómo llevarlo a cabo? El Diablo no acudía con una simple llamada, aunque proviniera de un magnate como Gregorius, y sus búsquedas no tardaron en demostrarle que los métodos tradicionales de invocar al Señor de las Tinieblas -mancillar el Sagrado Sacramento, el sacrificio de criaturas- no fueron más efectivos que las buenas obras para provocar a Jehová. Solo al cabo de un año de deliberaciones logró dar con un plan maestro. Mandaría construir un Infierno en la Tierra, un infierno moderno tan monstruoso que el Tentador se sentiría tentado e iría allí a establecer su reino como lo hace el cuco en los nidos robados.

Buscó por todo el mundo un arquitecto, y en las afueras de Florencia, languideciendo en un manicomio, encontró a un hombre llamado Leopardo, cuyos planos para los palacios de Mussolini poseían una grandeza demencial que se adaptaba perfectamente al proyecto de Gregorius. Leopardo fue sacado de su celda -era un hombre fétido, una piltrafa- y le devolvieron sus sueños. Su prodigioso genio no le había abandonado.

Para alimentar su inventiva, recorrieron las grandes bibliotecas del mundo en busca de las descripciones de los Infiernos, tanto seglares como metafísicas; las bóvedas de los museos fueron saqueadas en busca de las imágenes prohibidas del martirio. No se dejó piedra por levantar si se sospechaba que debajo se ocultaba algo perverso.

Los planos acabados debían algo a Sade y a Dante, y algo más a Freud y a Kraft-Ebbing, pero también contenían elementos que ninguna mente había concebido jamás, o al menos, nadie se había atrevido a consignarlos sobre el papel.

Se escogió un terreno en el norte de África y comenzó la construcción del Nuevo Infierno de Gregorius. Absolutamente todo lo relacionado con aquel proyecto batió los *records*. Sus cimientos eran mucho más vastos, sus paredes más gruesas, la fontanería más elaborada que la de ningún otro edificio construido hasta la fecha. Gregorius contemplaba su lenta evolución con un entusiasmo que no había saboreado desde sus primeros años de constructor de imperios. Resulta innecesario decir que en todas partes se lo tomó por loco. Los amigos que había tenido durante años se negaron a relacionarse con el; varias de sus empresas quebraron cuando los inversores se espantaron al leer los informes de su demencia. No le importó. Su plan no podía fallar. El Diablo tenía que acudir, aunque sólo fuera por la curiosidad de ver el Leviatan erigido en su nombre, y cuando apareciera, Gregorius lo estaría esperando.

Las obras tardaron cuatro años, y se llevaron la mejor parte de la fortuna de Gregorius. El edificio terminado tenía el tamaño de media docena de catedrales, y albergaba todas las

instalaciones que el Ángel de las Tinieblas pudiera desear. Tras sus muros había fuegos, de modo que desplazarse por sus muchos corredores constituía una agonía insoportable. Las habitaciones que daban a esos corredores contaban con todos los dispositivos imaginables de tortura -agujas, parrillas, cepos- que el genio de los torturadores de Satán hubiera utilizado. Había hornos grandes como para quemar familias enteras; piscinas hondas como para ahogar generaciones. El Nuevo Infierno era una atrocidad a la espera de suceder, una celebracion de la inhumanidad a la que sólo le faltaba su causa primera.

Los constructores se marcharon agradecidos. Entre ellos se rumoreaba que hacía tiempo que Satán vigilaba la construcción de su domo del placer. Algunos llegaron a sostener que lo habían visto en los niveles más profundos, donde el frío era tan intenso que helaba la orina en la vejiga. Existían pruebas que respaldaban esa creencia en las presencias sobrenaturales cernidas sobre el edificio a medida que éste alcanzaba su término. Un ejemplo era la cruel muerte de Leopardo; se había arrojado -o, como sostenían los supersticiosos, había sido lanzado- por la ventana del sexto piso del hotel donde se hospedaba. Fue sepultado con la debida extravagancia.

De modo que solo, en el Infierno, Gregorius se dedicó a esperar.

No tuvo que esperar mucho. No había pasado allí mas que un día, cuando oyó ruidos provenientes de las profundidades inferiores. Rebosante de expectación, fue en busca de su fuente, pero sólo se encontró con la turbulencia de los baños de excrementos y el rugido de los hornos. Regresó a sus aposentos del noveno nivel y esperó. Volvió a oír ruidos; volvió a ir en busca de su fuente, y nuevamente regresó desalentado.

Pero los disturbios no cesaron. En los días siguientes, apenas pasaban diez minutos sin que oyera algún ruido de invasión. El Príncipe de las Tinieblas estaba allí, a Gregorius no le cabía duda, pero se mantenía en las sombras. Gregorius se conformó con seguirle el juego. Al fin y al cabo, era la fiesta del Demonio. Y a él le tocaba participar en el juego que escogiese.

En los largos y a veces solitarios meses que siguieron, Gregorius se aburrió de jugar al escondite y comenzó a exigirle a Satán que se mostrara. El eco de su voz se perdía por los desiertos pasillos sin obtener respuesta, hasta que la garganta se le irritó de tanto gritar. A partir de entonces, continuó con su búsqueda en forma silenciosa, con la esperanza de sorprender a su inquilino. Pero el Ángel Apostata siempre huía antes de que Gregorius lograra acercarse lo bastante como para verle.

Jugarían un juego de desgaste, Satán y él, persiguiéndose a través de hielos, fuegos, hielos otra vez. Gregorius se decía que debía tener paciencia. El Diablo había acudido, ¿o no? ¿Acaso en el picaporte no había dejado la señal de su dedo? ¿Y sus excrementos en las escaleras? Tarde o temprano el Supremo Malvado revelaría su rostro y Gregorius le escupiría a la cara.

El mundo exterior prosiguió su camino, y Gregorius fue incluido en el mismo grupo que otros reclusos arruinados por las riquezas. Su Locura, término con el que se conocía su obra, no carecía del todo de visitantes. Algunos le habían amado demasiado como para olvidarlo -unos pocos, que habían sacado provecho de él, esperaban aprovecharse aun más de su locura-, y se atrevieron a trasponer la puerta del Nuevo Infierno. Estos visitantes realizaron el viaje sin anunciar sus intenciones, temerosos de encontrarse con la desaprobación de sus amigos. Las investigaciones para esclarecer su desaparición jamás lograron ir más allá de África del Norte.

Y en su Locura, Gregorius seguía persiguiendo a la Serpiente, y ésta lo eludía, no sin dejar más y más terribles señales de su presencia a medida que pasaban los meses.

Fue la esposa de uno de los visitantes desaparecidos quien finalmente descubrió la verdad, y advirtió a las autoridades. La Locura de Gregorius fue puesta bajo vigilancia, y finalmente -

unos tres años después de terminada-, un cuarteto de funcionarios tuvieron la bravura de trasponer la puerta.

Sin el debido mantenimiento, la Locura había comenzado a deteriorarse de mala manera. En muchos de los niveles fallaban las luces; las paredes se habían enfriado; sus pozos de alquitrán se habían solidificado. A medida que los funcionarios se internaron en sus bóvedas oscuras en busca de Gregorius, hallaron amplias evidencias de que, a pesar de su decrépita condición, el Nuevo Infierno continuaba en perfecto funcionamiento. En todos los hornos había cuerpos con caras enormes y negras; en muchos cuartos había restos humanos sentados y colgados, degollados, o descuartizados.

El terror de los funcionarios fue creciendo con cada puerta que abrían, con cada nueva abominación en la que posaban los febriles ojos.

Dos de los cuatro que traspusieron la puerta jamás llegaron a la cámara del centro. El terror pudo con ellos mucho antes, y huyeron para ser acechados en algún pasadizo sin salida y añadidos a los cientos que habían perecido en la Locura desde que Satán fijara allí su residencia.

De los dos que finalmente desenmascararon al culpable, sólo uno tuvo el coraje de contar lo que vio, aunque las escenas que presenció en el corazón de la Locura eran demasiado terribles para expresarlas en palabras.

No había señales de Satán, naturalmente. Allí sólo se encontraba Gregorius. El maestro constructor, al no hallar a nadie que habitara la casa que tantos sudores le costara, la había ocupado él mismo. Le acompañaban unos cuantos discípulos que había logrado reunir a lo largo de los años. Al igual que él, parecían criaturas corrientes. Pero en el edificio no había instrumento de tortura del que no hubieran hecho un uso prolijo y despiadado.

Gregorius no se resistió al arresto; en realidad, pareció satisfecho de contar con una plataforma desde la que vanagloriarse de sus carnicerías. Posteriormente, durante el juicio al que fue sometido, habló libremente de su ambición, de sus apetitos, de toda la sangre que seguiría derramando si lo dejaban en libertad. Juró que sería suficiente como para ahogar todas las creencias y sus ilusiones. Pero aquello le supo a poco. Porque Dios se pudría en el Paraíso y Satán en el Abismo, ¿y quién iba a detenerlo?

Durante el juicio fue muy vilipendiado, y posteriormente, en el manicomio, donde murió al cabo de dos meses escasos en circunstancias poco claras. El Vaticano destruyó todos los informes que sobre el guardaba en sus archivos; los seminarios fundados en su impío nombre fueron disueltos.

Pero incluso entre los cardenales, hubo quienes no lograron olvidar su impenitente maldad, y en privado, algunos se preguntaban si su estrategia no habría triunfado. Si al abandonar toda esperanza en los ángeles -caídos o no-, no se habría convertido él también en un ángel más.

O en todo lo que la Tierra podía soportar de semejantes fenómenos.

Librodot

LA ERA DEL DESEO

El hombre en llamas bajó precipitadamente la escalera de los Laboratorios Hume cuando el coche de la policía, que según él acudía atraído por la alarma que Welles o Dance habían hecho sonar en el piso de arriba, apareció en el portal y entró por el sendero. Mientras se alejaba a la carrera de la puerta, el coche chirrió junto a la escalera y escupió su carga humana. Esperó en las sombras, exhausto y demasiado aterrado como para continuar corriendo, seguro de que lo verían. Pero los hombres desaparecieron por las puertas giratorias sin siquiera echar una mirada hacia su tormento. Se preguntó si en realidad se estaría quemando. Si aquel horripilante espectáculo -su carne bautizada por una llama nítida que ardía pero no lograba consumirse- no sería una mera alucinación exclusiva para sus ojos. Si era así, todo lo que le había pasado en el laboratorio también había sido un delirio. Tal vez no había cometido los crímenes de los que había huido, con el calor en la carne lamiéndole de tal forma que le provocaba el éxtasis.

Se miró el cuerpo. Donde había quedado expuesta,la piel estaba moteada de puntos lívidos de fuego, pero uno por uno se fueron borrando. Notó que se apagaba como una hoguera olvidada. Las sensaciones que habían afluido a su cuerpo tan intensas y exigentes que le causaban dolor y a la vez placer abandonaron finalmente sus terminaciones nerviosas, dejandole un entumecimiento por el que se sintió agradecido. Su cuerpo surgía ahora de debajo del velo de fuego; estaba en un estado lamentable. Tenía la piel como un mapa de rasguños, las ropas hechas jirones, las manos pegajosas de sangre coagulada, sangre que él sabía que no le pertenecía. No había modo de evitar la amarga verdad. Había hecho todo lo que se había imaginado. En ese mismo momento los funcionarios estarían mirando perplejos su atroz obra.

Salió de su escondite, junto a la puerta, y bajó por el sendero, manteniéndose alerta por si regresaban los dos policías; pero no volvió a verlos. Detras del portal, la calle estaba desierta. Echó a correr. Había dado unas cuantas zancadas cuando repentinamente la alarma del ediflcio dejó de sonar. Durante unos segundos, los oídos le sonaron en simpatía con el timbre acallado. Luego, misteriosamente, empezo a oír el sonido del calor -el murmullo subrepticio de las ascuas-, lo bastante lejano como para no sentir miedo, aunque cercano como sus propios latidos.

Avanzó cojeando, para interponer entre él y sus crímenes una distancia adecuada, antes de que los descubrieran; pero aunque corriera de prisa, el calor lo acompañaba, resguardado en algún recoveco de sus entrañas, amenazando a cada paso desesperado con volver a quemarlo.

Cuando McBride desconectó la alarma, Dooley tardó varios segundos en identificar el alboroto proveniente del piso superior. Eran los chillidos agudos de los monos, y procedían de una de las muchas habitaciones que daban al corredor de su derecha.

-¡Virgil! -gritó por el hueco de la escalera-. Sube.

Sin esperar a que su compañero llegase, Dooley se dirigió hacia la fuente del ruido. En mitad del corredor, el olor de la alfombra nueva dio paso a una combinación más punzante: orina, desinfectante y frutas podridas. Dooley aminoró la marcha; no le gustaba el olor, ni la histeria que presentía en el griterío de los monos. McBride tardaba en acudir a su llamada, y tras dudar un momento, la curiosidad de Dooley pudo más que su inquietud. Con la mano en la porra, se acercó a la puerta abierta y entró. Su aparición desencadenó en los animales otra ola de frenesí. Una docena de aquellas bestias eran monos Rhesus. Se lanzaban contra los barrotes de las jaulas, saltaban y gritaban como posesos, sacudiendo la tela metálica. Su excitación era contagiosa. Dooley sintió que el sudor comenzaba a brotarle de los poros.

-¿Hay alguien aquí? -gritó.

La única respuesta provino de los prisioneros: más histeria, más sacudidas de las jaulas. Los miró desde la puerta. Ellos le devolvieron la mirada, mostrándole los dientes, y Dooley

no supo precisar si era en señal de bienvenida o como muestra de temor; pero no quiso poner a prueba sus intenciones. Se mantuvo bien alejado del banco en el que se encontraban alineadas las jaulas y comenzó un registro somero del laboratorio.

-Me gustaría saber que carajo es ese olor -comentó McBride al aparecer en la puerta.

-Procede de los animales -repuso Dooley.

-¿No se lavan nunca? Malditos asquerosos.

-¿Hay algo abajo?

-No -respondió Meflride, acercándose a las jaulas. Los simios reaccionaron al avance con más acrobacias-. Sólo la alarma.

-Aquí arriba tampoco hay nada -dijo Dooley.

E iba a agregar: «No hagas eso», para evitar que su compañero pusiera el dedo en la tela metálica, pero antes de que pudiera hacerlo, uno de los animales le aferró el dedo y lo mordió. McBride luchó con el simio para recuperar el dedo y, como venganza, golpeó la tela metálica. Chillando su ira, el ocupante danzó con su menudo cuerpecito un lunático fandango que amenazó con lanzar al suelo al simio y su jaula.

-Tendrás que ponerte la antitetánica -le advirtió Dooley.

-¡Joder! -exclamó McBride-, ¿qué carajo le pasa al muy cabrón?

-A lo mejor no le gustan los extraños.

-Están completamente chalados -dijo McBride, meditabundo; se chupó el dedo y luego escupió-. Míralos.

Dooley no dijo nada.

-Te he dicho que los mires... -repitio McBride.

-Ven aquí -dijo Dooley en voz muy baja.

-¿Qué pasa?

-Ven aquí.

McBride apartó la vista de la fila de jaulas y miró hacia las mesas de trabajo, donde Dooley observaba el suelo con una expresion de fascinado asco. McBride dejó de chuparse el dedo y avanzó por entre los bancos y taburetes hasta donde se encontraba su cómpañero.

-Ahí abajo -murmuró Dooley.

En el suelo, a los pies de Dooley, había un zapato beige de mujer; debajo del banco estaba la dueña del zapato. A juzgar por su postura trabada, había sido escondida allí por su asesino o se había arrastrado para morir en su escondite.

-¿Está muerta? -preguntó McBride.

-Mírala, por el amor de Dios -repuso Dooley-; la han abierto por el medio.

-Tenemos que comprobar los signos vitales -le recordó McBride.

Dooley no se movió para hacerlo, de modo que McBride se agachó frente a la víctima y le tomo el pulso a nivel del cuello destrozado. No latía. Sin embargo, su piel seguía caliente. Los restos de saliva que le cubrían la mejilla no se habían secado aún.

Dooley paso el parte mientras miraba a la víctima. Las heridas más graves ocupaban la parte superior del torso, y quedaban ocultas a la vista por el cuerpo de McBride. Lo único que llegaba a ver era una masa de cabello castañorrojizo y las piernas, con un pie descalzo asomando por el escondite. Pensó que eran unas piernas hermosas y que en otros tiempos hasta podría haberle silbado a su dueña.

-Es una doctora o una técnica -dijo MeBride-; lleva una bata de laboratorio.

Lo había sido. Le habían abierto la bata de un tirón, igual que las ropas que llevaba debajo, y luego, como para completar la exhibición, le habían hecho lo mismo a la piel y la carne de debajo. McBride le echó un vistazo al pecho; tenía el esternón partido y el corazón fuera de sitio, como si el asesino hubiera querido llevárselo de recuerdo y lo hubieran sorprendido en plena faena. La estudió sin remilgos; siempre se había enorgullecido de tener un estómago a prueba de balas.

-¿Has comprobado ya que está muerta?

-Nunca he visto a nadie tan muerto.

-Carnegie está en camino -dijo Dooley, dirigiéndose a uno de los fregaderos.

Sin importarle las huellas digitales, abrió el grifo y se remojó la cara con agua fría. Cuando levantó la vista de sus abluciones, McBride había concluido su *tête-â-tête* con el cadáver y se dirigía hacia un banco de maquinaria.

-Por el amor de Dios, ¿qué rayos hacen aquí? -inquirió-. Fíjate en todos estos trastos.

-Parece un centro de investigacion -repuso Dooley.

-¿Y qué es lo que investigan?

-¿Cómo carajo voy a saberlo? -le espetó Dooley. La incesante cháchara de los monos y la proximidad de la mujer muerta le daban ganas de huir de allí-. Dejémoslo correr, ¿quieres?

McBride pasó por alto la petición de Dooley; la maquinaria le fascinaba. Embelesado, observó el encefalógrafo y el electrocardiografo, las unidades impresoras, de las que aún salían metros de papel en blanco que arrastraban por el suelo, la pantalla de vídeo y las consolas. La escena le recordó a *Marie Celeste*. Aquella nave abandonada por la ciencia que seguía canturreando para sí una canción desafinada, mientras navegaba sin capitán ni tripulación que la atendiera.

Tras el muro de equipos había una ventana que no tendría más de un metro cuadrado. McBride supuso que daría al exterior del edificio, pero al observar con mayor detenimiento notó que no era así. Detrás de la maquinaria y de la ventana había una sala de pruebas.

-¿Dooley...? -dijo, echando un vistazo a su alrededor.

Se había marchado; seguramente a recibir a Carnegie. Feliz de que lo hubiesen dejado solo para explorar, McBride centró su atencion en la ventana. En el interior no había luz. Lleno de curiosidad, rodeó el equipo acumulado hasta que encontro la puerta de la cámara. Estaba entreabierta. Entró sin titubear.

Gran parte de la luz que se filtraba por la ventana quedaba oculta por los instrumentos que había al otro lado: el interior estaba a oscuras. Pasaron unos segundos antes de que sus ojos captaran una verdadera imagen del caos reinante en la sala: la mesa vuelta patas arriba; la silla reducida a astillas; la maraña de cables y de equipo destrozado -¿serían cámaras utilizadas para filmar los procedimientos realizados allí?-, racimos de luces igualmente destrozadas. Ni siquiera un vándalo profesional habría sido capaz de un destrozo tan perfecto.

En el aire había un olor que McBride reconoció pero que no logró determinar. Se quedó quieto, exasperado por el aroma. Del corredor externo le llegó el sonido de las sirenas; Carnegie no tardaría en llegar. De repente, el aroma le sugirió una serie de asociaciones. Era el mismo olor que le punzaba la nariz cuando, después de hacerle el amor a Jessica y, como era su costumbre, después de lavarse, volvía del lavabo al dormitono. Era el olor del sexo. Sonrió.

Su cara continuaba reflejando placer, cuando un objeto pesado hendió el aire y fue a golpearle la nariz. Sintió ceder el cartílago y manar la sangre. Medio mareado, retrocedió dos o tres pasos para evitar el segundo golpe, pero con las prisas perdió el equilibrio. Cayó pesadamente sobre un montón de vidrios; levantó la vista para ver a su atacante, que blandía una barra metálica y avanzaba hacia él. La cara de aquel hombre se parecía a la de los monos: los mismos dientes amarillos, los mismos ojos rabiosos.

-¡No! -gritó el hombre, al tiempo que dejaba caer el improvisado garrote sobre McBride, quien logró aguantar el golpe con el brazo y arrebatarle el arma.

El ataque lo habla cogido desprevenido, pero el dolor de la nariz rota le provocó una furia que redobló su respuesta, y fue mucho más agresivo que su atacante. Le arrancó el garrote como quien quita un dulce a un niño y, rugiendo, se incorporó. Olvidó instantáneamente los preceptos que alguna vez le enseñaran sobre las técnicas de arresto. Dejó caer una lluvia de golpes sobre la cabeza y los hombros del atacante, obligándole a refugiarse en el interior de la sala. El hombre se acobardó ante el asalto y al cabo de unos minutos se acurrucó sollozando contra la pared. Cuando su antagonista se encontraba ya al borde de la inconsciencia, el furor de McBride se apaciguó. Permaneció de pie en el centro de la sala, respirando entrecortadamente, y observó al hombre apaleado deslizarse por la pared y caer al suelo.

Había cometido un craso error. Se dio cuenta de que su atacante vestía una bata blanca y, como le gustaba decir a Dooley, estaba del lado de los ángeles.

-Mierda -dijo McBride-, mierda, mierda y mierda.

El hombre abrió los ojos y miró a McBride. Apenas le quedaba conciencia, pero una mirada de reconocimiento le cruzó la cara sombría y morena. O más bien de falta de reconocimiento.

-No es él -murmuró.

-¿Quién? -preguntó McBride, al notar que quizá estaba a tiempo de salvar su reputación de aquel fallo si lograba sacarle alguna información al testigo-. ¿Quién creyó que era?

El hombre abrió la boca, pero no dijo nada. Ansioso por oír su testimonio, McBride se agachó a su lado y le preguntó:

-¿A quién creyó que atacaba?

La boca volvio a abrirse, pero de ella no salió ningún sonido audible. McBride insistió:

-Es importante, dígame quién era.

El hombre se esforzo por responder. McBride acerco el oído a la boca temblorosa.

-Nunca -repuso el hombre. y se desmayó.

McBride se quedó allí maldiciendo a su padre, que le había legado un temperamento que probablemente viviría para lamentar. Pero al fin y al cabo, ¿para qué se vivía?

El inspector Carnegie estaba acostumbrado a aburrirse. Por cada momento de genuino descubrimiento que le había proporcionado su vida profesional, había tenido que soportar hora tras hora de espera. Esperar a que fotografiaran y examinaran los cadáveres, esperar hasta concluir un trato con los abogados e intimidar a los sospechosos. Hacía tiempo que había abandonado la lucha contra esa marea de tedio, y a su manera, había aprendido el arte de nadar con la corriente. No se podía acelerar los procesos de la investigación; había llegado a comprender que un hombre sensato dejaba que los patólogos, los abogados y todas sus tribus concluyeran sus lentos procedimientos. En la plenitud del tiempo, lo que importaba era que al scñalar con el dedo al culpable, éste se echara a temblar.

El reloj del laboratorio marcaba las doce cincuenta y tres de la noche; los simios ya se habían tranquilizado en sus jaulas, y Carnegie se sentó en uno de los bancos y esperó a que Hendrix acabara de hacer sus cálculos. El médico leyó el termómetro, luego se quitó los guantes como si fueran una segunda piel y los tiró sobre la sábana én la que yacía el cadáver.

-Siempre resulta difícil establecer la hora del fallecimiento -dijo-. Ha perdido menos de tres grados. Yo diría que lleva muerta menos de dos horas.

-Los funcionarios llegaron a las doce y cuarto -le informó Carnegie-, de modo que tal vez murió media hora antes.

-Más o menos.

-¿La pusieron allí? -preguntó, indicando el sitio debajo del banco.

-Claro. No había forma de que se ocultara ella misma, y menos con esas heridas. Son imponentes, ¿verdad?

Carnegie se quedó mirando fijamente a Hendrix. Probablemente habría visto cientos de cadáveres en todo tipo de estados. pero el entusiasmo reflejado en sus facciones crispadas era incalificable. Para Carnegie era un misterio más fascinante que el de la mujer muerta y su asesino. ¿Como era posible que alguien disfrutara tomándole la temperatura rectal a un cadáver? Era algo que lo dejaba perplejo. Pero el placer estaba allí, brillando en los ojos de aquel hombre.

-¿Y el móvil? -preguntó Carnegie.

-Es bastante explícito, ¿no le parece? Violación. Ha habido claros vejámenes, contusiones alrededor de la vagina y abundantes depositos de semen. Son muchos elementos con los que trabajar.

-¿Y las heridas del torso?

-Son irregulares, más que cortes parecen zarpazos.

-¿Y el arma?

-No lo sé. -Hendrix hizo una U invertida con la boca-. Han lacerado la carne. Si no fuera por la evidencia de violación, me inclinaría a sugerir que fue un animal.

-¿Quiere decir un perro?

-Pensaba más bien en un tigre.

-¿Un tigre? -repitió Carnegie, frunciendo el ceño.

-Era una broma -acotó Hendrix-. Vamos, Carnegie, ¿es que no tiene usted sentido de la ironía?

-No tiene nada de gracioso.

-Yo no me estoy riendo -repuso Hendrix con mirada agria.

-¿Y el hombre que encontró McBride en la cámara de pruebas?

-¿Qué pasa con él?

-¿Podría ser un sospechoso?

-Ni aunque pasaran mil años. Buscamos a un maniaco, Carnegie. Un tipo grande, fuerte, enloquecido.

-¿Las heridas fueron hechas antes o después?

-Yo qué sé -repuso Hendrix, ceñudo-. El análisis postmortem nos dará más detalles. De momento puedo decir que nuestro asesino tuvo un ataque de locura. Diría que las heridas y la violación fueron probablemente simultáneas.

Los rasgos normalmente flemáticos de Carnegie registraron algo cercano a la sorpresa.

-¿Simultáneas?

-La lujuria es algo cómico -repuso Hendrix, encogiéndose de hombros.

-Hilarante -fue la asombrada respuesta de Carnegie.

Como tenía por costumbre, Carnegie hizo que su chófer lo dejase a medio kilómetro de su casa para poder caminar y aclararse las ideas antes de llegar, tomarse el chocolate caliente y dormir. Observaba este ritual religiosamente, incluso cuando estaba molido. Se daba un paseo para desacelerarse antes de trasponer el umbral de su casa; una larga experiencia le había enseñado que llevar las preocupaciones profesionales a casa no ayudaba ni a la investigación ni a su vida doméstica. Había aprendido la lección demasiado tarde como para impedir que su mujer lo abandonara y sus hijos se alejaran de él, pero continuaba aplicando aquel principio.

Esa noche caminó lentamente, para permitir que las perturbadoras escenas de horas antes se difuminaran un poco. En su deambular, pasó delante de un pequeño cine que, segun había leído en la prensa local, iba a ser demolido. No le sorprendía. Aunque no era un cinéfilo, había podido notar que el programa que se ofrecía en aquella bolsa de pulgas había degenerado en los últimos años. El de esa semana era un claro ejemplo: dos películas de terror. Eran obras sucias, de poca calidad, a juzgar por los carteles de dibujos crudos y su desvergonzada hipérbole. *¡No podrá volver a dormir!*, decía una de las frases anzuelo; debajo de ella había una mujer -muy despierta- acurrucada a la sombra de un hombre de dos cabezas. Qué imágenes tan triviales conjuraban los populistas para asustar un poco a sus audiencias. Los muertos en vida, la naturaleza desbordada y enloquecida en un mundo de miniaturas; chupadores de sangre, presagios, seres que caminaban por el fuego, tormentas, y todas las tonterías ante las que el respetable se asustaba. Todo era tan risueñamente trillado... Entre aquel catálogo de horrores baratos no había siquiera uno que igualara la banalidad del apetito humano, horror que, junto con sus consecuencias, veía cada semana de su vida laboral. Al pensar en ello, por su imaginación fueron pasando decenas de fotos: los muertos vistos a la luz de una linterna, boca abajo y relegados al olvido; y los vivos también, que en su imaginación aparecían con hambre en los ojos, hambre de sexo, de narcóticos, de dolor ajeno. ¿Por qué no ponían eso en los carteles?

Cuando se acercaba a su casa, un niño gritó en las sombras, junto al garaje; el grito lo detuvo en seco. Se repitió, pero esta vez lo reconoció. No era un niño, sino un gato, o varios gatos, que intercambiaban sus llamadas amorosas en el callejón oscuro. Se acercó y los ahuyentó. Sus secreciones venéreas dejaron un mal olor en el callejón. No tuvo necesidad de gritar: golpeó el suelo con el pie, y eso bastó para asustarlos. Se lanzaron en todas direcciones. No eran sólo dos, sino media docena; al parecer, se trataba de una orgía con todas las de la ley. Sin embargo, había llegado demasiado tarde; el hedor de sus seducciones era arrebatador.

Carnegie observó con la mirada en blanco el complicado despliegue de monitores y grabadores de vídeo que dominaba su despacho.

-¿Qué diablos es todo esto? -preguntó.

-Las cintas de vídeo -repuso Boyle, el número dos-. Son del laboratorio. Creo que debería echarles un vistazo.

Aunque hacía siete meses que trabajaban en equipo, Boyle no era uno de los funcionarios favoritos de Carnegie; se le olía la ambición en la piel tersa. En una persona que tuviera la mitad de sus años, semejante codicia habría sido reprochable, pero en un hombre de treinta, rayaba en lo obsceno. Esa exhibición -el equipo listo para recibir a Carnegie cuando llegara a las ocho de la mañana- era justo el estilo de Boyle: redundante y ostentoso.

-¿A qué viene tanta pantalla? -inquirió Carnegie en tono acre-. ¿También voy a oírlo en estéreo?

-Es que había tres cámaras filmando al mismo tiempo. Cubrían el experimento desde varios ángulos.

-¿Qué experimento?

Boyle hizo un ademán para indicarle a su superior que tomara asiento. «Obsequioso hasta el final -pensó Carnegie-. Para lo que te va a servir...»

-Adelante -le dijo Boyle al técnico que manejaba los grabadores-. Páselo.

Carnegie bebió a pequeños sorbos el chocolate caliente que había traído consigo. Era una debilidad rayana en la adicción. Cuando la máquina que lo suministraba se averió, llegó a ser un hombre muy, pero muy infeliz. Miró las tres pantallas. De repente, aparcció un título. *Proyecto Niño Ciego*, decía. *Confidencial.*

-¿Niño Ciego? repitió Carnegie-. ¿Qué o quién es?

-Está claro que se trata de algún código -repuso Boyle.

-Niño Ciego. Niño Ciego -repitió Carnegie como para dominarlo.

Pero antes de que lograse resolver el problema, en las tres pantallas surgieron las imágenes. Presentaban al mismo sujeto -un hombre de gafas, de menos de treinta años, sentado en una silla-, pero cada una lo mostraba desde un ángulo diferente. En una aparecía el sujeto de cuerpo entero y de perfil; en la segunda, la imagen mostraba tres cuartos del cuerpo, y estaba tomada desde un angulo superior. y la tercera. un primer plano de la cabeza y los hombros del sujeto, tomado a traves del cristal de la cámara de pruebas y de frente. Las tres imágenes eran en blanco y negro, y ninguna estaba centrada ni enfocada del todo. Mientras las cintas comenzaban a pasar, alguien siguió ajustando esos detalles técnicos. Se oyó un fondo de conversacion informal entre el sujeto y la mujer –a pesar de sus breves apariciones, se veía que era la víctima-, mientras ésta le aplicaba unos electrodos en la frente. Resultaba difícil entender lo que hablaban; la acústica de la cámara dejó con las ganas al micrófono y al espectador.

-La mujer es la doctora Dance -indicó Boyle-. La víctima.

-Ya -dijo Carnegie, observando atentamente las pantallas-. La he reconocido. ¿Cuánto dura esta preparación?

-Bastante, y en su mayor parte es poco constructiva.

-Pasemos a la parte constructiva, pues.

Librodot

-Avance -dijo Boyle. El técnico obedeció, y los actores de las tres pantallas se convirtieron en comediantes gritones-. ¡Pare! -Ordenó Boyle-. Retroceda un poco. -El técnico hizo lo que le mandaban-. ¡Ahí! -ordenó Boyle-, pare ahí. Y ahora póngalo a velocidad normal. -La acción volvió a su ritmo natural-. Aquí es donde comienza todo.

Carnegie se había terminado el chocolate caliente; con el dedo, recogió la película suave depositada en el fondo de la taza y se lo lamió. En las pantallas, la doctora Dance se había acercado al sujeto con una jeringa en la mano; le pasó un algodón por el antebrazo y le inyectó. No era la primera vez desde que visitara los Laboratorios Hume que Carnegie se preguntaba qué hacían exactamente en ese establecimiento. ¿Era ese tipo de procedimiento de rigor en la investigación farmacéutica? El secreto del experimento -a altas horas de la noche en un edificio desierto- sugería que no. Estaba además el imperativo del tílulo: *Confidencial*. Lo que veían en aquel momento no había sido concebido para ser proyectado en público.

-¿Se encuentra cómodo? -preguntó un hombre que no aparecía en pantalla.

El sujeto asintió. Le habían quitado las gafas, y sin ellas parecía un tanto absorto. Una cara corriente, penso Carnegie; el sujeto -aún no nombrado- no era ni un Adonis ni un Quasimodo. Se contrajo ligeramente y el sucio cabello rubio le tocó los hombros.

-Me encuentro bien, doctor Welles -repuso al interrogador que no aparecía en pantalla.

-¿No siente calor? ¿No suda?

-No -repuso el conejillo de Indias, como disculpándose-. Siento lo corriente.

«Justo lo que tú eres». pensó Carnegie. Dirigiéndose a Boyle, preguntó:

-¿Ha visto las grabaciones hasta el final?

-No, no las he visto. Creí que querría verlas usted primero. Solo las pasé hasta la inyección.

-¿Hay novedades del hospital sobre el doctor Welles?

-En el último parte decían que continuaba en coma.

Carnegie gruñó y volvió a concentrarse en las pantallas. Después de la actividad provocada por la inyección, la película volvía ahora a carecer de acción: las tres cámaras estaban fijas en el sujeto miope, con sus ojos como abalorios: ocasionalmente, el tedio se veía interrumpido por el doctor Welles, que preguntaba al sujeto como se sentía. La respuesta era la misma. Al cabo de tres o cuatro minutos de inacción, hasta el mas mínimo parpadeo del sujeto comenzó a adquirir un significado dramático.

-El argumento no es muy bueno -comentó el técnico.

Carnegie se echo a reír; Boyle se mostró incómodo. Pasaron dos o tres minutos más sin cambios.

-No parece muy esperanzador -dijo Carnegie-. ¿Quiere pasarla a más velocidad?

El técnico se disponía a obedecer, cuando Boyle dijo:

-¡Espere!

Carnegie miró en su dirección, irritado por su intervención. y luego volvió a concentrarse en las pantallas. Algo ocurría: una sutil transformación se había iniciado en las insípidas facciones del sujeto. Había empezado a sonreír tontamente, y se hundía en la silla como si sumergiera el cuerpo delgado en un baño caliente. Sus ojos, que hasta ese momento habían expresado poco más que una indiferencia afable, comenzaron a cerrarse, y una vez cerrados, a abrirse de nuevo. Al hacerlo, se reflejaba en ellos una condición antes inexistente: un hambre que parecía salirse de la pantalla e inundar el despacho del inspector.

Carnegie dejó la taza de chocolate y se acercó a las pantallas. Al hacerlo el sujeto también se levantó de la silla y caminó hasta el cristal de la sala, con lo que dos de las camaras dejaron de filmarlo. La tercera, sin embargo, continuó captando su imagen cuando apretó la cara contra la ventana, y por un momento, los dos hombres se enfrentaron a través de las capas de cristal y tiempo, como si sus miradas se encontraran.

La mirada reflejada en aquella cara era crítica: el hambre superaba rápidamente el control de la cordura. Con los ojos ardientes, apoyó los labios contra la ventana de la sala y la besó con la lengua.

-¿Qué diablos está pasando? -preguntó Carnegie.

En la banda de sonido comenzaron a aparecer diversas voces: el doctor Welles le pedía en vano al sujeto que expresara sus sensaciones, mientras Dance iba recitando en voz alta las cifras de los diversos instrumentos de control. Resultaba difícil oír con claridad -el alboroto se vio aumentado por una erupción de chácharas de los simios enjaulados-, pero era evidente por la lectura que los valores procedentes del cuerpo del hombre subían. Tenía la cara enrojecida; la piel le brilló con un repentino sudor. Parecía un mártir a cuyos pies acabaran de encender la hoguera, enloquecido por un éxtasis fatal. Dejó de besar la ventana con la lengua y se arrancó los electrodos de las sienes y los sensores de los brazos y el pecho. Con voz alarmada, Dance le ordenó que se detuviera. Luego salió del campo de enfoque de la cámara y, según supuso Carnegie, entró en la sala de pruebas.

-Será mejor que no lo haga -dijo el policía, como si aquel drama siguiera sus órdenes y, al menor deseo, pudiera evitar la tragedia.

Obviamente, la mujer no hizo caso. Poco después aparecía de cuerpo entero, cuando entraba en la cámara. El hombre se adelantó para recibirla, derribando el equipo mientras lo hacía. La mujer gritó, tal vez su nombre. Si fue así, resultó inaudible, tal era el alboroto que montaron los monos.

-Mierda -dijo Carnegie, al tiempo que el sujeto agitaba los brazos ante la cámara que captaba el perfil y luego ante la otra que captaba tres cuartos del cuerpo.

Dos de los tres monitores quedaron sin imagen. Sólo siguió funcionando la cámara que estaba segura en el exterior de la sala, pero como filmaba muy de cerca sólo permitía ver ocasionalmente algún que otro movimiento de los cuerpos. El sobrio ojo de la cámara continuó mirando irónicamente la saliva embadurnada en el cristal de la ventana de la sala, ciega a las atrocidades que se cometían a escasos metros de su objetivo.

-¿Qué cuernos le dieron? -preguntó Carnegie cuando, fuera de cámara, los gritos de la mujer lograron superar los chillidos de los monos.

Jerome se despertó a primeras horas de la tarde; se sentía magullado y tenía hambre. Cuando apartó la sábana de su cuerpo se asombró al comprobar su estado: tenía el torso cubierto de arañazos y la zona de las ingles en carne viva. Dando un respingo, se acerco al borde de la cama y permaneció un rato sentado, intentando recomponer los acontecimientos de la noche anterior. Recordaba haber ido a los Laboratorios Hume, pero después de eso, muy poco más. Hacía meses que trabajaba como conejillo de Indias, vendiendo su sangre, su comodidad y su paciencia para complementar sus escasos ingresos como traductor. Aquel arreglo había comenzado gracias a un amigo que realizaba un trabajo similar, pero mientras Figley formaba parte del programa principal de los Laboratorios, al cabo de una semana los doctores Welles y Dance le habían propuesto a Jerome que trabajara exclusivamente para ellos, previa realización de una batería de pruebas psicológicas. Desde el comienzo había quedado claro que su proyecto (jamas le habían dicho la finalidad del mismo) era secreto, y que le exigían total dedicacion y discrecion. Le hacía falta el dinero, y la recompensa ofrecida era ligeramente mejor de lo que pagaban los Laboratorios, de modo que había aceptado, a pesar de que lo obligasen a trabajar durante horas solitarias. Hacía varias semanas que le habían pedido que acudiera al centro de investigación por las noches, y trabajaba hasta altas horas de la madrugada, soportando las interminables preguntas de Welles acerca de su vida privada, y la mirada helada de Dance.

Al pensar en aquella mirada helada, sintió un temblor. ¿Sería porque en cierta ocasión había abrigado la tonta idea de que lo contemplaba con más cariño del debido en una doctora? Aquel engaño era lamentable, se dijo en tono burlón. No era de los que hacían soñar a las mujeres, y cada día que salía a la calle se afirmaba más esta convicción. En su vida adulta no recordaba una sola ocasión en que una mujer se hubiera fijado en él sin apartar la vista, ni una sola vez en que le devolvieran una de sus miradas apreciativas. No estaba seguro de por qué

Librodot

se preocupaba por eso ahora; su vida sin amor era ya un tópico, y lo sabía. Por otra parte, la naturaleza había sido amable; sabedora de que le había sido negado el don de la atracción, había considerado oportuno disminuirle la libido. Pasaban semanas sin que sus pensamientos conscientes se vistieran de luto por la forzada castidad.

De vez en cuando, cuando oía rugir las tuberías, se preguntaba qué aspecto tendría la señora Morrisey, la casera, cuando se bañaba; incluso imaginaba la firmeza de sus pechos enjabonados, o la oscura raja de su trasero cuando se agachaba para ponerse talco entre los dedos de los pies. Pero, dichosamente, esos tormentos eran infrecuentes. Y cuando la copa estaba a punto de rebosar, se metía en el bolsillo el dinero ahorrado con las sesiones de los Laboratorios y pagaba una hora de compañía a una mujer llamada Angela (nunca había sabido su apellido), que vivía en la calle Greek.

Pensó que pasarían varias semanas antes de que volviera a hacerlo; fuera lo que fuese lo que se había hecho la noche anterior, o mejor dicho, lo que le habían hecho, las magulladuras, por sí solas, habían estado a punto de dejarlo baldado. La única explicación creíble -aunque no recordaba ningún detalle- era que le habían dado una paliza al regresar de los Laboratorios; eso o que se había metido en un bar y alguien le había provocado. Ya le había sucedido alguna que otra vez. Tenía una cara que despertaba al provocador que los borrachos llevaban dentro.

Se puso de pie y, tambaleante, se dirigió al pequeño cuarto de baño, ubicado junto a su habitación. Las gafas no estaban en el sitio acostumbrado, junto al espejo, y su reflejo apareció lamentablemente borroso; sin embargo, resultó claro que tenía la cara tan arañada como el resto de su anatomía. Y algo más: por encima de la oreja izquierda le habían arrancado un mechón de pelo, y por el cuello le bajaba un hilo de sangre coagulada. Con mucho dolor, se dedicó a limpiarse las heridas y a bañarlas con una punzante solución antiséptica. Concluida la tarea, regresó a la sala dormitorio a buscar las gafas. Por más que buscó y buscó, no logró encontrarlas. Maldiciendo su idiotez, rastreó entre sus pertenencias y desenterró las gafas viejas. La graduación ya no le iba bien porque su vista había empeorado mucho desde que las llevara por última vez, pero al menos logró que todo lo que le rodeaba estuviera más enfocado.

Le había asaltado una indudable melancolía, mezcla del dolor y de los indeseados pensamientos sobre la señora Morrisey. Para mantener a raya sus sentimientos íntimos, puso la radio. Surgio una voz suave cargada de los paliativos de costumbre. Jerome siempre había despreciado la música popular y a sus apólogos, pero en ese momento, mientras vagaba por su habitación, desnudo porque no quería ponerse la ropa para que no le provocara más dolores, las canciones comenzaron a inspirarle algo muy distinto de la sorna. Era como si oyera la letra y la música por primera vez, como si toda su vida hubiera sido sordo a esos sentimientos. Embelesado, se olvidó de su dolor y se puso a escuchar. Las canciones hablaban de la misma y obsesiva historia: del amor perdido y encontrado, para volver a perderlo otra vez. Las letras llenaron las ondas de metáforas, en su mayoría ridículas, pero no por ello menos potentes. Hablaban de paraísos, de corazones ardientes, de pájaros, de campañas, de viajes, de puestas de sol, de la pasión como locura, como vuelo, como tesoro inimaginado. Las canciones y sus fatuos sentimientos no lo calmaron; lo torturaron al evocar, a pesar de la débil rima y la melodía trillada, un mundo encantado por el deseo. Se puso a temblar. Sus ojos, fatigados (o al menos así reflexionó él) por las gafas viejas, comenzaron a engañarlo. Era como si viera rastros de luz en su piel: de la punta de los dedos le brotaban chispas.

Se miró las manos y los brazos; la ilusión, lejos de desaparecer bajo aquel escrutinio, no hizo más que aumentar. Unos puntos luminosos, como las llamas de fuego en las cenizas, comenzaron a subirle por las venas, multiplicándose bajo su mirada. Por curioso que pareciera, no sentía ninguna molestia. Aquel fuego creciente no hacía sino reflejar la pasión de que le hablaban las canciones: el amor, decían, estaba en el aire, a la vuelta de cada esquina, esperando. Volvió a pensar en la viuda Morrisey del apartamento de abajo, dedicada a sus tareas, suspirando, sin duda, igual que suspiraba él, esperando a su héroe. Cuanto más

pensaba en ella, más se inflamaban sus animos. No lo rechazaría, las canciones lo convencieron de ello; y si lo hacía, debería insistir hasta que se le rindiera (tal como volvían a prometer las canciones). De repente, al pensar en la rendición de la señora Morrisey, lo envolvió el fuego. Dejo la radio puesta y bajó la escalera riendo.

Habían tardado parte de la mañana en reunir una lista de las personas utilizadas por los Laboratorios en las pruebas. Carnegie notó la renuencia de la empresa a abrir sus archivos a la investigación, a pesar de los horrores perpetrados en su edificio. Finalmente, poco despues de mediodía, completaron rápidamente una lista con los nombres y las direcciones de los sujetos: cincuenta y cuatro en total. Ninguno de ellos, le informaron los empleados de la oficina, coincidía con la descripción del sujeto de Welles. Le explicaron que estaba claro que los doctores habían utilizado las instalaciones para trabajar en proyectos privados. Aunque la política de la empresa no estimulaba estas actitudes, ambos profesionales eran investigadores avezados y por eso les dejaban cierta libertad de acción. Por lo tanto, era probable que el hombre que Carnegie buscaba no hubiera figurado nunca en la nómina de los Laboratorios. Impertérrito, Carnegie ordenó que hicieran una serie de fotos a partir del vídeo y las hizo distribuir -con la lista de nombres y direcciones- entre sus oficiales. A partir de ese momento todo era cuestión de trabajo de a pie y paciencia.

Leo Boyle pasó el dedo por la lista de nombres que le habían dado.

-Catorce más -dijo. Su chófer gruñó y Boyle le echó un vistazo-. Tú eras compañero de McBride, ¿no es cierto?

-Así es -repuso Dooley-. Lo han suspendido.

-¿Por qué?

-Por falta de delicadeza -repuso Dooley, frunciendo el ceño-. Virgil no logra captar la técnica de arresto.

Dooley paró el coche.

-¿Es aquí? -preguntó Boyle.

-Dijiste número ochenta. Aquí es el ochenta. Míralo: ocho cero.

-Tengo ojos.

Boyle bajó del coche y subió por el sendero. La casa era espaciosa y había sido dividida en apartamentos; había varios timbres. Pulso el de J. Tredgold -el nombre que figuraba en la lista- y esperó. De las cinco casas que había visitado hasta ese momento, dos estaban ocupadas, y los residentes de las tres restantes no se parecían en nada al sospechoso.

Boyle esperó unos segundos en la entrada y luego volvió a llamar, esta vez con un timbrazo más prolongado.

-No hay nadie -le dijo Dooley desde la acera.

-Eso parece.

Al decir esto, Boyle vio por el rabillo del ojo una figura que cruzaba el vestíbulo; su silueta quedo distorsionada por el cristal translúcido de la puerta.

-Espera un momento -dijo.

-¿Qué ocurre?

-Hay alguien ahí dentro y no quiere contestar.

Volvió a pulsar el primer timbre y luego los restantes. Dooley se acercó, espantando una avispa demaiado afectuoa.

-¿Estás seguro? -preguntó.

-He visto a alguien ahí dentro.

-Llama a los otros timbres -sugirió Dooley.

-Ya lo he hecho. Ahí dentro hay alguien y no quiere abrir. –Golpeó en el cristal-. Abran, policía -anunció.

«Qué listo -pensó Dooley-; ¿por qué no grita más fuerte, así se enteran tambien en el paraíso?» Cuando la puerta, como era previsible, continuó cerrada, Boyle se volvió hacia Dooley y le preguntó:

-¿Hay algún portón lateral?

-Sí.

-Entonces entra por ahí. Date prisa, antes de que se escape.

-¿No deberíamos pedir...?

-¡Obedece! Me quedaré aquí vigilando. Si puedes entrar por detrás, ven a abrir la puerta.

Dooley se marchó y dejó a Boyle solo en la puerta principal. Volvió a dar una serie de timbrazos y haciéndose sombra con las manos en la frente, aplicó la cara al cristal. En el vestíbulo no había señales de movimiento. ¿Era posible que el pájaro hubiera volado? Retrocedió por el sendero y observó las ventanas: éstas le devolvieron una mirada vacía. Había pasado el tiempo suficiente como para que Dooley llegara a la parte trasera de la casa, pero todavía no había llamado ni había vuelto a aparecer. Inmovilizado donde estaba, y nervioso porque su táctica le hubiera hecho perder la presa, Boyle decidió dirigirse a la parte trasera de la casa.

Dooley había dejado abierto el portón lateral. Boyle avanzó por el corredor; miró a través de una ventana y vio una sala vacía antes de proseguir hacia la puerta trasera. Estaba abierta. Sin embargo, no había señales de Dooley. Boyle se metió en el bolsillo la foto y la lista y entró; no quiso llamar a Dooley por temor a que su grito alertara al malhechor, y el silencio lo puso aún más nervioso. Cauteloso como un gato caminando sobre cristales rotos, atravesó el apartamento, pero todas las habitaciones estaban vacías. Ante la puerta del apartamento que daba al vestíbulo en el que había visto la silueta por primera vez, se detuvo. ¿Dónde se habría metido Dooley? Al parecer había desaparecido.

Entonces oyó un gruñido detras de la puerta.

-¿Dooley? -inquirió.

Otro gruñido. Entró en el vestíbulo. Vio tres puertas más. todas cerradas; posiblemente serían otros apartamentos, o salas dormitorio. Sobre el felpudo de fibra de coco, ubicado ante la puerta principal, estaba la porra de Dooley, abandonada como si su dueño hubiera emprendido la huida. Boyle se tragó sus miedos y se internó en el corredor. Volvió a oír la queja, más cerca esta vez. Miró a su alrededor y echó un vistazo a la escalera. Allí. en el descansillo, yacía Dooley. Estaba semiinconsciente. Habían intentado quitarle las ropas de un modo brutal; grandes porciones de su fofa anatomía inferior estaban al descubierto.

-¿Qué ocurre, Dooley? -inquirió Boyle, acercándose al pie de la escalera.

El oficial oyó su voz y se dio la vuelta rodando. Sus ojos nublados se abrieron aterrados al ver a Boyle.

-Tranquilo, hombre, soy yo -le dijo éste.

Boyle se dio cuenta demasiado tarde de que Dooley no lo miraba a él, sino a algo que había a sus espaldas. Cuando giró sobre sus talones para ver qué asustaba a Dooley, una silueta lo atropelló como un ariete. Maldiciendo y sin aliento, Boyle cayó al suelo. Se arrastró durante unos segundos antes de que su atacante lo agarrara por la chaqueta y el pelo y lo obligara a ponerse de pie. Reconoció de inmediato la cara salvaje pegada contra la suya -la línea del pelo en retirada, la boca débil, el hambre-, pero había muchas cosas que no había esperado. El hombre estaba desnudo como un crío al llegar al mundo, aunque no tan modestamente dotado. Además, tenía una erección notoria. Si el ojito brillante que llevaba en la entrepierna apuntando hacia Boyle no constituía prueba suficiente, cuando le arrancó las ropas con las manos, las intenciones del asaltante quedaron perfectamente claras.

-¡Dooley! -aulló Boyle al ser lanzado hacia el vestíbulo-. ¡En nombre de Dios! ¡Dooley!

Sus súplicas fueron acalladas cuando golpeó contra la pared opuesta. El hombre enloquecido se lanzó sobre él en un abrir y cerrar de ojos y le aplastó la cara contra el papel pintado; pájaros y flores entrelazados le llenaron los ojos. Desesperado, Boyle luchó, pero la pasión de aquel hombre le daba una fuerza ingobernable. Una mano insolente sujetaba la

cabeza del policía, mientras la otra le arrancaba los pantalones y la ropa interior, dejando sus nalgas al aire.

-Dios... -suplicó Boyle al papel pintado de la pared-. Por favor, Dios mío, que alguien me ayude...

Pero las plegarias resultaron tan infructuosas como sus esfuerzos. Estaba clavado contra la pared como una mariposa extendida sobre un corcho, a punto de ser traspasado. Cerró los ojos; tenía las mejillas bañadas de lágrimas de frustración. El asaltante le soltó la cabeza y consumó la violación. Boyle se negó a gritar. El dolor que sintió no se equiparaba a la humillación. Quizá era mejor que Dooley estuviera en coma, así la humillación acabaría sin testigos.

-Basta -murmuró hacia la pared, dirigiéndose a su cuerpo y no a su atacante, para urgirlo a que no sintiera placer con aquel ultraje.

Pero sus terminaciones nerviosas fueron traicioneras y se contagiaron del incendiario ataque. Bajo la agonía punzante, una parte imperdonable de él se puso a la altura de las circunstancias.

En la escalera, Dooley se incorporó con dificultad. La region lumbar, debilitada desde un accidente automovilístico ocurrido las Navidades anteriores, había cedido en cuanto el salvaje lo lanzó contra la pared. El más mínimo movimiento le producía una agonía atroz. Baldado por el dolor, se tambaleó basta el pie de la escalera y miró, asombrado, hacia el vestíbulo. ¿Acaso era Boyle, el arrogante, el ascendente, al que estaban violando como a un muchacho necesitado de dinero para droga? La escena paralizó a Dooley durante varios segundos; luego apartó los ojos y los dirigió a la porra que yacía sobre el felpudo. Se movió cautelosamente, pero el salvaje estaba demasiado ocupado con la desfloración como para notarlo.

Jerome estaba escuchando el corazón de Boyle. Su latido era fuerte y seductor, y a cada arremetida suya parecía aumentar su volumen. Lo quería para él, quería su calor, su vida. Puso la mano sobre el pecho de Boyle y empezó a hundirla en la carne.

-Dame tu corazón -le dijo.

Era como las letras de las canciones.

Boyle gritó con la cara aplastada contra la pared cuando su atacante le hundió la mano en el pecho. Habia visto fotos de la mujer de los Laboratorios; en su imaginación, la herida abierta de aquel torso le resultó clara como el rayo. El maniaco pretendía repetir aquella atrocidad. *Dame tu corazón*. Aterrado, al borde de la locura, encontró nuevas fuerzas y reanudó la lucha, clavando las uñas en el torso de su atacante: nada; ni siquiera la sangrienta pérdida del pelo interrumpió el ritmo de sus arremetidas. Como último recurso, Boyle intentó meter una mano entre su cuerpo y la pared para llegar a la entrepierna del muy hijo de puta y arrancarle los testículos. Cuando se disponía a hacerlo, Dooley atacó, descargando una lluvia de golpes de porra sobre la cabeza del salvaje. Aquella distracción le dio a Boyle amplitud de movimientos. Se apretó con fuerza contra la pared; las manos del asaltante, resbaladizas por la sangre que manaba del pecho de Boyle, soltaron a su presa. Boyle volvió a empujar. Esta vez logró quitarse de encima al atacante. Los cuerpos se separaron. Boyle se volvió, sangrando pero a salvo, y vio a Dooley perseguir al hombre por el vestíbulo, dándole golpes en la grasienta cabeza rubia. El enloquecido no intentó protegerse; sus ojos ardientes (Boyle jamás había comprendido hasta ese momento la precisión física de la imagen) seguían prendidos del objeto de sus afectos.

-¡Mátalo! -exclamó Boyle por lo bajo, mientras el hombre sonreía, ¡sonreía!, a pesar de los golpes-. ¡Destrózale hasta el último hueso!

Aunque Dooley, maltrecho como se encontraba, hubiera estado en condiciones de obedecer aquella orden, no tuvo ocasión de hacerlo. Una voz proveniente del corredor interrumpió la paliza. Del apartamento por el que había entrado Boyle salió una mujer. A juzgar por su estado, también había sido víctima de aquel saqueador; pero estaba claro que al entrar Dooley en la casa había distraído al atacante antes de que le ocasionara un serio daño.

-¡Arréstenlo! -gritó, señalando al hombre sonriente-. ¡Ha intentado violarme!

Dooley se acercó para tomar posesión del prisionero, pero Jerome tenía otras intenciones. Le puso la mano en la cara y lo empujó contra la puerta principal. El felpudo de fibra de coco se deslizó debajo de sus pies y Dooley estuvo a punto de caer. Cuando recuperó el equilibrio, Jerome se había levantado y había huido. Boyle intentó detenerlo, pero el pantalón hecho jirones se le enredó en las piernas, y Jerome no tardó en plantarse rápidamente en mitad de la escalera.

-Pide ayuda -le ordenó Boyle a Dooley-. Date prisa.

Dooley asintió y abrió la puerta principal.

-¿Hay forma de salir por la parte de arriba? -preguntó Boyle a la señora Morrisey. Ella negó con la cabeza-. Entonces tenemos atrapado a ese bastardo, ¿no es así? -dijo-. ¡Vamos, Dooley, muévete! -Dooley bajo cojeando por el sendero-. Y usted -agregó Boyle, dirigiéndose a la mujer-, busque algo que sirva de arma. Cualquier cosa sólida.

La mujer asintió y volvió sobre sus pasos, dejando a Boyle acurrucado junto a la puerta abierta. Una suave brisa le enfrió el sudor que le bañaba la cara. Afuera, en el coche, Dooley pidió refuerzos.

Boyle pensó que los coches no tardarían en llegar y que se llevarían al hombre a rastras, a prestar declaración. No tendría ocasión de vengarse cuando estuviera bajo custodia; la ley seguiría su plácido curso y él, la víctima, no sería más que un espectador. Si quería salvar las ruinas de su virilidad, aquélla era la ocasion. Si no lo hacía, si languidecía allí, con las tripas ardiendo, jamás se desharía del horror provocado por la traición de su cuerpo. Debía actuar ya, debía borrarle la sonrisa de la cara a su violador de una vez y para siempre, o vivir despreciándose hasta que le fallase la memoria.

No le quedaba otra alternativa. Sin pensárselo más, se levantó y comenzó a subir la escalera. Al llegar al descansillo, se dio cuenta de que no llevaba armas, pero sabía que si volvía a bajar, perdería impulso. En ese momento, estaba preparado a morir si era necesario, por lo que continuó subiendo.

En el rellano superior sólo había una puerta abierta. Del interior del cuarto le llegó el sonido de una radio. Abajo, en la seguridad del vestíbulo, oyó a Dooley entrar de la calle para decirle que había pedido refuerzos e interrumpirse en mitad de la frase. Pasando por alto la distracción, Boyle entró en el apartamento.

No había nadie. Tardó unos minutos en revisar la cocina, el baño y la sala: todo vacío. Regresó al lavabo; la ventana estaba abierta y asomó la cabeza. La distancia que había hasta el césped del jardín era fácil de cubrir. En el suelo había unas huellas del cuerpo del hombre. Había saltado y se había ido.

Boyle se maldijo por haberse demorado, y agachó la cabeza. Un calorcillo le bajó por el interior del muslo. En la habitación contigua, seguían sonando las canciones de amor.

Para Jerome no existió el olvido, esa vez no. El encuentro con la señora Morrisey, interrumpido por Dooley, y el episodio con Boyle no habían hecho más que avivar el fuego que llevaba dentro. A la luz de aquellas llamas, comprendió claramente los crímenes cometidos. Recordó con espantosa claridad el laboratorio, la inyección, los monos, la sangre. Sin embargo, los actos que recordaba (y eran muchos) no despertaron en él una sensacion de pecado. Las consecuencias morales, la vergüenza y el remordimiento fueron arrasados por el fuego que continuaba lamiéndole la carne y provocándole nuevos entusiasmos.

Se refugió en un callejón tranquilo para ponerse presentable. Las ropas que había logrado reunir antes de la huida eran abigarradas, pero le servirían para no llamar la atención. Mientras se abrochaba -el cuerpo parecía rechazar las ropas, como si se negara a que lo cubrieran-, intentó controlar el holocausto que rugía en su interior. Pero las llamas no se apagaban. Ca4a fibra de su ser se sentía viva ante el fluir del mundo que le rodeaba. Los ordenados árboles que bordeaban el camino, la pared que había a sus espaldas, las piedras del suelo bajo sus pies desnudos se prendían y ardían con su mismo fuego. Al ver cómo se

propagaba el incendio, sonrió. El mundo, con cada uno de sus ansiosos detalles, le devolvió la sonrisa.

Excitado más allá de todo control, se volvió hacia la pared en la que se había recostado. El sol le daba de lleno, y estaba tibia; los ladrillos olían divinamente. Llenó de besos sus caras agrietadas; sus manos exploraron cada recoveco, cada rugosidad. Murmurando naderías dulzonas, se bajó la cremallera de la bragueta, buscó un comodo agujero y lo llenó. La mente se le pobló de imágenes líquidas: anatomías mezcladas, hombres y mujeres en un ayuntamiento carnal indescifrable. Arriba, en el cielo, hasta las nubes ardían; subyugado por sus cabezas ardientes, sintió cómo se le erguía el pene. Le faltaba la respiracion. Pero ¿y el éxtasis? Seguramente no acabaría nunca.

Sin previo aviso, un espasmo doloroso le recorrió la columna vertebral desde la corteza cerebral hasta los testículos, y volvio a subir, sacudiéndolo. Las manos soltaron el ladrillo y acabó su agónico orgasmo en el aire, mientras caía al suelo. Durante varios segundos permaneció tendido, mientras los ecos del espasmo inicial le subían y bajaban por la columna, disminuyendo con cada regreso. En el fondo de la garganta sintió el sabor de la sangre; no estaba seguro de si se había mordido el labio o la lengua, pero creyó que no. Por encima de su cabeza, los pájaros volaban en círculos, elevándose lánguidamente en una espiral de aire cálido. Observó cómo se iba apagando el fuego de las nubes.

Se incorporó y bajó la vista para ver el montón de semen derramado sobre la acera. Durante un frágil instante revivió una bocanada de la visión que había tenido; imaginó la unión de su simiente con la piedra del suelo. Y pensó cuán sublimes serían las criaturas de las que el mundo podría vanagloriarse si pudiera copular con un ladrillo o un árbol; estaba dispuesto a soportar dichosamente los tormentos de la concepción si tales milagros fueran posibles. Pero los adoquines no se conmovieron ante las súplicas de su simiente; y la visión, igual que el fuego del cielo, se enfrió y ocultó sus glorias.

Guardó el miembro ensangrentado y se reclinó contra la pared, dando vueltas y más vueltas a los extraños acontecimientos de su vida. Algo fundamental estaba cambiando en él, de eso estaba seguro; el éxtasis que lo había poseído (y que sin duda volvería a poseerlo) era distinto de todo lo que había experimentado hasta entonces. Fuera lo que fuese lo que le habían inyectado, no daba señales de eliminarse naturalmente, todo lo contrario. Todavía sentía en su interior el calor, igual que le ocurriera al abandonar los Laboratorios, aunque esta vez el rugido de su presencia fue más fuerte que nunca.

Estaba viviendo una nueva clase de vida, y esa certeza, aunque aterradora, le producía alborozo. En ningún momento se le ocurrió a su aturdido y erotizado cerebro pensar que, con el tiempo, esa nueva clase de vida requeriría una nueva clase de muerte.

Sus superiores le habían advertido a Carnegie que esperaban resultados, y él pasó el rapapolvo verbal recibido a sus subalternos. Era una línea de humillaciones, en la que el de mas rango era estimulado a patear al de abajo, y éste, a su vez, al que tenía mas abajo aun. Carnegie se había preguntado a veces qué haría el último de la fila para desahogar sus iras; seguramente se desquitaría con su perro.

-Ese sinvergüenza sigue suelto, caballeros, a pesar de que su foto haya salido en muchos periódicos de esta mañana, y a pesar de un método de operaciones que resulta, por decir lo más leve, insolente. Lo atraparemos, claro está, pero hemos de hacerlo antes de que el muy bastardo asesine a alguien más...

Sonó el teléfono. El sustituto de Boyle, Migeon, lo cogió, mientras Carnegie concluía la estimulante perorata a los oficiales allí reunidos.

-Caballeros, lo quiero aquí dentro de veinticuatro horas. Es el tiempo que me han dado, no tenemos más. Veinticuatro horas.

Migeon lo interrumpió:

-Señor Carnegie, es Johannson. Dice que tiene algo para usted y que es urgente.

Librodot

-Está bien. -El inspector cogió el auricular y dijo-. Aquí Carnegie.

La voz al otro extremo de la línea era tan queda que casi no se oía.

-Carnegie -dijo Johannson-, hemos repasado toda la información que encontramos en el laboratorio sobre las pruebas de Dance y Welles...

-¿Y?

-También hemos analizado los restos de la sustancia extraídos de la hipodérmica que usaron en el sospechoso. Creo que hemos encontrado al Niño, Carnegie.

-¿Qué niño? -inquirió éste; le irritaba la obcecación de Johannson.

-El Niño Ciego.

-¿Y?

Inexplicablemente, Carnegie tuvo la certeza de que al otro lado de la línea Johannson sonreía antes de contestar.

-Creo que será mejor que venga personalmente a verlo. ¿Qué le parece a eso de mediodía?

Johannson podía haber sido uno de los más grandes envenenadores de la historia: poseía todos los requisitos y las cualificaciones. Una mente ordenada (la experiencia de Carnegie le había enseñado que los envenenadores eran un dechado de perfección), una naturaleza paciente (el envenenamiento llevaba su tiempo) y, lo más importante, un conocimiento enciclopédico de toxicología. Al verlo en acción, cosa que ya había sucedido en dos ocasiones anteriores, Carnegie vio al hombre sutil dedicado a su sutil arte y el espectáculo le heló la sangre.

Johannson se había instalado en el laboratorio del piso superior, donde habían asesinado a la doctora Dance, en vez de utilizar para la investigación las instalaciones policiales, porque, según él mismo le explicara, gran parte del equipo del que se jactaba la organizacion Hume no existía en ninguna otra parte. Su dominio del lugar, junto con la ayuda de sus dos asistentes, había transformado el desorden dejado por los anteriores experimentadores en un sueño de orden y pulcritud. Sólo los monos continuaban siendo una constante. Por más que se empeñara, Jobannson no lograba controlar su comportamiento.

-No nos resultó difícil encontrar la droga utilizada en su sospechoso -dijo Johannson-; simplemente cotejamos los restos que quedaban de la hipodérmica con los materiales encontrados en la sala. Al parecer, han estado fabricando esta sustancia, o variaciones del mismo tema, durante un tiempo. Los del laboratorio dicen no estar enterados de nada, claro. Me inclino a creerles. Lo que los buenos doctores estaban haciendo aquí era un experimento de tipo personal.

-¿Qué clase de experimento?

Johannson se quitó las gafas y se dispuso a limpiarlas con la punta de la corbata roja.

-Al principio pensamos que querían desarrollar una especie de alucinógeno –dijo-. En ciertos aspectos, la sustancia utilizada en su sospechoso se parece a un narcótico. En realidad, dejando de lado los métodos, creo que han hecho unos descubrimientos interesantes, que nos llevan a un territorio completamente nuevo.

-¿Entonces no es una droga?

-Claro que es una droga -dijo Johanoson, poniéndose las gafas-, pero es una droga que sirve a un propósito muy especifico. Véalo con sus propios ojos.

Johannson lo condujo a través del laboratorio hasta la fila de jaulas donde estaban los monos. En lugar de estar encerrados por separado, al toxicólogo le había parecido conveniente abrir las puertas que conectaban las jaulas entre sí, dejando que los animales tuvieran libre acceso para reunirse. La consecuencia era abolutamente clara: los animales estaban entregados a una serie de complejos actos sexuales. Carnegie se preguntó por qué los monos se pasaban la vida realizando obscenidades. Era la misma manifestación tórrida que tenía lugar cuando, de pequeños, llevaba a sus hijos al jardín zoológico de Regent. la jaula de los

simios provocaba una embarazosa pregunta tras otra. Al cabo de un tiempo dejó de llevar a sus hijos al zoológico. Le resultaba demasiado mortificante.

-¿Es que no tienen nada mejor que hacer? -le preguntó a Johannson, apartando la vista para volverla a posar en un *menage à trois* tan íntimo que el ojo no lograba descifrar qué miembro pertenecía a que mono.

-Créame -dijo Johannson, sonriendo presuntuosamente-, esto es suave comparado con el comportamiento que hemos observado en estos animales desde que les inyectamos la sustancia. A partir de ese momento, se olvidaron de las pautas normales de comportamiento, se saltaron los signos de excitación, los rituales de cortejo. Ya no les interesa la comida. No duermen. Se han convertido en unos obsesos sexuales. Olvidaron los demas estímulos. A menos que la sustancia se elimine, me temo que follen hasta reventar.

Carnegie echó un vistazo a las demás jaulas; en cada una de ellas se desarrollaban las mismas escenas pornograficas. Violaciones en masa, uniones homosexuales, fervorosas y exaltadas masturbaciones.

-Con razón los doctores mantuvieron en secreto su descubrimiento -prosiguió Johannson-; estaban a punto de descubrir algo que los haría ricos. Un afrodisiaco que funciona.

-¿Un afrodisiaco?

-La mayoría no sirven de nada. El cuerno de rinoceronte, las anguilas vivas en salsa de nata son elementos simbólicos. Están pensados para excitar por asociación.

Carnegie recordó el hambre reflejada en los ojos de Jerome. En los monos observó su eco. Hambre, y la desesperación que el hambre trae consigo.

-Y los ungüentos tampoco sirven de nada. La *Cantharis vesicatoria...*

-¿Qué es eso?

-Tal vez la conozca por los nombres de cantárida o mosca española. Es un insecto con el que se fabrica una pasta. Tampoco sirve de nada. En el mejor de los casos estas sustancias son inflamatorias. Pero esto... -Recogió una ampolla de líquido incoloro-. Esto es algo que raya en lo genial.

-A mí no me parece que los monos sean muy felices con eso en el cuerpo...

-Todavía está sin depurar -le explicó Johaunson-. Creo que los investigadores fueron muy codiciosos, y realizaron pruebas en humanos dos o tres años antes de lo aconsejable. Tal como se encuentra ahora, esta sustancia es casi letal, de eso no cabe duda. Pero con el tiempo podría funcionar. Verá usted, han logrado superar el problema mecánico; esta sustancia actua directamente sobre la imaginación erótica, sobre la libido. Si uno excita la mente, el cuerpo responde. Ahí está el truco.

El matraqueo de la malla de alambre obligó a Carnegie a apartar la vista de las pálidas facciones de Johannson. Una de las monas, al parecer insatisfecha con las atenciones de varios machos, se había despatarrado contra la jaula y con sus dedos diestros intentaba tocar a Carnegie; sus compañeros no iban a permitirle que los dejara sin amor, y se habían entregado a la sodomía.

-Es Cupido, ¿no? -comentó Johannson-. «El amor no ve con los ojos sino con la imaginación.

»Por eso al Cupido alado lo pintan ciego." Pertenece a *El sueño de una noche de verano.*

-El Bardo nunca fue mi fuerte -dijo Carnegie. Y volvió a concentrarse en la mona-. ¿Y Jerome? -inquirió.

-Tiene la sustancia en la sangre. Una buena dosis.

-¡Entonces es como estos animales!

-Supongo que al contar con unas capacidades intelectuales superiores, la sustancia no actuará de un modo tan deliberado. Aunque, ahora que lo pienso, el sexo puede convertir en simio hasta al más pintado, ¿no? -Johannson se permitió sonreír a medias ante el juego de palabras-. Nuestras llamadas preocupaciones superiores se vuelven secundarias. Por un instante, el sexo nos vuelve obsesivos; somos capaces de realizar, o al menos creemos que podemos realizar, hechos que, retrospectivamente, resultan extraordinarios.

-Considero que no hay nada de extraordinario en una violación -comentó Carnegie, intentando cortar en seco la rapsodia de Johannson.

Pero el hombre no se dio por vencido.

-El sexo sin final, sin compromisos, sin disculpas -prosiguió-. Imagíneselo. El sueño de Casanova.

El mundo había presenciado tantas eras... El Siglo de las Luces, la Reforma, la Era de la Razón. Y ahora, por fin, la Era del Deseo. Y después, el fin de las eras, el fin de todo. Porque los fuegos avivados ahora eran más feroces de lo que sospechaba el mundo inocente. Eran fuegos terribles, fuegos sin final que iluminarían el mundo con su luz única, feroz y definitiva.

Eso pensaba Welles mientras yacía en su cama. Había recuperado la conciencia hacía unas horas, pero prefirió no dar señales de ello. Cuando entraba una enfermera, cerraba los ojos con fuerza y respiraba con más lentitud. Sabía que no podría fingir durante mucho tiempo, pero las horas le permitieron reflexionar sobre cuál sería su itinerario a partir de ese momento. En primer lugar tendría que regresar a los Laboratorios, para destruir los papeles allí guardados y borrar las cintas grabadas. Había decidido que a partir de ese momento toda información sobre el Proyecto Niño Ciego existiría solamente en su cabeza. De ese modo ejercería un control completo sobre su obra maestra y nadie podría arrebatársela.

Nunca le había interesado demasiado ganar dinero con el descubrimiento, aunque era consciente de lo lucrativo que podría llegar a ser un afrodisiaco viable; nunca había dado un pimiento por los bienes materiales. El motivo inicial que le había llevado al desarrollo de la droga -descubierta accidentalmente mientras probaban un agente para ayudar a los esquizofrénicos- fue el afán de investigar. Pero sus motivaciones habían madurado a lo largo de los meses de trabajo secreto. Había llegado a pensar en sí mismo como el iniciador del milenio. No permitiría que nadie le arrebatara ese papel sagrado.

Así pensaba mientras yacía en la cama, esperando el momento de huir.

Mientras vagaba por las calles, Jerome habría aprobado alegremente la visión de Welles. De todos los hombres quizá él fuera el más ansioso por dar la bienvenida a la Era del Deseo. Veía sus portentos por todas partes. En las vallas publicitarias y en los carteles de cine, en los escaparates y en las pantallas de televisión: en todas partes el cuerpo como mercancía. Donde no se utilizaba la carne para comercializar artefactos de acero y piedra, esos mismos artefactos adoptaban sus propiedades. Los automóviles pasaban junto a él con todos los atributos voluptuosos menos la respiración: sus sinuosas estructuras brillaban, sus interiores eran invitantes y mullidos. Los edificios lo rodeaban con sus retruécanos sexuales. Capiteles, pasadizos, plazas sombreadas con fuentes de agua blanca. Bajo el embeleso de lo trivial -los miles de distracciones que encontraba en la calle y la plaza-, sentía la madura vida del cuerpo impregnando cada detalle.

El espectáculo mantenía bien avivado su fuego interno; su fuerza de voluntad a duras penas lograba impedirle dispensar sus atenciones a cada una de las criaturas sobre las que posaba los ojos. Unos pocos presentían ese calor y se alejaban de él. Los perros también lo sentían. Varios lo siguieron, excitados por su excitación. Las moscas orbitaban sobre su cabeza en escuadrones. A medida que se acostumbraba a su estado, logró ejercer sobre él un rudimentario control. Sabía que una demostración pública de sus ardores atraería a la ley, y eso obstaculizaría sus aventuras. El fuego que había iniciado no tardaría en propagarse; entonces saldría de su escondite y se bañaría libremente en el. Hasta entonces, lo mejor sería la discreción.

En cierta ocasión había comprado la compañía de una joven del Soho; fue en su busca. Esa tarde hacía un calor bochornoso, aunque no se sentía fatigado. No había comido desde la noche anterior, pero no tenía hambre. Al subir la estrecha escalera hacia la habitación del

primer piso que Angela ocupaba, se sintió vigoroso como un atleta, pletórico de salud. El proxeneta de mirada penetrante y fiera, inmaculadamente vestido, que solía ocupar un lugar en lo alto de la escalera no etaba presente. Jerome se dirigió a la habitación de la muchacha y llamo. No recibió respuesta. Volvió a llamar con mayor urgencia. Sus golpes hicieron que una mujer de mediana edad se asomara a la puerta del final del rellano.

-¿Qué quieres?

-A la mujer -repuso sencillamente.

-Angela se ha ido. Y sera mejor que te vayas tú tambien. Fijate en que estado estás. Esto no es una posada de mala muerte.

-¿Cuándo volverá? -preguntó, intentando sujetar lo mejor que podía su apetito.

La mujer, que era tan alta como Jerome y mucho mas pesada, avanzó hacia él.

-La muchacha no volvera, de modo que lárgate de aquí antes de que llame a Isaiah.

Jerome la miró; ejercía el mismo oficio que Angela, no cabía duda, aunque no era tan joven ni tan bella. Le sonrió.

-Oigo tu corazón -le dijo.

-No te lo repetiré...

Antes de que pudiera acabar la frase, Jerome atravesó el rellano y fue hacia ella. La mujer no se asustó por su acercamiento, simplemente se mostró asqueada.

-Si llamo a Isaiah lo lamentarás -le informó.

El ritmo de sus latidos babia aumentado, y Jerome logró oírlo.

-Estoy ardiendo.

La mujer frunció el ceño; estaba claro que iba a perder aquella batalla de agudezas.

-No te me acerques, te lo advierto.

Los latidos eran todavía mas rápidos. El ritmo, sepultado en su sustancia, lo impulsó a avanzar. De aquella fuente provenía toda la vida, todo el calor.

-Dame tu corazón.

-¡Isaiah!

Nadie acudió a la llamada. Jerome no le dio oportunidad de gritar por segunda vez. La abrazó y con una mano le tapó la boca. La mujer le descargó una andanada de golpes, pero el dolor no hizo mas que avivar las llamas. Brilló más y más; cada uno de sus orificios daba al horno de su vientre, de su ijada, de su cabeza. La mayor corpulencia de la mujer no le sirvió de ventaja ante tanto fervor. La empujó contra la pared -el latido de su corazón le retumbaba en los oídos- y comenzó a besarle el cuello, al tiempo que le arrancaba el vestido para descubrirle los pechos.

-No grites -le dijo, procurando parecer persuasivo-. No quiero hacerte daño.

La mujer negó con la cabeza y a través de la mano con la que le tapaba la boca dijo:

-No gritaré.

Jerome quitó la mano y la mujer respiró desesperadamente, preguntándose dónde estaría Isaiah. No muy lejos, seguramente. Temió por su vida si se negaba al intruso -¡cómo le brillaban los ojos!-; abandonó todo intento de resistirse y lo dejó hacer. Por su larga experiencia sabía que el aprovisionamiento de pasión de los hombres se acababa fácilmente. Aunque amenazaran con mover el cielo y la tierra, media hora después sus jactancias acababan en sábaitas húmedas y resentimiento. Si las cosas llegaban a lo peor, podría soportar su tonta cháchara sobre el fuego y la quemazón; había oído conversaciones de alcoba mucho más obscenas. En cuanto al pitón que intentaba introducirle, él y sus cómicos colegas no guardaban sorpresa alguna para ella.

Jerome quería tocarle el corazón, quería ver cómo le salpicaba la cara, bañarse en él. Le puso la mano en el pecho y sintió los latidos bajo la palma.

-Te gusta, ¿eh? -dijo la prostituta cuando él le apretó el pecho-. No eres el primero.

Le arañó la piel.

-Despacio, cariño -le dijo burlona, y echó un vistazo por encima del hombro para comprobar si había señales de Isaiah-. No seas brusco. Es el único cuerpo que tengo.

Librodot

No le hizo el menor caso. Los arañazos la hicieron sangrar.

-No hagas eso -le ordenó.

-Quiere salir -repuso, hundiendo más los dedos.

De repente, la mujer se dio cuenta de que aquello no era un juego amoroso.

-¡Basta! -le dijo cuando comenzó a lacerarla.

Esta vez la mujer gritó.

Abajo, no muy lejos, en la calle, Isaiah dejó caer la porción de *tarte française* que acababa de comprar y corrió a la puerta. No era la primera vez que la gula lo había tentado y había abandonado su puesto, pero -a menos que reparara el daño rápidamente- muy bien podría ser la última. Del rellano le llegaron unos ruidos tremendos. Subió la escalera a toda velocidad. La escena con la que se toparon sus ojos era peor que la conjurada por su imaginación. Simone se encontraba atrapada contra la pared, junto a su puerta, con un hombre pegado ávidamente a ella. De alguna parte, entre los dos, manaba sangre, pero no logró precisar de dónde.

Isaiah lanzó un grito. Con las manos ensangrentadas, Jerome interrumpió su labor y se volvió justo cuando un gigante muy bien vestido se abalanzaba sobre él. Jerome tardó unos segundos vitales en retirarse de la mujer, y en ese tiempo el hombre se le lanzó encima. Isaiah lo aferró y a rastras lo apartó de la mujer. Sollozando, ella se refugió en su cuarto.

-Maldito hijo de puta -dijo Isaiah, descargando sobre él una andanada de puñetazos.

Jerome se tambaleó. Pero estaba ardiendo, y por lo tanto no tenía miedo. En una pausa, saltó sobre el hombre como un mandril enfurecido. Isaiah, cogido por sorpresa, perdió el equilibrio y cayó contra una de las puertas, que se abrió hacia adentro bajo su peso. Se desplomó en el interior de un escuálido lavabo y su cabeza fue a golpear contra la taza del retrete. El impacto lo desorientó; quedó tendido sobre el manchado linóleo, gruñendo y con las piernas abiertas. Jerome oyó la sangre fluir ávidamente por las venas del hombre, y olió el azúcar de su aliento. Sintió la tentación de quedarse, pero su instinto de conservacion le aconsejo lo contrario; Isaiah intentaba incorporarse otra vez. Antes de que lograra ponerse en pie, Jerome se dio media vuelta y huyó escalera abajo.

En el escalón de la puerta se encontró con la canícula; le sonrió. La calle lo quería más que la mujer del rellano, y él ansiaba complacerla. Corrió por la acera; la erección continuaba empujando contra los pantalones. A sus espaldas, oyó al gigante bajar ruidosamente la escalera. Echó a correr, riéndose. El fuego continuaba ardiendo en él, y dio velocidad a sus pies; corrió calle abajo sin importarle si Aliento Azucarado lo seguía o no. Los peatones, en esta era desapasionada, no quisieron demostrar más que un interés casual en el sátiro salpicado de sangre y le cedieron el paso. Unos cuantos lo señalaron, suponiendo que seria un actor. La mayoría ni se percató de su presencia. Avanzó por una maraña de callejones; sin necesidad de mirar atrás era consciente de que Isaiah lo seguía.

Tal vez fue la casualidad la que lo condujo a la calle del mercado, o tal vez, lo más probable, era que el calor bochornoso llevó el aroma entremezclado de carne y fruta hasta su nariz, y quiso bañarse en él. El estrecho pasaje estaba atestado de compradores, visitantes y puestos colmados de mercancías. Se zambulló alegremente en la multitud, restregándose contra nalgas y muslos, encontrándose por todas partes con la mirada contagiosa de la carne. ¡Qué día! Ni él ni su pene podían creer en semejante fortuna.

A sus espaldas oyo gritar a Isaiah. Apuró el paso, dirigiéndose a las zonas más concurridas del mercado, en donde podría confundirse entre la cálida presión de la gente. Cada contacto le producía un doloroso éxtasis. Cada orgasmo -se sucedían uno tras otro mientras avanzaba entre la apretada multitud- le producía en el cuerpo un espasmo seco. Le dolían la espalda y los testículos, pero ¿qué era su cuerpo? Sólo una peana para el monumento singular de su pene. La cabeza no era nada, la mente no era nada. Sus brazos habían sido hechos simplemente para acercar el amor al cuerpo; las piernas para conducir la exigente espada a cualquier parte donde hallara satisfaccion. Se imaginó a sí mismo como una erección

andante, en un mundo que le miraba embelesado por todas partes: carne, ladrillo, acero, le daba igual, los violaría a todos.

De repente, sin que él lo buscara, la multitud se apartó, y se encontró en una callejuela estrecha, alejado del pasaje principal. El sol caía entre los edificios con un ardor magnificado. Se disponía a reunirse otra vez con la multitud, cuando olió un aroma y vio una escena que lo obligaron a continuar. Un poco más adelante, en la calle bañada por el calor, tres muchachos con el torso desnudo estaban de pie entre una pila de cajas de fruta, llenas de canastillas de fresas. Ese año habia habido una excesiva producción de fresas, y con el calor despiadado habían comenzado a ablandarse y a pudrirse. El trío de trabajadores revisaba las canastillas, clasificando las buenas y las malas, y arrojando las fresas pasadas al borde de la calzada. El aroma que se elevaba de aquel estrecho espacio era sobrecogedor: una dulzura de una fuerza que habría asqueado a cualquier otro intruso que no fuera Jerome, cuyos sentidos habían perdido la capacidad de rechazo o asco. El mundo era el mundo, y el lo tomaría, como en el matrimonio, para bien y para mal. Embelesado, se quedó mirando el espectáculo; los sudorosos obreros brillaban bajo los rayos del sol, sus manos, sus brazos y sus torsos estaban salpicados de jugo escarlata; en el aire pululaban cientos de insectos en busca del néctar; la fruta desechada se apilaba en la calzada formando montículos que desprendían zumo. Entretenidos en su pegajosa labor, al principio los obreros no se percataron de su presencia. Pero luego, uno de los tres levantó la vista y vio la extraordinana criatura que los observaba. La sonrisa se le heló en el rostro al ver los ojos de Jerome.

-¿Qué diablos hace ése?

Los otros dos interrumpieron su trabajo y miraron en dirección a Jerome.

-Dulce -dijo Jerome; lograba oír el temblor de sus corazones.

-Fijaos en ése -dijo el más joven de los tres, señalando la entrepierna de Jerome-. Exhibiéndose en público en ese estado.

Quedaron inmóviles bajo el sol, él y ellos, mientras las avispas revoloteaban alrededor de la fruta y, por la estrecha tajada del veraniego cielo azul que se veía entre los tejados, pasaban unos pájaros. Jerome deseó que aquel momento se perpetuara para siempre; su mente desnuda saboreaba en aquel paraje el Edén.

Entonces el sueño se rompió. Sintió una sombra a sus espaldas. Uno de los obreros dejó caer la canastilla que estaba clasificando; la fruta podrida quedó estampada contra el asfalto. Jerome frunció el ceño, y se dio media vuelta. Isaiah había encontrado la calle; el arma era de acero y brillaba. Cruzó el espacio que lo separaba de Jerome en un segundo. Jerome sintió un dolor en el costado cuando el cuchillo lo atravesó.

-¡Jesús! -dijo el hombre joven, y echó a correr.

Sus hermanos no querían ser testigos de aquel ataque y dudaron un solo momento antes de seguirlo.

El dolor hizo gritar a Jerome, pero en el ruidoso mercado nadie oyó su grito. Isaiah retiró el cuchillo; estaba caliente. Hizo ademán de volver a atravesarlo, pero Jerome fue demasiado rápido para el aguafiestas; se apartó de su alcance y cruzó la calle tambaleándose. El pretendido asesino, temeroso de que los gritos de Jerome atrajesen demasiada atención, lo persiguió rápidamente para acabar su trabajo. Pero el pavimento estaba resbaladizo por la fruta podrida, y sus finos zapatos de gamuza no se agarraban tan bien como los pies desnudos de Jerome. La distancia que los separaba aumentó.

-No te irás -dijo Isaiah, decidido a no permitir que escapara su mortificador.

Empujó una torre de cajas de fruta; las canastillas cayeron al suelo, esparciendo su contenido en el camino de Jerome. Jerome se detuvo un instante a aspirar el aroma de la fruta machacada. Esa indulgencia casi acaba con él. Isaiah se acercó, dispuesto a rematarlo. Los estímulos del dolor llevaron su cuerpo al borde de la erupción, y observó cómo la hoja del cuchillo estaba a punto de abrirle el vientre. Con la mente conjuró la herida: el abdomen se partía, y el calor emanado se unía a la sangre de las fresas de la calzada. La idea fue tan tentadora... Casi la deseaba.

Librodot

Isaiah había matado en dos ocasiones anteriores. Conocía el vocabulario inefable del acto, y vio la invitación reflejada en los ojos de su víctima. Contento de complacerlo, se acercó con el cuchillo preparado. En el último instante posible, Jerome se hizo a un lado y en vez de presentar el cuerpo al arma blanca, lanzó un golpe al gigante. Isaiah se agachó para esquivarlo y sus pies resbalaron en la papilla. El cuchillo salió disparado de su mano y cayo entre las canastillas y la fruta. Jerome se alejó mientras el cazador, perdida toda ventaja, se agachaba a buscar el cuchillo. Su presa se escabulló antes de que su mano regordeta encontrara el arma; Jerome se había perdido otra vez entre las calles atestadas de gente. No tuvo oportunidad de guardarse el cuchillo en el bolsillo antes de que de la multitud surgiera el uniforme y se acercara a él por el caluroso pasaje.

-¿Cómo me lo va a explicar? -le preguntó el policía mirando el cuchillo.

Isaiah siguió su mirada. La hoja ensangrentada estaba llena de moscas.

En su oficina, el inspector Carnegie bebía chocolate caliente a pequeños sorbos; era el tercero en la última hora, y mientras bebía, observaba los procesos del anochecer. Siempre había querido ser detective, desde sus más tempranos recuerdos; y en esos recuerdos, esa hora siempre había estado cargada de magia. La noche descendiendo sobre la ciudad, miríadas de demonios vistiendo sus mejores galas para salir a jugar. Era la hora de la vigilancia, la hora de un nuevo rigor moral.

Pero de niño no había logrado imaginar la fatiga que el crepúsculo traería invariablemente. Estaba cansadísimo, y si en las proximas horas lograba dormir un poco, sabia que sería allí, en la silla, con los pies apoyados en el escritorio, en medio del clamor de los vasos de plástico.

Sonó el teléfono. Era Johannson.

-¿Trabajando todavía? -inquirió, impresionado por la dedicación al trabajo de Johannson.

Pasaba de las nueve. Tal vez Johannson tampoco tuviera una casa a la que llamar, ni a la que valiera la pena volver.

-Me he enterado de que nuestro sospechoso ha tenido un día muy ocupado -comento Jobannson.

-Así es. Una prostituta del Soho, y luego lo acuchillaron.

-Supongo que logró saltarse el cordón policial.

-Suele ocurrir -repuso Carnegie, demasiado cansado como para irritarse-. ¿En qué puedo servirle?

-Creí que le gustaría saberlo. Los monos han empezado a morirse.

La noticia sacó a Carnegie del estupor en que lo tenía sumido la fatiga.

-¿Cuántos han muerto? -preguntó.

-Hasta ahora tres, de los catorce que son. Pero imagino que el resto habrá muerto al amanecer.

-¿Qué los está matando? ¿El cansancio?

Carnegie recordó las desesperadas saturnales de las jaulas. ¿Qué animal, humano o no, podía aguantar semejante juerga sin venirse abajo?

-No es algo físico -le informó Johannson-. Al menos no en la forma en que usted lo insinúa. Tendremos que esperar al resultado de las disecciones, antes de conseguir una explicación detallada...

-¿Qué supone usted?

-A mi juicio, se están volviendo majaras.

-¿Qué?

-Se produce una sobrecarga cerebral de algun tipo. Los cerebros de estos animales ceden. La sustancia no se elimina, sino que se alimenta a sí misma. Cuanto más ardor tienen, más droga se produce, y cuanta más droga hay, más ardor tienen. Es un círculo vicioso. Cada vez más y más ardor, cada vez más y más locura. Con el tiempo, el cuerpo no lo resiste, y de

golpe, me encuentro con cadáveres de monos hasta los sobacos. -La sonrisa volvio a reflejarse en la voz fría y amarga-. Claro que los que siguen vivos no han dejado que eso les estropeara la diversion. Por aquí está de moda la necrofilia.

Carnegie espió la taza de chocolate, que se enfriaba. se le había formado una fina película, que se reventó cuando tocó el vaso.

-¿Entonces es sólo cuestion de tiempo?

-¿Antes de que su sospechoso reviente? Sí, creo que sí.

-Está bien. Gracias por mantenerme al corriente. Siga informándome.

-¿Quiere venir a ver los restos?

-Puedo pasar sin cadáveres de monos, gracias.

Johannson se echó a reír. Carnegie colgó. Cuando se volvió hacia la ventana, ya se había hecho de noche.

En el laboratorio, Johannson fue hasta el interruptor, junto a la puerta; mientras hablaba con Carnegie, se había ido el resto de luz. Vio venir el golpe que lo derribó un instante antes de que lo alcanzara; le dio en el costado del cuello. Se le quebró una vértebra y las piernas se le doblaron. Se desplomó sin tocar el interruptor de la luz. Cuando llegó al suelo, la distinción entre el día y la noche fue una mera cuestión académica.

Welles no se molestó en comprobar si el golpe había sido letal o no; el tiempo apremiaba. Saltó por encima del cuerpo y se dirigió al banco en el que Johannson había estado trabajando. Allí, tendido en el círculo de luz de la lámpara, como para un acto final de tragedia simiesca, había un mono muerto. Se veía claramente que había perecido presa del frenesí; tenía la cara crispada: la boca abierta, manchada de saliva, los ojos fijos en la última mirada de alarma. En los esfuerzos penosos de las cópulas, había perdido el pelo a mechones; su cuerpo, gastado por el cansancio, era una masa de contusiones. En un examen de medio minuto, Welles reconoció las sugerencias del cadáver y las de los otros dos cuerpos que vio en un banco cercano.

-El amor mata -murmuro filosóficamente.

Y comenzó su sistemática destruccion de *Niño Ciego.*

«Me estoy muriendo -pensó Jerome-, me estoy muriendo de dicha extrema.» La idea le divirtió. Era la única idea que tenía algún sentido. Desde su encuentro con Isaiah y su huida de la policía, apenas lograba recordar algo con coherencia. Las horas que pasó ocultandose y curando sus heridas, sintiendo crecer nuevamente el fuego para apagarse otra vez, se habían fundido en un sueño de verano; una placentera certeza le decía que solo la muerte lo despertaría de ese sueño. La hoguera lo devoraba por completo, desde las entrañas hacia afuera. Si lo destriparan en ese mismo instante, ¿qué encontrarían los testigos? Sólo cenizas y ascuas.

Aún así, el amigo de un solo ojo le exigía más; mientras sus repetidos virajes lo llevaban de vuelta a los Laboratorios -¿adónde iba a ir un hombre fabricado como él sino al lugar del primer calor?-, las rejas de los desagües se le abrían seductoras, y cada pared de ladrillos se le ofrecía con sus cientos de invitaciones arenosas.

La noche era fragante; una noche de canciones de amor y romances. En la cuestionable intimidad de un aparcamiento, a unas manzanas de su destino, vio a dos personas haciendo el amor en la parte trasera de un coche, con las puertas abiertas para acomodar mejor las piernas y permitir el paso del aire. Jerome se detuvo a observar el ritual, embelesado como nunca por la maraña de cuerpos y el sonido -retumbante como el trueno- de los corazones gemelos latiendo con el mismo ritmo ascendente. Al observarlos, la avidez invadió su verga.

La mujer lo vio primero, y avisó a su compañero de la presencia de aquel desecho humano que los observaba con deleite infantil. El hombre interrumpió sus toqueteos y lo miró

Librodot

fijamente. Jerome se preguntó si estaría ardiendo. Si tendría el pelo en llamas. Si la ilusión se materializaba. A juzgar por la mirada de la pareja, la respuesta era seguramente negativa. No les producía ningún miedo, simplemente rabia y asco.

-Me estoy quemando -les dijo.

El hombre se incorporó y le escupió. Jerome esperaba que la saliva se convirtiera en vapor al tocarlo, pero le cayó sobre la cara y el pecho como una ducha refrescante.

-Vete al infierno -le dijo la mujer-. Déjanos en paz.

Jerome meneó la cabeza. El hombre le advirtió que si daba un paso más le rompería la cabeza. Jerome no se inmutó; no habia palabras ni golpes capaces de acallar el imperativo de su falo.

Cuando se aproximó a ellos, notó que sus corazones ya no latían al unísono.

Carnegie consultó el mapa que llevaba cinco años colgado de la pared de su despacho, para localizar el lugar del ataque del que acababan de informarle. Al parecer, las victimas no habían sufrido serios daños; la llegada de un coche lleno de trasnochadores había decidido a Jerome (no había duda de que era él) a no demorarse. La zona estaba ahora inundada de policías, media docena de los cuales iban armados; en cuestión de minutos, cada calle del vecindario quedaría acordonada. A diferencia del Soho, donde la multitud le había permitido huir, en esta zona no encontraría el fugitivo muchos sitios donde ocultarse.

Carnegie señaló el lugar del ataque y cayo en la cuenta de que se encontraba a unas manzanas de los Laboratorios. Sin duda, no era casualidad. El hombre volvía al lugar del crimen. Herido, y seguramente al borde del colapso -los amantes lo habían descrito como un hombre que parecía más muerto que vivo-, Jerome sería atrapado antes de que llegara a casa. Pero existía siempre el riesgo de que burlara el cerco y llegara a los Laboratorios. Johannson estaba trabajando allí, solo; en esos tiempos de estrecheces, la guardia del edificio sería reducida.

Carnegie levantó el auricular y marcó el número de Johannson. Al otro lado de la línea, el teléfono sonó pero nadie contestó. Carnegie pensó que se habría ido a su casa, feliz de haberse quitado de encima una preocupación; eran las once menos diez de la noche, y se había ganado un descanso. Sin embargo, cuando se disponía a colgar, al otro lado levantaron el auricular.

-¿Johannson?

No hubo respuesta.

-¿Johannson? Soy Carnegie. -Ninguna respuesta-. Contésteme, maldita sea. ¿Quién es?

En los Laboratorios, el auricular cayó. No fue colocado otra vez en su receptáculo, sino que quedó sobre el banco. Al otro lado de la línea, Carnegie oyó claramente el agudo chillido de los monos.

-¿Johannson? -repitió-. ¿Está usted ahí? ¿Johannson?

Los monos siguieron chillando.

Con el material de *Niño Ciego* Welles había hecho dos montones en los fregaderos, y les había prendido fuego. Ardieron con entusiasmo. La espaciosa habitación se llenó de humo, calor y hollín; el aire se espesó. Cuando las fogatas ardían con fuerza, echó al fuego todas las cintas que logró encontrar y, para mayor seguridad, agregó también las notas de Johannson. Advirtió que en los archivos faltaban varias cintas. Lo único que mostrarían al ladrón eran unas cuantas escenas sugerentes de la transformación; el meollo del secreto seguía perteneciéndole. Destruidos los procedimientos y las fórmulas, sólo le quedaba echar al sumidero los restos de la sustancia y matar e incinerar a los animales.

Preparó una serie de hipodérmicas letales, realizando su tarea con un orden nada característico. Aquella destrucción sistemática le resultaba gratificante. No sentía remordimientos por la forma en que se habían desarrollado los acontecimientos. A partir de

aquel primer momento de pánico, cuando había observado impotente los pavorosos efectos del suero *Niño Ciego* en Jerome, hasta llegar a esta eliminación final del material, todo había sido un proceso paulatino de limpieza. Con aquellos fuegos ponía fin a toda pretensión de investigacion científica; después de aquello sería el indiscutible Apóstol del Deseo, san Juan en el desierto. Esta idea excluyó cualquier otra. Sin importarle los arañazos de los monos, los arrancó uno por uno de las jaulas y les aplicó la dosis mortal. Había despachado a tres y se disponia a abrir la jaula del cuarto, cuando en el vano de la puerta del laboratorio apareció una silueta. Resultaba imposible ver quién era en medio de la humareda. Los monos supervivientes parecieron reconocerlo; interrumpieron sus acoplamientos y le dieron la bienvenida con una ensordecedora batahola.

Welles no se movió, y espero a que el recién llegado avanzara.

-Me estoy muriendo -dijo Jerome.

Welles no se había imaginado aquello. Jerome era la última persona que había esperado encontrarse allí.

-¿Me ha oído? -preguntó.

Welles asintió, y repuso:

-Todos nos estamos muriendo, Jerome. La vida es una lenta enfermedad, ni más ni menos. Pero mientras dura, cuánta luz, ¿verdad?

-Sabía que esto ocurriría -le dijo Jerome-. Usted sabía que el fuego me consumiría.

-No -fue la sobria respuesta-. La verdad es que no lo sabía.

Jerome se apartó del vano de la puerta y avanzó hacia la luz mortecina. Estaba destrozado; era un retazo de hombre, llevaba sangre en el cuerpo y fuego en los ojos. Pero Welles no era tonto y no se fió de la aparente vulnerabilidad de aquel espantajo. La sustancia que llevaba en el cuerpo lo hacía capaz de realizar actos sobrehumanos; lo había visto destrozar a Dance con un par de golpes imperturbables. Debía proceder con tacto. Aunque se encontraba claramente al borde de la muerte, Jerome seguía siendo formidable.

-No quería esto, Jerome -le dijo Welles, procurando dominar el temblor de su voz-. En cierto modo, me gustaría decir que sí lo deseaba. Pero no fui tan previsor. Me ha llevado tiempo y muchos dolores comprender claramente el futuro.

El hombre ardiente lo observó, clavándole la mirada.

-Cuántos fuegos, Jerome, esperan ser encendidos.

-Lo sé... -replicó Jerome-.Créame..., lo sé.

-Tú y yo somos el fin del mundo.

El monstruo desgraciado reflexionó durante un instante y luego asintió lentamente. Welles exhaló un suave suspiro de alivio; la diplomacia ante el lecho de muerte funcionaba. Pero no podía perder el tiempo en conversaciones. Si Jerome estaba allí, las autoridades no andarían lejos.

-Amigo mío, tengo una tarea urgente que cumplir -le dijo con calma-. ¿Te parecerá una descortesía si continúo con mi trabajo?

Sin esperar su respuesta, abrió otra jaula y sacó al mono condenado, girando diestramente su cuerpo para facilitar la aplicación de la inyección. El animal se agitó violentamente entre sus brazos y luego murió. Welles desenganchó los deditos del mono de su camisa y lanzó el cuerpo y la hipodérmica vacía sobre el banco, volviéndose con destreza de verdugo en busca de su siguiente víctima.

-¿Por qué? -preguntó Jerome, mirando los ojos abiertos del animal.

-Por piedad -repuso Welles, recogiendo otra hipodérmica-. Puedes ver cuánto sufre.

Tendió la mano para abrir la siguiente jaula.

-No lo haga -le dijo Jerome.

-No hay tiempo para sentimentalismos -repuso Welles-. Te ruego que no insistas.

«Sentimentalismos», pensó Jerome, recordando vagamente las canciones de la radio que habían reavivado en él el fuego la primera vez. ¿Acaso Welles no comprendía que los procesos del corazón, la mente y los genitales eran indivisibles? ¿Que el sentimentalismo, por

Librodot

trillado que fuera, podía llevar a regiones inexploradas? Quiso decírselo, explicarle todo lo que había visto y todo lo que había amado en esas horas desesperadas. Pero las explicaciones se perdieron en algún punto entre la mente y la lengua. Lo único que logró articular, para expresar la empatía que lo unía al mundo doliente, cuando Welles abrió la otra jaula fue:

-No lo haga.

El doctor no le hizo caso, y metió la mano en el interior de la celda con malla de alambre. Contenía tres animales. Agarró al que estaba más cerca y lo arrancó de los brazos de sus compañeros en medio de las protestas. Sin duda sabía el destino que le aguardaba; una ráfaga de chillidos señaló su espanto.

Jerome no podía soportar aquella eliminación casual. Avanzó para impedir la matanza; la herida del costado era un tormento. Distraído por el avance de Jerome, Welles no logró sujetar su agitada presa; el mono se puso a dar saltos por los bancos. Cuando fue en su persecución, los prisioneros de la jaula aprovecharon y huyeron.

-Maldito seas -le grito Welles a Jerome-. ¿No ves que no tenemos tiempo? ¿No lo comprendes?

Jerome lo entendía todo, y sin embargo no entendía nada. La fiebre que compartía con los animales era algo que entendía; tambien entendía que su propósito era transformar el mundo. Pero no lograba comprender por qué tenía que acabar así esa dicha, esa visión, por qué tenía que reducirse todo a una sórdida habitación llena de humo y dolor, por qué tenía que reducirse todo a la desesperación, a la flaqueza. Supo que Welles, que había sido arquitecto de esas contradicciones, tampoco lo entendía.

Cuando el doctor intentó atrapar a uno de los monos huidos, Jerome se dirigió rápidamente a las demás jaulas y las abrió; los animales saltaron a la libertad. Welles había logrado capturar a sus presas y tenia sujetos a los vociferantes monos, dispuesto a administrarles la panacea. Jerome fue hacia el.

-Déjelos en paz -le gritó.

Welles introdujo la hipodérmica en el cuerpo del mono, pero antes de que pudiera tocar el émbolo, Jerome le tiró de la muñeca. La hipodérmica escupió su veneno en el aire, y cayó al suelo: le siguió el mono, que se retorció hasta liberarse.

Jerome atrajo a Welles hacia sí y le dijo:

-Le he dicho que los deje en paz.

Por toda respuesta, Welles le dio un puñetazo en el flanco herido. A Jerome se le saltaron las lágrimas de dolor, pero continuó sujetando al doctor. El estímulo, aunque desagradable, no logró convencerlo para soltar el corazón que latía tan cerca de él. Abrazando a Welles como a un hijo pródigo, deseó que se prendiera fuego, que el sueño de la carne ardiente se convirtiera en realidad, consumiendo al creador y a su obra en una única llama purificadora. Pero la carne de Jerome no era más que carne, sus huesos no eran más que huesos. Los milagros que había presenciado habían sido una revelación exclusiva, y no había tiempo para transmitir sus glorias y sus horrores. Lo que había visto moriría con él, para ser redescubierto, quizá, por algún ente futuro, para ser olvidado y redescubierto otra vez. Como la historia de amor narrada por la radio; la misma dicha perdida y encontrada, encontrada y perdida otra vez. Miró a Welles con nuevos ojos; oyó el aterrado latido de su corazon. El doctor se equivocaba. Si dejaba que viviera, se enteraría de su error. No eran vaticinadores del milenio. Ambos habían estado soñando.

-No me mates -suplicó Welles-. No quiero morir.

«Sigue engañándote», pensó Jerome, y lo soltó.

Welles estaba asombrado, no podía creer que su súplica hubiera sido escuchada. Esperando recibir un golpe a cada paso que daba, se alejó de Jerome, quien se limitó a darle la espalda al doctor y alejarse a su vez.

Desde abajo llegó un grito, y luego muchos más. La policía, adivinó Welles. Seguramente habrían encontrado el cuerpo del oficial que montaba guardia en la puerta. No tardarían en

subir. No quedaba tiempo para concluir el trabajo que había venido a realizar. Tenía que alejarse antes de que llegaran.

En el piso de abajo, Carnegie vio desaparecer escalera arriba a los oficiales armados. El aire olía a quemado; temió lo peor.

«Yo soy el hombre que llega después de los sucesos -pensó-; me paso la vida llegando al lugar del crimen cuando ya ha pasado lo mejor.» Acostumbrado como estaba a esperar, paciente como un perro leal, esta vez no logró controlar la ansiedad mientras los otros avanzaban. Haciendo caso omiso de las voces que le aconsejaban esperar, comenzó a subir la escalera.

El laboratorio del piso superior se hallaba vacío; sólo estaban los monos y el cadáver de Johannson. El toxicólogo había caído de bruces con el cuello roto. La salida de emergencia, que daba a una escalera de incendios, estaba abierta; el vano de la puerta se chupaba la humareda. Cuando Carnegie se alejó del cuerpo de Johannson, los oficiales ya estaban en la escalera de incendios, gritando a sus colegas de abajo que buscaran al fugitivo.

-¿Señor?

Carnegie miró al hombre que se le había acercado.

-¿Qué es eso?

El oficial señaló al otro extremo del laboratorio, a la sala de pruebas. En la ventana había alguien asomado. Carnegie reconoció las facciones, aunque habían cambiado mucho. Era Jerome. Al principio creyó que lo miraba, pero un breve examen le hizo desechar la idea. Jerome miraba su propia imagen reflejada en el vidrio manchado, con los ojos anegados en lágrimas. Mientras Carnegie lo observaba, la cara se alejó hacia las sombras de la sala.

Otros oficiales habían notado tambien la presencia del hombre. Se distribuyeron por el laboratorio, tomando posiciones detrás de los bancos, desde donde podían apuntar bien a la puerta, y prepararon las armas. En otras ocasiones Carnegie había estado presente en situaciones parecidas; eran situaciones con un impulso propio y terrible. A menos que interviniera, se derramaría sangre.

-Alto, no disparen -ordenó.

Apartó al oficial que protestaba y comenzó a cruzar el laboratorio, sin ocultar su avance. Dejó atrás los fregaderos en los que ardían los restos de *Niño Ciego*, y el banco debajo del cual, hacia mucho tiempo, había encontrado muerta a Dance. Un mono con la cabeza gacha se arrastró delante de él, aparentemente sordo a la proximidad de Carnegie. Dejó que la bestia encontrara un agujero donde morir, y luego avanzó hacia la puerta de la sala de pruebas. Estaba entornada. Puso la mano en el picaporte. A sus espaldas, el laboratorio se sumió en un completo silencio; todos los ojos estaban pendientes de él. Abrió la puerta de un empellón. Todos los índices tocaron los gatillos. No se produjo ningún ataque. Carnegie entró.

Jerome estaba de pie, apoyado contra la pared de enfrente. Si vio entrar a Carnegie, o si lo oyó, no dio señales de ello. A sus pies yacía un simio muerto; seguía sujetándole el dobladillo del pantalón con una manita. En un rincón había otro mono, lloriqueando con la cabeza entre las manos.

-¿Jerome?

¿Sería la imaginación de Carnegie, o había olor a fresas?

Jerome parpadeó.

-Queda usted arrestado -le informó Carnegie, y pensó que Hendrix apreciaría la ironía de la frase.

El hombre apartó la mano ensangrentada de la herida del costado, se la llevó a la bragueta y comenzó a acariciarse.

-Es demasiado tarde -repuso.

Sintió elevarse en él el último fuego. Si el intruso decidía atravesar la cámara y arrestarlo, los próximos segundos le impedirían la captura. La muerte estaba allí. Y ahora que la veía con claridad, ¿qué era? Otra seducción, otra dulce oscuridad que llenar, a la que dar placer y fertilizar.

Un espasmo le recorrió el perineo; un relámpago partió en dos direcciones desde ese lugar, subiéndole por el falo y por la columna vertebral. Una risotada salió de su garganta.

En el rincón de la sala, al oír la risa de Jerome, el mono comenzó a lloriquear otra vez. El sonido atrajo momentáneamente la atención de Carnegie, y cuando volvió a mirar a Jerome, los ojos miopes se habían cerrado, la mano había caído a un lado, y estaba muerto, de pie contra la pared. Durante un momento el cuerpo desafió la gravedad. Después, las piernas se doblaron con gracia y Jerome cayó hacia adelante. Carnegie notó que era un saco de huesos, o poco más. Era asombroso que hubiera vivido tanto.

Cautelosamente, se acercó al cuerpo y le puso el dedo en el cuello. No latía. Los restos de la última risotada de Jerome quedaron en su cara, negándose a desvanecerse.

-Dime una cosa... -susurró Carnegie al hombre, presintiendo que a pesar de haberse adelantado se había perdido lo mejor, que seguía siendo y que quizá seguiría siendo siempre un mero espectador de las consecuencias-. ¿Cuál era el chiste?

Pero el niño ciego, como tenían por costumbre los de su clan, no se lo dijo.

Librodot

LO PROHIBIDO

Como una impecable comedia, la elegancia de cuya estructura pasa inadvertida para quienes la viven, la perfecta geometría de la urbanización de la calle Spector sólo resultaba visible desde el aire. Caminar por sus melancólicos cañones, atravesar sus mugrientos corredores desde un rectángulo de cemento gris hasta el siguiente permitía descubrir muy poco que sedujera la vista o estimulara la imaginación. Los escasos árboles plantados en los cuadriláteros habían sido mutilados o arrancados de raíz hacía mucho tiempo; el cesped, aunque alto, se negaba resueltamente a mostrar un verde saludable.

No cabía duda de que la urbanización y sus dos edificios vecinos habían sido antaño el sueño de algún arquitecto. No cabía duda de que los urbanistas habían llorado de placer ante un diseño que albergaba a trescientas treinta y seis personas por hectárea y, a pesar de ello, se jactaba de contar con espacio para la zona de juegos de los niños. La calle Spector había permitido la formación de indudables fortunas y reputaciones, y durante su inauguración se habían pronunciado bonitas palabras, y se la había erigido en el patrón por el que se medirían todas las edificaciones futuras. Pero los urbanistas -una vez derramadas las lágrimas y pronunciadas las palabras- habían dejado a la urbanización abandonada a sus propios recursos, y los arquitectos se habían ido al otro extremo de la ciudad para ocupar las mansiones georgianas restauradas y, probablemente,jamás volvieron por allí.

Si hubieran aparecido, no se habrían avergonzado del deterioro de la urbanización. Sin duda argumentarían que la hija de sus esfuerzos mentales continuaba siendo brillante como nunca: sus geometrías seguían tan exactas, sus proporciones tan calculadas; era la gente la que había arruinado la calle Spector. No les habría faltado razón en tales acusaciones. Pocas veces había visto Helen un medio urbano tan vandalizado. Las farolas estaban hechas añicos, las cercas de los jardines traseros arrancadas de cuajo; los coches cuyas ruedas y motores habían sido eliminados y cuyos chasis habían sido quemados bloqueaban las entradas de los garajes. En un patio, tres o cuatro chalets de una planta habían sido enteramente destruidos por el fuego, y sus ventanas y puertas tapiadas con tablones y hierro acanalado.

Lo más asombroso de todo eran los *graffiti*. Eso había venido a ver, animada por los comentarios de Archie sobre el lugar. No se sintió defraudada. Resultaba difícil de creer, observando las múltiples capas de dibujos, nombres, obscenidades y dogmas garabateados y rociados sobre cada ladrillo disponible, que la calle Spector sólo tuviera tres años y medio. Las paredes, hacía poco virgenes, estaban tan profundamente estropeadas que el Departamento de Limpieza del Ayuntamiento no podía esperar jamás restituirles su anterior condición. Una capa de pintura blanca para tapar aquella cacofonía visual sólo ofrecería a los escribas una superficie nueva, y más tentadora, sobre la cual dejar sus marcas.

Helen estaba en el séptimo cielo. Cada rincón que descubría ofrecía nuevo material para su tesis: *Graffiti: semiótica de la desesperación urbana*. Se trataba de un tema que conjugaba sus dos disciplinas preferidas –la sociología y la estética-, y mientras recorría la urbanización comenzó a preguntarse si no habría ya algún libro, además de su tesis, sobre el tema. Se paseó de patio en patio, copiando muchas de las frases más interesantes y apuntando su ubicación. Volvió a su coche para recoger la cámara y el trípode y regresó a la zona más fértil, para tomar un completo registro visual de las paredes.

Fue una tarea ardua. No era una experta fotógrafa, y el cielo de finales de octubre cambiaba por momentos, y la luz que caía sobre los ladrillos también fluctuaba. Mientras ajustaba y reajustaba la exposición para compensar los cambios de luz, sus dedos se volvieron más y más torpes y sus ánimos fueron mermando. Pero prosiguió la lucha, a pesar de la curiosidad ociosa de los viandantes. Había tantos diseños por documentar... Se recordó que la incomodidad presente sería ampliamente recompensada cuando le enseñara las diapositivas a Trevor, que desde el principio había dudado abiertamente de la validez del proyecto.

-¿Las inscripciones en las paredes? -había dicho con una de esas medias sonrisas suyas, tan irritantes-. Ya se ha tratado el tema cientos de veces.

Era verdad, claro, y sin embargo no del todo. Sin duda había trabajos doctos sobre los *graffiti*, plagados de jerga sociológica: privación de los derechos culturales, alienación urbana. Pero se hizo la ilusión de que entre aquella maraña de escrituras encontraría algo que los demas analistas habían pasado por alto: tal vez una convención unificadora que pudiera utilizar como idea conductora de su tesis. Sólo una esmerada catalogación y un cotejo de las frases e imágenes que tenia ante sí revelaría esa correspondencia: de ahí la importancia del estudio fotográfico. Habían trabajado allí tantas manos, tantas mentes habían dejado su señal, aunque fuera casual... Si lograba encontrar un patrón, un motivo predominante, la tesis llamaría la atención, y a su vez, ella también.

-¿Qué está haciendo? -preguntó una voz a sus espaldas.

Abandonó sus cálculos y vio a una joven mujer con un cochecito de bebé, de pie en la acera. Parecía cansada y contraída por el frío. En el cochecito, el niño protestaba; sus dedos sucios aferraban una piruleta de naranja y el envoltorio de una barra de chocolate. El chocolate y los restos de dulces anteriores aparecían exhibidos en la pechera del abrigo.

Helen sonrió débilmente a la mujer; al parecer le hacía falta.

-Estoy fotografiando las paredes -repuso en contestación a la pregunta inicial, aunque aquello resultaba perfectamente evidente.

La mujer -apenas tendría veinte años- volvió a preguntar:

-¿Se refiere usted a la mugre?

-Las inscripciones y los dibujos -dijo Helen, y luego agregó-: Sí, la mugre.

-¿Es usted del Ayuntamiento?

-No, de la universidad.

-Es un asco la forma en que lo ensucian todo -comentó la mujer-. Y no son sólo los niños.

-¿No?

-Personas mayores. Hombres adultos. Les importa un pimiento. Lo hacen a plena luz del día. Cualquiera puede verlos... a plena luz. –Echó una mirada al niño, que afilaba la piruleta en el suelo-. ¡Kerry! -le gritó, pero el niño no le hizo caso-. ¿Van a limpiarlo? -le preguntó a Helen.

-No lo sé -repuso ésta, y reiteró-: Soy de la universidad.

-Ah -dijo la mujer, como si se tratara de un dato nuevo-, ¿entonces no tiene nada que ver con el Ayuntamiento?

-No.

-Algunos son obscenos, ¿no? Sucios de verdad. Me da apuro ver las cosas que dibujan.

Helen asintió, echando un vistazo al niño. Kerry había decidido guardarse la piruleta en la oreja.

-Pero ¿qué haces? -le gritó su madre, y se inclinó para pegarle en la mano.

El golpe, que fue muy leve, hizo aullar al niño. Helen aprovechó para dedicarse otra vez a la cámara. Pero la mujer seguía con ganas de charlar.

-Y no pintan sólo por fuera -comentó.

-¿Cómo dice? -inquirió Helen.

-Entran en los apartamentos cuando quedan vacíos. El Ayuntamiento intentó tapiarlos, pero no sirvió de nada. Entran de todos modos. Los usan como lavabo y escriben más porquerías en las paredes. Y encienden fuegos. Después no hay quien pueda vivir allí.

La descripción despertó la curiosidad de Helen. ¿Acaso los *graffiti* de las paredes interiores serían sustancialmente distintos de los de afuera? Sin duda, merecía la pena investigarlo.

-¿Conoce algún lugar así por aquí cerca?

-¿Apartamentos vacíos, quiere decir?

-Con *graffiti*.

-Al lado de mi casa hay uno o dos -comentó la mujer-. Vivo en Butts' Court.

-¿Podría enseñármelos? -inquirió Helen.

La mujer se encogió de hombros.

-A propósito, me llamo Helen Buchanan.

-Anne-Marie -repuso la madre.

-Le agradecería mucho que pudiera indicarme uno de esos apartamentos vacíos.

Anne-Marie se sintió abrumada por el entusiasmo de Helen, y no intentó ocultarlo, pero volvió a encogerse de hombros y repuso:

-No hay mucho que ver, es lo mismo que hay aquí afuera.

Helen recogió su equipo y caminaron juntas por los corredores que separaban un bloque del siguiente. Aunque la urbanización no tenía mucha altura -cada bloque contaba con sólo cinco pisos-, el efecto de cada cuadrilátero era horriblemente claustrofóbico. Los pasillos y las escaleras eran el sueño de los ladrones; estaban plagados de puntos muertos y túneles mal iluminados. Las instalaciones para las basuras -conductos que bajaban de los pisos superiores por los que se podían arrojar las bolsas de basura- habían sido clausuradas hacía tiempo, porque resultaban mortales en caso de incendio. En los corredores se apilaban las bolsas de plástico llenas de basura, muchas de ellas abiertas por los perros vagabundos y su contenido esparcido por el suelo. A pesar del frío, el olor que desprendían resultaba desagradable. En pleno verano debía de ser abrumador.

-Vivo al otro lado -dijo Anne-Marie, señalando más allá del cuadrilátero-. En el de la puerta amarilla. -Señaló el lado opuesto de la plazoleta-. A cinco o seis chalets del extremo opuesto -dijo-. Hay dos que están vacíos. Ya hace unas semanas que se fueron. Una de las familias se mudó a Ruskin Court; la otra se marchó de noche.

Dicho lo cual, le dio la espalda a Helen, empujó a Kerry, dedicado ahora a empapar de saliva el lateral del cochecito, y se dirigió hacia el cuadrilátero.

-Gracias -le gritó Helen.

Anne-Marie echó un breve vistazo por encima del hombro, pero no contestó. Azuzado su apetito, Helen avanzó entre la fila de chaletitos de una planta, muchos de los cuales, aunque habitados, daban escasas señales de ello. Las cortinas estaban echadas, no había botellas de leche en el escalón de las puertas, ni juguetes abandonados donde los niños habían estado jugando con ellos. En realidad, no había nada de vida. Resultaba sorprendente comprobar que habían rociado más *graffiti* en las puertas de las casas ocupadas. Examinó rápidamente las inscripciones, en parte porque temía que se abrieran las puertas mientras estudiaba una selección de obscenidades pintadas en ellas, pero más porque estaba ansiosa por ver qué revelaciones le ofrecerían los apartamentos vacíos.

Un maligno olor de orina, nueva y añeja, le dio la bienvenida en el umbral del número 14, y camuflado le llego el aroma de pintura y plástico quemado. Vaciló un instante, preguntándose si sería conveniente entrar en el chalet. El territorio de la urbanización que había dejado atrás era indiscutiblemente extranjero, sellado en su propia miseria, pero las habitaciones que tenía en frente resultaban mucho más amenazantes, una oscura maraña que sus ojos apenas lograban penetrar. Sin embargo, cuando le faltó coraje, pensó en Trevor y en las ganas que tenía de acallar su condescendencia. Con estas reflexiones, entró en el lugar, pateando deliberadamente un trozo de madera chamuscado, con la esperanza de advertir a algún posible ocupante para que se mostrara.

Sin embargo, no había sonidos de ocupación. Mas confiada, comenzó a explorar la habitación del frente del chalet, que había sido -a juzgar por los restos de un sofa despanzurrado ubicado en un rincón y la raída alfombra- la sala. Tal como Anne-Marie prometiera, las paredes de color verde claro habían sido muy estropeadas por escribas menores -contentos de trabajar con pluma o con la crudeza del carbón obtenido del sofá- y por otros con mayores aspiraciones, que las habían rociado con una docena de colores.

Algunos de los comentarios eran de interés, aunque muchos ya aparecían afuera. Se repetían nombres familiares y algunos pareados. Aunque jamás había visto a aquellos individuos, sabia con qué ardor Fabian J. deseaba desvirgar a Michelle; y que Michelle, a su vez, estaba caliente por un tipo llamado señor Sheen. Aquí, como afuera, un hombre llamado Rata Blanca se jactaba de sus atributos, y en pintura roja se prometía el regreso de los

Librodot

Hermanos Syllabub. Uno o dos de los dibujos que acompañaban a estas frases -o al menos se hallaban junto a ellas- resultaron de especial interés. Estaban impregnados de una sencillez casi emblemática. Junto a la palabra *Christos* había un hombre delgado con el pelo irradiándole de la cabeza como espinas, y en cada espina más cabezas empaladas. Muy cerca había un dibujo de un acto sexual, tan brutalmente reducido que, al principio, Helen lo interpretó como un cuchillo hundiéndose en un ojo ciego. Pero aunque las imágenes eran fascinantes, en la habitación no había luz suficiente como para sacar fotos sin flash. Si deseaba un registro fiable de aquellos descubrimientos, tendría que volver, y conformarse ahora con una simple exploración del lugar.

El chalet no era demasiado espacioso, pero las ventanas habían sido tapiadas, y mientras se alejaba de la puerta principal, la escasa luz se extinguió del todo. El olor a orina, que en la puerta ya era fuerte, se intensificó, hasta que, cuando llegó al fondo de la sala y enfiló por un corto corredor hacia otro cuarto, llegó a parecerle empalagoso como el incienso. Al ser el más alejado de la puerta principal, ese cuarto era también el más oscuro, y tuvo que esperar unos momentos en la desordenada oscuridad para acostumbrarse a ella. Imaginó que habría sido el dormitorio. Los pocos muebles que los residentes habían dejado estaban completamente destrozados. Sólo el colchón había quedado relativamente intacto, y estaba en un rincón del dormitorio, entre una maraña de mantas, periódicos y restos de vajilla.

Afuera, el sol encontró un hueco entre las nubes, y dos o tres rayos se deslizaron entre las tablas clavadas en la ventana del dormitorio y traspasaron el cuarto como anunciaciones, pintando unas líneas brillantes en la pared opuesta. Los autores de los *graffiti* habían trabajado allí a sus anchas: el acostumbrado clamor de las palabras de amor y las amenazas. Escrutó rápidamente la pared, y al hacerlo, los rayos de luz la condujeron a la pared opuesta, en la que se hallaba la puerta por la que había entrado.

Allí, los artistas también habían trabajado a sus anchas, pero habían producido una imagen que no había visto en ninguna otra parte. Utilizando la puerta centrada en la pared como boca, los dibujantes habían pintado una enorme cabeza en el yeso desnudo. El dibujo era más correcto que los que había visto antes; estaba plagado de detalles que le daban a la imagen una veracidad inquietante. Los huesos de los pómulos se marcaban bajo la piel color mantequilla; los dientes -afilados en puntas irregulares- convergían todos hacia la puerta. Los ojos del modelo, debido al bajo techo del cuarto, se encontraban a poca distancia del labio superior, pero ese ajuste físico no hacía sino otorgarle fuerza a la imagen, y daba la impresión de tener la cabeza echada hacia atrás. Por el techo había mechones enredados de pelo que salían serpenteando del cuero cabelludo.

¿Sería un retrato? Había algo incómodamente específico en los detalles de las cejas y las líneas alrededor de la boca, en la cuidadosa reproducción de aquellos dientes malignos. Sin duda una pesadilla: un facsímil tal vez, de alguna cosa entrevista en una fuga de heroína. Fueran cuales fuesen sus orígenes, era potente. Hasta la ilusión de la puerta utilizada como boca funcionaba. El corto pasillo entre la sala y el dormitorio hacía las veces de garganta, con una lámpara rota en lugar de amígdalas. Más allá del gaznate, el día ardía blanqueado en el vientre de la pesadilla. Todo el efecto recordaba una pintura de tren fantasma. La misma deformidad heróica, la misma desvergonzada intención de asustar. Y funcionaba. Se quedó en el dormitorio, estupefacta ante el dibujo; aquellos ojos bordeados de rojo la miraban despiadadamente. Decidió que al día siguiente volvería con película de alta velocidad y un flash para iluminar la obra maestra.

Mientras se disponía a partir, el sol desapareció y las bandas de luz se extinguieron. Echó un vistazo por encima del hombro a las ventanas tapiadas, y por primera vez vio que en la pared habían pintado una sentencia de cuatro palabras.

Dulces para los dulces, decía. La cita le resultaba familiar, pero no recordaba su origen. ¿Sería una declaración de amor? Si lo era, resultaba un lugar extraño para semejante confesión. A pesar del colchón ubicado en un rincón, y de la relativa intimidad del cuarto, no lograba imaginarse al pretendido destinatario de tales palabras entrar allí para recibir su

ramillete. Ningún amante adolescente, por más ardor que tuviera, se acostaría allí a jugar a papás y a mamás, y menos bajo la mirada del aterrador dibujo de la pared. Se acercó para examinar la inscripción. La pintura era del mismo tono rosado que habían utilizado para dar color a las encías del hombre aullador. ¿Acaso habría sido la misma mano quien la aplicara?

A sus espaldas se produjo un ruido. Se volvió con tanta rapidez que a punto estuvo de enredarse en el colchón cubierto de mantas revueltas.

-¿Quién...?

Al otro extremo de la garganta, en la sala, había un niño de seis o siete años con las rodillas plagadas de costras secas. Miraba fijamente a Helen; le brillaban los ojos en la semioscuridad, como si esperara que le hablaran.

-¿Sí?

-Dice Anne-Marie que si quieres una taza de té -anunció sin pausa ni entonación.

Le daba la impresión de que hacía horas que había hablado con la mujer. Sin embargo, agradecía la invitación. La humedad del chalet le había dado frío.

-Sí... -le dijo al niño-. Sí, gracias.

El niño no se movió, se limitó a seguir mirándola.

-¿Vas a llevarme hasta su casa? -le preguntó.

-Si quieres... -repuso, incapaz de demostrar una pizca de entusiasmo.

-Me gustaría mucho.

-¿Estás haciendo fotos? -le preguntó.

-Sí, pero no aquí dentro.

-¿Por qué no?

-Porque está muy oscuro.

-¿No puedes hacer en la oscuridad? -inquirió.

-No.

El niño asintió, como si la información encajara en su esquema de las cosas, y se dio media vuelta sin añadir una sola palabra más; estaba claro que esperaba que Helen lo siguiera.

Si se había mostrado taciturna en la calle, en la intimidad de su cocina Anne-Marie fue todo lo contrario. Su velada curiosidad había desaparecido, para ser reemplazada por un torrente de palabras vivaces y un constante ir y venir para realizar una docena de pequeñas tareas domésticas, como un malabarista que hiciera girar varios platos simultáneamente. Helen observó aquel acto de equilibrio con cierta admiración: sus propias habilidades domésticas eran escasas. Finalmente, la conversación se centró en el tema que había llevado allí a Helen.

-¿Por qué quiere hacer esas fotos? -le preguntó Anne-Marie.

-Estoy escribiendo sobre los *graffiti*. Las fotos ilustrarán mi tesis.

-No es muy bonito.

-No, tiene razón, no lo es. Pero me resulta interesante.

Anne-Marie meneó la cabeza y comentó:

-Odio toda la urbanización. No es un sitio seguro. Nos roban ante la puerta de nuestras casas. Día tras día, los niños prenden fuego a las basuras. El verano pasado los bomberos tuvieron que venir hasta dos y tres veces al día; finalmente, clausuraron los conductos de basuras. Ahora la gente deja las bolsas en los pasillos, y eso atrae a las ratas.

-¿Vive aquí sola?

-Sí, desde que Davey me abandonó.

-¿Su marido?

-Es el padre de Kerry, pero no estamos casados. Vivimos juntos dos años. Pasamos buenos momentos. Un día, cuando yo estaba en casa de mi madre con Kerry, se levantó y se marchó. -Miró fijamente en la taza de té-. Estoy mejor sin él. Pero a veces tengo miedo. ¿Quiere más té?

Librodot

-No, gracias, no tengo tiempo.

-Sólo una taza -insistió Anne-Marie, que ya se había puesto de pie para desenchufar la tetera eléctrica y llenarle la taza. Cuando iba a abrir el grifo, vio algo en el escurreplatos de la encimera y lo aplastó con el pulgar-. Te cacé, bicho -dijo, y luego, volviéndose a Helen, agregó-: Tenemos hormigas.

-¿Hormigas?

-Toda la urbanización esta infectada. Vienen de Egipto; hormigas faraónicas, se llaman. Son unos bichos marrones, asquerosos. Crían en los conductos de la calefacción central, y por ahí se meten en todos los apartamentos. Está plagado de hormigas.

A Helen le resultó cómico aquel exotismo improbable (¿hormiga de Egipto?), pero no dijo nada. Anne-Marie se asomó a la ventana de la cocina y miró hacia el patio trasero.

-Debería decirles... -comentó, aunque Helen no sabía exactamente a quién tenía que decírselo-, debería decirles que la gente normal ya no puede andar por las calles...

-¿Tan mal están las cosas? -inquirió Helen, cansada ya de aquel catálogo de desgracias.

Anne-Marie se apartó del fregadero y la miró fijamente.

-Hemos tenido asesinatos.

-¿De veras?

-hubo uno en el verano. Era un viejo de Ruskin. Eso está aquí cerca. No lo conocía, pero era amigo de la hermana de mi vecina. No me acuerdo cómo se llamaba.

-¿Y fue asesinado?

-Lo cortaron a trocitos en su propia casa. Tardaron casi una semana en encontrarlo.

-¿Qué me dice de sus vecinos? ¿No notaron su ausencia?

Anne-Marie se encogió de hombros, como si después de referirle los datos más importantes -el asesinato y el aislamiento del hombre- toda otra indagación del problema resultara irrelevante. Pero Helen insistió.

-A mí me parece raro.

Anne-Marie enchufó la tetera llena y, sin inmutarse, repuso:

-Pues ocurrió.

-No digo que no, sino que...

-Le habían sacado los ojos -le informó, antes de que Helen pudiera formular otras dudas.

Helen dio un respingo y con un hilo de voz dijo:

-No.

-Es la pura verdad -insistió Anne-Marie-. Y eso no es lo único que le hicieron. -Hizo una pausa para intensificar el efecto y luego añadió-: Una se pregunta qué clase de gente es capaz de semejantes barbaridades, ¿no?

Helen asintió. Estaba pensando precisamente lo mismo.

-¿Encontraron al culpable?

Anne-Marie soltó un bufido para expresar su menosprecio.

-A la policía le importa un pepino lo que pasa aquí. Siempre que pueden se mantienen alejados de la urbanización. Cuando patrullan lo único que hacen es encerrar a los chicos por emborracharse y esas cosas. Tienen miedo. Por eso se mantienen alejados.

-¿Miedo del asesino?

-Puede ser. Además, tenía un gancho.

-¿Un gancho?

-Sí, el hombre que lo hizo tenía un gancho, como Jack el Destripador.

Helen no era experta en asesinatos, pero estaba segura de que el Destripador nunca había llevado un gancho. Le pareció una grosería dudar de la veracidad de la historia de Anne-Marie, aunque en silencio se preguntó cuánto habría de invención en todo ello, en lo de los ojos arrancados, el cuerpo pudriéndose en el apartamento, el gancho. Lo cierto era que hasta el más escrupuloso de los reporteros sentía la tentación de embellecer una historia de vez en cuando.

Librodot

Anne-Marie se había servido otra taza de té y se disponía a hacer lo mismo para su invitada.

-No, gracias -dijo Helen-. Tengo que irme.

-¿Está casada? -preguntó Anne-Marie de repente.

-Sí. Con un catedrático de la universidad.

-¿Cómo se llama?

-Trevor.

Anne-Marie se sirvió dos cucharadas colmadas de azúcar y le preguntó:

-¿Va usted a volver?

-Eso espero. Será más adelante, esta misma semana. Quiero hacer unas fotos de los dibujos que hay en el chalet al otro lado de la plazoleta.

-Venga a verme.

-Lo haré. Gracias por su ayuda.

-De nada -repuso Anne-Marie-. A alguien hay que contárselo, ¿no?

-Parece ser que el hombre tenía un gancho en lugar de una mano.

Trevor levantó la vista del plato de *tagliatelle con prosciutto.*

-¿Cómo dices?

Helen había hecho un gran esfuerzo por evitar que su narración de la historia se viera teñida por su propia reacción. Tenía interés en saber qué deducción sacaría Trevor, y sabia que si indicaba su posición en el asunto, instintivamente él le llevaría la contraria.

-Tenía un gancho -repitió sin inflexión alguna.

Trevor dejó el tenedor y se tiró de la nariz, olisqueando.

-Yo no he leído nada de todo eso.

-No lees la prensa local -replicó Helen-. Yo tampoco. Tal vez nunca se publicó en los diarios nacionales.

-¿Anciano asesinado por nianiaco con mano de gancho? –dijo Trevor, saboreando la hipérbole-. Yo diría que es material para la prensa. ¿Y cuándo se supone que ocurrió todo?

-Algún día del verano pasado. Tal vez fue cuando estábamos en Irlanda.

-Tal vez -dijo Trevor, y volvió a coger el tenedor.

Inclinado sobre su ración, los lentes pulidos de sus gafas sólo reflejaron el plato de pasta y jamón picado que tenía enfrente, y no sus ojos.

-¿Por qué dices tal vez? -insistió Helen.

-Porque me suena que algo no funciona. En realidad me parece absurdo.

-¿No te lo crees? -preguntó Helen.

Trevor levantó la vista del plato y con la lengua rescató un trocito de *tagliatelle* de la comisura de los labios. Su rostro se había relajado, adquiriendo esa expresión no comprometida típica en él, la misma cara que ponía cuando escuchaba a sus estudiantes.

-¿Tú te lo crees? -le preguntó a Helen.

Era uno de sus ardides típicos para ganar tiempo, otro truco de seminario: interrogar al interrogador.

-No estoy -segura repuso Helen, demasiado preocupada por encontrar un asidero firme en aquel mar de dudas como para gastar energías en ganar puntos.

-Pues olvídate del asunto... -sugirió Trevor, dejando la comida para beberse otro vaso de vino tinto-. ¿Qué me dices de la persona que te lo contó? ¿Te inspiró confianza?

Helen recordó la expresión ansiosa de Anne-Marie mientras narraba la historia del asesinato del viejo.

-Sí, creo que me habría dado cuenta si me hubiera mentido.

-¿Y por qué tiene tanta importancia? Quiero decir, ¿por qué es tan importante si te mintió o no? ¿Qué diablos importa?

Librodot

Era una pregunta razonable, aunque su formulación resultaba irritante. ¿Por qué le importaba? ¿Acaso deseaba que sus peores presentimientos sobre la calle Spector fueran falsos? Que aquella urbanización fuera sucia, no tuviera esperanza, fuera un estercolero donde se ocultaba a la vista del público a los indeseables y a los pobres, todo eso era una tri vialidad liberal, y la aceptaba como una realidad social desagradable. Pero la historia del asesinato y la mutilación del anciano era algo distinto. Una imagen de muerte violenta que se negaba a abandonarla.

Muy a su pesar se dio cuenta de que aquella confusión se le reflejaba en la cara, y que Trevor la miraba desde el otro lado de la mesa con expresión reprobatoria.

-Si tanto te molesta -le dijo-, ¿por que no vuelves al barrio y preguntas por ahí, en vez de jugar al me lo creo o no me lo creo durante la cena?

No pudo evitar enfadarse.

-Creí que te gustaban los acertijos -le espeto.

Él le lanzó una mirada hosca.

-Has vuelto a equivocarte.

No era mala sugerencia eso de que investigara, aunque no cabía duda de que tenía motivos ocultos. A medida que pasaba el tiempo veía a Trevor cada vez menos caritativo. Lo que en otra época había considerado como un furibundo compromiso con el debate le parecía ahora un despliegue de fuerzas con fines coercitivos. Discutía, no por la emocion de la dialéctica, sino porque era patológicamente competitivo. Lo había visto en muchísimas ocasiones adoptar posturas que sabía a ciencia cierta que no compartía. simplemente por el gusto de provocar al contrario. Lamentablemente, no era el único que practicaba aquel deporte. El mundo académico era una de las ultimas plazas fuertes de quienes malgastaban profesionalmente el tiempo. En ocasiones, el círculo de sus amistades parecía dominado totalmente por idiotas educados, perdidos en un erial de retórica gastada y compromisos vacíos.

Volvió a la calle Spector al día siguiente, armada del flash, el trípode y película sensible. Soplaba viento del Artico; su furia aumentaba al quedar atrapado en la maraña de pasillos y patios. Se dirigio al número 14 y se pasó la siguiente hora en sus sucios confines, fotografiando meticulosamente las paredes del dormitorio y de la sala. En el fondo había abrigado la esperanza de que el hecho de haberla visto hiciera que la cabeza del dormitorio perdiese parte de su impacto, pero no fue así. Aunque se esforzó por captarla en detalle lo mejor que pudo, sabía que las fotos no serían más que un pálido reflejo de aquel grito perpetuo.

Gran parte de su poder residía en el contexto. Que uno pudiera toparse con semejante imagen en un medio tan deslustrado y monótono, tan carente de misterio, era como encontrar un icono en una pila de basura, un símbolo reluciente de trascendencia en un mundo de afanes y ruinas que se proyectaba en un reino mas oscuro, más tremendo. Fue dolorosamente consciente de que la intensidad de su reacción desafiaba su forma de articularla. Su vocabulario era analítico, repleto de palabras altisonantes y de terminología académica, pero abrumadoramente empobrecido cuando se trataba de evocar alguna cosa. Las fotos, por pálidas que fueran, al menos darían una idea de la potencia del dibujo, aunque no lograsen reflejar la forma en que helaba la sangre.

Cuando salió del chalet el viento era más tremendo que nunca, pero el niño que esperaba fuera -el mismo que la había guiado el día anterior- iba vestido de primavera. Hizo muecas para mantener a raya los temblores.

-Hola -lo saludó Helen.

-Esperaba -anunció el chico.

-¿Esperabas?

-Anne Marie dijo que volverías.

-No pensaba hacerlo hasta finales de esta semana -comentó Helen-. Podrías haber esperado mucho tiempo.

La mueca del niño se relajó un poco y dijo:

-Es igual. No tengo nada que hacer.

-¿Y la escuela qué?

-No me gusta -repuso el niño, como si no se sintiera obligado a ser educado si la cosa no era de su gusto.

-Ya entiendo -dijo Helen, y comenzó a caminar por el costado del cuadrilátero.

El chico la siguió. En el parche de césped del centro del cuadrilátero habían apilado varias sillas y dos o tres arbolitos.

-¿Y esto? -inquirió a media voz.

-Para la noche de las hogueras -le informó el niño-. Es la semana que viene.

-Ah, sí.

-¿Vas a visitar a Anne-Marie? -le preguntó.

-Sí.

-No está en casa.

-¿Estás seguro?

-Sí.

-Bueno, tal vez puedas ayudarme... -Se detuvo y se dio la vuelta para mirar al niño de frente.. tenía ojeras de cansancio-. Me he enterado de que asesinaron a un anciano por aquí cerca. El verano pasado. ¿Sabes algo de eso?

-No.

-¿Nada de nada? ¿No recuerdas haber oído que habían matado a alguien?

-No -repuso otra vez el niño, en un notable tono conclusivo-. No me acuerdo.

-Bueno, gracias de todos modos.

Esta vez, cuando volvió sobre sus pasos rumbo al coche, el chico no la siguió. Pero cuando dobló la esquina para alejarse del cuadrilátero, miró atrás y vio que seguía de pie donde lo había dejado, mirándola como si fuera una loca.

Para cuando hubo llegado al coche y guardado el equipo fotográfico en el maletero, en el viento había gotas de lluvia, y se sintió muy tentada de olvidar que había oído la historia de Anne-Marie y volver a su casa, donde hallaría café caliente aunque la bienvenida fuera fría. Pero necesitaba una respuesta a la pregunta que le formulara Trevor la noche anterior. «¿Te lo crees?», le había preguntado cuando le contó la historia. Entonces no había sabido contestarle, y seguía sin saberlo. Tal vez (¿por qué lo presentía así?) en este caso la terminología de la verdad verificable sería redundante, tal vez la respuesta definitiva a esta pregunta no fuera una respuesta, sino otra pregunta. En ese caso, daba igual. Ella lo averiguaría.

Ruskin Court era tan solitario como sus compañeros, si no más. Ni siquiera lucía una hoguera. En el balcón del tercer piso, una mujer entraba la colada antes de que se pusiera a llover. En el césped del centro del cuadrilátero dos perros se apareaban con aire ausente; la perra miraba fijamente hacia el cielo vacío. Mientras avanzaba por la acera desierta, contrajo la cara con determinación; una mirada llena de carácter, le había dicho una vez Bernadette, un ataque refrenado. Cuando vio a las dos mujeres hablando en el extremo opuesto de la plazoleta, se acercó a ellas rápidamente, agradecida por su presencia.

-Disculpen.

Las mujeres de mediana edad interrumpieron su animada conversación y la miraron de arriba abajo.

-¿Podrían ayudarme?

Sintió cómo la sopesaban y olió su desconfianza; no intentaron ocultarlo. Una de las dos, la de cara rubicunda, inquirió sin rodeos:

-¿Qué quiere?

De repente, Helen sintió que había perdido la habilidad de caer bien. ¿Qué podía decirles a aquellas dos mujeres que no consideraran truculento?

-Me comentaron... -empezó a decir, y se detuvo, consciente de que ninguna de las dos la ayudaría-. Me comentaron que por aquí cerca hubo un asesinato. ¿Es cierto?

La rubicunda enarcó las cejas, tan depiladas que apenas se veían.

-¿Un asesinato? -inquirió.

-¿Es usted de algún diario? -preguntó la otra mujer.

Los años le habían amargado las facciones de tal modo que ya no había quien las endulzara. La boca pequeña estaba surcada de profundas arrugas, el pelo, teñido de moreno, presentaba medio centímetro de raíces grises.

-No, no soy de ningún diario -repuso Helen-. Soy amiga de Anne-Marie, de Butts' Court.

Hacerse pasar por amiga de Anne Marie era estirar mucho la verdad, pero aquello ablandó un poco a las mujeres.

-¿Está usted de visita? -preguntó la mujer rubicunda.

-En cierto modo...

-Se ha perdido los días cálidos que tuvimos...

-Anne-Marie me comentó que habían asesinado a alguien por aquí cerca, el verano pasado. Y sentí curiosidad.

-¿No me diga?

-¿Sabe usted algo?

-Por aquí pasan muchas cosas -comentó la segunda mujer-. Y no nos enteramos ni de la mitad.

-Entonces es cierto -dijo Helen.

-Tuvieron que clausurar los baños -terció la primera mujer.

-Sí, eso hicieron -dijo la otra.

-¿Los baños? -inquirió Helen.

¿Qué tenía eso que ver con la muerte del anciano?

-Fue terrible -dijo la primera-. Maureen, ¿fue tu Frank quien te lo contó?

-No, no fue Frank. Frank sigue embarcado. Fue la señora Tyzack.

Una vez establecida la identidad de la testigo, Maureen dejó que su amiga continuara con la historia y se dedicó a mirar a Helen. De sus ojos aún no se había borrado la sospecha.

-Eso fue hace dos meses -dijo Josie-. Más o menos a finales de agosto. Era agosto, ¿no? -Miró a la otra mujer en busca de una verificación-. Maureen, a ti se te dan bien las fechas.

Maureen se mostró incómoda, claramente renuente a prestar testimonio.

-No me acuerdo.

-Me gustaría saberlo -dijo Helen.

A pesar de la renuencia de su amiga, Josie estaba ansiosa por darle gusto.

-Hay unos lavabos justo delante de las tiendas..., ya sabe, lavabos públicos. No estoy muy segura de cómo ocurrió todo, pero había un chico..., bueno, no era exactamente un chíco, seria un muchacho de veinte años o más, pero era... -Buceó para encontrar la palabra correcta-. Retrasado mental, supongo que se dice. Su madre tenía que llevárselo a todas partes como si tuviera cuatro años. En fin, que lo dejó ir al lavabo mientras ella entraba en el supermercado aquel, ¿cómo se llama?

Se volvió hacia Maureen para que se lo dijera, pero ésta le devolvió la mirada sin ocultar su desaprobación. Sin embargo, Josie no quiso disciplinarse.

-Ocurrió en pleno día -le dijo a Helen-. En fin, que el chico fue al lavabo, mientras la madre estaba en el supermercado. Al cabo de un rato, ya sabe cómo son las cosas, la mujer está entretenida comprando y se olvida del chico, y de repente se da cuenta de que hace rato que el chico ha salido al lavabo...

En ese punto, Maureen no logró evitar meterse en la conversacion; la precisión de la historia venció su cautela.

-Se puso a discutir -corrigió a Josie-. Discutió con el encargado del supermercado, porque le habían vendido tocino en mal estado. Por eso tardó tanto...

-Ya entiendo -dijo Helen.

-De todos modos, terminó con las compras -prosiguió Josie-, y cuando salió, su hijo todavía no había vuelto...

-Entonces le preguntó a alguien del supermercado... -comenzó a decir Maureen.

Pero Josie no iba a permitir que le arrebataran la narración en ese punto vital.

-Le pidió a uno de los hombres del supermercado -repitió, cubriendo la intervención de Maureen- que fuera a los lavabos a buscarlo.

-Fue terrible -comentó Maureen, representando en su imaginación la atrocidad.

-Estaba tirado en el suelo en medio de un charco de sangre.

-¿Asesinado?

Josie negó con la cabeza y repuso:

-Hubiera sido mejor que estuviera muerto. Lo habían atacado con una navaja... -Dejó que este dato hiciera su efecto antes de asestar el golpe de gracia-. Y le habían cortado las partes. Se las cortaron, las arrojaron al retrete y tiraron de la cadena. No tenían ningún motivo para hacer semejante cosa.

-Dios mío.

-Estaría mejor muerto -repitió Josie-. Algo así no se arregla tan fácilmente, ¿verdad?

La delirante historia parecía aún mas delirante por la sangre fría de la narradora, y por la repeticion casual de «Estaría mejor muerto».

-¿Logró el chico describir a sus atacantes? -inquirió Helen.

-No -respondió Josie-. Es prácticamente un imbécil. No sabe decir más de dos palabras seguidas.

-¿Y nadie vio entrar o salir de los lavabos a alguna persona?

-La gente entra y sale todo el rato -comentó Maureen.

Aunque parecía una explicación adecuada, en la experiencia de Helen no había ocurrido así. En el cuadrilátero y los pasillos no había visto nunca gran actividad, más bien todo lo contrario. Tal vez la zona comercial fuera más concurrida, reflexionó, y podría ofrecer una tapadera adecuada para semejante crimen.

-Entonces no encontraron al culpable -dijo.

-No -repuso Josie.

El fervor fue desapareciendo de sus ojos. El crimen y sus consecuencias inmediatas eran el quid de la historia; tenía muy poco o ningun interés en el culpable o su captura.

-No estamos seguros ni siquiera en nuestras propias camas -observó Maureen-. Pregúnteselo a cualquiera.

- Anne-Marie me comentó lo mismo -repuso Helen-. Fue así como me contó lo del anciano. Dijo que lo asesinaron el verano pasado, aquí, en Ruskin Court.

-Creo recordar algo -dijo Josie-. Oí algún comentario. Un viejo y su perro. Lo mataron a palos y el perro acabó... No lo sé. Pero desde luego no ocurrió aquí. Debió de ser en alguna otra urbanización.

-¿Está segura?

La mujer se ofendió ante aquella calumnia contra su memoria.

-Claro que sí. Si hubiera ocurrido aquí, nos habríamos enterado, ¿no?

Helen agradeció a las dos mujeres la ayuda prestada y decidió dar un paseo por el cuadrilátero, para averiguar cuántos chalets estaban desocupados. Al igual que en Butts' Court, gran parte de las cortinas estaban echadas y todas las puertas cerradas. De hecho, si la calle Spector se encontraba bajo el asedio de un maniaco capaz de los asesinatos y mutilaciones que le habían descrito, no le sorprendía que los residentes se encerraran en sus casas y no salieran. No había mucho que ver en la plazoleta. Todos los chalets y apartamentos deshabitados acababan de ser tapiados, a juzgar por el montón de clavos abandonados en el escalón de una puerta por los obreros del Ayuntamiento. Sin embargo, hubo una cosa que le llamó la atención. Garrapateada en los adoquines sobre los que caminaba -y apenas borrada

Librodot

por la lluvia y las pisadas- vio la misma frase que había en el dormitorio del número 14: *Dulces para los dulces.* Las palabras eran tan benignas... ¿Por qué, entonces, presentía que ocultaban una amenaza? ¿Sería tal vez su exceso, la superabundancia de azúcar sobre azúcar, de miel sobre miel?

Siguió andando, a pesar de la lluvia, y su vagabundeo la alejó gradualmente de los cuadriláteros hacia una tierra de nadie de cemento, por la que no había pasado antes. Era -o había sido- el área de esparcimiento de la urbanización. Allí estaban los juegos de los niños, con sus toboganes y columpios metálicos volcados, la caja de arena llena de excrementos de perro, el estanque vacío. También estaban las tiendas. Varias de ellas habían sido tapiadas, y las que no, eran poco atrayentes y sucias, y tenían los escaparates cubiertos por una pesada malla de alambre.

Caminó entre la hilera de tiendas, dobló una esquina y frente a ella encontró un edificio bajo de ladrillo. Los lavabos públicos, supuso, aunque los carteles indicadores habían desaparecido. Los portones de hierro estaban cerrados con candados. De pie, frente al feo edificio, con el viento soplándole entre las piernas, no logro evitar pensar en lo ocurrido allí. En el hombre-niño. sangrando en el suelo, indefenso, sin poder pedir ayuda. La mera contemplación de aquel lugar la intranquilizaba. Pensó entonces en el criminal. ¿Qué aspecto tendría un hombre capaz de semejantes depravaciones? Intentó formarse una imagen de él, pero ninguno de los detalles que imaginaba tenía la suficiente fuerza. Aunque los monstruos rara vez eran muy terribles cuando se los sacaba a la luz del día. Mientras a aquel hombre se lo conociera sólo por sus actos, ejercería un control inenarrable sobre la imaginación; pero la verdad humana, oculta tras los terrores, sería amargamente decepcionante. No sería un monstruo, sino una pálida excusa de hombre, más necesitado de piedad que de pavor.

La siguiente ráfaga de viento trajo consigo mas lluvia. Decidió que era hora de poner fin a sus aventuras por ese día. Volviendo la espalda a los lavabos públicos, regresó rápidamente a los cuadriláteros y al refugio del coche, mientras la lluvia helada le insensibilizaba la cara con sus pinchazos.

Los invitados a la cena se mostraron gratamente sorprendidos por la historia, y Trevor, a juzgar por la expresion de su cara, estaba furioso. Pero ya estaba hecho. no había forma de retirar lo dicho. Tampoco pudo negar ella la satisfacción que le produjo el haber acallado la cháchara interdepartamental que había dominado la mesa. Fue Bernadette, la ayudante de Trevor en el Departamento de Historia, quien rompio el agónico silencio.

-¿Y cuándo ocurrió?

-Durante el verano -contestó Helen.

-No recuerdo haber leído nada -dijo Archie, muy mejorado después de haber bebido durante dos horas; la bebida le aflojaba la lengua, que de lo contrario se le llenaba de sus propias agudezas.

-Tal vez la policía no quiso que se supiera -comentó Daniel.

-¿Conspiración? -inquirió Trevor, abiertamente cínico.

-Ocurre con mucha frecuencia -le espetó Daniel.

-¿Por qué tendría que ocultar la policía algo así? -pregunto Helen-. No tiene mucho sentido.

-¿Desde cuándo tienen sentido los procedimientos de la policía? -repuso Daniel.

Bernadette intervino antes de que Helen pudiera contestar.

-Ni siquiera nos molestamos en leer ese tipo de noticias.

-No generalices, habla por ti -comentó alguien.

Pero Bernadette no se dio por aludida y prosiguió:

-Estamos aturdidos con tanta violencia. Por eso ya no la distinguimos, ni siquiera cuando la tenemos delante de las narices.

-Todas las noches vemos en la televisión muerte y desastres en color -apuntó Archie.

-No tiene nada de moderno -dijo Trevor-. Un isabelino veía muerte todo el tiempo. Las ejecuciones públicas eran una forma muy popular de entretenimiento.

La mesa estalló en una cacofonía de opiniones. Al cabo de dos horas de amable chismorreo, la reunión se incendió de repente. Al observar la furia del debate, Helen lamentó no haber tenido tiempo de revelar las fotos y hacer copias; los *graffiti* habrían añadido leña al fuego de aquella vigorizante trifulca. Como de costumbre, Purcell fue el último en exponer su punto de vista, y también como de costumbre, resultó devastador.

-Helen, querida, está claro que tus testigos podrían haber mentido, ¿no te parece? -comentó con aquel afectado cansancio en la voz, cargado de la emoción de la controversia.

La conversación se apagó, y todas las cabezas se volvieron hacia Purcell. Con aire perverso, pasó por alto la atención que había cosechado y se volvió a susurrarle algo en el oído al joven que lo acompañaba, una nueva pasión que, como había ocurrido en el pasado, sería desechada en cuestión de semanas para ser reemplazada por otro bonito golfo.

-¿Mentir, dices? -repuso Helen.

Sintió cómo se erizaba ante la observación, y Purcell apenas había dicho unas cuantas palabras.

-¿Por qué no? -repuso el otro, llevándose la copa de vino a los labios-. Tal vez estén urdiendo un cuento complicado. La historia de la mutilación del retrasado mental en los lavabos públicos. El asesinato de un anciano. Incluso lo del gancho. Son todos elementos bastante familiares. Has de ser consciente de que existe algo tradicional en estas historias truculentas. Se suelen intercambiar todo el tiempo; hay en ellas algo competitivo, tal vez, como intentar encontrar un nuevo detalle que añadir a la historia colectiva, un giro nuevo que la haga un poquitín más espeluznante al transmitirla.

-A ti te parecerá familiar -dijo Helen a la defensiva.

El aplomo de Purcell la irritaba. Aunque sus argumentaciones tuvieran alguna validez -cosa que dudaba-, que la condenaran si iba a reconocerlo.

-Yo nunca había oído ese tipo de historias -añadió.

-¿Ah, no? -dijo Purcell, como si Helen acabara de admitir su ignorancia-. ¿Qué me dices de la de los amantes y el lunático fugado, la has oído?

-Yo sí-intervino Daniel.

-Al hombre lo destripa normalmente un asesino con un gancho en lugar de mano, que deja el cuerpo en el techo del coche, mientras la novia está petrificada de miedo en el interior. Es una historia con moraleja que te previene contra los males de la heterosexualidad desenfrenada. –La broma provocó la carcajada de todos menos de Helen-. Estas historias son muy comunes.

-De modo que sugieres que me han mentido -protestó.

-Mentido no, no exactamente.

-Has dicho que podrían haberme mentido.

-Quería provocarte -retrucó Purcell; su tono conciliador resultó más ofensivo que nunca-. No quiero sugerir que haya nada de malo en ello. Pero has de reconocer que hasta ahora no has encontrado un solo testigo. Tales hechos suelen ocurrir en una fecha indeterminada, a unas personas indeterminadas. Son referidos en situaciones variadas. Con suerte, le ocurrieron a los hermanos de los amigos de unos parientes lejanos. Te ruego que consideres la posibilidad de que tal vez esos hechos no existan en el mundo real, sino que sean meramente cotilleos para amas de casa aburridas...

Helen no discutió, simplemente porque carecía de argumentos. Purcell había puesto el dedo en la llaga al mencionar la falta total de testigos; ella misma se lo había cuestionado. También resultaba extraña la forma en que las mujeres de Ruskin Court se habían apresurado a endilgar el asesinato del anciano a otra urbanización, como si aquellas atrocidades ocurrieran siempre fuera de la vista de uno, en la otra esquina, en el callejón de al lado.

-Entonces, ¿por qué? -inquirió Bernadette.

-¿Por qué qué? -preguntó Archie a su vez.

Librodot

-¿Por qué las historias? ¿Por qué contar esas horribles historias si no son ciertas?

-Sí, ¿por qué? -pregunto Helen, arrojando la controversia al amplio regazo de Purcell.

Purcell se repantigó, consciente de que su intervención en el debate había cambiado de un plumazo la hipótesis básica.

-No lo sé -repuso, feliz de haber acabado con el juego después de aportar su intervención-. Helen, no debes tomarme tan en serio. Yo trato de no hacerlo.

El muchacho sentado al lado de Purcell lanzó una risita afectada.

-Tal vez sean elementos de un tabú -sugirió Archie.

-Elementos reprimidos - apuntó Daniel.

-No en la forma en que tú insinúas -le espetó Archie-. No todo es política, Daniel.

-Vaya candidez.

-¿Qué tiene de tabú la muerte? -inquirió Trevor-. Bernadette lo ha dicho, la tenemos delante de nosotros continuamente. En la televisión, en los diarios.

-Tal vez no sea lo bastante cerca -sugirió Bernadette.

-¿Os importa si fumo? -interrumpió Purcell-. Como parece que los postres han quedado suspendidos indefinidamente...

Helen pasó por alto la observación y le pregunto a Bernadette qué quería decir con lo de bastante cerca.

-No lo sé exactamente -repuso ésta, encogiéndose de hombros-. Tal vez que la muerte debe de estar cerca, que tenemos que saber que está a la vuelta de la esquina. La televisión no te ofrece intimidad suficiente...

Helen frunció el ceño. El comentario tenía cierto sentido, pero en el alboroto reinante no logró desentrañar su importancia.

-¿Crees que son cuentos? -le preguntó.

-A Andrew no le falta razón... -repuso Bernadette.

-Muy amable -dijo Purcell-. ¿Alguien tiene fuego? Este chico ha empeñado mi encendedor.

-...en lo de la falta de testigos -concluyó Bernadette.

-Lo único que prueba es que no he conocido a nadie que haya visto algo-retrucó Helen-, no que no existan testigos.

-Está bien -admitió Purcell-. Búscame uno. Si me pruebas que tu traficante de atrocidades está vivito y coleando, os invitaré a todos a cenar a Appollinaires. ¿Qué te parece? ¿Soy excesivamente generoso o es que no sé cuándo darme por vencido?

Se echó a reír, golpeando la mesa con los nudillos a manera de aplauso.

-Por mí vale -dijo Trevor-. ¿Tú qué dices, Helen?

No regresó a la calle Spector hasta el lunes siguiente, pero con el pensamiento estuvo allí durante todo el fin de semana: de pie delante de los lavabos cerrados, con el viento anunciando la lluvia; o en el dormitorio, con el dibujo surgiendo en lontananza. La urbanización requirió toda su concentración. A últimas horas de la tarde del sábado, cuando Trevor encontró una excusa para discutir, pasó por alto los insultos y lo vio cumplir con su conocido ritual del martirio, sin sentirse afectada en lo mas mínimo. La indiferencia de Helen lo enfureció aún más. Salió como una tromba, lleno de inquina, a visitar a la mujer que ese mes gozaba de sus favores. Se alegró de verlo marchar. Esa noche, cuando no regresó, ni siquiera se le ocurrió llorar. Era tonto y vacío. Había perdido la esperanza de ver en sus ojos aburridos una mirada inquieta, perturbada, ¿y de qué le servía un hombre que era incapaz de inquietarse, de perturbarse?

Tampoco regresó el domingo, y a la mañana siguiente, mientras aparcaba en el corazón de la urbanización, se le ocurrió pensar que nadie sabía donde había ido, y que podía permanecer ausente durante días sin que por eso la gente supiera más que antes. Al igual que el anciano del que le había hablado Anne-Marie: olvidado en su sillón favorito, con los ojos arrancados

por el gancho, mientras las moscas se daban un banquete y la mantequilla se enranciaba sobre la mesa.

Faltaba poco para la noche de las hogueras, y durante el fin de semana la pequeña pila de combustibles de Butts' Court había aumentado hasta adquirir un considerable tamaño. La pila no parecía firme, pero eso no impidió que cierto número de niños y adolescentes treparan a ella y se metieran en ella. Estaba formada por muebles, sin duda robados de las propiedades tapiadas. Dudó que ardiera durante mucho tiempo; silo hacía, se ahogaría en cuestión de nada. Mientras se dirigía a casa de Anne-Marie, los niños la detuvieron en cuatro ocasiones y le pidieron dinero para petardos.

-Una limosnita para el monigote -le decían, aunque ninguno llevaba un monigote que mostrar.

Cuando llegó a la puerta principal ya se le había terminado todo el cambio que llevaba en los bolsillos.

Anne Marie estaba en casa, aunque no la recibió con una sonrisa. Se quedó mirando fijamente a su visitante, como hechizada.

-Espero que no le importe que haya venido...

Anne-Marie no respondió.

-...quería hablar con usted.

-Estoy ocupada -le contestó finalmente.

No la invitó a pasar, ni le ofreció té.

-Sólo es un momento.

La puerta de atrás estaba abierta y la corriente invadía la casa. En el patio trasero volaban unos papeles. Helen los vio elevarse en el aire como enormes polillas blancas.

-¿Qué quiere? -preguntó Anne-Marie.

-Preguntarle sobre el anciano.

La mujer frunció el ceño levemente. Parecía a punto de vomitar; tenía la cara del color y la textura de la masa rancia, y el pelo grasiento y lacio.

-¿Qué anciano?

-La última vez que estuve aquí me habló usted de un anciano que había ido asesinado.

-No.

-Me dijo que vivía cerca de la plazoleta contigua.

-Pues no me acuerdo.

-Pero si me lo dijo claramente...

En la cocina, algo cayó al suelo y se rompió. Anne-Marie dio un respingo, pero no se apartó de la puerta; con el brazo le impedía a Helen entrar en la casa. El vestíbulo estaba lleno de juguetes del niño mordidos y rotos.

-¿Se encuentra bien?

Anne-Marie asintió y luego le dijo:

-Tengo que hacer.

-¿Y no se acuerda de haberme contado lo del anciano?

-Lo entendería mal -repuso Anne-Marie, y luego, bajando la voz, agregó-: No debio haber venido. Todo el mundo lo sabe.

-¿Sabe qué?

La mujer se había puesto a temblar.

-¿Es que no lo entiende? ¿Se cree que la gente no se fija?

-¿Qué importancia tiene? Lo único que le pregunto es...

-Yo no sé nada -reiteró Anne-Marie-. Sea lo que fuere lo que le dije, le mentí.

-Bueno, gracias de todos modos -replicó Helen, demasiado perpleja por el cambio de actitud de Anne-Marie como para insistir.

En cuanto se hubo apartado de la puerta, oyo el chasquido de la llave en la cerradura.

Librodot

Aquella conversación fue una de las diversas desilusiones que experimentaría esa mañana. Regresó a la hilera de tiendas y visitó el supermercado del que Josie le hablara. Allí preguntó por los lavabos públicos y su reciente historia. El supermercado había cambiado de dueño el mes anterior, y el nuevo propietario, un paquistaní taciturno, insistió en que no sabía nada de cuándo y como habían clausurado los lavabos. Mientras preguntaba, notó que los demás clientes de la tienda la estudiaban; se sintió como una paria. Esa sensación se hizo más fuerte cuando, despues de abandonar el supermercado, vio a Josie salir de la lavandería y la llamó; la mujer apuró el paso y se perdió en la maraña de corredores. Helen la siguió, pero perdió su presa y el sentido de la orientación.

Frustrada y al borde de las lágrimas, permaneció entre un montón de bolsas de basura desparramadas y sintió una oleada de indignación por haber sido tan estúpida. No pertenecía a aquel lugar. ¿Cuántas veces había criticado a otras personas por la presunción de sostener que comprendían una sociedad a la que habían visto de lejos? Allí estaba ella, cometiendo el mismo error, yendo a aquel barrio con su cámara y sus preguntas, utilizando las vidas (y las muertes) de esas gentes como material de conversación en las reuniones sociales. No culpaba a Anne-Marie por volverle la espalda; ¿acaso se merecía algo mejor?

Cansada y aterida, decidió que era hora de admitir que Purcell tenía razón. Todo lo que le habían contado no eran más que historias. Habían jugado con ella, presintiendo su hambre de horrores, y ella, la tonta perfecta, se había creído cada palabra. Era hora de empacar su credulidad y volver a casa.

Sin embargo, antes de regresar al coche tenía que realizar una última visita: quería volver a ver la cabeza pintada. No como antropóloga entre una tribu extraña, sino como pasajera de un tren fantasma, por el simple gusto de hacerlo. Sin embargo, cuando estuvo ante el numero 14 se enfrentó a la última y más aplastante desilusión. Los meticulosos obreros del Ayuntamiento habían tapiado el chalet. La puerta estaba cerrada con candado, y la ventana de delante tapiada.

Pero se propuso no aceptar la derrota tan fácilmente. Fue hasta la parte trasera de Butts' Court y localizó el patio del numero 14 mediante un sencillo cálculo matemático. La verja estaba cerrada desde dentro, pero empujó con fuerza y, con un poco de trabajo, se abrió. Una montaña de basura -alfombras podridas, una caja de revistas manchadas de lluvia, un desnudo arbol de Navidad- la había bloqueado.

Atravesó el patio, se acercó a las ventanas tapiadas y espió a través de las rendijas que dejaban las tablas de madera. Afuera no había mucha luz, pero dentro todo era mucho más oscuro; resultaba difícil captar algo más que un leve atisbo de la pintuia del dormitorio. Apretó la cara contra las tablas, ansiosa por captarla una última vez.

En el cuarto vio moverse una sombra; por un momento le tapó la visual. Se apartó de la ventana, asustada; no estaba segura de lo que había visto. ¿Habría sido tal vez su propia sombra, proyectada a través de la ventana? Pero ella no se había movido, y la sombra sí.

Volvió a aproximarse a la ventana con mayor cuidado. El aire vibraba; en alguna parte logró oír un quejido amortiguado, aunque no logró determinar si provenía de dentro o de fuera. Volvió a apoyar la cara contra las rugosas tablas y, de repente, algo saltó a la ventana. Esta vez lanzó un grito. Desde dentro le llegó el ruido producido por unas uñas al arañar la madera.

¡Un perro! Y era grande, porque había saltado muy alto.

-Estúpida -se dijo en voz alta.

La bañó un súbito sudor.

El sonido se interrumpió casi tan de prisa como había comenzado, pero Helen no logró acerearse otra vez a la ventana. Estaba claro que los obreros que habían tapiado el chalet no lo habían registrado adecuadamente, y por error habían encerrado al animal. A juzgar por el baboseo, éste estaba hambriento; se alegró de no haber intentado entrar. El perro -hambriento, tal vez rabioso en aquella oscuridad apestosa-, podría haberle arrancado el cuello.

Librodot

Se quedó mirando fijamente la ventana tapiada. Las rendijas entre las tablas apenas tenían un centímetro de ancho, pero presintió que el animal estaba levantado sohre las patas traseras, observándola a través de la abertura. Cuando logró respirar con más regularidad, oyó al perro resollar y rascar el alféizar con las patas.

-Maldito asqueroso... -dijo-. Ahí te quedas.

Retrocedió hacia la verja. Un sinnúmero de cochinillas y arañas, arrancadas de sus nidos al mover las alfombras de detrás de la verja, corrían en todas direcciones, en busca de una nueva oscuridad donde asentar su hogar.

Cerró la verja tras de sí, y se disponía a volver al frente de la casa, cuando oyó las sirenas: dos horribles espirales acústicas que le pusieron los pelos de la nuca de punta. Se acercaban. Apuró el paso, y llegó a la parte frontal de Butts' Court a tiempo para ver a varios policías atravesar el césped que había detrás de la hoguera, y una ambulancia subida a la acera en dirección al otro lado del cuadrilátero. La gente había salido de sus casas y estaban en los balcones, mirando hacia abajo. Otros caminaban por la plazoleta, sin disimular su curiosidad, para unirse a la multitud. El estómago le dio un vuelco cuando descubrió cuál era el centro de interés: la casa de Anne-Marie. La policía abrió un sendero entre la multitud para que pasaran los de la ambulancia. Un segundo coche patrulla siguió la ruta de la ambulancia y se subió a la acera; se bajaron dos oficiales de paisano.

Helen se acercó a la multitud. Las escasas conversaciones entabladas entre los espectadores tenían lugar en voz baja; una o dos de las mujeres mayores lloraban. Aunque espió por encima de las cabezas de los espectadores no logró ver nada. Se volvió hacia un hombre de barba, que llevaba a un niño sobre los hombros, y le preguntó qué ocurría. El hombre no lo sabía. Había oído decir que había un muerto, pero no estaba seguro.

-¿Anne-Marie? -preguntó.

Una mujer delante de ella se volvió e inquirió a su vez, aterrada, como si se refiriera a un ser querido:

-¿La conoce?

-Un poco -repuso Helen, dubitativa-. ¿Puede decirme que ha ocurrido?

Involuntariamente, la mujer se llevó la mano a la boca, como para impedir que salieran las palabras. Pero de todos modos repuso:

-El niño...

-¿Kerry?

-Alguien entró en la casa por la parte de atrás y le abrió la garganta.

Helen sintió otra vez el sudor. En su imaginación, los papeles se elevaron y cayeron en el patio de Anne-Marie.

-No -musitó.

-Tal como se lo cuento.

Helen miró a la trágica que intentaba venderle aquella atrocidad y repitió:

-No.

Resultaba increíble; sin embargo, sus negaciones no lograron acallar la horrible comprensión de los hechos que la embargaba.

Le dio la espalda a la mujer y se abrió paso entre la multitud. Sabía que no habría nada que ver, y aunque lo hubiera, no tenía deseos de mirar. Aquella gente -continuaban saliendo de sus casas a medida que se propagaba la noticia- exhibía un apetito que le daba asco. Ella no pertenecía a aquel lugar, jamás sería como ellos. Sintio deseos de abofetear aquellas caras ansiosas para infundirles un poco de buen tino y de decirles: «Están espiando el dolor y la pena. ¿Por qué? ¿Por qué?». Pero le faltó coraje. El asco le había quitado todo menos la energía de alejarse de allí, dejando a la multitud con su diversión.

Trevor había vuelto a casa. Ni siquiera intentó explicar su ausencia, se limitó a esperar a que ella le interrogase. Cuando Helen no lo hizo exhibió una fácil afabilidad que resultó peor

que su silencio expectante. Fue ligeramente consciente de que su falta de interés era quizá más incomoda para él que la teatralidad que esperaba. A Helen le daba igual.

Sintonizó la radio en la emisora local y escuchó las noticias. Le confirmaron lo que la mujer de la multitud le había dicho. Kerry Latimer había muerto. Una o varias personas desconocidas habían logrado acceder a la casa por el patio trasero y asesinar al niño mientras jugaba en el suelo de la cocina. Un portavoz de la policía profirió las mismas perogrulladas de siempre; se refirió a la muerte de Kerry como a un «crimen incalificable», y al asesino como a un «individuo peligroso y mentalmente perturbado». Por un momento, la retórica fue justificada; la voz del hombre tembló perceptiblemente al describir la escena que habían hallado los oficiales en la cocina de la casa de Anne-Marie.

-¿Escuchando la radio? -preguntó Trevor como quien no quiere la cosa, cuando Helen hubo sintonizado tres boletines consecutivos.

No vio motivo para ocultarle la experiencia vivida en la calle Spector; tarde o temprano se enteraría. Fríamente y sin reservas, le refirió lo ocurrido en Butts' Court.

-La tal Anne-Marie es la mujer que viste por primera vez cuando fuiste a la urbanización, ¿no?

Asintió, con la esperanza de que no le formulara demasiadas preguntas. Estaba a punto de echarse a llorar, y no tenía intención de ceder delante de su marido.

-Entonces estabas en lo cierto.

-¿Cómo en lo cierto?

-Sí, tenias razón, en ese lugar hay un maniaco.

-Pero el niño...

Se levantó, fue hasta la ventana y miró hacia la calle oscurecida, dos pisos mas abajo. ¿Por qué sentía la necesidad de rechazar la teoría de la conspiración con tanta urgencia? ¿Por que rogaba que Purcell tuviera razón, y que todo lo que le habían contado fueran mentiras? Una y otra vez repasó mentalmente la forma en que Anne-Marie la había tratado aquella mañana: estaba pálida, temblorosa, a la expectativa. Se había comportado como si esperara la llegada de alguien, ansiosa por alejar a las visitas no deseadas para dedicarse otra vez a la espera. Pero ¿qué esperaría, o a quién? ¿Era posible que Anne-Marie conociera al asesino? ¿Que lo hubiese invitado a entrar en la casa?

-Espero que encuentren a ese animal -dijo, sin dejar de mirar hacia la calle.

-Lo encontrarán -repuso Trevor-. Mira que asesinar a un bebé, por el amor de Dios. Le darán prioridad al caso.

En la esquina apareció un hombre, se volvió y silbó. Un enorme perro alsaciano se le acercó y los dos partieron hacia la catedral.

-El perro -murmuró Helen.

-¿Qué?

Despues de todo lo ocurrido se había olvidado del perro. La invadió otra vez el asombro que había sentido cuando el animal salto a la ventana.

-¿Qué perro? -insistió Trevor.

-Hoy volví a la casa, aquella donde tomé las fotos de los *graffiti*. Había un perro. Estaba encerrado.

-¿Y qué?

-Se morirá de hambre. Nadie sabe que está allí.

-¿Cómo sabes que no lo encerraron expresamente?

-Es que hacía un ruido...

-Los perros suelen ladrar -repuso Trevor-. Es para lo único que sirven.

-No... -dijo ella en voz baja, recordando los ruidos que había oído a través de la ventana tapiada-. No ladraba...

-Olvídate del perro. Y del niño. No hay nada que tú puedas hacer. Sólo pasabas por allí.

Aquellas palabras fueron un eco de sus propios pensamientos de aquella mañana, pero de alguna forma -por motivos que no lograba expresar con palabras- esa convicción se había ido

desvaneciendo con el paso de las horas. No pasaba por allí, sin más. Nadie pasa por ahí, sin más; la experiencia siempre deja su marca. A veces sólo arañaba; en ocasiones arrancaba miembros enteros. Desconocía la gravedad de la herida, pero sabía que era más profunda de lo que lograba comprender, y la asustaba.

-Se nos ha acabado la bebida -dijo Helen, sirviéndose el resto de whisky en el vaso.

Trevor pareció alegrarse de contar con un motivo para complacerla y le dijo:

-Iré a buscar una o dos botellas,¿te parece?

-Sí, si quieres -repuso ella.

Estuvo fuera sólo media hora; Helen deseó que hubiese tardado más. No tenía ganas de hablar; sólo quería sentarse y reflexionar sobre la inquietud que sentía en el estómago. Aunque Trevor había pasado por alto su preocupación por el perro -y quizá su actitud fuera justificada-, Helen no lograba evitar que su imaginación regresara al chalet tapiado y viera otra vez la cara enfurecida de la pared del dormitorio y oyera los gruñidos amortiguados del animal mientras arañaba las tablas de la ventana. A pesar de lo que Trevor le había dicho, Helen no creía que utilizaran la casa como perrera. No, el perro estaba allí apresado, no cabía duda, y daba vueltas y vueltas y, en su desesperación, se veía obligado a comerse sus propias heces, enloqueciendo más y mas a medida que pasaba el tiempo. Empezó a temer que alguien -niños en busca de más madera para la hoguera, quizá- entrase en aquella casa sin saber lo que contenía. No temía por la seguridad de los intrusos, sino que el perro, una vez liberado, fuera a buscarla. Sabría donde estaba (al menos eso deducía en su estado de ebriedad) guiándose por el olfato.

Trevor regresó con el whisky y bebieron juntos hasta la madrugada; entonces, le entraron ganas de vomitar. Se refugió en el cuarto de baño, mientras Trevor le preguntaba desde fuera si necesitaba algo, y ella le contestaba débilmente que la dejara sola. Una hora después, cuando salió, Trevor se había ido a la cama. No se acostó con él, sino que se echó en el sofá y dormitó hasta el amanecer.

El asesinato fue noticia. A la mañana siguiente ocupo la primera plana de todos los diarios sensacionalistas, y páginas de importancia en los periódicos más serios. Aparecieron fotos de la desesperada madre mientras la sacaban de su casa, y otras, borrosas pero potentes, tomadas por encima de la pared del patio trasero y a través de la puerta abierta de la cocina. ¿Lo que había en el suelo sería sangre o una sombra?

Helen no se molestó en leer los artículos –la jaqueca la hizo rebelarse ante esa idea-, pero Trevor, que había comprado los periódicos, se mostró ansioso por hablar. Helen no logró precisar si de ese modo procuraba hacer las paces, o si su interés en el tema era genuino.

-La mujer esta bajo custodia -le dijo, leyendo atentamente el *Daily Telegraph*.

Era un periódico cuya tendencia política no compartía, pero tenía fama de cubrir detalladamente los crímenes violentos.

Por más que Helen no lo deseara, el comentario le llamó la atención.

-¿Anne-Marie bajo custodia? -inquirió.

-Sí.

-Déjame ver.

Le entregó el periódico y ella le echó un vistazo a la página.

-Tercera columna -le indicó Trevor.

Encontró el artículo, y allí estaba por escrito. Anne-Marie quedaba bajo custodia para ser interrogada; debía justificar el lapso de tiempo transcurrido entre la hora estimada de la muerte del niño y la hora en que fue informado el hecho. Helen volvio a releer los párrafos relevantes, para asegurarse de que lo había entendido bien. Lo había entendido perfectamente. El forense calculaba que Kerry había muerto entre las seis y las seis y media de aquella mañana, y el asesinato no habra sido denunciado hasta las doce.

Librodot

Leyó la nota por tercera, por cuarta vez, pero la repetición no cambió los terribles hechos. El niño había sido asesinado antes del amanecer. Y cuando ella había estado en la casa aquella mañana, Kerry llevaba muerto cuatro horas. El cadáver estaba en la cocina, a unos metros del vestíbulo, donde se encontraba Anne-Marie, y no le había dicho nada. ¿Que significado tenía aquella actitud de expectación que Helen le había provocado? ¿Que esperaba una señal para coger el teléfono y llamar a la policía?

-Dios mío... -dijo Helen, y dejó caer el periódico.

-¿Qué pasa?

-Tengo que ir a la policía.

-¿Por qué?

-Para informarles que fui a casa de Anne-Marie -respondió. Trevor pareció desconcertado-. La criatura estaba muerta, Trevor. Cuando vi a Anne-Marie ayer por la mañana, Kerry ya estaba muerto.

Telefoneó al número que se indicaba en el diario para quienes desearan aportar información y, media hora más tarde, un coche de la policía pasó a recogerla. En las dos horas de interrogatorio ocurrieron muchas cosas que la asombraron; una de ellas fue que nadie había informado a la policía de su presencia en la urbanización, aunque seguramente la habrían notado.

-No quieren saber nada -le informó el detective-. Cualquiera diría que un lugar como ése estaría plagado de testigos. Si es así, no quieren presentarse. Un crimen semejante...

-¿Es el primero? -inquirió.

El detective la miró desde el otro lado del caótico escritorio y le preguntó:

-¿El primero?

-Me han contado ciertas cosas sobre la urbanización. Hubo unos crímenes este verano.

El detective negó con la cabeza.

-No que yo sepa. Hubo una avalancha de atracos; una mujer hospitalizada durante una semana o así. Pero crímenes no.

El detective le caía bien. Sus ojos la adulaban con aquellas miradas lentas, y le gustaba su franqueza. Sin importarle si parecía tonta o no, comentó:

-No entiendo por qué mienten así. Mira que decir que le habían arrancado los ojos a una víctima...

El detective se rascó la prominente nariz y le dijo:

-A nosotros también nos pasa. Aquí nos llega gente que confiesa todo tipo de porquerías. Algunos se pasan toda la noche hablando de cosas que han hecho, o creen haber hecho. Lo explican con todo lujo de detalles. Y cuando hacemos un par de llamadas, resulta que todo es inventado. Están locos.

-Tal vez si no vinieran aquí a contar esas historias... saldrían a la calle y lo harían de verdad.

-Es verdad -admitió el detective-. Dios nos libre si así fuera.

¿Y las historias que le habían contado a ella? ¿Eran confesiones de crímenes no cometidos? ¿Relatos de lo peor que pudiera uno imaginar para evitar que la ficción se convirtiera en realidad? La idea se mordía la cola: aquellas terribles historias necesitaban una causa primera, una fuente de la cual manar. Mientras regresaba andando a su casa, por calles atestadas, se preguntó cuántos de sus conciudadanos conocían semejantes historias. ¿Serían esas invenciones moneda corriente, como había sostenido Purcell? ¿Había un lugar en cada corazon, por pequeño que fuera, reservado a lo monstruoso?

-Ha llamado Purcell -le informó Trevor cuando regresó a casa-. Para invitarnos a cenar.

No le gustaba la idea y puso mala cara.

-Appollinaires, ¿te acuerdas? -le dijo él-. Prometió invitarnos a todos a cenar si probabas que estaba equivocado.

La idea de ganar una cena a costa de la muerte del hijo de Anne-Marie le pareció repugnante, y así se lo hizo saber a su marido.

Librodot

-Se ofenderá si no aceptas la invitación.

-Me importa un bledo. No quiero cenar con Purcell.

-Por favor -le suplicó él en voz baja-. Se pondrá difícil; y de momento quiero mantenerlo sonriente.

Helen le lanzó una mirada. Trevor había puesto cara de perro de aguas empapado. Pensó que era un asqueroso manipulador, pero le dijo:

-Está bien, iré. Pero no esperes que me ponga a bailar sobre la mesa.

-Eso se lo dejaremos a Archie. Le dije a Purcell que mañana por la noche no teníamos ningún compromiso. ¿Te va bien?

-Cuando tú quieras, me da igual.

-Reservará mesa para las ocho de la noche.

Los periódicos de la noche relegaron La Tragedia del Pequeño Kerry a una delgada columna en las páginas interiores. En lugar de aportar nuevas, se limitaron a describir las averiguaciones realizadas casa por casa en la calle Spector. Algunas de las ediciones nocturnas mencionaron que Anne-Marie había sido puesta en libertad después de someterla a un prolongado interrogatorio, y que residía con unos amigos. También mencionaban, de pasada, que el funeral sería al día siguiente.

Esa noche, cuando se fue a dormir, Helen no tenía pensado volver a la calle Spector para asistir al funeral, pero el sueño la hizo cambiar de idea, y despertó con la decisión ya tomada.

La muerte había infundido vida a la urbanización. Al dirigirse hacia Ruskin Court desde la calle, notó que nunca había visto tanta gente afuera. Muchos flanqueaban el bordillo de la acera para observar el paso del cortejo fúnebre, y al parecer, habían conseguido su puesto mucho antes, a pesar del viento y la amenaza siempre presente de la lluvia. Algunos llevaban prendas negras -un abrigo, una bufanda-, pero la impresion general, a pesar de las conversaciones en voz baja y las expresiones estudiadas, era de celebración. Los niños corrían por allí, no afectados por la situación; los adultos, entregados al cotilleo, dejaban escapar de vez en cuando alguna carcajada. Helen captó la atmosfera de anticipación y, a pesar de la ocasión, su espíritu se sintio animado.

No era sólo la presencia de tanta gente lo que la tranquilizaba; reconoció que se sentía feliz de haber vuelto a la calle Spector. Los cuadriláteros, con sus árboles raquíticos y su césped gris, le resultaban mas reales que los corredores enmoquetados sobre los que solía caminar; las caras anónimas de los balcones y de las calles significaban más que sus colegas de la universidad. En una palabra, se sentía como en casa.

Finalmente, llegaron los coches; avanzaban a paso de tortuga por las estrechas calles. Cuando apareció el coche fúnebre -el diminuto ataúd blanco cubierto de flores-, unas cuantas mujeres de la multitud manifestaron su pena en voz baja. Una espectadora se desmayó; un grupo de ansiosos se apiñó a su alrededor. Hasta los niños estaban callados.

Helen observó el cortejo sin llorar. No era de llanto facil, especialmente si se encontraba en compañía. Cuando el segundo coche, en el que viajaban Anne-Marie y dos mujeres más, pasó delante de ella, Helen notó que la desolada madre no exhibía en público su pena. Parecía casi elevada por la ceremonia: sentada bien erguida en la parte trasera del coche, sus facciones pálidas fueron fuente de gran admiración. Le pareció un pensamiento amargo, pero Helen tuvo la impresión de que veía a Anne-Marie en su mejor momento; un día especial en una vida anónima durante el cual sería el centro de atención. Lentamente. el cortejo se alejó y desapareció de la vista.

La multitud que rodeaba a Helen comenzó a dispersarse. Se apartó de los pocos plañideros que seguían junto al bordillo y comenzó a andar en dirección a Butts' Court. Tenía intencion de regresar al chalet tapiado para ver si el perro continuaba allí. Si así ocurría, para aliviar sus preocupaciones buscaría a algún encargado de la urbanización y lo pondría al tanto.

A diferencia de las demás plazoletas, el cuadrilátero aquel estaba prácticamente vacío. Tal vez los residentes, al ser vecinos de Anne-Marie, habrían ido al Crematorio para asistir a la ceremonia. Fuera cual fuese el motivo, se encontraba pavorosamente desierto. Sólo quedaban los niños, que jugaban alrededor de la pirámide de la hoguera; los ecos de sus voces se oían por la plaza vacía.

Llegó al chalet y se sorprendió al encontrar la puerta otra vez abierta, igual que la primera vez. Al ver el interior sintió un mareo. Cuántas veces, en los pasados días, se había imaginado allí de pie, mirando hacia la oscuridad del interior. No había sonido alguno. Seguramente, el perro habría escapado, o se habría muerto. No ocurriría nada malo si volvía a entrar por última vez, simplemente a echarle un vistazo a la cara de la pared, y al lema que la acompañaba.

Dulces para los dulces. Nunca había buscado los orígenes de la frase. Daba igual. Fuera cual fuese su significado, allí se transformaba, igual que todo, ella incluida. Permaneció unos instantes en la habitación del frente, para darse tiempo a saborear lo que la esperaba. A sus espaldas, muy lejos, los niños chillaban como pájaros enloquecidos.

Pasó por encima de un montón de muebles y se dirigió hacia el corredor que comunicaba la sala con el dormitorio, demorando el encuentro final. El corazón le latía con fuerza; una sonrisa le jugueteaba en los labios.

Y allí, por fin, el retrato se levantó, atrayente como nunca. En la oscura habitación, dio un paso atrás para admirarlo con más plenitud, y tropezó con el colchón, que seguía en una esquina del cuarto. Miró hacia abajo. Alguien le había dado la vuelta al escuálido lecho, para exponer su cara no dañada. Sobre él yacían varias mantas y una almohada envuelta en trapos. Entre los pliegues de la manta de arriba brillaba una cosa. Se agachó para observar más de cerca y encontró un puñado de dulces -chocolates y caramelos- envueltos en papel brillante. Y entre ellos, amontonadas, aunque no tan atractivas ni tan dulces, una docena de cuchillas de afeitar. Varias de ellas estaban manchadas de sangre. Volvió a ponerse en pie para apartarse del colchón, y al hacerlo, un zumbido le llegó desde la habitación contigua. Se volvió; la luz del dormitorio disminuyó cuando una figura penetró en la garganta que se interponía entre ella y el mundo exterior. La silueta recortada contra la luz le impidió ver al hombre que estaba de pie en el vano de la puerta, pero lo olió. Olía a caramelo; y el zumbido iba con él, o estaba en él.

-He venido a mirar..., a mirar el dibujo -dijo Helen.

El zumbido continuó; era como el sonido de una tarde soñolienta y lejana. El hombre no se movió del vano de la puerta.

-Debo marcharme -prosiguió Helen; sabia que por más que se esforzara, cada una de sus palabras destilaba terror-. Me esperan...

No era del todo mentira. Esa noche estaban todos invitados a cenar en Appollinaires. Pero eso era a las ocho; todavía faltaban cuatro horas. No echarían de menos su presencia durante varias horas.

-Si me disculpa usted...

El zumbido se había acallado un poco, y en el silencio, el hombre del vano de la puerta habló. Su voz sin acento era casi tan dulce como su aroma.

-No hace falta que se marche todavía -susurró.

- Me esperan en...

Aunque no lograba verle los ojos, sintió que la miraban, y que le provocaban somnolencia, igual que el verano que le cantaba en la cabeza.

-He venido a buscarla -le dijo el hombre.

Repitió mentalmente las cuatio palabras. *He venido a buscarla*. Si ocultaban una amenaza, no fueron proferidas como tal.

-No..., no lo conozco.

-No -murmuró el hombre-. Pero dudó de mí.

-¿Dudé de usted?

-No se conformó con las historias, con lo que escribían en las paredes. Por eso me vi obligado a venir.

La somnolencia la obligaba a pensar con lentitud, pero comprendió la esencia de lo que el hombre le decía. Que era una leyenda, y que al no creer en él, lo había obligado a mostrar sus manos. Bajó la vista para ver aquellas manos. Le faltaba una. En su lugar había un gancho.

-Habrá culpas -prosiguió él-. Dirán que sus dudas derramaron sangre inocente. Pero yo digo: ¿para qué sirve la sangre, sino para ser derramada? Y con el tiempo, las preguntas quedarán atras. La policía se irá, las cámaras enfocarán nuevos horrores, y volverán a estar solos para contar más historias sobre el caramelero.

-¿Caramelero?

Su lengua apenas logró pronunciar aquella palabra inocente.

-He venido a buscarla -murmuró en voz tan baja que la seducción flotó en el aire.

Al hablar, avanzó por el corredor y se colocó en la luz.

Lo conocía, no había duda. Lo había conocido desde siempre, en aquel lugar reservado a los terrores. Era el hombre de la pared. El pintor del retrato no había plasmado una fantasía: el dibujo que aullaba desde la pared se reproducía en cada detalle en el hombre que tenía ante sus ojos. Brillaba tanto que resultaba chillón: tenía la piel amarilla como la cera, los labios finos de color azul pálido, los ojos enloquecidos brillaban como si los iris fueran rubíes engarzados. La chaqueta era un puro parche, igual que los pantalones. Le pareció casi ridículo, con aquel abigarramiento manchado de sangre, y el leve toque de barra de labios en las melillas cetrinas. Pero la gente era superficial. Aquel despliegue era necesario para mantener su atención. Milagros, asesinatos, demonios liberados, piedras rodando de las tumbas. El barato encanto no corrompía el sentido oculto. En la historia natural de la mente, sólo las plumas brillantes atraen a las especies para aparearse con su yo secreto.

Helen quedó encantada. Por su voz, por sus colores, por el zumbido de su cuerpo. Pero luchó por resistirse al arrobamiento. Bajo aquel despliegue rebuscado había un monstruo; su nido de cuchillas yacía a los pies de Helen, todavía empapadas en sangre. ¿Dudaría en cortarle la garganta una vez que le pusiera las manos encima?

Cuando el caramelero avanzó hacia ella, Helen se agachó, agarró la manta y se la lanzó. Una lluvia de cuchillas de afeitar y de dulces le cayó sobre los hombros. Le siguió la manta, cegándolo. Pero antes de que lograse aprovechar el momento para alejarse de él, la almohada que estaba sobre la manta rodó ante sus pies.

No era una almohada. Fuera cual fuese el contenido del solitario ataúd blanco que había visto en el coche fúnebre, no era el cuerpo de Kerry. El cadáver estaba allí, a sus pies, con la cara exangüe vuelta hacia ella. Estaba desnudo. Su cuerpo mostraba por todas partes las marcas dejadas por las atenciones del malvado.

En el breve instante que Helen tardó en comprender aquel último horror, el caramelero se deshizo de la manta. Al luchar por escapar de entre sus pliegues, se le había desabrochado la chaqueta. y Helen vio -aunque sus sentidos protestaron- que el contenido de aquel torso se había podrido, y que el agujero estaba ocupado por un nido de abejas. Habían formado un enjambre en la bóveda de su pecho, y con su masa hirvicote recubrían cual costra los restos de carne que allí colgaban. El caramelero sonrió al notar la repugnancia de Helen.

-Dulces para los dulces -murmuró él, y tendió la mano ganchuda hacia la cara de Helen.

Ya no podía ver la luz del mundo exterior, ni oír a los ninos que jugaban en Butts' Court. No había manera de huir hacia un mundo más cuerdo. Sólo podía ver al caramelero: sus miembros carecían de fuerzas para mantenerlo alejado.

-No me mate -susurró.

-¿Crees en mí?

-¿Cómo no hacerlo? -preguntó a su vez, asintiendo levemente.

-¿Entonces por qué quieres vivir?

No lo comprendía, y temía que su ignorancia resultara fatal, por eso permaneció callada.

Librodot

-Si aprendieras de mí, aunque fuera un poco..., no implorarías vivir. -Su voz era un susurro-. Soy el rumor -le cantó al oído-. Es una condición dichosa, créeme. Vivir en los sueños de la gente, ser susurrado en las esquinas, pero no tener que ser. ¿Lo entiendes?

Su cuerpo fatigado lo entendía. Sus nervios, cansados de tanta crispación, lo entendían. La dulzura que ofrecía era la vida sin tener que vivir; era estar muerto, pero siendo recordado en todas partes; era la inmortalidad de los cotilleos y los *graffiti*.

-Sé mi víctima -le dijo.

-No... -murmuró Helen.

-No te forzaré -repuso él, como un perfecto caballero-. No te obligaré a morir. Pero piensa, piensa. Si te mato aquí, si te abro con mi gancho... -Con el gancho de la mano trazó el recorrido de la herida prometida. Iba de la ingle hasta el cuello-. Piensa cómo marcarían este sitio con sus conversaciones... Lo señalarían con el dedo cada vez que pasaran por delante y dirían: «Aquí murió la mujer de los ojos verdes». Tu muerte se convertiría en parábola con la que asustar a los niños. Los amantes la utilizarían coma excusa para abrazarse con más fuerza...

No se había equivocado: aquello era una seducción.

-¿Acaso la fama ha sido alguna vez tan fácil? -preguntó él.

-Preferiría que me olvidaran -repuso Helen, meneando la cabeza-, antes que ser recordada de ese modo.

El caramelero se encogió levemente de hombros.

-¿Qué saben los buenos, salvo lo que los malos les enseñan mediante sus excesos? -inquirió el caramelero. Y levantando la mano ganchuda, agregó-: He dicho que no te obligaría a morir, y seré fiel a mi palabra. Pero deja al menos que te bese...

Avanzó hacia ella. Helen murmuró una amenaza absurda, que él pasó por alto. El volumen del zumbido había aumentado. La idea de tocar aquel cuerpo, de la proximidad de los insectos, era horrenda. Con esfuerzo, levantó los brazos plomizos para impedirle avanzar.

Su asquerosa cara eclipsó el dibujo de la pared. El sonido de las abejas aumentó; algunas, excitadas, habían subido hasta su garganta y le salían volando por la boca. Se le rezagaban en los labios, en el pelo.

Le rogó una y otra vez que la dejara en paz, pero no logró apaciguarlo. Finalmente, ya no le quedó dónde retirarse; a sus espaldas estaba la pared. Intentando evitar los picotazos, le puso las manos sobre el pecho y lo empujó. Al hacerlo, el caramelero la aferró por la nuca; el gancho le arañó la piel sonrojada de la garganta. Sintió manar la sangre; estaba segura de que le abriría la yugular de un terrible zarpazo. Pero le había dado su palabra y la mantuvo.

Excitadas por aquella repentina actividad, las abejas volaron en todas direcciones. Las sintió moverse sobre su cuerpo, buscando trocitos de cera en sus oídos y de azúcar en sus labios. No intentó ahuyentarlas. El gancho estaba posado sobre su cuello. Si se movía, le abriría una herida. Estaba atrapada, como en las pesadillas de su niñez, en un callejón sin salida. Cuando los sueños la conducían a aquel estado desesperado -demonios acechando por todas partes para descuartizarla-, siempre quedaba un último recurso: rendirse, abandonar toda ambición por la vida, y entregar su cuerpo a la oscuridad. Cuando la cara del caramelero se apretó contra la suya y el sonido de las abejas apagó incluso el rumor de su propia repiración, jugó esa carta oculta. Y al igual que en los sueños, el cuarto y el malvado se borraron y desaparecieron.

Despertó de la luz a la oscuridad. Por unos instantes colmados de terror no supo dónde se encontraba, pero luego lo recordó. No sentía dolor alguno. Se llevó la mano al cuello; a excepción del corte provocado por el gancho, estaba intacto. Notó que se hallaba tendida en el colchón. ¿La habría atacado después de haber sufrido un desmayo? Con delicadeza se revisó el cuerpo. No sangraba; la ropa estaba intacta y en su sitio. Al parecer el caramelero sólo había pretendido un beso.

Se sentó. Por la ventana tapiada se colaba muy poca luz; y por la puerta principal, ninguna. Tal vez estuviera cerrada. Pero no, logro oír a alguien susurrar en el umbral. La voz de una mujer.

No se movió. Aquella gente estaba loca. Desde un principio sabían que su presencia en Butts' Court atraería al caramelero, y le habían protegido a él, a aquel psicópata almibarado; le habían dado una cama y le habían regalado bombones, ocultándolo a las miradas curiosas, y se habían callado la boca cuando tiñó sus portales de sangre. Incluso Anne-Marie, sin una lágrima, en el vestíbulo de su casa, cuando sabía que su hijo estaba muerto a escasos metros de allí.

¡La criatura! Era la prueba que necesitaba. De alguna manera habían conspirado para sacar el cadáver del ataúd (¿qué habrían puesto en su lugar, un perro muerto?) y lo habían llevado hasta allí -al tabernáculo del caramelero- como si fuera un juguete, o un amante, Se llevaría consigo a Kerry -lo entregaría a la policía- y referiría toda la historia. Creyesen lo que creyesen -y sin duda sería muy poco-, el cadáver del niño constituía un hecho incontestable. De ese modo, algunos de los locos sufrirían por su conspiración. Sufrirían por el sufrimiento de ella.

El murmullo proveniente de la puerta había cesado. Alguien se dirigía hacia el dormitorio. Iba sin luces. Helen se acurrucó con la esperanza de que no la detectaran.

En el vano de la puerta asomó una silueta. La oscuridad era demasiado impenetrable como para que lograra discernir algo más que una figura delgada, que se agachó y recogió un bulto del suelo. Una melena rubia le permitió reconocer a Anne-Marie; el bulto que había recogido era, sin duda, el cadáver de Kerry. Sin mirar en dirección a Helen, la madre se dio media vuelta y salió del dormitorio.

Helen se quedó escuchando mientras los pasos se alejaban por la sala. Se puso de pie rápidamente y se dirigió hacia el corredor. Desde allí logró distinguir vagamente la silueta de Anne-Marie en el portal del chalet. En el cuadrilátero de afuera no había luces. La mujer desapareció y Helen la siguió tan rápidamente como le fue posible con los ojos fijos en la puerta. Tropezó una vez, y otra, pero llegó a la puerta a tiempo para ver la silueta vaga de Anne-Marie en la noche.

Salió del chalet, al aire libre. Hacia frío. No había estrellas. Las luces de los balcones y de los corredores estaban apagadas; tampoco había luces en los apartamentos, ni siquiera el brillo de un televisor. Butts' Court estaba desierto.

Titubeó un instante antes de ir tras la muchacha ¿Por qué no se marchaba ahora? La cobardía la azuzaba a regresar al coche. Pero si así lo hacía, los conspiradores tendrían tiempo de ocultar el cuerpo del niño. Y cuando regresara con la policía, sólo encontraría bocas cerradas y encogimiento de hombros; le dirían que había imaginado el cadáver y al caramelero. Los terrores que había experimentado volverían a convertirse en rumores, en palabras garabateadas sobre una pared. Y mientras viviera, se odiaría por no haber buscado la cordura.

Fue tras la muchacha. Anne-Marie no rodeó el cuadrilátero, sino que se dirigió hacia el centro de la plazoleta. ¡A la hoguera! ¡Sí, a la hoguera! Se elevaba ante Helen, más negra que el cielo nocturno. Apenas logró discernir la silueta de Anne-Marie acercándose al borde de la pila de maderas y muebles y agachándose para internarse en su centro. Así era como pensaban eliminar la prueba. Sepultar al niño no era suficiente; ahora bien, si lo quemaban y molían los huesos... ¿quién iba a enterarse?

Permaneció a unos diez metros de la pirámide y observó cómo salía Anne-Marie de ella y se alejaba, su silueta fundida en la oscuridad.

Rápidamente; Helen atravesó el césped crecido y localizó el estrecho espacio entre las maderas apiladas por el que Anne-Marie había introducido el cadáver. Le pareció ver el pálido bulto; lo había depositado en un hueco. Pero no lograba llegar hasta él. Agradeció a Dios el ser tan delgada como la madre y pasó apretadamente por la estrecha abertura. El

vestido se le enganchó en un clavo. Se volvió para desengancharlo con dedos temblorosos. Cuando se dio otra vez la vuelta, había perdido de vista el cadáver.

Tanteó desmañadamente, sin ver nada, y sus manos sólo encontraron maderas y trapos y lo que parecía el respaldo de un viejo sillón, pero no la fría piel del niño. Se había vuelto insensible al contacto con el cadáver; en las últimas horas había pasado por cosas peores que recoger el cuerpo sin vida de una criatura. Resuelta a no dejarse derrotar, avanzó un poco más; se le lastimaron las espinillas y los dedos se le llenaron de astillas. Le dolían los ojos, y de soslayo alcanzó a distinguir unos chispazos luminosos. La sangre le silbaba en los oídos. ¡Pero allí estaba! El cuerpo se encontraba a apenas un metro de ella. Se agachó para pasar por debajo de una viga, pero al tender la mano, no alcanzó el solitario bulto. Se estiró más; el zumbido aumentó en su cabeza, pero no alcanzó a llegar hasta la criatura. Sólo le restaba doblarse en dos y meterse por el agujero del escondite, en el centro de la hoguera.

Le costó trabajo pasar. El espacio era tan reducido que apenas pudo arrastrarse a cuatro patas, pero lo logró. El niño yacía boca abajo. Luchó contra los vestigios de repugnancia y lo recogió. Al hacerlo, algo le cayó sobre el brazo. La sorpresa la asustó. A punto estuvo de gritar, pero se tragó el miedo y espantó aquella molestia, que levantó el vuelo con un zumbido. El silbido que se elevaba en sus oídos no era su sangre, sino la colmena.

-Sabía que vendrías -dijo una voz a sus espaldas, y una mano enorme le tapó la cara.

Helen cayó hacia atrás y el caramelero la abrazó.

-Tenemos que irnos -le dijo al oído, mientras una luz temblona se desparramaba por entre las maderas apiladas-. Hemos de emprender el viaje tú y yo.

Luchó por librarse de él, por gritarles para que no encendieran la hoguera, pero él la sujetaba amorosamente. La luz aumentó y con ella llegó el calor; y a través de las primeras llamas vio que de la oscuridad de Butts' Court iban saliendo unas siluetas que se acercaban a la pira. Habían estado allí todo el rato, esperando, con las luces apagadas en sus casas y en los corredores. Su conspiración final.

La hoguera prendió con fuerza, pero por un truco de su construcción, las llamas no invadieron demasiado de prisa su escondite; el humo tampoco reptó por entre los muebles para sofocarla. Vio cómo brillaban las caras de los niños, cómo sus padres les ordenaban que no se acercaran demasiado y cómo desobedecían; cómo las viejas, de sangre débil, se calentaban las manos y sonreían a las llamas. Al cabo de un rato, el rugido y el crepitar fueron ensordecedores, y el caramelero la dejó gritar hasta quedar sin voz, porque sabía que nadie la oiría, y aunque lo hicieran, no se habrían movido para sacarla del fuego.

Las abejas abandonaron el vientre del malvado cuando el aire se tornó más caliente, y enmarañaron el aire con su vuelo aterrado. Algunas se quemaban al intentar la huida y caían al suelo como diminutos meteoros. El cadáver de Kerry, que yacía junto a las llamas, comenzó a arder. El delicado cabello se le llenó de humo; la espalda se le ampolló.

El calor trepó a la garganta de Helen y chamuscó sus súplicas. Exhausta, cayó en los brazos del caramelero y se resignó a su triunfo. Dentro de poco emprenderían el viaje, como le había prometido, y no había manera de evitarlo.

Quizá la recordarían, tal como él le había dicho, al hallar su cráneo partido entre la cenizas. Con el tiempo, tal vez se convertiría en una historia con la que asustar a los niños. En cuanto a su seductor, se echó a reír cuando el fuego los encontró. Para él no había permanencia en aquella noche de muerte. Sus hechos estaban en cientos de muros y en diez mil bocas, y si volvían a dudar de él, su congregación lo mandaría llamar con dulzura. Tenía motivos para reír. Mientras las llamas iban envolviéndolos, ella también tuvo motivos para reír, porque a traves del fuego, entre los espectadores, vio acercarse una cara familiar. Era Trevor. Había ido en su busca.

Lo vio preguntar a los vecinos, y a éstos negar con la cabeza, sin dejar de observar la pira con una sonrisa sepultada en los ojos. Pobre infeliz, pensó Helen, continuaba con sus bufonadas. Deseó que mirara más allá de las llamas con la esperanza de que la viera arder. No tanto para que la salvara de la muerte -hacía tiempo que había perdido esa esperanza- sino

porque le daba lástima verlo tan perplejo y quería proporcionarle, aunque no se lo agradeciese, algo que lo obsesionara, que lo persiguiera. Eso, y una historia que contar.

Librodot

LA MADONNA

Jerry Coloqhoun esperó en la escalinata de las Piscinas de Leopold Road durante más de treinta y cinco minutos antes de que Garvey apareciera; poco a poco sus pies fueron perdiendo sensibilidad a medida que el frío se le colaba por la suela de los zapatos. Se juró a sí mismo que llegaría la hora en que sería él quien hiciera esperar a los demás. En realidad, tal prerrogativa no tardaría en verificarse, si lograba convencer a Ezra Garvey para que invirtiera en el Domo del Placer. Aquello requeriría una sed de riesgo y un capital sustancial, y sus contactos le habían asegurado que Garvey, a pesar de su reputación, poseía ambos elementos en abundancia. De dónde venía el dinero de Garvey no era un punto de los procedimientos, al menos así se había convencido Jerry. En los últimos seis meses, varios plutócratas mucho más agradables habían rechazado su proyecto; en semejantes cucunstancias, la delicadeza de sentimientos era un lujo que apenas podía permitirse.

No estaba del todo sorprendido por la renuncia de los inversores. Eran tiempos difíciles, y no se podía aceptar riesgos a la ligera. Además, hacía falta cierta imaginación -facultad no muy abundante entre los adinerados que había conocido- para ver las Piscinas transformadas en el reluciente complejo de diversiones que él tenía pensado. Pero sus investigaciones le habían convencido de que en una zona como aquella –donde las casas al borde de la demolición eran compradas y restauradas por una generación de sibaritas de clase media- las instalaciones que el había planeado no podían dejar de dar dinero.

Había otro aliciente más. El Ayuntamiento, propietario de las Piscinas, estaba ansioso por deshacerse de la finca del modo mas expeditivo posible, porque los acreedores acosaban. La persona a la que Jerry había sobornado en la Dirección de Servicios Comunitarios -el mismo hombre que había robado alegremente las llaves de la finca por dos botellas de ginebra- le había comentado que el edificio podía adquirirse por nada si la oferta se hacía rápidamente. Todo era cuestión de buena coordinación, y de llegar a tiempo.

Cualidad de la que, al parecer, Garvey carecía. Cuando por fin se presentó, el entumecimiento se había desplazado al norte de las rodillas de Jerry, y ya no estaba de tan buen humor. Sin embargo, no dio señales de ello cuando Garvey se bajó de un Rover conducido por su chófer y se acercó a la escalinata. Jerry sólo había hablado con él por teléfono y se esperaba un hombre más corpulento, aunque a pesar de la falta de estatura, no había manera de dudar de la autoridad de Garvey. Aquella autoridad se le notaba en la abierta mirada de evaluación que le echó a Coloqhoun, en sus rasgos nada felices, en el traje inmaculado.

Se estrecharon la mano.

-Me alegra conocerle, señor Garvey.

El hombre asintió con la cabeza, pero no le devolvió el cumplido. Jerry no veía la hora de guarecerse del frío, y por eso abrió la puerta principal y lo condujo hasta el interior.

-Sólo dispongo de diez minutos -dijo Garvey.

-Muy bien -repuso Jerry-. Sólo quería enseñarle la distribución.

-¿Ha estudiado el edificio?

-Por supuesto.

Era mentira. Jerry sólo había estado en el edificio en el mes de agosto, por cortesía dc un contacto dcl Departamento dc Arquitectura, y desde entonces sólo había visto el lugar desde fuera. Habían pasado cinco meses desde que entrara en el edificio, y abrigó la esperanza de que el acelerado deterioro no se hubiera apoderado definitivamente del lugar. Entraron en el vestíbulo. Olía a humedad, pero el aroma era soportable.

-No hay electricidad -explicó-. Tendremos que utilizar una linterna.

Sacó la linterna dcl bolsillo y enfoco el haz luminoso hacia la puerta interior. Tenía un caudado. Se quedó mirándolo sin decir palabra. Si la última vez que había estado allí, esa puerta estaba cerrada, no lo recordaba. Probó con la única llave que le habían dado, sabiendo antes de meterla en la cerradura que no serviría. Maldijo por lo bajo, repasando mentalmente

las opciones disponibles. O bien Garvey y él se daban media vuelta y dejaban las Piscinas con sus secretos -si el moho, la podredumbre y un techo a punto de venirse abajo podían clasificarse como secretos-, o bien intentaba entrar por la fuerza. Le echó un vistazo a Garvey, que había sacado un prodigioso cigarro del bolsillo y le daba ligeros toques con una llama; se formó una nube de humo aterciopelado.

-Lamento el contratiempo -dijo.

-Son cosas que pasan -repuso Garvey, claramente imperturbable.

-Me parece que harán falta un par de brazos fuertes -dijo Jerry, sondeando a Garvey para ver qué le parecía lo de entrar por la fuerza.

-Me parece bien.

Jerry efectuó una rápida inspección del vestíbulo en busca de un implemento. En la taquilla encontró un taburete de patas metálicas. Lo sacó y fue hacia la puerta, consciente de que la mirada divertida y benigna de Garvey lo seguía a todas partes. Utilizó una de las patas a manera de palanca y rompió el candado, que cayó sobre los mosaicos del suelo con estrépito.

-Ábrete, sésamo -murmuró con cierta satisfacción, y abrió la puerta de un empellón para que pasara Garvey.

El eco producido por el ruido del candado se demoró en los pasillos desiertos por los que pasaron y fue disminuyendo hasta convertirse en un suspiro. El interior parecía más inhóspito de lo que Jerry recordaba. Las ráfagas de luz que se filtraban por los cristales enmohecidos de las claraboyas dcl pasillo eran de color gris azulado. La luz y las cosas iluminadas rivalizaban en melancolía. Sin duda, en otra época las Piscinas de Leopold Road habían sido un ejemplo de *art déco*, de azulejos relucientes y bonitos mosaicos en suelos y paredes. Pero no en la vida adulta de Jerry. Hacía tiempo que los mosaicos del suelo se habían levantado con la humedad, y que de las paredes los azulejos habían caído por centenares, dejando un dibujo de cerámica blanca y mortero ennegrecido como si se tratara de un enorme crucigrama carente de pistas. La atmósfera de indigencia era tan profunda que a Jerry le entraron ganas de abandonar su intento de venderle el proyecto a Garvey. Sin duda no habría esperanza de ventas por más ridículamente bajo que fuera el precio de compra. Pero Garvey parecía más interesado de lo que Jerry había creído. A grandes zancadas se internó en el pasillo, fumando el cigarro y gruñendo para sí mientras avanzaba. Jerry presintio que sólo una curiosidad morbosa podía empujar al magnate a adentrarse en aquel mausoleo de ecos.

-Es atmosférico. Este lugar tiene posibilidades -dijo Garvey-. No tengo reputacion de filántropo, Coloqhoun, y usted ha de saberlo, pero tengo buen gusto por las cosas finas.

Se había detenido delante de un mosaico que reflejaba una indefinida escena mitológica de peces, ninfas y dioses marinos juguetones. Gruñó apreciativamente siguiendo la curva sinuosa del diseño con la punta humedecida del cigarro.

-Hoy en día no se ve mano de obra así -comentó.

-Es soberbio -dijo Jerry, aunque no le pareciera gran cosa.

-Enséñeme el resto.

El complejo había albergado en otra época gran cantidad de servicios -salas de sauna, baños turcos, baños termales-, además de las dos piscinas. Estas distintas zonas estaban conectadas por una maraña de pasadizos que, a diferencia del pasillo principal, no tenían claraboyas; allí tendrían que conformarse con la luz de la linterna. A oscuras o no, Garvey quiso ver todas las zonas públicas. Los diez minutos de los que disponía al principio se convirtieron en veinte, y luego en treinta, pues a cada rato, cuando descubría algún nuevo elemento que provocaba sus comentarios, interrumpía el recorrido. Jerry escuchaba con fingida comprensión; el entusiasmo de aquel hombre por la decoración le resultaba detestable.

-Me gustaría ver las piscinas -anunció Garvey tras haber realizado una prolija investigación de los servicios secundarios.

Jerry lo condujo servicialmente por el laberinto hacia las dos piscinas. En un diminuto corredor, muy cerca de los baños turcos, Garvey dijo:

Librodot

-Silencio.

-¿Cómo? -inquirió Jerry, parándose en seco.

-He oído una voz.

Jerry escuchó. El haz de la linterna iluminó los mosaicos del suelo, dejando una tenue luminiscencia a su alrededor que hizo palidecer el rostro de Garvey.

-No oigo...

-He dicho silencio -le ordenó Garvey.

Movió lentamente la cabeza hacia un lado y hacia el otro. Jerry no oía nada. Y en ese momento, tampoco Garvey. Se encogió de hombros y le dio una chupada al cigarro. La voz se había apagado, ahogada por el aire húmedo.

-Un truco de los corredores -comento Jerry-. Los ecos resultan engañosos. A veces se oye el ruido de los propios pasos que vuelven para recibirnos.

Garvey volvió a gruñir. El gruñido parecía su más valioso elemento del lenguaje.

-He oído algo -insistió, claramente insatisfecho por la explicación de Jerry.

Volvió a escuchar. En los corredores reinaba un silencio tal que se podría haber oído el sonido de un alfiler al caer al suelo. Ni siquiera se oía el tráfico de Leopold Road. Por fin, Garvey pareció contento.

-Adelante -dijo.

Jerry lo guió hacia las piscinas, aunque no conocía muy bien el camino. En varias ocasiones giraron en sentido equivocado y fueron a parar a una maraña de corredores idénticos, pero finalmente llegaron a su destino.

-Hace calor -dijo Garvey, mientras esperaba delante de la piscina más pequeña.

Jerry asintió con un murmullo. En su ansia por llegar a las piscinas no había notado que la temperatura aumentaba. Pero en cuanto se detuvo, comprobó que tenía el cuerpo bañado en sudor. El aire era húmedo, y no olía a moho, como en los demás lugares del edificio, sino que despedía un aroma más malsano, casi oprimente. Esperó que Garvey, envuelto en el humo de su cigarro, no percibiera el olor, porque distaba mucho de ser agradable.

-Está encendida la calefacción -dijo Garvey.

-Eso parece -asintió Jerry, aunque no entendía por qué.

Tal vez el Departamento de Ingeneria pusiera en marcha de vez en cuando el sistema de calefacción, para que no se estropeara con la inactividad. En ese caso, ¿estarían en el corazón del edificio? ¿Acaso Garvey habría oído voces de verdad? Mentalmente intentó encontrar una explicación por si se topaba con ellos.

-Las piscinas -anunció, y abrió una de las puertas dobles.

La claraboya de aquella sala estaba mucho más sucia que las del pasillo principal; por ella apenas se filtraba algo de luz. Sin embargo, Garvey no se amilanó. Traspuso el umbral y se acercó al borde de la piscina. Había poco que ver; allí, las superficies estaban cubiertas por una capa de moho de varios años. En el fondo de la piscina, apenas visible debajo de las algas, los mosaicos formaban un dibujo. Un brillante ojo de pez los miraba desde la profundidad, con un perfecto descuido.

-Siempre me ha dado miedo el agua -comentó Garvey, pensativo, mientras miraba la piscina vacía-. No se de dónde me viene.

-De la infancia -sugirió Jerry.

-¿Le parece? -repuso Garvey-. Mi mujer dice que es del útero.

-¿El útero?

-Según ella no me gustaba nadar en el útero de mi madre -repuso con una sonrisa que podía haber sido a sus propias expensas, aunque más bien parecía a expensas de su mujer.

Un sonido breve, como de algo que cae, les llegó a través de la piscina vacía. Garvey se quedo helado.

-¿Ha oído eso? –inquirió-. Aquí hay alguien más.

Su voz se había elevado de repente media octava.

-Serán ratas -repuso Jerry.

No deseaba encontrarse con los ingenieros, porque temía que le formularan preguntas incómodas.

-Deme la linterna -le ordeno Carvey, quitándosela de la mano.

Iluminó el lado opuesto de la piscina. Aparecieron una serie de vestuarios, y una puerta por la que se podía salir de la piscina. No se movió nada.

-No me gustan las alimañas -dijo Garvey.

-Es que este sitio está abandonado -comentó Jerry.

-Sobre todo si son de la especie humana -concluyó Garvey. Lanzó la linterna a las manos de Jerry-. Tengo enemigos, señor Coloqhoun. Aunque ya estara usted al tanto de mis antecedentes, ¿no es así? No soy un lirio del valle. -La preocupación de Garvey por los ruidos que creía haber escuchado adquiría un desagradable sentido. No temía a las ratas, sino que le hicieran daño físico-. Sera mejor que nos vayamos -dijo-. Enséñeme la otra piscina y habremos terminado.

-De acuerdo -dijo Jerry, tan feliz como su invitado de poder marcharse.

El incidente le había dado más calor. Sudaba copiosamente. y las gotas le caían por la nuca. Le dolía la nariz. Condujo a Garvey por el pasillo hasta la puerta de la piscina más grande y la empujó. La puerta no se abrió.

-¿Algún problema?

-Estará cerrada por dentro.

-¿Hay otra forma de entrar?

-Creo que sí. ¿Quiere que dé la vuelta por atrás?

-Le concedo dos minutos -dijo Garvey, echando un vistazo a su reloj-. Tengo varias citas.

Garvey vio desaparecer a Coloqhoun por el corredor oscuro, con la luz de la linterna marchando delante. El tipo no le caía bien. Iba demasiado bien afeitado; y calzaba zapatos italianos. No obstante, dejando de lado al padre de la idea, el proyecto tenía su mérito. A Garvey le gustaban las Piscinas y sus anexos, la uniformidad de su diseño, la banalidad de sus decoraciones. A diferencia de muchas personas, encontraba tranquilizadoras las instituciones: los hospitales, las escuelas, incluso las prisiones. Olían a orden social, aliviaban esa parte interior suya temerosa del caos. Era mejor un mundo excesivamente organizado que uno no organizado suficientemente.

El cigarro había vuelto a apagársele. Se lo llevó a los labios y encendió una cerilla. Al apagarse la primera llama, en el corredor vislumbró a una muchacha desnuda que lo estaba observado. La visión fue momentánea, pero cuando la cerilla se le cayó de los dedos y la luz se apagó, apareció en su mente, perfectamente intacta. Era joven -a lo sumo tendría quince años-, y su cuerpo, pleno. El sudor que le perlaba la piel le daba una sensualidad tal que podría haber sido producto de sus sueños. Tiró el cigarro a medio fumar, buscó otra cerilla y la encendió, pero en los escasos segundos de oscuridad la bella niña había desaparecido, dejando simplemente el aroma de su dulce cuerpo en el aire.

-Niña...-llamó.

La visión de su desnudez, y la sorpresa reflejada en aquellos ojos, le provocaron ansias de volver a verla.

-Niña...

La llama de la segunda cerilla no logró penetrar más de uno o dos metros de corredor.

-¿Estás ahí?

No podía andar muy lejos, reflexionó. Encendió una tercera cerilla y fue en su busca. Había avanzado unos cuantos pasos, cuando oyó a alguien a sus espaldas. Se volvió. La luz de la linterna iluminó el susto que llevaba en la cara. Era el de los zapatos italianos.

-No hay forma de entrar.

-No es necesario que me encandile -dijo Garvey.

El haz de luz bajó.

-Disculpe.

-Coloqhoun, aquí hay alguien. Es una chica.

Librodot

-¿Una chica?

-Tal vez sepa usted algo.

-No.

-Estaba completamente desnuda. Apareció a tres o cuatro metros de mí.

Perplejo, Jerry miró a Garvey. ¿Acaso padecería delirios sexuales?

-Le digo que vi una chica -protestó Garvey, aunque nadie le había llevado la contraria-. Si no hubiera llegado usted, la habría agarrado. -Volvió a mirar hacia el corredor-. Ilumine por ahí, haga el favor.

Jerry enfocó el haz luminoso hacia la maraña. No había señales de vida.

-Maldita sea -dijo Garvey con genuina pena. Se volvió a mirar a Jerry-. Está bien. Salgamos de aquí.

Cuando se despidieron en las escalinatas, dijo:

-Me interesa. El proyecto no carece de potencial. ¿Tiene un plano del edificio?

-No, pero puedo conseguir uno.

-Hágalo. -Garvey encendió un nuevo cigarro-. Y envíeme su propuesta con más detalles. Entonces volveremos a hablar.

Tuvo que entregar una considerable suma a su contacto del Departamento de Arquitectura para sacarle los planos de las Piscinas, pero a la larga, Jerry los consiguió. Sobre el papel, el complejo parecía un laberinto. Y como en el mejor de los laberintos, no había un orden aparente en la disposición de las duchas, los lavabos y lós vestuarios. Fue Carole la que le probó que esa tesis estaba equivocada.

-¿Qué es eso? -le preguntó mientras Jerry estudiaba los planos esa noche.

Habían pasado cuatro o cinco horas juntos en el apartamento de Jerry, sin los altercados y el mal ambiente que últimamente les estropeaban cada velada.

-Son los planos de las Piscinas dc Leopold Road. ¿Quieres otro brandy?

-No, gracias.

Observó los planos mientras él se levantaba para volver a llenarse la copa.

-Creo que he convencido a Garvey para que se asocie conmigo –dijo Jerry.

-¿Vas a hacer negocios con él?

-No me hagas sentir como un negrero. El tío tiene dinero.

-Dinero sucio.

-¿Qué importa un poco de suciedad entre amigos?

Lo miró friamente y Jerry deseó poseer la capacidad de repetir los últimos diez segundos y borrar el comentario.

-Necesito este proyecto -le dijo. Llevó la copa hasta cl sofá y se sentó frente a ella; los planos estaban desplegados sobre la mesita que había entre ambos-. Necesito que aunque sea por una vez las cosas me salgan bien.

Los ojos de Carole se negaron a concederle un respiro.

-Creo que Garvey y los de su calaña no son buena gente. No me importa cuánto dinero tenga. Es un villano, Jerry.

-Entonces tengo que olvidarme de todo el proyecto, ¿eh? ¿Es eso lo que insinuas? -Habían discutido en anteriores ocasiones sobre el particular-. ¿Pretendes que me olvide de todos los esfuerzos que he realizado y que agregue esta fracaso a los anteriores?

-No hace falta que grites.

-¡No estoy gritando!

-Está bien -dijo en voz baja-, no estás gritando.

-¡Dios Santo!

Carole continuó estudiando los planos. Él la observaba por encima del borde de la copa de whisky; le miró el fino cabello rubio peinado con raya al medio. Tenía tan poco sentido que siguieran juntos... Los procesos que los habían conducido hasta aquel callejón sin salida eran

obvios, pero nunca lograban encontrar el terreno común necesario para intercambiar opiniones de un modo fructífero No sólo sobre aquel tema, sino sobre medio centenar más. Los pensamientos que zumbaban bajo aquel tierno cráneo eran para él un misterio, y probablemente, a ella le ocurría lo mismo con respecto a él.

-Es una espiral -dijo Carole.

-¿El qué?

-Las Piscinas. Están diseñadas en forma de espiral, fijate.

Se levantó para ver los planos, mientras Carole trazaba una ruta por los pasillos con el dedo índice. Tenía razón. Aunque los imperativos de las instrucciones de los arquitectos habían oscurecido la claridad de la imagen, la maraña de corredores y cuartos formaba una somera espiral. Los círculos de sus dedos fueron dibujando giros cada vez más cerrados mientras describían la forma. Finalmente, se detuvo en la piscina más grande, la que permanecía cerrada. Jerry se quedó mirando los planos en silencio. Si ella no lo hubiera notado, sabía que podía haberse pasado una semana entera mirando los planos sin descubrir la estructura oculta.

Carole decidió que no sc quedaría a dormir. En la puerta intentó explicarle que no significaba que todo había terminado, sino que valoraba demasiado su intimidad como para utilizarla de parche. Jcrry lo comprendió a medias. Carole se imaginaba a ambos como animales heridos. Al menos tenían una vida metafórica en común.

Estaba acostumbrado a dormir solo. En cierto modo, prefería estar solo en su cama que compartirla con alguien, incluso con Carole. Pero esa noche la necesitaba a su lado; en realidad, necesitaba a alguien a su lado, aunque no fuera ella. Sc sentía inquieto sin motivos, como un niño. Cuando llego el sueño, volvió a huir, como si temiera soñar.

Hacia el amanecer se levantó; prefería el insomnio a aquel horrible sueño agitado. Se envolvió cn la bata y fue a la cocina a prepararse un poco de té. Los planos seguían desplegados sobre la mesita de café, donde los habían dejado la noche anterior. Sorbiendo el dulce y cálido té de Assam, se quedó pensando en los planos. Desde que Carole se lo había indicado, no lograba hacer otra cosa que concentrarse en la espiral, a pesar de la variedad de detalles que le llamaban la atención; la espiral era una prueba irrefutable de que debajo del caos aparente había una mano oculta. Sus ojos quedaron atrapados, y fue seducido por aquellas curvas a seguir la ruta incesante, vueltas y vueltas, en círculos cada vez más cerrados. Pero ¿hacia qué? Una piscina cerrada.

Ahíto de té, volvió a la cama; esta vez, la fatiga pudo más que sus nervios, y el sueño que le había sigo negado lo invadió. Carole lo despertó a las siete y cuarto; le telefoneaba antes de ir a trabajar para disculparse por lo de la noche anterior.

-No quiero que todo salga mal entre nosotros, Jerry. Y tu lo sabes, ¿verdad? Sabes que significas mucho para mí.

No soportaba hablar de amor por las mañanas. Lo que a medianoche le parecía romántico le sonaba ridículo al amanecer. Le contestó con declaraciones de compromiso y quedó en verla a la noche siguiente. Y se volvió a la cama.

Desde que visitara las Piscinas, no pasó siquiera un cuarto de hora sin que Ezra Garvey pensara en la chica que había visto en el corredor. La cara de la niña había acudido a su mente mientras cenaba con su esposa y hacía el amor con su amante. Una cara tan ilimitada, tan brillante de posibilidades...

Garvey se consideraba un hombre atractivo para las mujeres. A diferencia de gran parte de sus potentados colegas, cuyas consortes eran un aditamento que daba más beneficios cuando estaban ausentes siempre que no las necesitaran para una funcion específica, Garvey disfrutaba en compañía del sexo opuesto. Sus voces, sus perfumes, sus risas. La avidez que sentía por su proximidad no conocía limites; eran criaturas preciosas y estaba dispuesto a

gastarse pequeñas fortunas para asegurarse su compañía. Por lo tanto, esa mañana, cuando regresó a Leopold Road, llevaba la chaqueta cargada de dinero y alhajas caras.

Los transeúntes estaban demasiado preocupados en no mojarse las cabezas (desde el amanecer había caído una fría y constante llovizna) como para fijarse en el hombre que estaba de pie en las escalinatas bajo un paraguas negro, mientras otro se agachaba e intentaba abrir el candado. Chandaman era un experto en cerraduras. El candado se abrió con un chasquido al cabo de unos segundos. Garvey bajó el paraguas y se metió en el vestíbulo.

-Espera aquí -le ordenó a Chandaman-. Y cierra la puerta.

-Sí, señor.

-Si te necesito te llamaré. ¿Llevas la linterna?

Chandaman sacó la linterna de la chaqueta. Garvey la tomó, la encendió y desapareció corredor abajo. O bien en el exterior hacia mucho más frío que el día anterior, o bien en el interior el calor era excesivo. Se desabrochó la chaqueta y se aflojó el nudo de la corbata. Recibió con beneplácito el calor, porque le recordaba el brillo de la piel de la niña de sus ensueños, la lánguida mirada de sus ojos negros. Avanzó por el corredor; la luz de la linterna bañó los mosaicos. Siempre había tenido un buen sentido de la orientación; sólo tardó unos minutos en dar con el camino hacia el exterior de la piscina más grande, donde había encontrado a la chica. Al llegar se quedó quieto y aguzó el oído.

Garvey era un hombre acostumbrado a mirar por encima del hombro. Toda su vida profesional, dentro o fuera de la cárcel, había tenido que cuidarse de los asesinos. Aquella vigilancia incesante le había vuelto sensible a la menor señal de presencia humana. Los sonidos que otros hubieran pasado por alto le imprimían un tatuaje de advertencia en los tímpanos. Pero allí, nada. Silencio en los corredores; silencio en las antesalas de los baños turcos; silencio en todos los enclaves azulejados de un extremo al otro del edificio. Y sin embargo sabía que no estaba solo. Cuando le fallaban los cinco sentidos, un sexto -perteneciente quizá más a la bestia que llevaba dentro que al hombre sofisticado reflejado en el traje caro que vestía- captaba las presencias. En más de una ocasion aquella facultad le había salvado el pellejo. Y esperaba que en aquellas circunstancias lo guiara hasta los brazos de la belleza.

Fiándose del instinto, apagó la linterna y avanzo por el corredor del que había surgido la muchacha, tanteando las paredes. La presencia de la presa lo incitaba. Sospechaba que se encontraba al otro lado de alguna pared, siguiendo sus pasos por algún pasadizo secreto al que él no tenía acceso. La idea de aquel acecho lo satisfizo. Ella y él, solos en aquella sudorosa maraña, jugando un juego que ambos sabían que acabaría en captura. Se movió furtivamente; su pulso fue marcándole los segundos de la persecución en el cuello, en las muñecas y en la entrepierna. El sudor le pegó el crucifijo al pecho.

Finalmente, el corredor se bifurcó. Se detuvo. La luz era muy escasa, y la poca que había perfilaba los túneles de un modo engañoso. Resultaba imposible juzgar la distancia. Pero fiándose de sus instintos, giró hacia la izquierda y se guió por el olfato. Inmediatamente halló una puerta. Estaba abierta; la traspuso y se encontró en un espacio más amplio, al menos eso supuso a juzgar por el sonido apagado de sus pasos. Volvió a permanecer quieto. Esta vez sus oídos se vieron recompensados con un sonido. Provenía del otro lado de la habitación; era el suave murmullo de unos pies desnudos sobre los mosaicos. ¿Sería su imaginación, o llegó a atisbar a la niña, su cuerpo esculpido en la oscuridad, más pálido que la negrura que la rodeaba y más suave aún? ¡Sí! Era ella. A punto estuvo de gritarle, pero luego se lo pensó mejor. La persiguió en silencio, feliz de seguirle el juego hasta que se hartara. Atravesó la habitación, traspuso otra puerta que daba a otro túnel. El aire era mucho más cálido que en otras partes del edificio; pegajoso y congraciador, se le apretó al cuerpo. Un instante de ansiedad le cerró la garganta; estaba olvidando todos los artículos de fe del autócrata al introducir tan de buena gana la cabeza en el lazo cálido. Aquello podía muy bien ser una trampa: la muchacha, la persecución. Al doblar la siguiente esquina los pechos y la belleza podían haber desaparecido, y un cuchillo podría clavársele en el corazón. Sin embargo, sabía

Librodot

que no era así; sabía que los pasos que oía eran los de una mujer, ligeros y esbeltos; que el bochorno que le producía nuevas olas de sudor sólo podía nutrir suavidad y pasividad. En semejante calor los cuchillos no podían sobrevivir; su filo se estropearía, su ambición caería en el abandono. Estaba seguro.

Más adelante, las pisadas se interrumpieron. Él también se detuvo. De alguna parte provenía un poco de luz, aunque su fuente no resultaba visible. Se mojó los labios; sabían a sal. Avanzó. Sus dedos palparon los azulejos, que rezumaban agua; los pies le resbalaban en los mosaicos. A cada paso, su expectación iba en aumento.

La luz se tomó más brillante. No era del día. La luz del sol no lograba penetrar en aquel santuario; se parecía más a la luz de la luna, suave,evasiva; aunque tampoco tendría acceso a aquel lugar, pensó Garvey. Fueran cuales fuesen sus orígenes, gracias a ella logró ver a la muchacha, mejor dicho, a una muchacha, porque no era la misma que viera dos días antes. Estaba desnuda, era joven, pero por lo demás, era distinta. Logró verla brevemente antes de que huyera de el por el corredor y girara en una esquina. La,perplejidad otorgó un sabor excitante a la persecución; no era una, sino dos las niñas que ocupaban aquel lugar secreto. ¿Por qué?

Volvió la vista atrás para asegurarse de que su vía de escape quedaba libre, en caso de que tuviera que retirarse, pero su memoria, confundida por el aire perfumado, no lograba formarse una clara idea de la ruta que lo había conducido hasta allí. La preocupación mantuvo a raya su entusiasmo, pero no quiso sucumbir a ella, y continuó avanzando; fue tras la muchacha hasta el final del corredor y giró a la izquierda. El pasillo recorría una pequeña distancia antes de volver a girar a la izquierda; la muchacha acababa de desaparecer por allí. Apenas consciente de que los giros se hacían cada vez más cerrados con cada vuelta, fue tras la muchacha, respirando entrecortadamente por la agobiante atmósfera y la persecución.

De repente, cuando giró una última esquina, el calor se hizo más aplastante y el pasillo lo condujo a una pequeña cámara apenas iluminada. Se desabrochó el cuello de la camisa. Las venas del dorso de las manos sobresalían como cordeles; notó cómo le trabajaban el corazón y los pulmones. Pero sintió alivio al comprobar que la persecución concluía allí. El objeto de su cacería estaba allí de pie, dándole la espalda, y al ver aquella espalda suave y aquellas nalgas exquisitas, su claustrotobia se evaporó.

-Niña... -jadeó-, sí que me has hecho correr.

La chica pareció no oírlo, o mejor dicho, pareció llevar el juego hasta los límites de la desobediencia.

Avanzó por los mosaicos resbaladizos.

-Te estoy hablando.

Cuando estuvo a una media docena de pasos de ella, la chica se volvió. No era la muchacha que acababa de perseguir por el corredor, ni tampoco la que había visto hacía dos días. Aquella criatura era otra distinta. Su mirada reposó sobre aquel rostro desconocido durante unos segundos, antes de bajar vertiginosamente al niño que llevaba en brazos. Era un lactante, como cualquier niño recién nacido, que chupaba hambriento de uno de los jóvenes pechos. Pero en sus cincuenta y tantos años de vida, los ojos de Garvey jamás habían visto una criatura como aquélla. Le invadieron las náuseas. Ver a la muchacha amamantando fue ya una gran sorpresa, pero verla amamantar semejante cosa, semejante paria de vaya a saber qué tribu, humana o animal, fue algo que su estómago apenas pudo resistir. El infierno mismo daba retoños más dignos del abrazo.

-En nombre de Dios, ¿qué...?

La muchacha observo fijamente la sorpresa de Garvey, y una ola de risotadas le surcó el rostro. Garvey mencó la cabeza. La criatura que llevaba en los brazos desenroscó un miembro y lo estampó sobre el pecho de su madre para sacar más alimento. Aquel gesto convirtió el asco de Garvey en ira. Haciendo caso omiso de las protestas de la muchacha, le arrancó la abominación de los brazos; la sostuvo lo suficiente como para sentir el saco reluciente de aquel cuerpo retorcerse entre sus manos, y luego lo arrojó con todas sus fuerzas contra la

pared opuesta de la cámara. Al golpear contra los azulejos, gritó; su quejido acabó tan de prisa como había empezado, pero fue repetido rápidamente por la madre. La muchacha corrió hacia el sitio donde yacía la criatura; al parecer, el impacto había abierto el cuerpo sin huesos. Uno de sus miembros, de los que tenía al menos media docena, intentó elevarse para tocarle la cara bañada en lágrimas. La muchacha cobijó en sus brazos a aquella cosa; unos hilillos de fluido reluciente le corrieron por el vientre y las ingles.

Más allá de la cámara se oyó un grito. Garvey sabía de qué se trataba: contestaba al grito de muerte de la criatura, y al lamento creciente de su madre, pero aquel sonido era más perturbador que los otros dos. La imaginación de Garvey se tornó una facultad empobrecida. Mas alla de sus sueños de mujeres y riquezas había un erial. Pero al oír el sonido de aquella voz, el erial floreció y dio paso a unos horrores que se creía incapaz de concebir. No eran retratos de monstruos, que en el mejor dc los casos no podían ser más que la conjunción de los fenomenos experimentados. Lo que su mente creó fueron mas sensaciones que visiones; provenían de su esencia y no de su mente. Todas las certezas se echaron a temblar –la masculinidad, el poder, los dobles imperativos del temor y la razón-, todas se subieron el cuello del abrigo y se negaron a reconocerlo. Comenzó a temblar, con un temor que sólo sentía en sueños, mientras el grito continuaba. Le dio la espalda a la cámara y echó a correr: la luz proyectó su sombra delante de él por el oscuro corredor.

Su sentido dc la orientación lo había abandonado. En la primera intersección, y luego en la segunda, cometió un error. Unos metros más adelante reconoció su error e intentó volver sobre sus pasos, pero de ese modo no hizo sino aumentar la confusión. Los corredores se parecían: los mismos azulejos, la misma luz mortecina. Cada vez que doblaba una esquina llegaba a una cámara por la que no había pasado antes, o bien terminaba en callejones sin salida. Su pánico aumentó. El lamento había concluido; estaba solo con su respiracion entrecortada y las maldiciones a media voz. Coloqhoun era responsable de aquel tormento, y Garvey juró que le arrancaría la verdad a palos, aunque tuviera que romperle personalmente hasta el último hueso. Mientras continuaba corriendo, se aferró a la idea de aquella paliza; era su único consuelo. Tan preocupado estaba pensando en las agonías que haría padecer a Coloqhoun, que no notó que daba vueltas en círculo y que regresaba hacia la luz, hasta que resbalando llegó a una cámara familiar. La criatura yacía en el suelo, muerta y desechada. Su madre había desaparecido.

Garvey se detuvo a hacer inventario de su situación. Si volvía por donde había llegado, la ruta no haría mas que confundirlo; si seguía adelante, atravesando la cámara, hacia la luz, quizá lograra cortar el nudo gordiano y regresar al punto de partida. El veloz ingenio de la solución le satisfizo. Cautelosamente, atravesó la cámara hasta la puerta abierta ubicada al otro lado y se asomó. Ante él se extendía un nuevo corredor, y al final de éste otra puerta que daba a un espacio abierto. ¡La piscina! ¡Seguramente sería la piscina!

Olvidó toda precaución, cruzó la cámara y recorrió el pasillo.

A cada paso, el calor iba en aumento. La cabeza le zumbaba. Llegó al final del pasillo y salió al ruedo que había más allá.

A diferencia de la pequeña, la piscina grande no estaba vacía. Estaba llena a rebosar, no de agua clara, sino de un caldo espumoso que humeaba a pesar del calor reinante. Aquella era la fuente de la luz. El agua de la piscina despedía una fosforescencia que todo lo teñía -los mosaicos, el trampolín, los vestuarios, sin duda a él mismo- con el mismo tono leonado.

Escudriñó la escena que tenía ante sí. No había señales de las mujeres. Su camino hacia la salida no se veía amenazado; tampoco veía señales de cadenas ni de candados en las puertas dobles. Comenzó a avanzar hacia ellas. Resbaló en los mosaicos; echó un breve vistazo hacia abajo y vio que había atravesado un rastro de fluído -en la luz embrujada le resultó difícil distinguir su color- que acababa en el borde del agua o bien comenzaba allí.

Dominado por la curiosidad, se volvió a mirar al agua. El vapor se arremolinaba; una corriente jugaba con la espuma. Y allí... sus ojos captaron una silueta oscura, anónima, que se deslizaba debajo de la piel del agua. Pensó en la criatura que había matado, en su cuerpo

informe y en los lazos colgantes de sus miembros. ¿Sería otra de la misma especie? El brillo del líquido lamió el borde de la piscina; los continentes de espuma se deshicieron en archipiélagos. No vio señales del nadador.

Irritado, apartó la vista del agua. Ya no estaba solo. Tres muchachas habían aparecido de la nada, y avanzaban hacia él por el borde de la piscina. Una de ellas era la que había visto la primera vez. A diferencia de sus hermanas, llevaba un vestido. Tenía un pecho desnudo. Lo miró muy seria y se fue acercando; a su lado arrastraba una cuerda adornada con cintas manchadas, atadas en lazos flojos pero extravagantes.

Al llegar estas tres gracias las aguas fermentadas de la piscina se agitaron locamente cuando sus ocupantes salieron a recibir a las mujeres. Garvey logró ver tres o cuatro siluetas inquietas sacudir la superficie sin romperla. Quedó atrapado entre su instinto, que le aconsejaba huir (la cuerda, aunque embellecida, seguía siendo una cuerda), y el deseo de quedarse a ver lo que contenía la piscina. Echó un vistazo hacia la puerta. Se encontraba a menos de diez metros de ella. Una rápida carrera y saldría a la fresca atmósfera del pasillo. Desde allí podría gritarle a Chandaman.

Las muchachas se detuvieron muy cerca de él y lo observaron. Les devolvió las miradas. Todos los deseos que lo habían conducido hasta allí se habían evaporado. Ya no quería sostener en sus manos los pechos de aquellas criaturas, ni acariciar la intersección de sus muslos relucientes. Aquellas mujeres no eran lo que parecían. Su silencio no era docilidad, sino el trance inducido por alguna droga; su desnudez no era sensualidad, sino una horrible indiferencia que lo ofendía. Incluso su juventud, y todo lo que traía aparejado -la suavidad de la piel, el brillo del pelo-, hasta eso parecía de algún modo corrupto. Cuando la muchacha del vestido tendió una mano y le tocó la cara sudorosa, Garvey lanzó un gritito de asco, como si lo hubiera lamido una serpiente. No se mostró molesta por su reacción, sino que se le acercó más, sin apartar los ojos de los suyos; no olía a perfume como su amante, sino a frescura. A pesar de sentirse agraviado no podía apartarse de ella. Se quedó quieto, sin apartar la vista de los ojos de aquella furcia, mientras ella le besaba la mejilla y con la cuerda engalanada de lazos le envolvía el cuello.

Jerry telefoneó al despacho de Garvey a intervalos de media hora durante todo el día. Al principio le dijeron que no estaba en la oficina, y que regresaría esa misma tarde. Pero a medida que avanzaba el día, el mensaje cambió. Garvey no iba a estar en el despacho en todo el día. El señor Garvey, le dijo la secretaria, no se encontraba bien y se había marchado a su casa a descansar. Le pidió que telefoneara al día siguiente. Jerry solicitó a la secretaria que tomara nota de un recado: había conseguido los planos de las Piscinas y estaría encantado de hablar del proyecto cuando al señor Garvey le pareciera oportuno.

A últimas horas de la tarde le telefoncó Carole.

-¿Salimos esta noche? ¿Que te parece si vamos al cine?

-Pues no se me había ocurrido ir tan lejos -repuso él-. Hablaremos esta noche, ¿vale?

Finalmente fueron a ver una película francesa que, aparentemente, por lo que Jerry logró captar, carecía de argumento; consistía en una serie de diálogos entre los personajes, en los que discutían sus traumas y aspiraciones, siendo los primeros directamente proporcionales al fracaso de las últimas. La película le dejó una sensación de apatía.

-No te ha gustado...

-No demasiado. Todos esos diálogos intimidadores...

-Y nada de tiros.

-Nada de tiros.

Carole sonrió para sí.

-¿Qué tiene de gracioso? -quiso saber él.

-Nada...

-No digas que nada.

Librodot

-No he hecho más que sonreír, eso es todo -dijo ella, encogiéndose de hombros-. ¿No puedo sonreír?

-Cielos. Lo unico que le falta a esta conversación son subtítulos.

Caminaron un rato por la calle Oxford.

-¿Quieres comer algo? -le preguntó Jerry cuando llegaron a la esquina de la calle Poland-. Podríamos ir al Red Fort.

-No, gracias, no me gusta cenar tan tarde.

-Por el amor del cielo, no discutamos por una maldita película.

-¿Quién discute?

-Eres exasperante.

-Pues es algo que tenemos en común -le espetó.

Se le sonrojó el cuello.

-Esta mañana dijiste... -empezo él.

-¿Qué dije?

-Hablaste de que no debíamos perder lo que hay entre nosotros...

-Eso fue esta mañana -replicó Carole con ojos acerados. Y de repente, agregó-: Me importa un bledo, Jerry. De mí, de nadie.

Se quedó mirándolo como desafiándolo a que no contestara. Cuando no lo hizo, se mostró curiosamente satisfecha.

-Buenas noches... -dijo, y se apartó de él.

Jerry observó cómo daba cinco, seis, siete pasos y se alejaba de él. En lo más hondo deseaba llamarla, pero una docena de irrelevancias -el orgullo, la fatiga, la inconveniencia- se lo impidieron. Finalmente, lo que lo hizo reaccionar y le puso su nombre en los labios fue la idea de pasar otra noche en la cama vacía, pensar en las sábanas cálidas sólo en donde él yaciera, y frías como mil demonios a su derecha o a su izquierda.

-Carole.

No se volvió, ni siquiera aminoró la marcha. Tuvo que correr para alcanzarla, consciente de que la escena llamaría la atención de los transeúntes.

-Carole -repitió, y la sujetó del brazo.

Se detuvo. Cuando se puso frente a ella para verle la cara, se sorprendió al comprobar que estaba llorando. Aquello lo desarmó; detestaba las lágrimas de Carole una pizca menos de lo que detestaba las suyas propias.

-Me rindo -le dijo, intentando sonreír-. La película era una obra de arte. ¿Qué te parece?

Se negó a permitir que sus payasadas la calmaran; tenía la cara hinchada de desdichas.

-No llores -le dijo-, por favor, no llores. No me...

(«No me salen bien las disculpas», quiso decir, pero en realidad se le daban tan mal que ni siquiera logro expresarlo.)

-Es igual -dijo ella en voz baja.

Jerry notó que no estaba enfadada, simplemente se sentía triste.

-Anda, volvamos a mi piso.

-No quiero.

-Pues yo quiero que vengas -le dijo él. Al menos lo decía con sinceridad-. No me gusta hablar en la calle.

Llamó un taxi y regresaron a Kentish Town, sin decirse palabra. En mitad de la escalera, antes de llegar a la puerta del apartamento, Carole dijo:

-Qué perfume más asqueroso.

En la escalera flotaba un olor fuerte y ácido.

-Alguien ha estado aquí arriba -dijo Jerry.

De pronto le entró una ansiedad inexplicable y subió rápidamente el tramo restante hasta plantarse ante la puerta del apartamento. Estaba abierta; habían forzado la cerradura sin reparos y astillado 1a madera de la jamba. Lanzó una maldición.

-¿Qué ocurre? -inquirió Carole, yendo tras él.

-Han entrado en mi piso.

Entró en su casa y encendió la luz. El interior era un caos. Lo habían destrozado todo a conciencia. Por todas partes sc observaban pequeños actos de vandalismo: cuadros rotos, almohadas despanzurradas, muebles reducidos a astillas. Jerry se quedó de pie, en medio del desastre, meneando la cabeza, mientras Carole iba de cuarto en cuarto, descubriendo en cada uno la misma prolija destrucción.

-Es algo personal, Jerry.

Él asintió.

-Llamaré a la policía -se ofreció Carole-. Fíjate en qué se han llevado.

Hizo lo que le ordenó con el rostro completamente pálido. El golpe de aquella invasión lo había aturdido. Mientras caminaba sin rumbo por el apartamento para comprobar el pandemónium - dándoles la vuelta alos objetos rotos, colocando los cajones en su sitio-, se imaginó a los intrusos en plena tarea, riéndose mientras revisaban sus ropas y sus recuerdos. En un rincón del dormitorio encontró todas las fotos amontonadas. Habían orinado encima de ellas.

-La policía está en camino -le informó Carole -. Han dicho que no tocásemos nada.

-Demasiado tarde -murmuró.

-¿Qué se han llevado?

-Nada -replicó.

Los objetos de valor -el estéreo y el vídeo, las tarjetas de crédito, las pocas joyas estaban allí. Sólo entonces recordó los planos. Regreso a la sala y empezó a buscar entre el desastre, aunque sabía con certeza que no iba a encontrarlos.

-Garvey - dijo.

-¿Qué pasa con Garvey?

-Vino a buscar los planos de las Piscinas. O envió a alguien.

-¿Por qué? -inquirió Carole, contemplando el caos-. De todos modos ibas a dárselos.

-Fuiste tú la que me advirtió que no me relacionara con él... –dijo Jerry, meneando la cabeza.

-Nunca imaginé una cosa así.

-Ya somos dos.

La policía llegó y se marchó, ofreciéndole unas magras disculpas cuando le comentaron que no creían probable que arrestaran al culpable.

-Últimamente, hay muchos actos de vandalismo -le explicó el oficial-. Su vecino de abajo no estaba...

-No, están fuera.

-Era la última esperanza. Recibimos muchas llamadas como ésta. ¿Tiene el piso asegurado?

-Sí.

-Bueno, al menos es algo.

En la entrevista, Jerry no comentó nada de sus sospechas, aunque en repetidas ocasiones sintió la tentación de lanzar sus acusaciones. En aquellas circunstancias no tenía demasiado sentido acusar a Garvey. Por una parte, éste tendría sus coartadas preparadas; por otra, ¿qué lograrían unas acusaciones sin fundamento sino alimentar aún mas la locura de aquel hombre?

-¿Qué vas a hacer? le preguntó Carole cuando los policías terminaron de encogerse de hombros con indiferencia y se marcharon.

-No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de que fuera Garvey. Por un momento es todo dulzura y luz, y al siguiente, esto. ¿Cómo hacer frente a una mente así?

-No se le hace frente. Se la deja correr -repuso Carole-. ¿Quieres quedarte aquí o venirte a casa?

-Quiero quedarme.

Librodot

Realizaron un superficial intento por restablecer la situación anterior; devolvieron los muebles no demasiado rotos a su sitio, y quitaron los cristales rotos. Le dieron la vuelta al colchón destrozado, buscaron dos cojines intactos y se fueron a la cama.

Carole quiso hacer el amor, pero esa seguridad, igual que gran parte de la vida dr Jerry, estaba destinada a fracasar. Bajo las sábanas no lograron componer lo que se había echado a perder fuera de ellas. La rabia de Jerry lo tornó brusco, y su brusquedad enfureció a Carole. Debajo de él, Carole frunció el ceño y sus besos se tornaron reacios y poco espontáneos. La renuencia de Carole hizo que Jerry la desdeñase con mayor tosquedad.

-Dejémoslo -dijo Carole, cuando Jerry se disponía a penetrarla-. No quiero esto.

Él sí, y cómo. Empujó antes de que ella volviera a protestar.

-He dicho que lo dejemos, Jerry.

Jerry procuró no oírla. Y se mostró más pesado que ella.

-Déjalo ya.

Jerry cerró los ojos. Carole volvió a pedirle que lo dejara, pero él empujó con más fuerza, con una furia verdadera, en la forma que a veces le había pedido ella cuando estaban muy excitados, rogándoselo casi. Pero en ese momento lo maldecía, lo amenazaba, y con cada palabra proferida Jerry se convencía de que no se dejaría engañar esta vez, aunque en la entrepierna no sentía más que plenitud e incomodidad, y la urgencia de acabar.

Carole empezó a luchar; le arañó la espalda y le tiró del pelo para apartar la cara de Jerry de su cuello. Mientras continuaba moviéndose a Jerry se le ocurrió pensar que lo odiaría por aquello, y en eso, al menos, estarían de acuerdo, pero la idea no tardó en dar paso a las sensaciones.

Concluido el veneno, se apartó de ella.

-Bastardo...

A Jerry le ardía la espalda. Cuando se levantó de la cama, dejó manchas de sangre en las sábanas. Buscando en el caos de la sala logró encontrar una botella de whisky intacta. Pero las copas estaban todas rotas, y de repente le invadió el absurdo melindre de que no quería beber a morro. Se agachó contra la pared, con la espalda helada, y no se sintió ni desdichado ni orgulloso. La puerta principal se abrió y se cerró con estrépito. Esperó un rato y oyó los pasos de Carole al bajar la escalera. Entonces surgieron las lágrimas, aunque también se sintió completamente alejado de ellas. Finalmente, concluido el ataque, fue a la cocina, lo revisó todo hasta encontrar una taza y bebió de ella hasta perder el sentido.

El estudio de Garvey era un cuarto impresionante. Lo había hecho decorar imitando el de un abogado experto en asuntos fiscales que había conocido; las paredes estaban tapizadas de libros comprados por metros, el color de la alfombra y la pintura se había apagado, por la acumulación del humo de cigarro y de sabiduría. Cuando le costaba dormirse, como ahora, se retiraba al estudio, se sentaba en la silla de respaldo de cuero detrás del enorme escritorio, y soñaba con la legitimidad. Sin embargo, esa noche no fue así; esa noche, sus pensamientos estaban invadidos por otras preocupaciones. Por más que se esforzara en conducirlos por otro camino, ellos regresaban a Leopold Road.

No se acordaba demasiado de lo ocurrido en las Piscinas. Eso ya era de por sí angustiante; siempre se había enorgullecido de poseer una aguzada memoria. De hecho, su memoria para las caras vistas y los favores realizados le había ayudado en gran medida a conseguir su actual poder. Se jactaba de que no había un solo portero, ni una sola mujer de la limpieza, entre los cientos de empleados que tenía al que no pudiera dirigirse por su nombre de pila.

Pero de los hechos acaecidos en Leopold Road hacía escasamente treinta y seis horas, de cómo se le habían acercado las mujeres, de cómo la cuerda le había apretado el cuello, de cómo lo habían conducido por el borde de la piscina hasta una cámara cuya abyección le había despojado prácticamente de sus sentidos, conservaba apenas un vago recuerdo. Lo ocurrido allí después se movía en su memoria como lo hacían las siluetas en la mugre de la

piscina: de un modo oscura y terriblemente inquietante. Había experimentado humillaciones y horrores. Pero aparte de eso, no recordaba nada.

No era hombre que se inclinara ante tales ambigüedades sin plantarles cara. Si había misterios que desvelar, él los desvelaría, y aceptaría las consecuencias de la revelación. Su primera ofensiva había consistido en enviar a Chandaman y a Fryer a destrozar el piso de Coloqhoun. Si, tal como sospechaba, toda aquella empresa era una elaborada trampa pergeñada por sus enemigos, entonces Coloqhoun estaba implicado. Sin duda no sería más que una tapadera, y con toda seguridad no era la mente maestra que ideara el plan. Pero Garvey se sintió satisfecho de que la destrucción de los bienes muebles de Coloqhoun advirtiera a sus jefes de que estaba dispuesto a pelear. También había dado otros frutos. Chandaman había regresado con los planos de las Piscinas; estaban desplegados sobre el escritorio de Garvey. Había trazado la ruta seguida a través del complejo una y otra vez con la esperanza de azuzar su memoria. Pero se sintió defraudado.

Cansado, se puso de pie y se dirigió a la ventana del estudio. El jardín de la casa era inmenso, y severamente cuidado. Aunque en aquel momento apenas lograba distinguir los bordes inmaculados; la luz de las estrellas describía rudimentariamente el mundo exterior. Lo único que lograba ver era su propio reflejo en el cristal pulido.

Cuando se concentró en su imagen, su silueta se onduló, y sintió una flojedad en el bajo vientre, como si se le huhiera desatado algo. Se llevó la mano al abdomen. Le picaba, temblaba, y por un instante se vio otra vez en las Piscinas, desnudo; algo abultado se movía ante sus ojos. A punto estuvo de gritar, pero se controló apartándose de la ventana y observando la habitación, las alfombras, los libros y los muebles, la realidad sólida y sobria. No obstante, las imágenes se negaban a abandonar su cabeza. Los pliegues de sus intestinos siguieron temblando.

Tardó varios minutos en reunir el coraje suficiente como para volver a mirar su reflejo proyectado en la ventana. Finalmente, cuando lo hizo, había desaparecido todo rastro de vacilación. No volvería a soportar otras noches insomnes como aquélla, perseguido por los fantasmas. Con las primeras luces del amanecer le llegó la convicción de que aquél sería el día en que destrozaría al señor Coloqhoun.

Esa mañana, Jerry intentó telefonear a Carole a la oficina. En repetidas ocasiones le dijeron que no podía ponerse. A la larga, dejó de intentarlo, y dedicó sus atenciones a la hercúlea tarea de devolver un poco de orden al piso. Pero le faltaron la concentración y las energías necesarias para hacer un buen trabajo. Tras una hora fútil durante la cual apenas logró hacer mella en el problema, se dio por vencido. El caos reflejaba perfeetamente la opinión que tenía de sí mismo. Lo mejor sería dejarlo estar.

Poco antes de mediodía, recibió una llamada.

-¿El señor Coloqhoun? ¿Gerard Coloqhoun?

-Sí, soy yo.

-Me llamo Fryer. Llamo de parte del señor Garvey...

-¿Ah, sí?

¿Aquella llamada sería para regodearse o acaso amenazaba con ulteriores desgracias?

-El señor Garvey esperaba que le hiciera ciertas proposiciones –le dijo Fryer.

-¿Proposiciones?

-Está muy entusiasmado con el proyecto de Leopold Road, señor Coloqhoun. Tiene la impresión de que se puede sacar buen dinero.

Jerry no dijo nada; aquella palabrería lo confundía.

-Al señor Garvey le gustaría mantener otra reunión lo antes posible.

-¿De veras?

-En las Piscinas. Hay unos cuantos detalles arquitectónicos que le gustaría enseñar a sus colegas.

Librodot

-Entiendo.

-¿Estará usted disponible para este mismo día?

-Sí, claro.

-¿Qué le parece a las cuatro y media?

La conversación terminó más o menos allí. Jerry quedo perplejo. En los modales de Fryer no notó rastros de enemistad; ni una pizca, por más sutil que fuera, de mala fe entre las partes. Tal vez, como había sugerido la policía. los acontecimientos de la noche anterior habían sido obra de unos vándalos anónimos y el robo de los planos un capricho de los responsables. Se animó un poco. No todo estaba perdido.

Volvió a telefonear a Carole, animado por aquel giro de los acontecimientos. Esta vez no aceptó las excusas de sus colegas e insistió en hablar con ella. Finalmente, se puso.

-No quiero hablar contigo, Jerry. Vete al diablo.

-Escúchame...

Le colgó antes de que lograra agregar nada más. Volvió a llamarla. Cuando contestó y oyó su voz. se mostró desconcertada de que estuviera tan ansioso por disculparse.

-¿Por qué lo intentas? Dios santo, ¿de qué sirve?

Jerry notó que a Carole se le agolpaban las lágrimas en la garganta.

-Quiero que comprendas lo enfermo que me siento. Deja que lo arregle, por favor, déjame que lo arregle.

-No -contestó a su súplica.

-No me cuelgues. Por favor, no me cuelgues. Sé que fue imperdonable, Cristo, lo sé...

Carole siguió en silencio.

-Pero piénsatelo, ¿quieres? Dame una oportunidad de arreglar las cosas. ¿Lo harás?

La oyó suspirar.

-¿Me dejas?

-Sí. Sí.

Y colgó.

Partió hacia la cita en Leopold Road tres cuartos de hora antes de lo previsto, pero a mitad de camino se puso a llover torrencialmente, tanto que el limpiaparabrisas no daba abasto. El tráfico marchaba lento; durante más de medio kilómetro avanzó despacio. Lo único que lograba distinguir eran las luces de freno del vehículo de delante. Los minutos pasaron y su ansiedad fue en aumento. Cuando por fin logró abandonar el atasco para tomar otro camino, ya se le había hecho tarde. Nadie lo esperaba en la escalinata de las Piscinas; pero el Rover verdeazulado de Garvey estaba aparcado en el camino. No había señales del chófer. Jerry encontró un sitio para aparcar en el lado opuesto del camino, y cruzó la calle bajo la lluvia. Desde el coche hasta las Piscinas no habría más de veinticinco metros, pero llegó empapado y sin aliento. La puerta estaba abierta. Era evidente que Garvey había manipulado la cerradura y se había guarecido de la lluvia torrencial. Jerry entró.

Garvey no estaba en el vestíbulo, pero había otra persona. Un hombre de la altura de Jerry, pero mucho más fornido. Llevaba guantes de cuero. Su rostro, a no ser por la ausencia de costuras, podría haber sido del mismo material.

-¿Coloqhoun?

-Sí.

-El señor Garvey lo espera dentro.

-¿Quién es usted?

-Chandaman -repuso el hombre-. Entre.

Al final del pasillo había una luz. Jerry abrió las puertas de paneles acristalados del vestíbulo y fue hacia la luz. A sus espaldas oyó la puerta principal cerrarse con un chasquido, y luego el eco de los pasos del lugarteniente de Garvey.

Garvey hablaba con otro hombre, más bajo que Chandaman, que llevaba una enorme linterna. Cuando los dos oyeron acercarse a Jerry miraron en su dirección; la conversación

cesó de repente. Garvey no le tendió la mano ni le ofreció ningún comentario de bienvenida; simplemente se limitó a decirle:

-Ya era hora.

-Es que la lluvia... -se excusó Jerry.

Luego se lo pensó mejor y no dio una explicación que resultaba evidente.

-Ese remojón puede causarle la muerte -comentó el de la linterna.

Jerry reconoció inmediatamente el tono dulzón.

-Fryer.

-El mismo -replicó el hombre.

-Encantado de conocerlo.

Se estrecharon la mano, y al hacerlo, Jerry vio que Garvey lo observaba como si le buscara una segunda cabeza. No dijo nada durante un buen rato, limitándose a examinar la creciente inquietud reflejada en el rostro de Jerry.

-No soy un estúpido -dijo por fin Garvey.

El comentario surgido así, de repente, exigía una respuesta.

-Ni siquiera creo que sea usted el cabecilla de este asunto -prosiguió Garvey-. Estoy dispuesto a ser caritativo.

-¿A qué viene todo esto?

-Caritativo -repitió Garvey-. Porque creo que se ha metido usted en honduras. ¿Me equivoco?

Jerry frunció el ceño.

-Creo que tiene razón -repuso Fryer.

-Me parece que ni siquiera en estos momentos comprende el lío en que está metido, ¿verdad? -inquirió Garvey.

De repente, Jerry fue consciente de su vulnerabilidad y de que Chandaman se encontraba detrás de él.

-Sin embargo, no creo que la ignorancia deba confundirse con el arrobamiento -continuó Garvey-. Quiero decir que aunque no entienda nada, eso no lo hace menos culpable, ¿no le parece?

-No tengo ni idea de lo que me está hablando -protestó levemente Jerry.

Bajo la luz de la linterna, la cara de Garvey aparecía crispada y pálida; tenía todo el aspecto de necesitar unas vacaciones.

-De este lugar -replicó Garvey-. Le estoy hablando de este lugar. De las mujeres que ha puesto aquí... para mi beneficio. ¿A qué viene todo esto, Coloqhoun? Es todo lo que quiero saber. ¿A qué viene todo esto?

Jerry se encogió ligeramente de hombros. Cada palabra pronunciada por Garvey lo dejaba más y más perplejo; pero ya le había advertido que la ignorancia no constituía una excusa legítima. Tal vez la mejor respuesta fuese una pregunta.

-¿Ha visto usted mujeres?

-Furcias, más bien -replicó Garvey. El aliento le olía a ceniza de cigarro viejo-. ¿Para quién trabaja usted, Coloqhoun?

-Trabajo por mi cuenta. La propuesta que le hice...

-Olvídese dc su maldita propuesta. No estoy interesado en hacer tratos con usted.

-Ya entiendo -repuso Jerry-. Entonces no le veo sentido a esta conversación.

Dio un paso para alejarse de Garvey, pero éste tendió un brazo y lo sujetó por la americana empapada de lluvia.

-No le he dicho que se fuera -le dijo.

-Tengo asuntos que atender...

-Tendrán que esperar -le contestó Garvey sin soltarlo.

Jerry supo que si intentaba quitarse de encima a Garvey y correr hacia la puerta principal, Chandaman se lo impediría antes de que diera tres pasos; por otra parte, si no intentaba huir...

-No me gustan los de su clase -prosiguió Garvey, soltándolo-. Sabelotodos con vista para las buenas oportunidades. Se creen ustedes muy listos, Sólo porque tienen un acento extravagante y corbatas de seda. Permítame que le diga una cosa... -Con el dedo le dio una estocada en la garganta-. Me importan ustedes una mierda. Sólo quiero saber para quién trabaja. ¿Entendido?

-Ya se lo he dicho...

-¿Para quién trabaja? -insistió Garvey, señalando cada palabra con una nueva estocada-. Hable o se va a sentir usted muy, pero que muy mal.

-Por el amor de Dios..., no trabajo para nadie. Y no sé nada de esas mujeres.

-No empeore usted las cosas -le aconsejó Fryer con fingida preocupación.

-Estoy diciendo la verdad.

-Me parece que quiere que lo lastimen -dijo Fryer-. ¿Es eso lo que quiere?

Chandaman lanzó una risotada sin alegría.

-Sólo dígame algunos nombres -le pidió Garvey-. O le romperemos las piernas.

La amenaza, aunque inequívoca, no contribuyó a aclararle la mente a Jerry. No veía otra forma de salir del embrollo más que insistir en su inocencia. Si nombraba a algún jefe supremo ficticio, descubrirían la mentira en seguida, y el engaño no haría sino empeorar las consecuencias.

-Compruebe mis credenciales -suplicó-. Usted cuenta con recursos. Averigüe por ahí. No soy hombre de formar sociedades, Garvey, nunca lo he sido.

Garvey dejó de mirar a Jerry a la cara y se fijó en su hombro. Jerry captó el significado de la señal demasiado tarde como para prepararse a recibir el golpe en los riñones del hombre que tenía a sus espaldas. Cayó hacia adelante, pero antes de que chocara con Garvey, Chandaman lo sujetó por el cuello y lo arrojó contra la pared. Se dobló; el dolor no le dejó pensar en nada. Vagamente, oyó a Garvey preguntarle otra vez quién era su jefe. Jerry negó con la cabeza. Tenía el cráneo lleno de cojinetes, le matraqueaban entre las orejas.

-Dios..., Dios... -dijo, esforzándose por encontrar alguna palabra en su defensa para que no le pegaran.

Pero lo incorporaron violentamente antes de que se le ocurriera ninguna. Lo iluminaron con la linterna. Se avergonzó de las lágrimas que le bañaban las mejillas.

-Quiero nombres -repitió Garvey.

Los cojinetes continuaron matraqueando.

-Dale más -dijo Garvey.

Chandaman se le acercó para entrenar los puños. Garvey le ordenó que parara cuando Jerry estaba ya a punto de desmayarse. La cara de cuero se apartó.

-Póngase de pie cuando le hablo -le ordenó Garvey.

Jerry intentó obedecerle, pero su cuerpo no se mostró dispuesto. Temblaba, sentía ganas de morir.

-Póngase de pie -reiteró Fryer, interponiéndose entre Jerry y su verdugo para asegurarse de que lo entendiera.

Al tenerlo tan cerca, Jerry olió el aroma ácido que Carole había descubierto en la escalera: era la colonia de Fryer.

-¡Póngase de pie! -gritó el hombre.

Jerry levantó débilmente una mano para escudarse del haz cegador. No lograba verles las caras, pero fue levemente consciente de que Fryer impedía que Chandaman se le acercara. A la derecha de Jerry, Garvey encendió una cerilla y acercó la llama a un cigarro. Era su oportunidad: Garvey estaba ocupado, y el matón obstaculizado. Jerry la aprovechó.

Se agachó por debajo del haz de la linterna y se lanzó contra la pared, al tiempo que le arrancaba a Fryer la linterna de la mano. La fuente luminosa rodó con estrepito por los mosaicos y se apagó.

En la repentina oscuridad, Jerry hizo un esfuerzo por conseguir la libertad. A sus espaldas oyó maldecir a Garvey, y a Chandaman y Fryer chocar entre sí al abalanzarse sobre la linterna

Librodot

caída. Tanteó las paredes y llegó hasta el final dcl corredor. Evidentemente, no había manera segura de deshacerse de sus verdugos y llegar a la puerta principal; su única esperanza residía en perderse en la red de corredores que se extendía delante de él.

Llegó a una esquina y giró a la derecha, recordando vagamente que se alejaba de las instalaciones principales y se dirigía a los corredores de servicio. La paliza que le habían propinado, aunque interrumpida antes de quedar incapacitado, lo había dejado magullado y sin aliento. A cada paso que daba sentía un dolor agudo en la espalda y la parte baja del abdomen. Cuando resbaló y cayó sobre los viscosos mosaicos a punto estuvo de lanzar un grito.

A sus espaldas, Garvey volvía a rugir. Habían encontrado la linterna. Su luz se bamboleaba por el laberinto; iba en su busca. Jerry se apresuró, contento de la escasa luz, pero no de su fuente. Lo seguirían. Y si como Carole había dicho, el lugar era una simple espiral y los corredores describían un giro incesante sin salida, entonces estaba perdido, condenado. Mareado por el creciente calor, avanzó rogando encontrar una salida de incendios que le permitiera huir de aquella trampa.

-Ha ido por aquí -dijo Fryer-. Seguro que ha ido por aquí.

Garvey asintió; sin duda era el camino más probable, y Coloqhoun lo habría seguido. Se alejaba de la luz y se adentraba en el laberinto.

-¿Vamos tras él? -preguntó Chandaman. Al hombre se le hacía la boca agua al pensar en terminar con la paliza que había empezado a propinarle a Jerry-. No puede haber ido muy lejos.

-No -dijo Garvey.

Nada, ni siquiera la promesa de convertirlo en caballero, lo hubiera inducido a seguirlo.

Fryer ya había empezado a avanzar por el pasillo, iluminando con la linterna las paredes relucientes.

-Hace calor -dijo.

Garvey sabia muy bien cuánto calor hacía. No era un calor natural, no para Inglaterra. Inglaterra era una isla templada; por eso nunca la había abandonado. El calor sofocante de otros continentes alimentaba cosas grotescas de las que no quería enterarse.

-¿Qué hacemos? -preguntó Chandaman-. ¿Esperamos a que salga?

Garvey sopesó esa opcion. El olor del corredor empezaba a angustiarle. El vientre le ardía y tenía la piel de gallina. Instintivamente se llevó la mano a la entrepierna. Su virilidad se había encogido, azorada.

-No -repuso repentinamente.

-¿No?

-No vamos a esperar.

-No se quedará ahí dentro para siempre.

-¡He dicho que no!

No había imaginado cuán profundamente lo haría sutrir el sudor que le producía aquel lugar. Aunque le fastidiaba dejar que Coloqhoun se le escapara de aquel modo, sabía que si permanecía allí durante más tiempo, se arriesgaba a perder el autocontrol.

-Podéis esperarle en su piso -le dijo a Chandaman-. Tarde o temprano tendrá que volver a su casa.

-Qué lástima -murmuró Fryer al salir del pasillo-, con lo que me gustan las persecuciones.

Tal vez no lo estuvieran siguiendo. Habían pasado varios minutos desde que Jerry oyera las voces a sus espaldas. Su corazón había dejado de latir con furia. La adrenalina ya no le incitaba a correr; sus músculos cargados de magulladuras lo obligaron a arrastrarse. Su cuerpo se rebeló incluso ante ese leve movimiento.

Cuando dar un paso más se convirtió en una agonía insoportable, se dejó caer por la pared y quedó acurrucado en el pasillo. La ropa empapada se le pegó al cuerpo y a la garganta;

sintió frío y calor al mismo tiempo. Se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó el chaleco y la camisa. La calidez del aire del laberinto le acarició la piel. El contacto le resultó agradable.

Cerró los ojos e intentó la autohipnosis para no sentir el dolor. ¿Qué eran las sensaciones sino un truco de las terminaciones nerviosas? Existían técnicas que permitían separar la mente del cuerpo, y dejar atrás las agonías. En cuanto cerró los ojos oyó unos sonidos apagados que provenían de muy cerca. Pasos, murmullo de voces. No eran Garvey y sus secuaces; eran voces femeninas. Jerry levantó la agobiada cabeza y abrió los ojos. O se había acostumbrado a la oscuridad en aquellos escasos momentos de meditación o en el pasillo había aparecido una luz; sin duda sería eso último.

Se puso de pie. La chaqueta le pesaba como un muerto; se la quitó con esfuerzo y la dejó caer donde había estado acostado. Entonces fue en dirección a la luz. El calor había aumentado considerablemente en los últimos minutos; le producía ligeras alucinaciones. Las paredes daban la impresión de haber abandonado la verticalidad; en el aire, la transparencia se había convertido en una rielante aurora.

Giró en una esquina. La luz se tornó más brillante. Otra esquina más y llegó a una diminuta cámara azulejada, donde el calor lo dejó sin aliento. Boqueó como un pez varado en la playa y miró con esfuerzo hacia la puerta que había en el otro extremo; el aire se iba tornando cada vez más denso. La luz amarillenta que se colaba por la puerta era aún más brillante, pero no logró reunir fuerzas suficientes para avanzar; el calor lo derrotó. Presintió que se encontraba al borde del desmayo y tendió una mano para sostenerse, pero la palma resbaló por los azulejos mojados y Jerry cayó al suelo, aterrizando sobre un costado. Lanzó un grito de dolor.

Gimiendo sus desdichas, encogió las piernas contra el cuerpo y permaneció donde había caído. Si Garvey había oído su grito, y había enviado a sus lugartenientes en su persecución, le daba igual. Ya no le importaba nada.

Desde el otro lado de la cámara le llegó el sonido de un movimiento. Levantó la cabeza del suelo y abrió un poco los ojos. En el vano de la puerta había una muchacha desnuda, o al menos eso era lo que sus aturdidos sentidos le indicaban. Le brillaba la piel como si la tuviera aceitada; en los pechos y los muslos tenía unas manchas de lo que podía haber sido sangre añeja. Aunque no parecía suya. No había herida alguna que le desfigurara el cuerpo reluciente.

La muchacha había comenzado a reírse de el con una risa suave y fácil que lo hizo sentir muy tonto. Su musicalidad lo embriagó, y se esforzó por mirarla mejor. Había empezado a cruzar la cámara en dirección a él, sin dejar de reírse; entonces advirtió que detrás de ella había otras. Aquéllas eran las mujeres de las que Garvey le había hablado; aquélla era la trampa de la que le había acusado.

-¿Quién eres? -murmuró cuando la muchacha se le acercó.

A ésta la falló la risa cuando vio sus facciones crispadas por el dolor.

Jerry intentó sentarse derecho, pero tenía los brazos entumecidos y volvió a resbalar por los mosaicos. La mujer no respondió a su pregunta ni tampoco intentó ayudarlo. Se limitó a mirarlo fijamente como haría un peatón a un borracho tendido en la cuneta; su rostro era inescrutable. Jerry le devolvió la mirada y sintió que iba perdiendo el tenue asidero a la conciencia. El calor, el dolor y aquella repentina erupción de belleza eran demasiado. Las mujeres más alejadas se dispersaron en la oscuridad; toda la cámara se plegó como la caja de un mago hasta que la criatura sublime que tenía delante exigió toda su atención. Ante su muda insistencia, Jerry sintió que la imaginación abandonaba su cabeza y que se deslizaba sobre la piel de la muchacha, que aquella carne era un paisaje y que cada poro era una fosa y cada cabello un pilón. Jerry fue suyo por completo. La mujer lo ahogó en sus ojos y lo desolló con sus pestañas; lo revolcó por su abdomen y lo hizo descender por el suave canal de su espalda. Lo recogió entre las nalgas y lo introdujo en su calor para volverlo a sacar mientras Jerry creía que se quemaría vivo. La velocidad lo regocijaba. Notó que su cuerpo, metido en alguna parte

Librodot

muy abajo, se hiperventilaba en el terror; pero su imaginación, a la que no le importaba respirar, se dirigía deseosa adonde la muchacha la condujera, y hacía rizos como un pájaro, hasta que, mareado y maltrecho, fue arrojado de nuevo al cáliz de su cráneo. Antes de que lograse aplicar la frágil herramienta de la razón a los fenómenos que acababa de experimentar, sus ojos se cerraron y se desmayó.

El cuerpo no necesita de la mente. Cuenta con infinidad de procesos -llenar y vaciar los pulmones, bombear la sangre y asimilar los alimentos- que no requieren la autoridad del pensamiento. Sólo cuando uno o más de esos procesos fallan, la mente adquiere conciencia de lo intrincado de los mecanismos que habita. El desmayo de Coloqhoun sólo duró unos minutos, pero cuando volvió en sí tuvo conciencia de su cuerpo como jamás la había tenido: como una trampa. Y no logro salir de ella; estaba atado con grilletes a esa miseria, o mejor dicho, en esa miseria.

Estos pensamientos iban y venían. Y en medio se producían breves visiones a través de las cuales caía, y momentos más breves aún, durante los cuales atisbaba el mundo exterior.

Las mujeres lo habían recogido. La cabeza le colgaba, el pelo le arrastraba por el suelo. «Soy un trofeo», pensó en un instante más coherente. Luego otra vez la oscuridad. Nuevamente luchó por alcanzar la superficie y vio cómo lo transportaban por el borde de la piscina grande. La nariz se le llenó de aromas contradictorios, a la vez deliciosos y fétidos. Por el rabillo del ojo logró ver el agua, más brillante que nunca, lamer las orillas de la piscina; y algo más, unas sombras que se movían dentro del brillo.

«Quieren ahogarme -pensó. Y luego-: Me estoy ahogando ya.» Imaginó que el agua le llenaba la boca; imaginó las formas que había entrevisto en la piscina invadirle la garganta y deslizarse hasta su vientre. Se esforzó por vomitarlas en medio de convulsiones.

Le pusieron una mano sobre la cara. La palma era divinamente fresca.

-Calla -le murmuró alguien.

Y al oír esa palabra, sus delirios desaparecieron. Consiguieron apartarlo de sus miedos y devolverle la conciencia.

La mano había desaparecido de su frente. Miró a su alrededor, en la penumbra de la sala, para buscar a su salvadora, pero sus ojos no fueron muy lejos. Al otro lado de la cámara -que parecía haber sido una ducha comunitaria-, varios tubos colocados en lo alto de la pared despedían sólidos arcos acuosos sobre los mosaicos, y desaguaban por unos canales. Un fino rocio producido por las fuentes llenó el aire. Jerry se incorporó. Tras la cascada del velo líquido se produjo un movimiento; una silueta demasiado enorme para ser humana. Espió a través de la llovizna e intentó encontrar algún sentido a aquellos pliegues de carne. ¿Era un animal? Había allí un olor penetrante que tenía algo de zoológico.

Jerry se movió con considerable cautela para no llamar la atención de la bestia e intentó ponerse de pie. Sin embargo, sus piernas no estuvieron a la altura de sus intenciones. Lo único que logró fue arrastrarse un trecho por la sala sabre las manos y las rodillas y espiar -una bestia a otra- a través del velo de agua.

Presintió que lo presentían, que la oscura criatura reclinada había vuelto los ojos en su dirección. Cuando lo miró, sintió que se le erizaba la piel, pero no logró apartar la vista. Y cuando él se disponía a examinarla mejor, en la sustancia de la criatura se formó un chispazo fosforescente que se esparció en olas de luz amarillenta por toda su tremenda silueta, revelándola en su totalidad a Coloqhoun.

Supo sin lugar a dudas que se trataba de una hembra, aunque no se parecía a ninguna especie o género que él conociera. Mientras las olas de luminosidad recorrían el físico de la criatura, descubrieron con cada nueva ráfaga una configuración también nueva y fenomenal. Al observarla, a Jerry se le ocurrió pensar en algo lento y fundido, vidrio tal vez, o piedra, como si su carne adquiriera formas complicadas para ser devuelta al horno y moldeada otra vez. Carecía de cabeza y piernas reconocibles como tales, pero sus contornos estaban

Librodot

plagados de racimos de burbujas brillantes que podían haber sido ojos, y aquí y allá despedía cintas iridiscentes -unas llamaradas lentas de color pastel- que parecían encender por momentos el aire.

Aquel cuerpo emitió entonces una serie de suaves sonidos: suspiros y burbujeos. Se preguntó si se estaría dirigiendo a él, y si era así, cómo esperaba que respondiera. Al oír unas pisadas detras de él, se volvió hacia una de las mujeres en busca de apoyo.

-No tengas miedo -le dijo.

-No tengo miedo -repuso Jerry.

Era verdad. El prodigio que tenía delante resultaba electrificante, pero no le producía ningún temor.

-¿Qué es? -preguntó.

La mujer se mantuvo cerca de él. Su piel, bañada por la luz que despedía la criatura, era dorada. A pesar de las circunstancias, o tal vez precisamente a causa de ellas, sintió un temblor de deseo.

-Es la Madonna. La Virgen Madre.

-¿Madre? -repitió Jerry, volviéndose otra vez para ver a la criatura.

Las olas de fosforescencia habían dejado de recorrer el cuerpo. La luz latía ahora en una parte concreta de su anatomía, y en esa región, siguiendo el ritmo del pulso, la sustancia de la Madonna se hinchó y se partió. A sus espaldas Jerry oyó más pasos; el eco de unos susurros, de risas y aplausos llenó la cámara.

La Madonna estaba pariendo. La carne hinchada se abría. Una luz líquida comenzó a manar; un olor a fuego y sangre llenó la sala de duchas. Una muchacha lanzó un grito, como en armonía con la Madonna. Los aplausos arreciaron, y de repente, del corte abierto en la Madonna salió una criatura -una mezcla de calamar y cordero esquilado-, que cayó sobre los mosaicos. El agua que salía de los tubos la despertó inmediatamente; la criatura echó la cabeza hacia atrás para mirar a su alrededor con su único ojo, enorme y perfectamente lúcido. Se retorció sobre los mosaicos durante unos instantes antes de que la chica que estaba al lado de Jerry avanzara entre el velo de agua y la recogiera. Su boca desdentada buscó rápidamente el pecho. La muchacha la acercó al pezón.

-No es humana... -murmuró Jerry. No estaba preparado para ver una criatura tan extraña y, sin embargo, tan inequívocamente inteligente-. Los niños... ¿son todos iguales?

Arrobada, la madre sustituta miró el saco de vida acurrucado entre sus brazos.

-Nadie es igual a nadie -repuso-. Nosotras los alimentamos. Algunos mueren. Otros viven y se van en busca de sus destinos.

-¿Adónde, por el amor de Dios?

-Al agua. Al mar. A los sueños.

La muchacha arrulló a la criatura. Un miembro aflautado, recorrido por la luz como había ocurrido con su madre, se agitó en el aire lleno de placer.

-¿Y el padre?

-No necesita marido -repuso-. Podría hacer hijos con un chubasco si quisiera.

Jerry volvió a mirar a la Madonna. En ella apenas quedaban vestigios de luz. El enorme cuerpo lanzó un zarcillo llameante color azafrán, que se mojó bajo la cascada de agua y dibujó unas formas danzarinas sobre la pared. Después se quedó quieta. Cuando Jerry se volvió, la madre sustituta y la criatura se habían ido. Se habían marchado todas menos una. Era la muchacha que se le había aparecido la primera vez. Su rostro volvía a lucir la misma sonrisa; estaba sentada al otro extremo de la habitación, con las piernas separadas. Jerry entrecerró los ojos para verle la entrepierna y luego le miró otra vez a la cara.

-¿De qué tienes miedo? -le preguntó la chica.

-No tengo miedo.

-¿Por qué no vienes a mí entonces?

Jerry se puso de pie, atravesó la cámara y fue hasta donde ella estaba sentada. A sus espaldas, el agua seguía manando y corriendo por los mosaicos, y detrás de las fuentes, las

carnes de la Madonna murmuraban. Su presencia no lo intimidaba. Los de su clase seguramente no merecían la atención de semejante criatura. Y si lo veía, seguramente lo consideraría un ser ridículo. ¡Cielos! Si hasta él mismo se consideraba ridículo. Ya no le quedaban ni dignidad ni esperanzas que perder.

Mañana, todo aquello sería un sueño: el agua, las criaturas, la belleza que se incorporaba para abrazarlo. Mañana creería que había estado muerto durante un día y visitado unos baños para ángeles. Pero ahora, tenía que aprovechar la oportunidad.

Después de hacer el amor con la muchacha sonriente, cuando intentó recordar los detalles del acto, no logró precisar con exactitud si había llegado a algo. Sólo le quedaron los más vagos recuerdos, y no se acordaba de los besos de la muchacha ni del acoplamiento, sino de la leche que le goteaba de los pechos y de la forma en que ella murmuraba: «Nunca..., nunca...» mientras se entrelazaban. Cuando terminaron, ella se mostró indiferente. Ya no hubo palabras ni sonrisas. La muchacha lo dejó solo en medio de la llovizna de la cámara. Jerry se abrochó los sucios pantalones y dejó a la Madonna con su fecundidad.

Un corto pasillo conducía dc la sala de duchas a la piscina grande. Tal como comprobara vagamente cuando las muchachas lo llevaron en presencia de la Madonna, estaba llena a rebosar. Los hijos de la Madonna jugaban en el agua radiante; sus formas eran innumerables. Las mujeres no estaban por ninguna parte, pero la puerta que daba al corredor exterior estaba abierta. La traspuso, y no había dado más de seis pasos cuando se cerro tras él.

Ezra Garvey se dio cuenta demasiado tarde de que regresar a las Piscinas (aunque fuera para un acto de intimidación del que normalmente hubiera disfrutado) había sido un error. Habla vuelto a abrirle una herida que creía a punto de cicatrizar, y le había traído los recuerdos de su segunda visita, de las mujeres y de lo que le habían hecho ver (recuerdos que intentó aclarar hasta comprender su verdadera naturaleza) cerca de la superficie. Lo habían drogado, de un modo u otro lo habían drogado, y cuando estaba débil y había perdido todo sentido del decoro, lo habían explotado para divertirse. Lo habían amamantado como a un niño y lo habían convertido en su juguete. Esos recuerdos lo dejaban perplejo; pero había otros, demasiado profundos como para distinguirlos, que lo consternaban. Recuerdos de una cámara, de agua que caía en forma de cortina, de una oscuridad terrible y de una luminiscencia más terrible aún.

Sabía que había llegado la hora de destrozar esos sueños bajo los pies y de poner fin a semejante desconcierto. Era un hombre que no olvidaba los favores recibidos ni realizados; poco antes de las once hizo dos llamadas telefónicas para hacer valer dos de esos favores. Fuera lo que fuese lo que vivía en las Piscinas de Leopold Road, no continuaría prosperando. Satisfecho con sus maniobras nocturnas, subió a acostarse.

Desde el incidente con Coloqhoun se había bebido gran parte de una botella de aguardiente; tenía frío y se sentía inquieto. El alcohol comenzó a hacerle efecto. Le pesaban las piernas y la cabeza. Ni siquiera se molestó en desvestirse, y se acostó en la cama grande durante unos minutos para aclararse un poco. Cuando se despertó era la una y media de la madrugada.

Se incorporó. El estómago volvía a hacerle cabriolas; en realidad, todo el cuerpo parecía traumatizado. En sus cincuenta y tantos años rara vez había estado enfermo; el éxito había mantenido a raya los achaques. Pero ahora se sentía fatal. Tenía un dolor de cabeza espantoso; tambaleándose, fue desde el dormitorio a la cocina tanteando las paredes. Se sirvió un vaso de leche, se sentó a la mesa y se lo llevó a los labios. Pero no bebió. Sus ojos se posaron en la mano que sostenía el vaso. La miró a través de la bruma del dolor. No se parecía a su mano; era demasiado delicada, demasiado suave. Dejó el vaso; temblaba de tal modo que derramó la leche sobre la mesa de teca y el charco formado empezó a caer al suelo.

Se puso de pie. El sonido de la leche al caer sobre los mosaicos de la cocina despertó en él unos pensamientos muy curiosos. Se dirigió vacilante hacia su estudio. Necesitaba la

compañía de alguien, de cualquiera. Tomó la agenda telefónica e intentó descifrar los garabatos de las páginas, pero los números no le resultaban claros. El pánico fue en aumento. ¿Sería aquello la locura? El delirio de la mano transformada, las sensaciones extrañas que le recorrían el cuerpo. Se desabrochó la camisa, y al hacerlo, su mano rozó otro delirio más absurdo que el anterior. Con dedos renuentes se abrió la camisa, repitiéndose una y otra vez que nada de aquello era posible.

Pero las pruebas eran bien claras. Tocó un cuerpo que ya no era el suyo. Todavía había señales de que la carne y los huesos le pertenecían -una cicatriz de apendicitis en la parte baja del abdomen, la marca de nacimiento debajo del brazo-, pero la sustancia de su cuerpo había sido transformada (estaba siendo transformada mientras él observaba) en formas vergonzantes. Hundió las uñas en las formas que le desfiguraban el torso, como si fueran a disolverse ante el asalto, pero sólo logró que sangraran.

En otras épocas, Ezra Garvey había sufrido mucho, y casi todos los sufrimientos habían sido autoinfligidos. Había estado en la cárcel; había estado a punto de recibir serias heridas; había soportado los engaños de mujeres hermosas. Pero esos tormentos no eran nada comparados con la angustia que sentía ahora. ¡No era él mismo! Le habían quitado el cuerpo mientras dormía y le habían dejado aquél a cambio. El horror de aquella realidad destrozó su autoestima, y su cordura peligró.

Incapaz de frenar las lágrimas, empezó a tirar del cinturón. «Por favor, Dios mío -se dijo-, por favor, permite que siga entero.» Las lágrimas apenas le dejaban ver. Se las enjugó de un manotazo y se miró la entrepierna. Al ver las deformidades que allí se estaban produciendo, rugió hasta hacer temblar las ventanas.

Garvey no era hombre para engaños. Sabía que la discusión no contribuiría en nada a mejorar los hechos. No sabia con seguridad cómo había sido escrito en su cuerpo aquel tratado de transformación, y no le importaba demasiado. Lo único que se le ocurría pensar era que se moriría de vergüenza si alguna vez aquella vil condición llegaba a ver la luz del día. Regresó a la cocina y sacó un enorme cuchillo del cajón; luego se arregló la ropa y abandonó la casa.

Sus lágrimas se habían secado. Llorar ahora sería un desperdicio, y él no era un derrochón. Atravesó la ciudad vacía en su coche y fue hacia el río; cruzó el puente Blackfriars. Allí aparcó y fue andando hasta la orilla. Esa noche el Támesis estaba crecido y sus aguas bajaban rápidas; en la superficie había espuma blanca.

Sólo entonces, después de llegar tan lejos sin analizar demasiado sus intenciones, el temor a morir lo detuvo. Era un hombre rico e influyente, ¿acaso no habría otras salidas a aquella pesadilla que la solución a la que se había lanzado de cabeza? ¿Traficantes de píldoras que pudieran invertir la locura que había invadido sus células? ¿Cirujanos que cercenaran las partes ofensivas y suturaran los retazos de su yo perdido? ¿Cuánto durarían esas soluciones? Tarde o temprano el proceso volvería a empezar, lo sabía. Nadie podía ayudarlo.

Una ráfaga de viento levantó la espuma del agua. Fue a caerle sobre la cara y la sensación rompió el sello del olvido. Finalmente lo recordó todo: la sala de duchas, los chorros de los tubos rotos que golpeaban el suelo, el calor, las mujeres riéndose, los aplausos. Y por último, la cosa que vivía detrás de la pared de agua, una criatura que era peor que cualquier pesadilla de femineidad que su mente extraviada hubiera podido pergeñar. Allí se había acoplado en presencia de aquel monstruo, y en la furia del acto -cuando se había olvidado momentáneamente de sí mismo-, las muy furcias lo hablan sometido a aquel embeleso. De nada servían las lamentaciones. Estaba acabado, acabado. Al menos había tomado medidas para la destrucción de su guarida. Mediante la autocirugía desharía lo que ellas habían ideado con su magia, y así les negaría la posibilidad de ver el resultado de su obra.

El viento era frío, pero él tenía la sangre caliente. Lo envolvió con sus ráfagas mientras él se acuchillaba el cuerpo. El Támesis recibió la libación con entusiasmo. A sus pies, lamía la orilla formando remolinos. No había concluido el trabajo, cuando la pérdida de sangre lo venció. «Da igual -pensó, mientras se le doblaban las rodillas y caía al agua-, ahora no me

verán más que los peces.» Cuando el río se cerró sobre él, rogó por que la muerte no fuera mujer.

Mucho antes de que Garvey hubiera despertado en mitad de la noche y descubierto la rebelión de su cuerpo, Jerry había abandonado las Piscinas, había subido a su coche e intentado regresar a su casa. Pero le había costado un gran esfuerzo llevar a cabo esa tarea tan simple. Tenía los ojos nublados, y el sentido de la dirección trastocado. En una intersección estuvo a punto de provocar un accidente, por lo que aparcó el coche y empezó a caminar hasta su casa. Los recuerdos de lo que acababa de ocurrirle no eran en absoluto claros, aunque los acontecimientos apenas tenían horas de vida. Tenía la cabeza plagada de extrañas asociaciones. Andaba en el mundo real como en sueños. Sin embargo, cuando vio a Chandaman y a Fryer esperándole en el dormitorio de su apartamento, volvió a la realidad como si le hubieran dado de bofetadas. No esperó a que lo saludasen; se volvió y echó a correr. Durante la espera le habían vaciado las reservas de bebidas alcohólicas y reaccionaron con lentitud. Jerry había bajado la escalera y abandonado la casa antes de que ellos salieran en su persecución.

Fue andando hasta casa de Carole, pero no estaba. No le importó esperar. Se sentó en los escalones de la entrada y allí estuvo durante media hora: cuando llegó el inquilino del piso superior, logró convencerlo de que lo dejase entrar y esperó en la relativa calidez de la casa. Se sentó en la escalera y en la duermevela volvió sobre sus pasos y regresó a la intersección donde había abandonado el coche. Una multitud pasaba por allí. «¿Adónde van?», inquirió. «A ver los yates», le respondieron. «¿Qué yates?», quiso saber, pero la gente se alejaba charlando. Siguió andando durante un rato. El ciclo estaba oscuro, pero las calles se hallaban iluminadas por una luz azulada, carente de sombras. Cuando ya iba a ver las Piscinas, oyó como un chapaleo y, al doblar una esquina, descubrió que la marea iba subiendo por la calle Leopold. ¿Qué clase de mar era aquél?, preguntó a las gaviotas que volaban en el cielo, porque el olor a salitre del aire denotaba que aquellas aguas eran del océano y no del río. ¿Acaso importaba qué mar era?, replicaron las gaviotas. En definitiva, ¿no eran todos los mares un mismo mar? Se quedó mirando cómo las olas iban subiendo por el asfalto. Su avance, aunque delicado, derribó farolas y erosionó los cimientos de los edificios con tanta rapidez que éstos se derrumbaban en silencio, bajo la marea glacial. Las olas no tardaron en bañarle los pies. Los peces, pequeños dardos plateados, se movían en el agua.

-¿Jerry?

Carole estaba en la escalera, mirándolo fijamente.

-¿Qué diablos te ha pasado?

-Estuve a punto de ahogarme -repuso.

Le habló de la trampa que Garvey le había tendido en Leopold Road, de la paliza recibida y de la presencia de los maleantes en su propia casa. Carole le ofreció su fría comprensión. Jerry no le contó nada sobre la persecución por la espiral, ni de las mujeres, ni de la cosa que había visto en las duchas. Le habría resultado imposible referirlo, aunque hubiera querido; cada hora que pasaba desde que abandonara las Piscinas estaba menos seguro de haber visto nada.

-¿Quieres quedarte aquí? -ofreció Carole cuando Jcrry terminó su relato.

-Creí que nunca me lo preguntarías.

-Será mejor que tomes un baño. ¿Estas seguro de que no te han roto ningún hueso?

-Creo que a estas alturas ya lo sentiría si lo hubieran hecho.

Seguramente no tendría huesos rotos, pero no había salido incólume. El torso era una colección de morados, y le dolía todo, desde la cabeza a los pies. Tras permanecer media hora

en remojo, salió de la bañera y se miró en el espejo; tenía el cuerpo hinchado por la paliza, y la piel del pecho se veía suave y tensa. No era un bonito panorama.

-Mañana deberás ir a la policía -le dijo Carole más tarde, cuando estaban acostados-. Y harás que arresten al bastardo de Garvey...

-Supongo...

Carole se inclinó sobre él. Tenía la cara blanda por la fatiga. Lo besó suavemente.

-Me gustaría quererte -le dijo. Jerry no la miró-. ¿Por qué me lo pones tan difícil?

-¿Te lo pongo difícil? -inquirió; los ojos se le cerraban.

Carole deseó deslizar la mano por debajo de la bata que llevaba puesta -nunca había logrado comprender la timidez de Jerry, pero le resultaba atractiva- y acariciarlo. Pero en la forma en que yacía Jerry había cierto aislamiento que dejaba entrever su deseo de no ser tocado, y ella lo respetó.

-Apagaré la luz -le dijo.

Pero él no la oyó, ya se había dormido.

La marea no fue amable con Ezra Garvey. Recogió su cuerpo y jugueteó con él, lanzándolo a la orilla y volviendo a llevarlo hacia el interior durante un rato, picoteándolo como un comensal harto que escarba la comida. Llevó el cuerpo río abajo durante más de un kilómetro y luego se cansó de su peso. La corriente lo relegó al remanso de las orillas, y allí, a la altura de Battersea, quedó enganchado en una cuerda de amarre; su cuerpo exangüe se reveló en toda su extensión cuando lo abandonó la marea y vino la madrugada a espiar. A las ocho su audiencia se componía de alguien más que la mañana.

Jerry se despertó con el ruido de la ducha proveniente del baño contiguo. Las cortinas del dormitorio todavía estaban echadas. Sólo un diminuto haz luminoso logró filtrarse hasta donde yacía. Sc dio la vuelta y sepultó la cabeza en la almohada, para que la luz no le molestase, pero su cabeza, una vez agitada, comenzó a darle vueltas. Le esperaba un día muy difícil; tendría que explicar los acontecimientos recientes a la policía. Le harían preguntas y algunas resultarían incómodas. Cuanto antes recapitulara su versión, más hermética sería. Volvió a darse la vuelta y apartó las sábanas.

Lo primero que se le ocurrió pensar cuando se miró fue que no se había despertado del todo, sino que continuaba con la cara sepultada en la almohada y soñaba ese despertar. Que soñaba el cuerpo en el cual habitaba, con sus pechos florecientes y el vientre suave. Aquel cuerpo no le pertenecía; el suyo era del otro sexo.

Sacudió la cabeza e intentó despertarse, pero no existía nada a lo cual despertar. Estaba allí. Aquella anatomía transformada era la suya -aquella raja, aquella suavidad, aquel extraño peso-, todo era suyo. En las horas transcurridas desde la medianoche lo habían destejido para volver a hacerle otra imagen.

Desde el cuarto de baño, el sonido de la ducha le devolvió el recuerdo de la Madonna. Y de la mujer que lo había persuadido con halagos para que la poseyera y le había susurrado, mientras él fruncía el ceño y continuaba con las arremetidas, «Nunca..., nunca...», diciéndole, aunque entonces estaba lejos de sospecharlo, que aquél sería su último acoplamiento como hombre. Habían conspirado -la mujer y la Madonna- para someterlo a aquel hechizo. Y el no poder siquiera aferrarse a su propio sexo, el hecho de que la virilidad, al igual que la influencia y la riqueza, le fueran prometidas para serle arrebatadas después, ¿acaso todo aquello no representaba el fracaso más perfecto de su vida?

Salió de la cama; hizo girar las manos para admirar su nueva delicadeza y se pasó las palmas por los pechos. No tenía miedo, pero tampoco sentía júbilo. Aceptó aquel *fait accompli* como un bebé acepta su condición, sin tener idea del bien o del mal que podía hacerle.

Tal vez habría más hechizos de donde provenía éste. Si así era, volvería a las Piscinas y los buscaría él mismo; seguiría la espiral hasta su corazón caliente y discutiría acerca de los misterios con la Madonna. ¡En el mundo había milagros! Fuerzas que podían volver la carne del revés sin producir sangre, que podían destruir la tiranía de lo real y jugar con sus ruinas.

En el cuarto de baño, el agua de la ducha continuaba cayendo. Se aproximó a la puerta del lavabo, ligeramente entreabierta, y espió. Aunque la ducha estaba abierta, Carole no se encontraba debajo de ella. Estaba sentada en el borde de la bañera y con las manos se cubría la cara. Lo oyó aproximarse a la puerta. Su cuerpo dio un respingo. No levantó la vista.

-Te he visto... -le dijo. Su voz era gutural, llena de un horror que no lograba domeñar-. ¿Me estoy volviendo loca?

-No.

-¿Entonces qué ocurre?

-No lo sé -repuso Jerry, sencillamente-. ¿Tan terrible es?

-Es repugnante, odioso. No quiero mirarte. ¿Me oyes? No quiero verte.

No intentó discutir. Carole no quería saber nada de él, y era su prerrogativa.

Volvió al dormitorio, se vistió con sus ropas sucias y regresó a las Piscinas.

Nadie reparó en él, o mejor dicho, si por el camino alguien notó algo extraño en aquel peatón -una disparidad entre las ropas que vestía y el cuerpo que las llevaba-, se limitó a mirar hacia otra parte, sin deseos de enfrentarse a semejante problema a una hora tan temprana y sobrio.

Cuando llegó a Leopold Road, en la escalinata había varios hombres. Hablaban, aunque él no lo supo, de la inminente demolición. Jerry se detuvo en el portal de una tienda, al otro lado de la calle, hasta que el trío se alejó; entonces, fue hasta la puerta principal de las Piscinas. Temía que hubieran cambiado la cerradura, pero no lo habían hecho. Entró fácilmente y cerró la puerta tras de sí.

No llevaba linterna, pero cuando se internó en el laberinto se dejó guiar por el instinto y éste no le falló. Al cabo de unos minutos de exploración por los corredores sumidos en la oscuridad tropezó con la chaqueta que había dejado el día anterior; unos giros más adelante, llegó a la cámara donde la muchacha risueña lo había encontrado. Había una ligera luz proveniente de la piscina. Habían desaparecido casi todos los vestigios de luminiscencia que lo habían conducido hasta allí.

Atravesó la cámara de prisa, lleno de aprensión. La piscina seguía llena a rebosar, pero la luz se había apagado casi por completo. Examinó el caldo: no había movimiento en sus profundidades. Se habían ido. Las madres, los hijos. También se habría ido su causa primera, la Madonna.

Se dirigió a las duchas. Sí, se había marchado. Más aún, la cámara había sido destruida, como en un rapto de rabia. Habían arrancado los azulejos de las paredes y destrozado las tuberías. Aquí y allá vio manchas de sangre.

Le dio la espalda a la destrucción y regresó a la piscina, preguntándose si habría sido su invasión lo que las había alejado de aquel templo provisional. Fuera cual fuese el motivo, las brujas se habían ido, y él, su criatura, se encontraba abandonado y privado de los misterios.

Desesperado, vagó por el borde de la piscina. La superficie del agua no estaba del todo en calma: en ella había despertado un círculo de olas que aumentaba como un latido. Se quedó mirando cómo el oleaje iba ganando impulso y extendía sus brazos por la piscina. De repente, el nivel del agua comenzó a descender. El oleaje se convirtió rápidamente en un remolino de aguas espumosas. En el fondo de la piscina habían abierto alguna boca y el agua estaba drenando. ¿Habría huido por allí la Madonna? Corrió hasta el extremo opuesto de la piscina y examinó los azulejos. ¡Sí! Al abandonar su altar para lanzarse a la seguridad de la piscina, había dejado tras ella un rastro de fluido. Y si por ahí se había marchado la Madonna, ¿acaso las demás no la habrían seguido?

Librodot

No tenía manera de saber adónde iban a desembocar las aguas. Tal vez a las cloacas y de allí al río y, finalmente, al mar. Ahogándose hasta morir, hacia la extinción de la magia. O a través de algún canal secreto, hacia la tierra, a algún santuario seguro, apartado de los curiosos, donde el éxtasis no estaba prohibido.

Las aguas enloquecían rápidamente a medida que la succión las reclamaba. El vórtice giraba, hervía, escupía. Estudió la forma que describía. Una espiral, por supuesto. Elegante, inevitable. Las aguas bajaban de prisa y el chapaleo pasó a ser rugido. Pronto no quedaría nada, y la puerta hacia otro mundo quedaría sellada y se perdería.

No tenía alternativa: saltó. La corriente arremolinada tiró de él hacia abajo y dio vueltas y más vueltas, descendiendo más y más. Se sintió lanzado contra el suelo de la piscina y dio varias volteretas a medida que la corriente tiraba inexorablemente de él aproximándolo a la salida. Abrió los ojos. La corriente lo arrastró hasta el borde y más allá. El torrente lo acogió bajo su custodia y con su furia lo lanzó hacia atrás y hacia adelante.

Más adelante había luz. No logró calcular a qué distancia se encontraba, pero ¿qué importancia tenía? Si se ahogaba antes de alcanzarla y moría antes de concluir el viaje, ¿qué? La muerte no era más segura que el sueño de masculinidad que había vivido durante todos esos años. Los términos de la descripción no servían para otra cosa que para ser trastocados, cambiados radicalmente. La tierra estaría brillante, ¿no?, y probablemente plagada de estrellas. Abrió la boca y gritó en el remolino, a medida que la luz crecía y crecía, cual himno en alabanza de la paradoja.